

El petate y la jícara

LOS ESTUDIOS
DE PAISAJE Y GEOGRAFÍA
CULTURAL EN MÉXICO

Federico Fernández Christlieb
(dir.)



Éditions
Hispaniques



EL PETATE Y LA JÍCARA
*Los estudios de paisaje
y geografía cultural en México*

Federico Fernández Christlieb (dir.)

EL PETATE Y LA JÍCARA
*Los estudios de paisaje
y geografía cultural en México*



Collection « Histoire et civilisation »

Maquette : Raúl Marcó del Pont Lalli
Conception graphique de la couverture : Gonzalo Vázquez
Image de la couverture : ©photo de Viridiana Cruz Jiménez

ISBN : 978-2-85355-112-0
ISSN : 2491-0899
Dépôt légal : mai 2021

ÉDITIONS HISPANIQUES
Institut d'Études Ibériques et Latino-Américaines
31, rue Gay-Lussac
F-75005 PARIS

IMPRIMERIE CORLET NUMÉRIQUE
ZA Charles Tellier F-14110
Condé-sur-Noireau FRANCE

ÍNDICE

PREFACIO	9
<i>Federico Fernández Christlieb</i>	
PRÓLOGO	11
<i>Paul Claval</i>	
INTRODUCCIÓN	15
<i>Edith Fagnoni</i>	
ENFOQUE CULTURAL Y PAISAJES MEXICANOS: COROGÉNESIS EN TRES ETAPAS DE LARGA DURACIÓN	23
<i>Federico Fernández Christlieb</i>	
El “altepetl” como el paisaje de Mesoamérica (hasta 1521)	28
El “pueblo” como el paisaje de la Nueva España (1524- 1861)	33
La “ciudad” como el paisaje de México (desde 1862)	38
Conclusión	46
LA JÍCARA, LA ESTERA: PAISAJE MESOAMERICANO	49
<i>Alfredo López Austin</i>	
El anclaje	50
Hombres de milpa	51
Tres grandes áreas culturales	53
Planteamiento de problema	54
El trazo en la piedra	56
La captura del paisaje	59
La persistencia del paisaje	60
Dioses y criaturas circundantes	62
Una historia de los dioses	64
Los dioses: su espacio, su tiempo	65
Los patronos	67
El tiempo mundano	68
Los vivos y los muertos	69

La sustancia cósmica	71
El imperio del Sol, el retorno de la noche	72
El butic	73
Descendientes. Siglo XXI	75
EL ESCRITOR Y EL PAISAJE: LITERATURA Y GEOGRAFÍA EN EL SIGLO XIX EN MÉXICO	77
<i>Raquel Urroz</i>	
El paisaje en tiempos del romanticismo	79
Periodismo y espacio público en México	84
La intuición poética está en las calles	90
Miseria, mujer, patria y nación. La ciudad de México como símbolo	95
Conclusión	101
GEOGRAFÍA CULTURAL EN LOS ESTUDIOS DE PAISAJE EN MÉXICO	105
<i>Pedro Sergio Urquijo Torres</i>	
El paisaje cultural	108
Paisajes culturales tradicionales: la Escuela de Berkeley	111
Paisajes con énfasis ecológicos	115
Paisaje, perspectiva histórico-cultural	121
Paisajes de los antiguos pueblos de indios	125
Espacio-tiempo, interdisciplina e integralidad ambiental	129
Reflexiones finales	133
CULTURA Y TERRITORIO: ENTRE LAS NARRATIVAS DE VIDA Y LO COTIDIANO	135
<i>Alicia Lindón</i>	
Las narrativas de vida espaciales	139
La vida cotidiana	141
Algunas estampas de la encrucijada “cultura/territorio”	147
Algunas reflexiones finales	155
ESTUDIOS DE PAISAJES RURALES Y GEOGRAFÍA CULTURAL EN MÉXICO	159
<i>Virginie Thiébaud</i>	
La geografía cultural y los paisajes	160
Los paisajes fluviales del río Papaloapan: la persistencia de una valoración	163
Los paisajes de la caña de azúcar: un apego más económico que cultural	170
Conclusión	177

PAISAJES IMAGINADOS. LOS CENTROS COMERCIALES EN LA CIUDAD DE MÉXICO	179
<i>Liliana López Levi</i>	
Centros comerciales	180
Imaginarios del consumo	187
El paisaje como texto: metáforas, narraciones y discursos	193
Conclusiones	197
BIBLIOGRAFÍA	199

PREFACIO

Una antigua metáfora mesoamericana sintetiza al paisaje como un petate desenrollado cubierto por una gigantesca jícara invertida. El petate es el suelo, es la superficie terrestre donde viven los humanos, es la mitad del paisaje sobre el que podemos extendernos. La jícara es la bóveda celeste, es la cúpula que constituye la otra mitad del paisaje visible. “Petate” y “jícara” son dos palabras que llegaron al español procedentes del náhuatl, la segunda lengua más hablada en México. Hemos elegido la frase El petate y la jícara (*petatl*=estera, *xicalli*=vasija hecha con la corteza de un fruto) para ilustrar el ejercicio de descripción y análisis contemporáneo del paisaje mexicano. En realidad, la metáfora es maya y fue recogida por nuestro compañero Alfredo López Austin para intitular su capítulo en este libro, pero la imagen resultó irresistible para los editores del presente volumen de modo que amablemente le pedimos a Alfredo que nos la cediera.

Como se leerá en la introducción a cargo de Édith Fagnoni, este libro tiene por tema los estudios de paisaje que se han realizado en México en el último siglo desde una óptica cultural. Por un lado, describe épocas diversas que han construido espacialmente la mexicanidad, pero por otro hace una meticulosa reseña de los estudios que, conducidos desde la geografía cultural, han llevado a destacar diferentes aspectos del paisaje a lo largo de las épocas y al ritmo de los llamados giros epistemológicos.

La publicación en *Éditions Hispaniques* resulta de un relanzamiento de la cooperación histórica entre la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y Sorbonne Université (SU). En marzo de 2020, poco antes de que el Covid-19 fuera declarado pandemia mundial, una nutrida delegación de esta institución francesa, visitó el campus central de la UNAM en la Ciudad de México para explorar conjuntamente nuevas posibilidades de cooperación. La amistad entre ambas instituciones es muy antigua: en 1867, la Escuela Nacional Preparatoria fue creada en México tomando modelo del sistema educativo francés y en 1910, la Universidad Nacional de México se refundó con base en la estructura entonces empleada por

la Sorbona de París, la cual envió a un emisario ese año para representarla.

Para la realización de este proyecto editorial contamos con el respaldo de la Vicepresidencia internacional de SU, específicamente de los Profesores Serge Fdida, Araceli Guillaume-Alonso y Béatrice Perez. Del mismo modo recibimos el apoyo de la Secretaría de Desarrollo Institucional y la Coordinación de Relaciones y Asuntos Internacionales de la UNAM, expresamente de los doctores Ken Oyama y Francisco Trigo. En la última fase editorial también colaboraron Viridiana Cruz y Verónica Ontiveros de la UNAM-Francia. El profesor emérito de la Sorbonne, Paul Claval leyó y sugirió valiosas modificaciones al manuscrito original y narró su primera experiencia en México a manera de prólogo. La genial portada es diseño de Gonzalo Vázquez sobre una fotografía de Viridiana Cruz. El coordinador de esta obra desea agradecer a todos ellos tanto como a Édith Fagnoni por su introducción, a María Araújo y *Éditions Hispaniques* por contemplar este texto en sus colecciones, a María Teresa Sánchez Salazar, Raúl Marcó del Pont y Laura Diana López del Comité Editorial del Instituto de Geografía de la UNAM por la formación técnica de los capítulos y desde luego a los autores que atravesaron con buena cara la noche de la epidemia en que este proyecto parecía haberse extraviado. Esta publicación es bienvenida por todos nosotros como la imagen de la estera terrestre que resplandece al alba.

Federico Fernández Christlieb, París, marzo de 2021

PRÓLOGO¹

Paul Claval
Sorbonne-Université

La primera vez que estuve en México fui a Puebla por invitación de algunos arquitectos. Había estado en Brasil; este fue mi segundo contacto con un país iberoamericano y mi segunda experiencia con sociedades construidas sobre la confrontación y la mezcla de culturas del Viejo y del Nuevo mundos. Estos dos países se asemejan en ello, pero guardan profundas diferencias como pude comprobar muy pronto.

En la ciudad de Puebla conocí una América que comenzó a ser ambientada a la española hace cinco siglos; no es que en Brasil no hubiera visto ciudades ambientadas a la portuguesa, pero estas son más escasas y más modestas que las que vi en México.

Mis anfitriones me llevaron a la pirámide de Cholula, a unos diez kilómetros del centro de Puebla, la cual confiere al pasado mexicano una antigüedad de al menos dos milenios antes de la llegada de los europeos, y como eso, no hay nada equivalente en Brasil. La visita continuó por la iglesia de Santa María Tonanzintla a unos 4 kilómetros. Desde el exterior, lo que se observa es un edificio barroco tan solo llamativo por su color rojizo; al interior en cambio, sorprende la decoración floral. Los maestros de obra encargaron a los artistas locales la decoración del interior de la iglesia: es así como los nahuas descendientes del Imperio Mexica dejaron su huella. Al salir de la iglesia agradecí a nuestra guía local la claridad de su exposición a lo que me respondió con una frase que no pude comprender. Mis anfitriones me dijeron que ella me había respondido en náhuatl. La especificidad de esta comunidad nahua no había desaparecido a pesar de situarse muy cerca de uno de los núcleos españoles de poblamiento más antiguos del país.

Para la cena me había hecho merecedor al mole poblano, una salsa espesa de color café, casi negro, hecha a base de cacao y especies que cubría una pieza de pollo. Esta salsa, según me explicaron, había

¹ Prólogo traducido del francés por Federico Fernández Christlieb.

sido inventada a un costado del hotel donde me alojé, en el ex convento de Santa Rosa. ¡Qué leyenda! La refinada cocina prehispánica había sido incorporada a la nueva cocina aristocrática.

En solo unas horas, conocí un condensado de México y de sus problemas culturales: en el enfrentamiento de los pueblos, la civilización de los invasores parece haber barrido a la de sus oponentes, pero en los hechos, se sintetizaron en la cultura múltiples mezclas. La decoración floral inscrita en piedra que solo se ve en Tonantzintla, se renueva sin embargo cotidianamente en las flores y las guiraldas frescas de todos los edificios religiosos que he visitado en México, una riqueza que no deja de encantarme. Y entre los platillos más apreciados de la cocina mexicana, se identifican ciertamente muchos de ascendencia indígena.

Esto es lo que hace fascinante el enfoque cultural que desarrollan los geógrafos mexicanos desde hace más de una generación. Este libro es una muestra de esta riqueza. Lo que nos revelan sus estudios es el mosaico de artefactos, de prácticas, de costumbres y de géneros de vida que resultan de una geohistoria de contrastes, conflictos y empréstitos que no han tenido lugar sino en muy pocos países del mundo. En buena medida, estos rasgos son un producto lentamente elaborado en el ámbito mesoamericano. Como lo muestra Alfredo López Austin, surgen de la domesticación local de una variedad de plantas, de prácticas agrícolas que a su vez nacen en un paisaje específico. Creencias y representaciones dieron sentido a la existencia de esos paisajes que las cimientan.

Las civilizaciones que se enfrentaron durante la Conquista tenían en común una base agraria. Esta similitud facilitó su compenetración. Las técnicas materiales y sociales, así como las interpretaciones religiosas que se desdoblaron en las culturas mexicanas, explican su resiliencia al haber sido tomadas en cuenta por los invasores y generarse así, la extraordinaria combinación de formas que resultaron.

La revolución industrial orilló a los grupos humanos a reposar sobre nuevas bases ecológicas. Esta mutación se refleja en México a partir de la construcción de una red ferroviaria que lo abre hacia los Estados Unidos y hacia el mercado mundial. Esta apertura provoca una aceleración de la urbanización que otorga a la ciudad de México una posición hegemónica.

A partir de los años 1930 todo cambia. México entra en una fase de estabilidad política. Su población aumenta rápidamente. El éxodo rural hacia los Estados Unidos se acelera. El ritmo de las transformaciones se precipita después de 1970: se instalan fábricas al servicio del gran vecino del Norte.

México se confronta entonces a un nuevo choque cultural: el de la globalización. La competencia económica se torna más viva, la

Prólogo

información circula más rápidamente y sin menos irrupciones jerárquicas. Las relaciones sociales toman formas más brutales cargadas de nuevos simbolismos.

En México, el enfoque cultural se asoma hacia los problemas del mundo actual tales como aquellos nacidos de la confrontación y de la compenetración de las grandes civilizaciones del Viejo y del Nuevo mundos. Este enfoque cultural desenreda también los rasgos ligados a dos de los grandes episodios de la geohistoria de la humanidad: 1.- la transformación de civilizaciones agrícolas y urbanas del mundo americano bajo el choque de sus equivalentes europeos y, 2.- la aceleración de la globalización. Ella amenaza lo que aún se conserva de las antiguas civilizaciones agrarias que poseen una urbanización limitada. Ella introduce modelos internacionales de inspiración estadounidense y terciariza e industrializa la economía del país.

La admirable resiliencia de las culturas mesoamericanas frente a la colonización se sustenta en el ecosistema original, en los paisajes que nacieron de él y en un sistema de representaciones que aseguran su coherencia. La especificidad cultural de México ¿resistirá las mutaciones actuales? La pregunta queda abierta.

El enfoque cultural en geografía no se despliega de la misma manera en México y en Brasil. Menos estructurados al momento del contacto, las sociedades amerindias en Brasil no han mostrado la misma resiliencia que aquellas de Mesoamérica. El mestizaje cultural en Brasil está hecho sobre todo con una población traída de África como esclava. Sin embargo, los problemas a los que se enfrentan las grandes metrópolis contemporáneas en ambos países tienen similitudes.

INTRODUCCIÓN¹

Edith Fagnoni
Sorbonne Université

El paisaje, resultado de la reflexión estética, es una noción que se integró de manera precoz al pensamiento geográfico y que forma parte desde entonces de la Geografía. Pertenece a su historia y se ubica al centro de la problemática clásica humano-medio. Siendo un soporte tanto de las ciencias de la naturaleza como de las sociales, el paisaje ha estado siempre a debate como un paradigma de mediación entre el espacio y la sociedad. El paisaje es tanto un objeto de estudio e investigación como un espectáculo. Se articula entre la monografía y la modelización; atraviesa las diferentes corrientes de la disciplina; alimenta una verdadera teoría y asume una sólida interdisciplinariedad nutrido de múltiples miradas.

A los ojos de la Geografía cultural, el paisaje ocupa un lugar firme, entendido como un objeto de estudio al mismo tiempo que como aquella mirada que el observador extiende sobre él, llevándonos constantemente a la doble temática de la percepción y la representación como construcciones sociales. La cultura y la espacialidad están indiscutiblemente ligadas. Espacio y cultura aparecen siempre en interacción: el espacio, producto social, lleva la huella de la cultura que le ha dado forma, e inversamente, la cultura comprende los aspectos espaciales. La producción de un vínculo identitario en el espacio se traduce por las marcas culturales materiales e inmateriales que revelan que el paisaje es una noción paradigmática del enfoque cultural. De hecho, paisaje y territorio están íntimamente ligados; el paisaje es el reflejo de la identidad y de la diversidad de los territorios. Además, el tiempo le otorga un espesor que explica las formas y transformaciones de los paisajes. La larga duración –en referencia a la geohistoria– actúa como una dinámica de construcción del paisaje al seno del territorio que lo soporta y tiene eco en la memoria en tanto que patrimonio cultural vivo.

Este libro se interesa en el paisaje y en la geografía cultural de

¹ Introducción traducida del francés por Federico Fernández Christlieb.

México. Nace de una invitación hecha por Paul Claval a Federico Fernández Christlieb para reunir una serie de textos que pudieran dar cuenta del estado que guarda el enfoque cultural en el estudio de los espacios mexicanos. El concepto que atraviesa estos textos es el de paisaje. En siete contribuciones escogidas, se confirma la importante transversalidad de este concepto. El hilo conductor de los capítulos reposa sobre la construcción y la transformación de los paisajes mexicanos en la larga duración y se detiene también a recoger las reflexiones teóricas que el concepto de paisaje, entre otros conceptos de esta disciplina, ha generado en cuatro investigadoras y tres investigadores radicados en México. Paul Claval, por su parte, narra en el prólogo de esta obra, las impresiones de su primera visita a México.

El primer capítulo de este libro hace un recorrido de larga duración sobre las tres etapas que, a juicio de su autor, Federico Fernández Christlieb, marcan cambios profundos en el paisaje mexicano. La primera es la etapa precolombina en que las comunidades organizan el espacio localmente; la segunda inicia con la llegada de los europeos y la fundación de la Nueva España y la tercera comienza cuando los liberales mexicanos toman el poder y hacen importantes modificaciones en el paisaje tendientes a urbanizar y mundializar la vida de la población en el siglo XIX. Esta etapa aún no ha terminado. Para explicar estos tres momentos, el autor emplea el concepto de corogénesis, es decir, la generación de nuevos lugares en el paisaje. El autor subraya de este modo los problemas que descubre el enfoque cultural sobre el conjunto territorial de lo que es México. Esto es: el encuentro entre un mundo elaborado *in situ* desde hace por lo menos 15,000 años, y otro venido de fuera, que se impuso por la fuerza desde 1519. México es el resultado de procesos simultáneos de etnogénesis y corogénesis cuyas etapas pueden ser seguidas a través de los demás capítulos del libro. El texto de Fernández Christlieb resume claramente las especificidades que encuentra el enfoque cultural en México.

El segundo capítulo es de la autoría de Alfredo López Austin quien centra sus trabajos en el universo que hemos llamado Mesoamérica. ¿Qué es lo que confiere una unidad al mosaico de poblaciones tan diversas? López Austin ha trabajado como historiador y antropólogo, desde hace décadas, el concepto de cosmos según los pueblos originarios de México, pero esta es la primera vez que dedica específicamente un texto al “paisaje mesoamericano”. Se trata de una concepción del cosmos que ya se expresa en las herramientas, las esculturas y los templos olmecas levantados entre el año 1150 y el 500 antes de nuestra era: el quincunce. El quincunce representa los cinco puntos cardinales de los cuales, el más importante, es la montaña sagrada situada en el centro, una de cuyas bocas se abre hacia el cielo y la otra hacia la tierra.

Introducción

Una tierra y un cielo que son aprehendidos en su materialidad como paisaje, que, por lo demás, se le percibe con la forma de una jícara y de una estera. La estera o petate es la superficie terrestre mientras que la jícara, con la concavidad hacia abajo, cubre el petate simbolizando la esfera celeste. El autor subraya la proliferación de dioses y su dispersión. Estos dioses evolucionan en un más allá tanto como las almas de los difuntos (de todos los seres vivos). López Austin ofrece un análisis penetrante de lo que es el paisaje en las sociedades mesoamericanas. Este trabajo es un ejemplo estimulante de lo que debe ser el estudio de los imaginarios: a los imaginarios propiamente terrestres se adjuntan los imaginarios de lo que está más allá de lo visible. No es frecuente que estos análisis se presenten con tanto detalle como en este texto.

El autor sugiere una cierta continuidad desde el paleolítico americano hasta Mesoamérica y lleva al lector de la mano para que con toda lógica se forme una idea de ese paisaje percibido y animado por los pueblos de México. Esta rica contribución también es interesante desde el punto de vista teórico: si bien existe una complejidad y una gran diversidad en los ambientes y las condiciones de su desarrollo histórico, igualmente se advierte cierta unidad en el pensamiento mesoamericano. Desde tiempos de la civilización olmeca se ha ido replicando este paisaje sustentado en el sol, en los dioses y las almas de los seres vivos, y en el ciclo de energía necesario para el funcionamiento del Cosmos. Se subraya la profunda originalidad del altepetl prehispánico y la atención que le presta el colonizador. Después de este artículo, los geógrafos interesados en México podrán proseguir con mayor firmeza sus investigaciones desde el enfoque cultural.

El resto de los capítulos incluidos en este libro trata sobre momentos históricos posteriores al encuentro de Mesoamérica con el Viejo Mundo. El tercero es un reflejo de lo que el enfoque cultural en geografía alcanza cuando se aplica al estudio de la literatura de distintos momentos históricos. Nos referimos al texto de Raquel Urroz que analiza la literatura mexicana del siglo XIX como un mecanismo mediante el cual los intelectuales del país, que apenas se hizo independiente en 1821, definieron los paisajes de la nación mexicana. En ese siglo, México, como otros países de América recientemente independizados, se interroga sobre su identidad. Los escritores juegan entonces un papel importante en este movimiento: el romanticismo los conduce a ligarse a la naturaleza y a los sentidos que de ella se desprenden. Del paisaje pasan con facilidad a los sentimientos nacionalistas como nos lo recuerda Raquel Urroz. La autora analiza sobre todo la obra de Guillermo Prieto, el poeta mexicano cercano a Victor Hugo, de Manuel Altamirano y de Manuel Payno, el novelista que explora las profundidades del

país en *Los bandidos de Río Frío*. Mediante su vagabundeo por distintos lugares de la geografía mexicana, es como estos autores definen el paisaje y a su vez el carácter de sus pobladores. En Guillermo Prieto vemos el centro de la ciudad, su catedral y los sitios frecuentados por las familias acomodadas. En Manuel Altamirano se leen los rasgos de los barrios marginales y los hábitos de las masas populares de la Capital. La definición de los literatos consistió en nombrar los lugares, en adjetivizarlos, en pasar por alto algunos de sus aspectos físicos y poner de relieve otros que cuadraban mejor con su estética o convenían a sus intereses. La autora nos habla de cómo las élites se dotaron de imágenes para llenar el vacío de una geografía demasiado extensa. Ella sintetiza de esta manera la lección de su análisis literario: el paisaje no solo es visibilidad y funcionalidad, también se vuelve representación, misma que se trasfiguró en conceptos y permitió convertirse en una suerte de lenguaje común que iría a manifestarse en forma simbólica. Raquel Urroz muestra cómo los escritores mexicanos contribuyen a construir la identidad nacional de su país a través de las escenas con las que describen la capital del siglo XIX. El texto es claro y compara el caso de la Ciudad de México al de otras grandes urbes de la época.

En el capítulo siguiente Pedro Urquijo Torres precisa el lugar que ha tenido el paisaje en la geografía cultural que se ha practicado en México desde principios de los años 1940. Tiene en cuenta particularmente a la dimensión simbólica, las estructuras del poder que ella revela, las formas de representación visual en las que desemboca, su escala y la interacción que se lee entre los componentes socioculturales y las unidades físicas del paisaje. Varias familias de estudios del paisaje se suceden. Pedro Urquijo Torres nos recuerda que los primeros trabajos, desarrollados por Carl O. Sauer y sus estudiantes, ponen énfasis sobre los testimonios arqueológicos y sobre la transformación de los ecosistemas por parte de los humanos. Su reflexión sobre las relaciones prácticas entre los humanos y su ambiente, llevan a Pedro Urquijo a señalar la adaptación diferenciada en función de la cultura propia de cada comunidad. Según el autor, esta mirada comienza el día que Carl O. Sauer cruza la frontera con México desde California para hacer trabajo de campo. En México, quizá de una manera pasiva, hubo enfoque cultural desde los primeros días de la escuela de Berkeley. Sin embargo, la respuesta académica a la geografía cultural de Sauer hubo de esperar localmente algunas décadas debido a que, por entonces, los investigadores mexicanos tenían otras prioridades y sobre todo, estudiaban la cultura del territorio a partir de disciplinas como la antropología, la etnohistoria, la arqueología y el urbanismo, sin que la geografía estuviera explícitamente presente. A partir de los años 1970, las investigaciones sobre el paisaje son conducidas ampliamente por mexicanos.

Introducción

Entre las familias de estudios del paisaje que se suceden, un primer grupo adopta un punto de vista ecológico. No ignora el papel que juega el hombre, pero se preocupa poco por sus representaciones. Un segundo grupo escoge un enfoque histórico-cultural. Compuesto por una buena parte de antropólogos, se inspira al inicio en las interpretaciones hidráulicas del modo de producción asiático imaginados por Karl Wittfogel. Más adelante, el tema del paisaje es ampliamente desarrollado por la geografía practicada por los historiadores que ponen el acento sobre la lectura de los paisajes sagrados. Ello conduce a los apasionantes estudios conducidos tanto por historiadores como por geógrafos sobre el paisaje de los pueblos indígenas al momento de la conquista: tal es el caso de la obra coordinada en 2007 por Fernández Christlieb y García Zambrano: *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*.

En el transcurso de las últimas dos décadas, la sociología, la arqueología y la historia han participado con la geografía en el concierto del análisis cultural del paisaje. La dimensión epistemológica de ese análisis queda de manifiesto en las publicaciones de Alicia Lindón y de Daniel Hiernaux. En suma, Pedro Urquijo Torres ofrece un cuadro extraordinario de la evolución del enfoque cultural en México y del acento que se ha puesto sobre el paisaje. Su texto subraya hasta qué punto la configuración de las ciencias sociales en México difiere de aquellas concebidas en la mayoría de los países occidentales. A pesar de su proximidad geográfica, la investigación producida en los Estados Unidos no ha tenido sino una influencia limitada. El autor hace evidente la originalidad y la fecundidad de las investigaciones consagradas a la estructuración del territorio y de los paisajes precolombinos en México. Leer este artículo por cuantos interesados haya en los estudios de paisaje y geografía cultural en ese país nos parece tanto necesario como impostergable.

Alicia Lindón también hace un recuento de los diversos giros que han impactado sobre la Geografía cultural y su dimensión territorial. La autora dedica una primera parte del quinto capítulo a las narrativas o historias espaciales de vida. En la segunda parte aborda la vida cotidiana a través de varias dimensiones: las prácticas y sus sentidos, los saberes espaciales, la memoria espacial, los imaginarios espaciales, el habitar y, por último, las emociones, corporeidades y afectividades. Lindón escogió la periferia oriental de la Ciudad de México como caso de estudio de esta corogénesis en la que los actores son sujetos anónimos a través de los cuales el lector se hace de instrumentos para leer conjuntamente cultura y territorio.

En su contribución a este libro, Virginie Thiébaud analiza la geografía cultural en el México rural abordando dos casos regionales, uno sobre la vertiente atlántica y otro sobre la vertiente pacífica, y lo

hace con dos tipos de paisaje. El primero es un paisaje fluvial, o mejor dicho, una serie de paisajes a lo largo del río Papaloapan, en los estados de Oaxaca y Veracruz. El segundo es el tipo de paisaje de la caña de azúcar, estudiado tanto en la misma zona del Papaloapan como en el Valle de los Reyes en el Estado de Michoacán. Para ello recoge una de las tradiciones infaltables del geógrafo: el trabajo de campo. En el primer caso, la autora nos deja ver cómo el río constituyó un verdadero generador de alimentos con bajo impacto ambiental que hizo posible una vida variada y rica desde las partes altas del valle hasta su desembocadura, y desde la época prehispánica hasta el siglo XX. Sin embargo, en 1944 una desastrosa inundación afectó a las comunidades rivereñas y particularmente a las ciudades de Tuxtepec, Cosamaloapan y Tlacotalpan. Este desastre hizo que la política local viera como una amenaza la corriente del río y sus potenciales crecidas. Desde entonces, pareciera que una cultura fluvial a escala local que era ancestral, pasó a convertirse en una cultura de manejo moderno del agua incluyendo no solo el control de los niveles de la corriente sino el aprovechamiento para riego vinculado a una visión más industrial de la agricultura. El río se hizo también el vertedero de aguas usadas de la región. Respecto del azúcar, destinada esencialmente al consumo nacional, el gremio cañero recibió algunas ventajas como por ejemplo en sus condiciones de jubilación. Igualmente, aún si el monocultivo latifundista del siglo XIX fue atacado por la reforma agraria, la caña siguió constituyendo un factor identitario asentado en el paisaje. El interés de este profundo análisis radica en la comparación rara vez realizada entre el peso de los factores en gran parte naturales y el de los factores socioeconómicos en la formación de sentimientos de identidad y en el anclaje paisajístico de estas identidades.

Después de haber trazado la historia de los centros comerciales y su difusión en México desde los Estados Unidos en las décadas de 1960 y 1970, Liliana López Levy analiza en el último capítulo de este libro, la influencia de estos comercios en la transformación de la cultura urbana. La autora se ciñe a la materialidad palpable a la que se asocian las ideas, las emociones y las prácticas culturales. En su contribución ella sintetiza las ideas de su propuesta: los espacios del centro comercial son el producto de un deseo colectivo impulsado por la mercadotecnia. La publicidad, originalmente difundida desde la televisión y ahora desde las infinitas aplicaciones en internet, generó un ideal de sociedad en donde los recursos son infinitos y por consiguiente el consumo parece serlo también. Dado que todos los centros comerciales del planeta se parecen en su estética y sobre todo en los productos, alimentos y servicios que venden, podríamos estar hablando de espacios arquitectónicos y comerciales sin identidad local,

lo que algunos autores han llamado “no lugares”. Sin embargo, Liliana pone en evidencia cómo, a fuerza de ser frecuentados, estos centros privados devienen sitios que permiten a ciertos grupos de habitantes dotarse de un punto de encuentro donde desarrollar precisamente una identidad. Con su análisis, la autora alude a la realidad percibida, conceptualizada, vivida y representada, es decir: imaginada. Entre sus respaldos teóricos figuran tanto Lacan como Duncan y Barnes. Para Lacan, la experiencia humana se inscribe en tres registros: lo simbólico, lo imaginario y lo real. El imaginario constituye un registro pre-verbal que se forma cada vez que un sujeto entra en relación con el ambiente. El imaginario permite interpretar el mundo, le da un significado, un uso, un valor y un sentido. El marco material constituido por los centros comerciales refleja los imaginarios de aquellos que los han construido y de quienes los frecuentan. En el mundo capitalista, es más importante poseer que ser. La identidad se construye a través del consumo y no resulta de las historias personales.

Los centros comerciales de la Ciudad de México se diferencian entre ellos por el tipo de imaginario de sus clientes. Al oeste de la ciudad, más acomodado, se venden los productos más caros que están de moda. De manera opuesta, la Multiplaza-Aragón, al noreste de la aglomeración, se encuentra menos aseada y más insegura. Sus hipermercados tienen superficies más grandes mientras que sus tiendas especializadas ostentan menos lujo. Los centros comerciales son paisajes que a su vez pueden ser leídos como textos e interpretados como metáforas, narraciones y discursos. En un centro comercial, las metáforas visuales abundan. A manera de ejemplo, la combinación del negro con el dorado representa la elegancia, el sepia remite a lo antiguo, el rosa a lo femenino y el azul a lo masculino. Recurrir a una arquitectura internacional y a los nombres en inglés en los locales comerciales, demuestra que no se trata de un recurso funcional sino de la creación de un ambiente extranjero en donde el cliente puede disfrutar el bienestar y la seguridad. Liliana López Levi aborda en este artículo una realidad que no es privativa de México, pero que muestra, apoyándose en los autores citados, a qué punto el enfoque cultural contribuye a esclarecer este fenómeno tanto en éste como en otros países.

En síntesis, con la lectura de este libro, el lector tendrá los elementos mínimos para descifrar los paisajes mexicanos. Aquí se ejemplifica el tipo de estudios que han abordado el proceso de corogénesis en la geografía mexicana. Analizado desde un enfoque de larga duración y a macro escala, este proceso se sintetiza con la ecuación en la que, el encuentro de Mesoamérica con el Nuevo Mundo y posteriormente con la influencia desbordante de Occidente a través de los Estados Unidos, generó una serie de nuevos lugares llamados México. A

una escala local, la generación constante de nuevos lugares que ya no son indígenas ni europeos ni estadounidenses, presenta una diversidad cultural que en tiempos actuales constituye comunidades con infinitas variantes sociales, económicas, políticas, religiosas, educativas, sexuales, de género, de edad, de acceso a la tecnología, etc. Los estudiosos del paisaje con enfoque cultural están descifrando las nuevas comunidades y sus nuevos espacios. Como en tiempos de la conquista española, México es muchos Méxicos en constante cambio. Además, la rica bibliografía nos provee de un precioso instrumento de trabajo para todos aquellos que se interesen en la historia del enfoque cultural en México, y más ampliamente, en todo el ámbito latinoamericano.

Más allá del sitio que ocupa el concepto de paisaje en la geografía cultural mexicana, esta reflexión conducida a través de ejemplos ricos y diversos y a menudo claramente analizados, abre un campo más vasto: invita de manera implícita a revisar el término de civilización, muy poco analizado en geografía, que con demasiada frecuencia aparece de manera inconveniente al encerrar a las sociedades en entidades culturales yuxtapuestas listas a enfrentarse. La noción de civilización se inscribe, en filigrana, dentro del análisis desarrollado en este libro y aparece, junto al paisaje, como una noción de primer interés.

ENFOQUE CULTURAL Y PAISAJES MEXICANOS: COROGÉNESIS EN TRES ETAPAS DE LARGA DURACIÓN¹

Federico Fernández Christlieb
Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México

La herencia cultural de México abreva en tres fuentes cuyos elementos se han ido combinando en los últimos cinco siglos. El país no se explica sin ellas, sin la historia de su dramática interacción y de la fusión desigual de muchos de sus ingredientes en un proceso de etnogénesis dinámica y constante. Este proceso supone la generación de nuevas identidades². La primera de estas fuentes culturales es, a su vez, producto de antiquísimas migraciones humanas y cambios ambientales: se trata de un mundo que evolucionó durante al menos 30 mil años en tierras americanas y que para sintetizar llamaremos localmente Mesoamérica³.

La segunda fuente que debemos entender para hablar de México es la que comenzó a intervenir sobre la primera a partir de 1519: se trata de aquella que, procedente de España, irrumpió violentamente a través de la guerra, las epidemias y la evangelización forzada de los habitantes de Mesoamérica, y a la que llamaremos para simplificar el Viejo mundo⁴, pero que se aclimata en lo que se conoció como la Nueva

¹ Trabajo elaborado con apoyo del proyecto PAPIME/DGAPA/UNAM PE303020.

² Jonathan D. Hill (ed.), *History, power and identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, Iowa, University of Iowa Press, 1996. Charles C. Mann, *New Revelations of the Americas Before Columbus*. Nueva York, Knopf, 2005.

³ El término fue acuñado por Paul Kirchhoff en 1943 para diferenciar un área que abarcaba parte de México y de otros países de Centroamérica y que presentaba muchas características culturales comunes (Paul Kirchhoff, "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Suplemento de la revista Tlatoani*, n° 3, 1969 [1943], p. 2-12). Desde entonces esta definición regional ha sido ampliamente aceptada y complementada con aportaciones de diferentes autores.

⁴ Viejo mundo es una de las denominaciones que sintetiza a la cultura de Europa Occidental y el ámbito mediterráneo en el paso del siglo xv al xvi. En ese momento Américo Vespucio acuñó el término opuesto, es decir: *Mundus Novus* (Nuevo mundo) para denotar las tierras cartografiadas por Martin Waldseemüller y que constituyen un continente diferente de Asia, entonces desconocido para los europeos (Martin

España. Esta fuente brotó desde la península Ibérica, pero acarrea consigo otra historia de al menos 40 milenios que era el producto de incontables migraciones y combinaciones tanto genéticas como culturales en medios físicos que también evolucionaron⁵.

Finalmente, la tercera gran fuente en la que ha bebido México para ser lo que es, brotó desde el siglo XIX pero inundó de manera determinante los ambientes locales durante el siglo XX: se trata de la influencia estadounidense que ha formateado en mayor o menor medida las otras dos, dependiendo de las regiones y del tipo de actividades que emprendan los mexicanos. Los Estados Unidos son, a su vez, un producto generado en América con ingredientes europeos y con un entorno natural de considerable versatilidad en donde, sin embargo, no se puede decir que los grupos indígenas hayan sido tomados en cuenta. Para los mexicanos, la oleada cultural que viene de Norteamérica es un segundo baño de occidentalización.

Para el análisis político seguramente hay otros periodos que marcan la historia de México, pero para el estudio geográfico esos son los tres más visibles que han dejado huella en el espacio. Hablaremos de estas tres fuentes en tres etapas evolutivas que han moldeado los paisajes mexicanos. Para ello emplearemos dos conceptos metodológicos valiosos en las disciplinas geográficas. El primero es el concepto mismo de “paisaje” y el segundo el de “corogénesis”. Cabe subrayar que el análisis que permite distinguir estas tres etapas se sustenta en el *enfoque cultural en geografía*. Empecemos por definir este enfoque y los dos conceptos mencionados.

El enfoque cultural en geografía se desprende de lo que alguna vez se llamó Geografía cultural. Uno y otro término no son sinónimos. La “Geografía cultural” fue enunciada por primera vez por Carl O. Sauer en 1931 y refería al estudio de la “cultura material que confiere su carácter a un área determinada”⁶. Ponía énfasis en los objetos, las técnicas y las herramientas con las que los habitantes de tal área modificaban su entorno imprimiéndole una huella singular. También le

Waldseemüller, *Introducción a la cosmografía y las cuatro navegaciones de América Vespucio*, trad., estudio introductorio y notas de M. León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007 [1507]). Los conceptos tanto de Viejo mundo como de Nuevo mundo se hicieron muy útiles para estudiar la naturaleza y la cultura tan diferentes en cada hemisferio.

⁵ Jared Diamond, *Guns, Germs and Steel. A short History of Everybody for the Last 13.000 Years*, Surrey, Gran Bretaña, Vintage, 1997. Roger Osborne, *Civilization. A New History of the Western World*, Londres, Vintage, 2006.

⁶ Carl Sauer, “La Geografía Cultural”, en Josefina Gómez Mendoza, Julio Muñoz Jiménez y Nicolás Ortega Cantero (dir.), *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza Universidad, 1982, p. 350.

interesaba rastrear cómo esos conocimientos se habían dispersado por el espacio. Este geógrafo hizo su trabajo de campo y sus más conocidos descubrimientos en el noroeste de México⁷. Dado que en cada área estudiada estos saberes y estos materiales usados por humanos adquirirían formas diferentes, Sauer apeló a la noción de cultura.

En los años 1980, otros geógrafos criticaron a Sauer señalando que no bastaba con diferenciar la cultura material en las distintas áreas geográficas, sino que convenía además identificar sus significados y sobre todo los conflictos que revelaba. Según ellos⁸, la materialidad del paisaje hablaba de una correlación de fuerzas entre los diferentes actores económicos de la sociedad. También simbolizaba la orientación política de las intervenciones sobre el terreno, así como de la atribución de roles de género, de edad o de clase, entre otros. En realidad, esta Geografía cultural no era concebida como una rama nueva de las ciencias geográficas sino como una manera más crítica de analizar el paisaje.

El paisaje no es solo morfología sino también representación⁹. Así, pues, más que hablar de la Geografía cultural como un área epistemológica, conviene hablar hoy en día de un enfoque cultural en geografía¹⁰. Este enfoque, en mi opinión, debe guardar tanto la lectura del paisaje en su composición de objetos y acciones que revelan una cierta cultura material, como los significados que representa y que le son otorgados por el observador al paisaje biofísico. Los críticos de Sauer tenían razón en que es posible observar, en el paisaje, la materialización de las inequidades sociales.

En este contexto, el concepto de “paisaje” resurge con fuerza porque se le define como un espacio en donde se hacen legibles prácticamente todas las intervenciones humanas sobre el ambiente natural y donde se pueden detectar los beneficiarios del ordenamiento del territorio, así como del dominio de la cultura material. También se hacen visibles en él los constantes fenómenos telúricos y climáticos, pero

⁷ Carl Sauer, *Aztatlán*, México, Siglo XXI, 1998. Carl Sauer, *Agricultural Origins and Dispersals*, Nueva York, George Grady Press, 1952.

⁸ Denis E. Cosgrove, *Social formation and Symbolic Landscape*, Londres y Sydney, Croom Helm, 1984. James S. Duncan, *The city as a text: the politics of landscape interpretation in the kandyan kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. Peter Jackson, *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, Londres/Nueva York, Routledge, 1995.

⁹ Don Mitchell, “Landscape”, en David Atkinson, Peter Jackson, David Sibley y Neil Washbourne (dir.), *Cultural Geography: a Critical Dictionary of Key Concepts*, Londres/Nueva York, Tauris, 2007.

¹⁰ Paul Claval, “¿Geografía Cultural o abordaje cultural en Geografía?”, en Perla Zushman, Rogério Haesbaert, Hortensia Castro y Susana Adamo (dir.), *Geografías culturales. Aproximaciones, intersecciones y desafíos*, Buenos Aires, Editorial Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011, p. 293-313.

siempre en una estrecha relación con los pobladores del lugar. El paisaje se construye y se modifica en lapsos de larga duración, igual que la cultura, y esta queda impresa en aquel¹¹. La cultura de los pueblos no solo queda explícita en sus objetos materiales, sus técnicas y sus herramientas, sino también en una serie de aspectos intangibles como la lengua, las creencias, los ritos, los temores, los valores, en fin, toda su cosmovisión. En lapsos cortos es imposible saber si una pequeña construcción material (digamos, un puente, un templo o un sembradío) tendrá una repercusión o un giro en la cultura de los pobladores. Para saberlo hay que esperar el paso del tiempo y detectar cambios en esa cosmovisión. Estos cambios pueden generar la aparición de una nueva cultura que se desmarca de la anterior, como sucedió en México cuando los españoles llegaron a Mesoamérica.

Puesto en otras palabras, el primer viaje de Colón, que culmina la mañana del 12 de octubre de 1492, no es un hecho que modifica la cultura de los habitantes de Guanahaní. Muy probablemente, por la tarde de ese día, ellos hicieron lo mismo que la tarde anterior antes de avistar las carabelas de Colón. En cambio, puesto en la larga duración, el episodio de la llegada de europeos a la costa de un archipiélago que no conocían, tuvo una repercusión cultural definitiva no solo en los aldeanos de Guanahaní y los marineros que acompañaban al navegante genovés, sino en todos los habitantes del planeta en los siglos por venir. El proceso que inició ahí es uno de los que han transformado los paisajes de América (y del Viejo mundo) de una manera indudable. A partir de este hecho, nacerán nuevas culturas que se diferencian de Europa y de Mesoamérica precolombina. Como ya señalamos, el fenómeno del nacimiento de nuevas culturas ha sido llamado etnogénesis por diversos autores¹².

Etnogénesis refiere a la generación de nuevas “etnias”, de nuevas culturas. Esto es lo que sucedió en México durante el siglo XVI: na-

¹¹ La referencia primera, desde luego, es Fernand Braudel (“La longue durée”, *Annales*, octubre-diciembre, 1958, p. 725- 753.). No obstante, la historiografía y la geografía cultural mexicanas han retomado con razón el análisis de larga duración. Véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Cómo abordar una historia de las culturas subalternas en México”, en Gilberto Giménez (ed.), *El retorno de las culturas populares en las ciencias sociales*, p. 51-81, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 2017.

¹² Bella Bychkova-Jordan y Terry G. Jordan-Bychkov, “Ethnogenesis and Cultural Geography”, *Journal of Cultural Geography*, 21(1), 2005, p. 3-17. Jonathan D. Hill (dir.), *History, power and identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492- 1992*, Iowa city, University of Iowa Press, 1996. Federico Navarrete, *Las relaciones interétnicas en México*, México, UNAM, 2004. Eugene E. Roosens, *Creating Ethnicity: The Process of Ethnogenesis*, Thousand Oaks, CA, EE. UU., Sage Publications, Inc., 1989.

cieron nuevas culturas que, si bien contaban con elementos mesoamericanos y europeos, tenían rasgos nuevos que las hacían extrañas e incompatibles con las culturas previas a ese siglo, tanto del punto de vista material como del simbólico. Ahora bien, toda cultura reclama un lugar. Cuando se genera una nueva cultura a través de hechos históricos verificables, simultáneamente suele generarse un nuevo espacio que le da lugar¹³. A la generación de nuevos lugares asociados a las nuevas culturas la llamamos corogénesis, aunque hay quien la ha llamado también topogénesis¹⁴.

La pregunta que guía este texto es la siguiente: ¿cuáles son las grandes etapas históricas de transformación cultural que se pueden reconocer en los paisajes mexicanos? Así, este capítulo tiene como objetivo señalar las tres grandes etapas corogenéticas en México que dieron lugar a tres distintas familias de paisajes materiales y culturales. No es que no haya habido corogénesis antes de la llegada de los españoles o que no la haya en este momento. La corogénesis, como la etnogénesis, son procesos dinámicos y permanentes, pero su estudio requiere establecer una periodicidad basada en rasgos predominantes. Por eso hablaremos de la corogénesis que se revela en los tres principales momentos del paisaje mexicano con el riesgo de simplificar mucho en aras de la brevedad. En el primer apartado describiremos la primera gran fuente de la cultura mexicana: un universo que se fue materializando en los paisajes previos a 1521. Representaremos esta etapa con el término genérico de “*altepetl*” para denotar esos paisajes. En el segundo apartado hablaremos someramente de la irrupción de un segundo universo cultural en el primero a partir de la llegada de los europeos a Mesoamérica; aquí emplearemos el concepto “pueblos” para representar esos paisajes coloniales. En el último apartado hablaremos de la paulatina penetración de una nueva fuente cultural que provino de los Estados Unidos, país con el que México tiene una relación inevitable y para referiremos a sus paisajes hemos escogido representarlos con el término de “ciudades”.

¹³ René Ceceña Álvarez, “Historia y geografía. El fundamento epistémico de su complementariedad epistemológica”, en Boris Berenzon-Gorn y Georgina Calderón-Aragón (dir.), *Coordenadas sociales. Más allá del tiempo y el espacio*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2005, p. 223-248.

¹⁴ Federico Fernández-Christlieb, “Corogénesis”, en Federico Fernández-Christlieb y Pedro S. Urquijo-Torres (dir.), *Corografía y escala local. Enfoques desde la geografía cultural*, p. 99-116, Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM, 2012. Nicoletta Isar, “Chorography- A Space for Choreographic Inscription”, *Bulletin of the Transilvania University of Brasov*, vol. 2, n° 51, 2009, p. 263-268. Angelo Turco, “Topogenèse: la généalogie du lieu et la constitution des territoires”, en Martin Vanier (dir.), *Territoires, territorialité, territorialisation: controverses et perspectives*, Rennes, Université de Rennes, 2007, p. 37-44.

El “*altepetl*” como el paisaje de Mesoamérica (hasta 1521)

A diferencia del Viejo mundo, y más específicamente, de África, el *homo sapiens* no evolucionó en América junto a la vegetación, la fauna ni los eventos tectónicos o climáticos. Todo el medio natural fue descubierto poco a poco por esas bandas de cazadores-recolectores que se fueron adentrando al continente hace más de 30 mil años, con lo cual probablemente vivieron el final de la última glaciación¹⁵. A pesar de haber llegado a un medio que ya tenía una geología, una fauna y una flora de millones de años de interacción, se puede decir que este lapso es lo suficientemente significativo como para pensar que la cultura y la natura se fueron modificando simultáneamente. Ciertas reglas básicas nos permiten ordenar nuestros razonamientos hacia una inferencia de cómo pudo ser la percepción y la apropiación del paisaje desde el periodo formativo de Mesoamérica hasta el periodo Posclásico, es decir, para el tiempo que va del 1500 a. de C. hasta el año 1521.

- La primera regla consiste en describir los aspectos biofísicos y de cultura material que son más evidentes.
- La segunda, en darles contexto para leer en ellos el significado aproximado al que le dieron sus pobladores. Es decir: comprender lo que representan esos aspectos materiales de origen natural o artificial para la población local.
- La tercera regla consiste en hacer cortes temporales (como si se tratase de identificar los horizontes del suelo que marcan épocas distintas) y abstraerse de aquellos objetos, técnicas o herramientas que pertenecen a un periodo que no es el que nos interesa.

Dentro de cada época se debe nuevamente contextualizar la cultura material para ver si los objetos, incluso los mismos de épocas pasadas, con el correr de los años representan significados nuevos. Esta es una propuesta metodológica que formulamos a partir del trabajo de varios investigadores que han hecho algo parecido en casos muy diversos. Dos geógrafos ejemplifican tácitamente este procedimiento: James Duncan, mediante su hipótesis de que el paisaje puede ser leído para encontrar información cifrada sobre las relaciones políticas de los miembros de una sociedad, en su caso el Reino de Kandy en Sri Lanka, y Kenneth Olwig, con su trabajo sobre el concepto de paisaje como pacto social entre las comunidades de la península de Jutlandia en el

¹⁵ Ciprian Ardelean, Lorena Becerra-Valdivia y Eske Willersev, “Evidence of human occupation in Mexico around the Last Glacial Maximum”, *Nature*, 584, 2020, p. 87-92.

siglo XIV¹⁶.

Para el caso de esta gran etapa de la historia de los paisajes mexicanos, Alfredo López Austin narra, en el segundo capítulo del presente libro, la conformación del paisaje vista por los pobladores de Mesoamérica. Se trata de un paisaje en donde todas las fuerzas y todos los objetos de la naturaleza, incluidos los humanos, tienen un alma caprichosa en constantes componendas con una infinidad de divinidades diurnas y nocturnas. El lector moderno debe entender esta relación mágico-religiosa entre los habitantes de Mesoamérica y su medio biofísico gracias al trabajo de unas cuatro décadas por parte de este autor¹⁷. Determinar cómo se alimentan los habitantes, por ejemplo, es un hilo conductor en cualquier investigación sobre el paisaje, pero lo es más en un medio casi prístino donde los cazadores-recolectores sobrevivieron y concibieron explicaciones sobre lo que comían y bebían. Domesticar algunas plantas y animales fue el primer paso para domesticar el paisaje, para traerlo a sus aldeas sedentarias y reducirlo a figuras de cerámica que replicaban a los cerros donde hallaban comida y los manantiales en donde bebían.

Las fuentes a las que podemos acudir en el trabajo de campo no son pocas. Obviamente que la mayoría de los objetos materiales de los siglos previos al XVI fueron destruidos o están ocultos bajo la nueva urbanización en algunas regiones, pero en otras, la geografía indígena sigue siendo legible. Por un lado, tenemos la toponimia, que en ocasiones es una suerte de micro descripción de un lugar¹⁸, y por otro, tenemos los reportes de los arqueólogos que nos permiten conocer cómo era la arquitectura y la ubicación de los edificios que fueron construidos en materiales durables. También gracias a ellos podemos saber qué comían, cómo obtenían su alimento, y que ideas tenían respecto a la vida y la muerte. Datos fundamentales, como la demografía y la capacidad de carga de un valle, también han sido calculados por diversos estudiosos. En este punto, la labor de los arqueoastrónomos es fundamental

¹⁶ James S. Duncan, *The city as a text: the politics of landscape interpretation in the kandyen kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. K. R. Olwig, *Landscape, Nature, and the Body Politic*, Madison Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2002.

¹⁷ Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1989. Alfredo López Austin, "Los mexicas y su cosmos", en Eduardo Matos Moctezuma (dir.), *Dioses del México antiguo*, México, Antiguo Colegio de San Ildefonso, p. 20-29, 1995.

¹⁸ Miguel León Portilla, "Estratigrafía toponímica. Lengua y escritura", *Arqueología Mexicana*, 70, 2004, p. 26-31.

pues nos dicen cómo estaban orientados los templos y qué fenómenos celestes eran relevantes en su calendario agrícola, vinculando así cielo y tierra¹⁹. El cielo siempre es parte del paisaje.

México está clasificado por los especialistas del medio biofísico en diversas regiones ambientales, pero, para efectos de este capítulo, nos interesa señalar dos macro regiones geohistóricas: la zona al sur del trópico de cáncer, que no es una línea recta, sino que oscila dependiendo de la altitud sobre el nivel del mar (entre otros factores), y la zona al norte de esa línea. En la parte meridional se presentan lluvias en verano que irrigan dos llanuras costeras de variable extensión, dos cordilleras (sierras Madre oriental y occidental, con un promedio de unos 2000 msnm), y varias cadenas montañosas igualmente elevadas, pero menos largas, donde la humedad es importante aún en época de secas. En esta parte meridional la flora y la fauna son abundantes y megadiversas. En la parte septentrional se localizan áreas desérticas en algunas de las cuales no llueve sino rara vez en el año, con excepción de las dos sierras madres que van a lo largo de toda Norteamérica y que albergan también una importante biodiversidad. La primera macro región casi coincide con la demarcación cultural conocida como Mesoamérica. La segunda ha sido llamada por los historiadores Aridoamérica.

Las bandas de cazadores-recolectores probablemente avanzaron durante siglos hacia el sur siguiendo diversas rutas, generalmente paralelas a las montañas Rocallosas y las sierras Madre. Una de estas rutas debe haber sido por la llanura costera del Golfo de México, desde donde ascendieron al altiplano por los valles de ríos como el Bravo, el Pánuco o el Papaloapan. El altiplano mexicano es una extensión relativamente plana (con unos 1000 msnm de altitud promedio) delimitada por las dos sierras Madre. Esas bandas humanas domesticaron algunas especies como la calabaza, el frijol y el chile, aunque la domesticación del maíz fue la que les sugirió asentarse definitivamente. La etnogénesis en el territorio de lo que hoy es México fue profusa y generó distintas regiones prehispánicas de gran arraigo²⁰. No obstante, López Austin ha sido también un promotor de la noción de “núcleo duro” en Mesoamérica, la cual destaca que, en medio de la diversidad, existieron características comunes en una suerte de cosmovisión compartida o de

¹⁹ Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (dir.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, Mexico, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1991. Jesús Galindo Trejo, “La astronomía prehispánica como expresión de las nociones de espacio y tiempo en Mesoamérica”, *Ciencias*, 95, 2009, p. 66-72.

²⁰ Bernardo García-Martínez, *Las regiones de México. Breviario geográfico e histórico*, México, El Colegio de México, 2008.

categorías de entendimiento entre comunidades. Este núcleo es el conjunto de elementos de la cosmovisión que han tenido una gran resistencia al cambio²¹. Dicho de otro modo: estamos ante la generación de una cultura mesoamericana compartida por todas las etnias y en todas sus regiones internas, más allá de las profundas diferencias (por ejemplo, de idioma) que innegablemente existieron.

A los ojos de los habitantes originarios de Mesoamérica, los paisajes son temibles; están llenos de seres naturales y sobrenaturales cuyas acciones y omisiones están conectadas con las de los humanos. El día y la noche o la vida y la muerte se explican por una serie de complejos mitos arraigados en el paisaje que aparentemente lo gobiernan todo. En cambio, a los ojos de los españoles que desembarcaron en las Antillas y luego se adentraron en tierras continentales de Mesoamérica, los paisajes indígenas eran leídos de otra manera. Como suele suceder, los conquistadores interpretaron de modo distinto la misma realidad material que ambos grupos tenían ante sí en el paisaje.

Los estudiosos de esa época de contacto entre Mesoamérica y Europa tenemos que confiar en ambas interpretaciones para tener una idea más completa de los paisajes. Nosotros también somos producto de la etnogénesis. Por tanto, echamos mano de fuentes tanto prehispánicas como coloniales y, en particular, los geógrafos revisamos también el trabajo de los historiadores que ya han acudido a tales fuentes primarias. Como dijimos con anterioridad, nos interesa conocer dos aspectos: el primero es cómo era físicamente el paisaje y sus objetos materiales en tiempos prehispánicos, y el segundo es cómo eran interpretados por sus habitantes en ese momento. Afortunadamente, hay muchas fuentes que nos hablan de la organización de los habitantes de Mesoamérica en unidades políticas y ecológicas que en la lengua náhuatl eran llamadas *altepetl*²².

²¹ Alicia Barabas (dir.), *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México*, vol. I, México, INAH, 2003. Alfredo López-Austin y Leonardo López-Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2009.

²² Kenneth G. Hirth, "The Altepetl and Urban Structure in Prehispanic Mesoamerica", en W. T. Sanders, A. G. Mastache y R. H. Cobean (dir.), *El urbanismo en Mesoamérica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Pennsylvania State University, 2003. Jack A. Licate, *Creation of Mexican Landscape: Territorial Organization and Settlement in the Eastern Puebla Basin, 1520-1605*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981. Geoffrey G. McCafferty, "Altepetl: Cholula's Great Pyramid as "Water-Mountain"", en L. Steinbrenner, B. Cripps, M. Georgopoulos y J. Carr (dir.), *Flowing Through Time: Exploring Archaeology through Humans and their Aquatic Environment*, Calgary AB, University of Calgary, 2008, p. 20-25. Xavier Noguez,

El *altepetl* es la comunidad de personas además de su territorio. Cuando los españoles vieron esas comunidades formadas por casas y algunos espacios públicos, como el mercado o el templo, decidieron llamarlas “pueblos”, palabra que reflejaba felizmente tanto la parte demográfica (pueblo) como la parte urbanística (pueblo). Ambos datos eran cuantificables: tanto el número de pobladores como el número de casas y de barrios. El componente del *altepetl* que escapó a la lectura de los españoles fue el de los simbolismos detrás de las formas materiales. En una lectura europea, el *altepetl* era un puñado de casas dispersas, separadas a veces decenas o cientos de metros unas de otras y emplazadas en cañadas y laderas de difícil acceso (Lockhart, 1992). Detrás de ese lugar seleccionado por los indígenas de acuerdo a su percepción del paisaje y a su funcionamiento (en particular por su fácil acceso a los recursos), los españoles no vieron otra cosa que salvajes escondidos tras la vegetación a los que era menester civilizar.

Esos salvajes que sacrificaban humanos y no conocían al Dios de los cristianos, fueron asociados más con las “bestias” que con los hombres europeos que los conquistaban. Para civilizarlos fue necesario urbanizarlos, es decir, “meterlos en traza y policía de calles”²³. Sin embargo, los mismos conquistadores vieron en otros *altepetl*, como el de México Tenochtitlan, a impresionantes ciudades equiparables con Roma o Constantinopla. Dado que la capital del imperio de los mexicas era una concentración urbana con alto número de pobladores, ahí sí, los españoles vieron una civilización, aunque fuera pagana. Los mexicas no podían ser bestias si acaso habían logrado construir esos edificios de impresionante tamaño y geometría. Además, coincidían con ellos en que valoraban la guerra, el oro y las tierras.

Para los habitantes rurales de cualquier *altepetl*, sus casas dispersas en una ladera montañosa tenían la misma vinculación entre ellas

Altepetl, en *Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 12-13. Marcelo Ramírez-Ruiz y Federico Fernández-Christlieb, “La policía de los indios y la urbanización del altepetl”, en Federico Fernández-Christlieb y A. J. García-Zambrano (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica / Instituto de Geografía UNAM, 2006, p. 114-167. Cayetano Reyes García, *El Altepetl, origen y desarrollo: construcción de la identidad regional náhuatl*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000. Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., México, CONACULTA, 2000. John Edward Staller (dir.), *Pre-Columbian Landscapes of Creation and Origin*, New York, Springer, 2008. Camilla Townsend, “Glimpsing Native American Historiography: The Cellular Principle in Sixteenth-Century Nahuatl Annals”, *Ethnohistory*, vol. 56, n° 4, 2009, p. 625-650.

²³ Marcelo Ramírez-Ruiz y Federico Fernández-Christlieb, “La policía de los indios...”, art. cit.

que las casas de los populosos barrios urbanos de Tenochtitlan. En ambos casos, los habitantes estaban ligados a su respectivo *altepetl* por vínculos de sangre, por la devoción hacia un dios tutelar, por la identificación con su paisaje físico y por un oficio común que compartían con todas las familias de un *calpolli* o barrio²⁴. Tenían, además, una historia común frecuentemente ligada a una migración colectiva que reforzaba la identidad del *altepetl*, de modo que estos eran unidades culturales, políticas, económicas y ecológicas. Esta unión entre los miembros de un *altepetl* era evidente para todo ellos; era un asunto no solo de organización política y de lealtad sino de sobrevivencia. El *altepetl* es un paisaje con toda su complejidad social y natural.

La primera etapa histórica del paisaje mexicano representado por el *altepetl* finaliza cuando los conquistadores españoles y sus aliados, los guerreros tlaxcaltecas, destruyen Tenochtitlan y Tlatelolco terminando con la preminencia de una forma de vida²⁵. Esto ocurre el 13 de agosto de 1521. Después de esa fecha, los valores hegemónicos para dar forma al paisaje cambiaron para siempre.

El “pueblo” como el paisaje de la Nueva España (1524-1861)

En 1522, Hernán Cortés decide establecer la capital colonial sobre las ruinas de Tenochtitlan y empieza la reconstrucción con el diseño de una primitiva catedral. Entre 1524 y 1535, se desarrolla un plan *in situ* para trazar sobre esas ruinas la nueva ciudad de México, un portento de geometría regular superpuesto a las calzadas y canales de la ciudad vencida²⁶. Esta será el símbolo del nuevo paisaje en donde no tienen cabida los indígenas derrotados; ellos son expulsados a vivir en las parcialidades, es decir, en los barrios periféricos de la nueva urbe.

En los años siguientes se puede constatar, en casi todo el territorio virreinal, la gran ruptura paisajística que abrió en el tránsito del *altepetl* al “pueblo”. En su momento fue una simple traducción consignada tanto por Sahagún como por Molina, entre muchos otros curiosos,

²⁴ Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987. James Lockhart, *The Nahuas after the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteen Centuries*, Stanford, California, Stanford University Press, 1992.

²⁵ Miguel León Portilla, *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

²⁶ Lucía Mier y Terán Rocha, *La primera traza de la Ciudad de México 1524-1535*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana, 1979.

que se adentraron en la cultura que habían aplastado²⁷. Todo *altepetl* se convirtió en un pueblo, o acaso en una ciudad si su talla ameritaba llamarla como tal. Se buscaron equivalencias occidentales para explicarse realidades geográficas autóctonas. Así nació un reino que ya no estaba controlado por los mexicas ni por caciques regionales, sino por un virrey nombrado desde España. Sin embargo, el reino de la Nueva España, como se llamó, no era España. Difería en los datos básicos que constituyen un pueblo: la comida, la lengua, la historia, la cosmovisión y la interpretación de su paisaje. Esta fue la gran ruptura.

Para comprobar que estamos ante una corogénesis y no solo frente a adaptaciones menores en los espacios y en las actividades de los moradores del nuevo reino, tendremos que aplicar nuestras tres reglas para leer el paisaje en una duración lo suficientemente sostenida como para apreciar los cambios. En términos de cultural material y de datos cuantificables hubo cambios fuertes: el más notorio fue la merma demográfica. Dependiendo de la región de que se trate, en México, entre siete y ocho de cada diez personas perdió la vida debido a las epidemias de enfermedades importadas de Europa. Hubo *altepetl* que no pudieron ni transitar a ser pueblos porque se extinguieron sin dejar rastro. Otros hubieron de ser forzados a asentarse conjuntamente para que sus sobrevivientes fueran controlados y evangelizados. Con las fundaciones de esos pueblos, los españoles afirmaban haber “reducido” a los indios²⁸. La tristeza y el desamparo se apoderaron del ambiente y de las comunidades que se abandonaron a la derrota y en muchos casos al alcohol que antes estaba muy regulado.

Así, además de la reducción drástica de la población indígena, la cultura material de los siglos XVI y XVII está marcada por la introducción del ganado, una “plaga”, como la llamó Elinor Melville, compuesta de ovejas, cabras y vacas que alteraron la territorialidad a escala local en Mesoamérica²⁹. Entre los nuevos elementos del paisaje surgieron las bardas y las cercas que separaban las tierras de cultivo de los terrenos para apacentar a los animales. El pastoreo y la ganadería requirieron de llevar a cabo desmontes y generaron la apertura de claros en

²⁷ Alonso de. Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, México, Porrúa, 1555-1571 [2001]. Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, *op. cit.*

²⁸ Marcelo Ramírez-Ruiz, “Territorialidad, pintura y paisaje del Pueblo de Indios”, en Federico Fernández-Christlieb y Ángel Julián García-Zambrano (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 168-227.

²⁹ Elinor G. Melville, *Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México*, México, Fondo de Cultural Económica, 1999.

los bosques donde muchas veces empezó la erosión. Numerosos conflictos exigieron la intervención del rey de España para calmar los pleitos entre comunidades indígenas y vecinos españoles que habían solicitado ocupar las tierras aparentemente yermas. En realidad, estos espacios para la ganadería se hicieron en detrimento de las milpas³⁰ de los *altepetl* y de los bosques cercanos a los nuevos poblamientos. Estos poblamientos fueron una creación novedosa por cuanto es de su arquitectura y su urbanismo inéditos³¹.

Además de la Ciudad de México, los pueblos fueron el símbolo del paisaje mexicano en la época colonial. El típico pueblo mexicano, que todo viajero reconoce en nuestros paisajes contemporáneos, está centrado en una plaza cuadrangular y presidido por una iglesia o convento acompañado de un palacio de gobierno (municipal, por ejemplo) que alberga una cárcel; a veces frente a la misma plaza hay una casa de comunidad. Sobre la plaza se instala cada semana un mercado. Los habitantes del pueblo adquieren sus alimentos, su vestimenta y sus herramientas en él. Ese espacio abierto frente a la iglesia, donde reside el poder religioso del conquistador y frente al palacio donde reside el poder político, sirvió en un principio como camposanto y por tanto hay lápidas y cruces que ostentan fechas lejanas y unas aun recientes. Desde ese espacio central parten calles trazadas a cordel, es decir, rectilíneas al menos en sus primeras cuadras y orientadas paralela y perpendicularmente a las líneas de la plaza central, formando todas ellas una red de caminos domésticos a lo largo de los cuales están construidas las nuevas casas³². Los pueblos así trazados, con base en líneas y ángulos rectos, con edificios públicos armónicamente ubicados en los cuatro costados de la plaza de armas, aunque sean una idea occidental, no son pueblos de urbanismo europeo³³. Salvo excepciones, los pueblos en España tenían otra lógica urbana: eran producto de la Edad Media, y como tal, resultaban de una multitud de decisiones individuales o gremiales y su planta urbana no era otra cosa que una red de senderos petrificados

³⁰ Milpa es un concepto mesoamericano que refiere a una parcela sembrada con maíz y, frecuentemente, con frijol, calabaza y chile. Los suelos se equilibran con estos productos y no se agotan y procuran a los campesinos una buena dieta.

³¹ Carlos Chanfón-Olmos, *Historia de la arquitectura y del urbanismo en México*, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, 1997. George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Mario Sartor, *Arquitectura y urbanismo en Nueva España, siglo XVI*, México, Azabache, 1992.

³² Federico Fernández Christlieb y Pedro S. Urquijo Torres, "El *altepetl* nahua como paisaje: un modelo geográfico para la Nueva España y el México Independiente", *Cuadernos geográficos*, 59(2), 2020, p. 221-240.

³³ Fernando Chueca-Goitia, *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

que no observaban ninguna geometría regular; las plazas, por ejemplo, eran accidentes entre tres o cuatro calles que se cruzaban dejando un espacio vacío. No eran producto de la planificación, como las plazas de los pueblos mexicanos, peruanos o centroamericanos. El urbanismo hispanoamericano es la materialización de una geografía nueva³⁴. Estos pueblos nuevos son el producto que mejor ejemplifica un proceso de corogénesis. No obstante, los pueblos y sus tierras son, al mismo tiempo, una herencia de la territorialidad del *altepetl* puesto que en muchos casos conservaron sus linderos originales. En México, la mayoría de los pueblos son un enclave político colonial implantado dentro de regiones indígenas ancestrales.

Al interior de los pueblos, la arquitectura de las nuevas casas también revela el nacimiento de una nueva cultura. En los solares, también medidos a cordel, caben un par de habitaciones articuladas con una cocina. Los muros son de piedra o adobe y los techos de palma, y en este sentido no parecen diferenciarse mucho de aquellas en las que moraban en tiempos previos a la conquista. Cabe también una letrina, un huerto muy pequeño y corrales para dos especies de animales traídas de Europa como parte de los nuevos hábitos: en especial gallinas y cerdos. Estos últimos eran, además, parte de la propaganda cristiana que residía en alimentarse de manera distinta a los musulmanes y judíos con los que España tenía una ruptura explícita desde fines del siglo XV. En algunas regiones mexicanas, como Michoacán, la carne de puerco se instaló en la cultura de tal forma que hoy en día es inimaginable su identidad sin las carnitas o el chicharrón. En Michoacán, por cierto, al menos en la meseta purépecha, el tipo de casa que se construyó era la troje, una habitación de madera con un elegante pórtico labrado cuya fachada daba hacia el centro del solar doméstico. La troje también fue un elemento constructivo con raíces mesoamericanas asentado en pueblos coloniales.

El resto del paisaje de los pueblos eran sus antiguas tierras de cultivo y sus montes de donde obtenían infinidad de recursos tales como materiales de construcción, leña, hierbas medicinales, hongos, frutos, liebres y otros animales silvestres con fines de cacería³⁵. Después de la conquista, los montes y los manantiales que manaban en ellos habían sido el objeto de sistemáticos exorcismos. En las *Relaciones geográficas de Tlaxcala*, por ejemplo, se dibuja con claridad didáctica lo que

³⁴ Marcelo Ramírez-Ruiz, "Territorialidad, pintura y paisaje del Pueblo de Indios", art. cit.

³⁵ Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

pasa con los caciques que siguen visitando las cuevas y haciendo ofrendas a las deidades locales en los cerros: son castigados hasta la muerte enfrente de otros caciques³⁶. Esos parajes, que en tiempos previos a esta corogénesis habían sido sitios sagrados, ahora debían cambiar su signo: si bien seguían siendo sitios importantes por su carácter sobrenatural, el dueño de esos puntos del paisaje ahora se llamaba el demonio, y era asociado con todo el mal posible que pudiera ocurrirles a los habitantes locales.

Este modelo urbanístico fue la base de lo que fueron también las haciendas. Las haciendas coloniales son unidades productivas que constituyeron el núcleo laboral de territorios más vastos. Decenas de familias dependían de la economía de la hacienda que, a su vez, era conducida por un hacendado y por su familia que residían en la casa señorial ubicada en el corazón del complejo urbano, junto con la capilla, los almacenes, la tienda, los talleres y un huerto para consumo doméstico. El hacendado era un señor que disponía de las tierras de labor y que organizaba la producción que podía ser agrícola, minera o de transformación³⁷. La hacienda fue una institución que siguió viva más allá de la época virreinal y que simboliza las relaciones sociales de dependencia entre la mano de obra de extracción indígena y los señores hacendados de piel blanca. Leer en sus ruinas actuales el funcionamiento de una hacienda es posible, como lo han hecho diversos investigadores desde la arquitectura y la geografía³⁸. También se lee en sus espacios la relación de poder que establecieron los hacendados con sus peones.

Desde el punto de vista político, el régimen colonial en México duró tres siglos exactos. En 1821 un nuevo país obtuvo su independencia de España y erigió un Estado según su propia visión del mundo. Sin embargo, esa visión no era nueva ni tampoco tenía la pretensión de desvincularse culturalmente de Europa. Desde el punto de vista cultural, México siguió siendo un régimen colonial, pero ahora más opresor de la tradición mesoamericana e incapaz de admitir la idea de un Estado que fuera multinacional. Aunque la mitad de los habitantes hablara otra lengua distinta del castellano, y aunque tres

³⁶ René Acuña (dir.), *Relaciones Geográficas del siglo XVI*, México, UNAM, 1984-1987.

³⁷ Gisela von Wobeser, *La formación de la hacienda en la época colonial*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1989.

³⁸ Ikuo Kusuhara, *La tipología arquitectónica de la antigua hacienda mexicana y su relación con el clima del sitio*, tesis de doctorado, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2008. Virginie Thiébaud, "Paisajes cañeros de Veracruz en las décadas de 1930 y 1940. El desmantelamiento del complejo agroindustrial azucarero San Francisco, Lerdo de Tejada", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 37(148b), 2016.

cuartas partes de ellos vivieran en el campo, el nuevo México fue concebido por sus líderes como un país blanco, católico y urbano. Para hacerlo progresar, el mestizaje fue un discurso patriótico, no una posición social. En los hechos, la Reforma Liberal que emprendió el Estado mexicano en 1856 encontró en las comunidades indígenas y en la iglesia que los había sometido, dos enemigos a combatir³⁹. En consecuencia, todas las estructuras materiales que habían sostenido en el paisaje a los pueblos como entidades colectivas, fueron desconocidas y sustituidas por iniciativas que premiaban el esfuerzo individual. Las tierras de los pueblos empezaron a ser fragmentadas al tiempo que los bienes del clero eran desamortizados⁴⁰.

El fin de la segunda gran etapa del paisaje mexicano termina con otra barbarie destructiva en la ciudad de México: en 1861, los liberales vencen a los conservadores en la llamada guerra de los tres años y en unos cuantos meses, dirigidos por el gobernador del Distrito Federal, Juan José Baz, se lanzan a las calles de la ciudad de México a destruir iglesias y otras edificaciones controladas hasta entonces por el clero. Los bienes de la iglesia son afectados y muchos edificios quedarán reducidos a ruinas, entre ellos, los grandes conventos de San Francisco y San Agustín⁴¹. 1861 es un año de constantes demoliciones en la ciudad de México.

La “ciudad” como el paisaje de México (desde 1862)

En 1858 fue inaugurada la colonia de los Arquitectos, hoy colonia San Rafael, al oeste de la Ciudad de México. El título de “colonia” refería a una calidad urbanística superior a la de los “barrios”, que eran los asentamientos donde los españoles habían confinado a los indígenas urbanos durante la época virreinal. Estas nuevas urbanizaciones eran para colonos de clase alta que estaban cansados del casco antiguo de la ciudad donde ya se había instalado la *plebe* (como se referían despectivamente a los mestizos e indígenas) y donde las iglesias se habían transformado en circos, granjas, almacenes, escuelas o bibliotecas. Las familias de mejores economías buscaban ahora espacios más amplios

³⁹ Adriana Rodríguez Ávila y Marcelo Ramírez Ruiz, “El paisaje del pueblo de indios durante el siglo XIX”, en Marcelo Ramírez Ruiz y Federico Fernández Christlieb (dir.), *Paisajes y representación en el “pueblo de indios”*. Un estudio introductorio y seis casos, México, Instituto de Geografía, UNAM, 2020, p. 155-208.

⁴⁰ Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.

⁴¹ Guillermo Tovar y de Teresa, *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, vols. I y II, México, Vuelta, Espejo de obsidiana, 1991.

donde construir grandes residencias de arquitectura neoclásica⁴². La colonia de los Arquitectos anunció con transparencia lo que sería la nueva época de la geografía mexicana: tierras rurales serían urbanizadas con poca claridad legal. El caso de esta colonia es claro: con engaños, el ejido de la Horca fue expropiado ilegalmente por funcionarios del gobierno para fraccionar esas tierras y fundar una colonia moderna. Francisco Somera, entonces jefe de canales y de caminos del ayuntamiento, fue el funcionario que simbólicamente dio inicio a la etapa en donde la urbanización fue el proceso que marcó la cultura de México⁴³. Varias iniciativas de urbanización en la periferia rural de la capital dieron lugar a tantas otras colonias en las décadas siguientes. En 1862, cuando las demoliciones de conventos bajaron su ritmo, las primeras familias ya estaban instaladas en la colonia de los Arquitectos.

En los paisajes europeos del siglo XIX apareció la representación de la ciudad como si tuviese una calidad civilizatoria mayor a los pueblos rurales. La revolución industrial fue un fenómeno que modificó la vida y la cultura de las ciudades. Las desigualdades de la industrialización quedaron de manifiesto en el paisaje urbano. Friedrich Engels describió la penosa situación de la clase obrera en Inglaterra en 1845⁴⁴, en tanto Élisée Reclus describió, para 1885, la manera en que las máquinas, y los carburantes que estas necesitaban, transformaron la vida urbana imprimiendo un ritmo frenético a la producción soportada por los obreros y sus paupérrimas familias que respiraban humo en los barrios obreros⁴⁵.

No obstante, la clase política que gobernó México durante este siglo tardó en impulsar ese tipo de progreso material porque la guerra de independencia contra España había dejado un país débil y muy desordenado, y porque dicha nación quedó a merced de las ambiciones territoriales de otros estados poderosos: Francia fue uno de ellos. Los franceses condujeron dos agresiones militares contra México, una en 1838 y otra en 1861. Geopolíticamente, Francia siempre ha visto en México un territorio mediante el cual se pudiera limitar el poder mundial de los Estados Unidos de Norteamérica. Al mismo tiempo, con-

⁴² Federico Fernández Christlieb, *México, ville néoclassique. Les espaces et les idées d'aménagement urbain (1783-1911)*, París, L'Harmattan, 2002.

⁴³ María Dolores Morales Martínez, "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos", en Alejandra Moreno Toscana (dir.), *La ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, México, SEP, INAH, 1978, p. 189-200.

⁴⁴ Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Marxist Internet Archive Publications, 2019 [1845].

⁴⁵ Élisée Reclus, *El hombre y la Tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

frontaciones violentas entre conservadores y liberales mexicanos hicieron que no hubiera un gobierno estable en muchas décadas. El XIX fue un siglo clave para la competencia entre un país que declinaba (Francia) y otro que emergía con gran energía (Estados Unidos). Los estadounidenses no dudaron en ocupar los espacios que los mexicanos no podían defender y así se hicieron, primero de Texas en 1835, y después de la mitad de los territorios de México tras una invasión militar en donde fue tomada hasta la Ciudad de México en 1846.

Friedrich Ratzel visitó México entre 1874 y 1875. Este geógrafo calculó la composición de la población en un 48 por ciento de mestizos, 40 por ciento de indios y 12 por ciento de blancos, con una “porción insignificante de negros”⁴⁶. Era todavía un país predominantemente rural e indígena que después de medio siglo de independencia aún no estaba cohesionado. El gobernante clave que pacifica México con mano de hierro y que impulsa la urbanización y el equipamiento industrial fue Porfirio Díaz; lo hizo de la mano del poder de los estadounidenses y del saber de los franceses. Díaz gobernó entre 1876 y 1911. Para las clases dirigentes en México, las grandes ciudades modernas de los países industrializados se convirtieron en un deseo: París, Londres o Washington devinieron modelos culturales desde fines del siglo XIX. Guillermo Prieto o Justo Sierra son buenos ejemplos de la élite que aspira a perfeccionar la occidentalización de México. El primero viajó a los Estados Unidos y sus descripciones de Nueva Orleans o de Nueva York muestran un sostenido deslumbramiento por la arquitectura y la organización social (Prieto, 1993). El segundo viaja a Barcelona y describe el ensanche urbano que permitió extender el puerto medieval hacia las planicies mediante una red ortogonal de calles que cortaban las esquinas en *pan coupé*⁴⁷. La ciudad de México, durante el siglo XIX y principios del XX, fue objeto de intervenciones arquitectónicas y urbanísticas cuyos modelos se originan en la imitación de las ciudades europeas que también estaban en transformación⁴⁸. Así, nacieron las actuales colonias Juárez, Cuauhtémoc, Roma, Condesa y Del Valle, entre muchas otras.

La Revolución mexicana es vista como un golpe de timón entre la dictadura y la democracia mexicanas. El combate revolucionario fue dirigido contra las políticas europeizantes del régimen de Díaz y resolvió en buena medida el problema de la discriminación oficial de los

⁴⁶ Friederich Ratzel, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874 y 1875*, México, Herder, 2009 [1878].

⁴⁷ Justo Sierra, *Obras completas 1867-1912*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

⁴⁸ Federico Fernández Christlieb, *México, ville néoclassique...*, op. cit.

pueblos indígenas. La nueva narrativa estatal no los consideró el lastre de la colonia sino el fundamento de la nación mestiza. Este discurso fue acompañado, en las siguientes décadas, de una política de Reforma agraria y del consecuente reparto de parcelas entre campesinos, lo que permitió a los pueblos retomar cierto control sobre sus propias tierras y en muchas regiones terminó con la hacienda como un núcleo económico y territorial de carácter despótico. El ejido fue una figura territorial de primera importancia pues permitió que la gente del campo heredara a sus hijos la parcela sin posibilidad de enajenarla garantizando con ello su subsistencia. El campo respiró gracias a los apoyos que concibió el presidente Lázaro Cárdenas en la década de 1930, entre los que figuraban los créditos para los ejidatarios y las campañas de alfabetización y educación en el medio rural. Sin embargo, en esos mismos años, la atracción por la vida urbana como sinónimo de progreso social se consolidó tanto entre los funcionarios del gobierno revolucionario como entre los empresarios de la iniciativa privada.

Esos son los años en los que las ciudades comienzan a equiparse con agua potable, luz eléctrica, alcantarillado y galerones fijos para mercados en los que la población pudiera comprar sus alimentos cotidianamente. Se fundan la Comisión Federal de Electricidad, el Instituto Politécnico Nacional y Petróleos Mexicanos, instituciones del Estado que dibujaban un destino industrial y urbano. Si bien PEMEX fue el resultado de la nacionalización (en 1938) de la industria petrolera en manos de corporaciones entre las que figuraban varias estadounidenses, lo cierto es que la discordia por ese conflicto terminó tan pronto como México apoyó (en 1942) a los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Este evento bélico, centrado en Europa, benefició económicamente a México y reforzó las correas que lo ligaron con su vecino del norte. A partir de ese momento, en el campo mexicano se construyeron más carreteras y presas hidroeléctricas que daban servicio a las ciudades y en estas se levantaron hospitales, escuelas y fábricas que le hicieron la vida más amable a sus habitantes y crearon fuentes de empleo sin par en todo el país. Guadalajara, Monterrey y la Ciudad de México crecieron en superficie y en población, mucha de la cual provenía de migraciones rurales hacia la periferia de estas urbes. “En 1965, entre las tres aportaban el 69% de la producción industrial”⁴⁹.

Entre 1930 y 1970, la población de México pasó de 15 a 63 millones, y la de la capital del país creció en una proporción mayor: de 1 a casi 7 millones de habitantes. Una de las infraestructuras materiales que mejor reflejan el sacrificio del campo en favor de la ciudad, es el

⁴⁹ Luis Aboites Aguilar, “El último tramo, 1929-2000”, en Pablo Escalante Gonzalbo *et al.* (dir.), *Nueva historia mínima de México*, México, Colmex, 2005.

entubado de agua desde la cuenca del río Lerma (que fluye naturalmente hacia la vertiente del Pacífico), para desviarla en dirección de la cuenca de México. Con ello, millones de litros fueron trasvasados de una cuenca hidrológica a otra para saciar la sed de la población capitalina en perjuicio de áreas rurales del occidente de México. Una vez usadas, esas aguas eran trasvasadas de nuevo, ahora a la cuenca del río Tula (que fluye hacia la vertiente del Golfo), a través de una de las obras hidráulicas más impresionantes en la historia del país: el Drenaje profundo de la Ciudad de México, inaugurado en 1970. Cabe recordar que, durante todos esos años de vida republicana, la capital del país tenía la calidad de Distrito Federal, de modo que, a pesar de ser la ciudad más poblada de México, era también la única en donde el enorme presupuesto no era revisado por un poder legislativo local y ni siquiera el gobernante mayor del Distrito Federal era electo por la población sino impuesto por el presidente de la República.

En las grandes ciudades mexicanas (y en algunas ciudades medias como León, Puebla, Pachuca, Toluca, Cuernavaca, Morelia o Oaxaca), había concentración de gente, de recursos financieros y de servicios. Mientras tanto, los municipios rurales dejaron de recibir financiamiento y se convirtieron en un archipiélago de sitios dependientes de la sede política de cada estado de la federación. La declaración revolucionaria del “municipio libre”, que parecía tan lógica para reorganizar el país en unidades locales, se convirtió en una política de desinterés por las estructuras sociales cercanas al pueblo. Para salvarse, millones de campesinos incrementaron durante el siglo XX la migración ilegal a los Estados Unidos, y cuando no pudieron pasar la frontera, se mudaron a los llamados *cinturones de miseria* alrededor de las grandes ciudades donde la derrama económica alcanzaba para tomar un empleo básico o para subemplearse. Los que se fueron para California, Texas o Illinois, entre otros estados norteamericanos, eran hombres solos que eventualmente mandaban sus ahorros de dólares a sus familias en Michoacán, Guanajuato, Guerrero o Puebla, entre otros estados mexicanos. Los campesinos que se quedaron en la periferia urbana de las ciudades mexicanas hicieron una nueva vida material que vale la pena describir.

En los años 1950 y 1960 fue un patrón común que los municipios rurales con baja escolaridad⁵⁰ expulsaran a su fuerza de trabajo más significativa que eran varones entre los 18 y los 35 años. Al llegar, por ejemplo, al área metropolitana de la Ciudad de México, se instalaban con algún familiar que había sido pionero en la exploración de este modo de vida. Con el tiempo, grupos de vecinos del mismo origen rural

⁵⁰ Claudio Stern, *Las migraciones rural-urbanas*, Cuadernos del Centro de Estudios Sociales, México, Colmex, 1974.

ocuparon pequeños espacios sobre los cuales instalaron casas autoconstruidas con materiales precarios, típicamente con cartón corrugado bañado en chapopote impermeabilizante. Un paisaje que se transformó profundamente en esos años, por ejemplo, fue la zona lacustre del vaso de Texcoco, cuyo desecado había sido una obsesión desde hacía más de un siglo por temor a las inundaciones. En la medida que el lago quedó seco, la tierra plana y salitrosa fue colonizada por estos inmigrantes. En un par de décadas se hicieron tan numerosos que sus líderes consiguieron que se declarara una nueva demarcación municipal del Estado de México en 1963: el municipio de Nezahualcóyotl. *Ciudad Neza*, como empezó a ser llamado ese enclave de inmigrantes rurales, recibió atención de las autoridades estatales y federales en la medida en que se convirtió en un volumen considerable de votantes en el marco de las disputas políticas de la gran zona metropolitana. Las casas empezaron a consolidar sus paredes con tabicones, cemento y varilla. En las esquinas aparecieron tomas de agua potable, pero en cuanto soplabla el viento todo ese paisaje se convertía en una tormenta de arena. Con el tiempo las calles merecieron pavimentación y alumbrado público, y los colonos mismos instalaron tiendas de abarrotes y establecimientos comerciales necesarios como peluquerías, ferreterías, recauderías, papelerías, ópticas y demás negocios pequeños.

Hacia finales del siglo XX y a lo largo del XXI, el perfil de la población que migra a las ciudades mexicanas ha sido distinto y aunque migra por las mismas razones, es decir, para buscar trabajo, las causas que los expulsaron de sus regiones natales no fueron idénticas a las de 1970. Ahora la afectación en sus municipios de origen no solo es consecuencia de las políticas urbanizadoras del Estado, sino también de las presiones brutales de la economía global que han encontrado en las poblaciones de escasos recursos una masa explotable, no por su poder económico individual sino porque constituyen un volumen muy grande de potenciales consumidores⁵¹. Para la década de 1990, el fenómeno de Ciudad Neza se había expandido al valle de Chalco y a Ixtapaluca, albergando entre los tres municipios a casi dos millones de habitantes que laboraban en la órbita económica de la Ciudad de México. En 1991 el presidente de México, Carlos Salinas, hizo visitar el Valle de Chalco al Papa Juan Pablo II, para beneplácito de sus pobladores y como señuelo de un clientelismo político sin ninguna vergüenza. El paisaje de esas colonias durante el siglo XXI ha quedado marcado por vivienda de una o dos plantas del color gris del tabicón, con varilla metálica que apunta al cielo en espera de poder construir un nuevo piso encima de la casa,

⁵¹ Erika Patricia Cárdenas Gómez, "Migración interna e indígena en México: enfoques y perspectivas", *Intersticios sociales*, 7, 2014, p. 1-28.

y las infaltables antenas de televisión, verdadero signo de la vida sedentaria. En las calles de esas colonias aparecieron establecimientos comerciales que ya no son iniciativa de los colonos sino inversión de grandes cadenas, como los famosos Oxxo y 7-eleven, y los omnipresentes Coppel y Elektra, grandes almacenes departamentales de precios moderados y calidad ínfima que además ofrecen servicios bancarios elementales. Este tipo de urbanización ejemplifica bien la estética del neoliberalismo.

La cultura que se reproduce en esas extensas localidades está abierta de lleno a la tercera fuente cultural que es objeto de este apartado: la del modo de vida estadounidense. En los comercios mencionados se expende comida industrializada, grandes cantidades de bebidas azucaradas y alimentos-chatarra que han incidido en los niveles públicos de obesidad, diabetes e hipertensión. Si en el siglo XIX Engels y Reclus describieron la pena bajo la que vivían las clases trabajadoras de las ciudades contaminadas, la situación de estas urbanizaciones, conocidas por toda América Latina, son mucho más ominosas. Como en Estados Unidos, todos los productos que consumen los pobladores de esas áreas vienen empacados en plásticos difíciles de reciclar, así que, además de la precariedad de los paisajes, está la suciedad de éstos. La suma de los salarios que reciben las familias de esas periferias urbanas no les permite educarse bien ni alimentarse sanamente. Su ventana hacia el mundo es el televisor: en muchos domicilios la televisión está encendida a lo largo de todo el día proyectando programas de concursos y humor banales, telenovelas con tramas maniqueas, eventos deportivos y noticiarios que repiten los crímenes de sangre una y otra vez. Este es el consumo cultural de la mayoría de la población. En todo el país, la información que reciben las clases populares ha sido manipulada durante décadas por dos grandes cadenas televisivas privadas que anuncian alimentos-chatarra, ropa producida con una ética ambiental cuestionable y electrodomésticos de obsolescencia programada. La promoción de todos estos productos nocivos ha sido macroeconómicamente exitosa y ha reforzado, mediante el bombardeo de imágenes étnicamente discriminatorias, el racismo inconfesable de los mexicanos⁵².

Si cambiamos la escala de análisis y estudiamos las microrregiones, es inevitable regresar a los años 1970 como una década de referente mundial que tendrá un gran impacto en la geografía de todo Occidente. En esos años accedieron al poder Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido. Se desreguló la economía, se multiplicaron los subsidios a las grandes empresas, se abatió la inversión pública para la educación y la salud y se definió el liberalismo

⁵² Federico Navarrete, *Alfabeto del racismo mexicano*, México, Malpaso, 2013.

de una manera nueva, sin trabas, sin reglas, sin límites, sin ética, sin supervisión del Estado. En 1976, Milton Freedman obtuvo el premio Nobel de economía y marcó la tendencia en las universidades norteamericanas, donde muchos de nuestros jóvenes aprendían a hacer negocios alejados de todo escrúpulo⁵³. Para comprender cómo los Estados Unidos moldearon la geografía de varios países del mundo es preciso conocer la historia de las grandes corporaciones privadas, ligadas al aparato estatal y militar, narrada por uno de sus agentes: John Perkins.

Este economista estuvo al servicio del poderoso complejo financiero e industrial que conminó durante años a los gobiernos de varios países del mundo para que contrajeran préstamos del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Interamericano de Desarrollo, entre otras instituciones basadas en Estados Unidos. Sus negociaciones personales permitieron la construcción de presas hidroeléctricas, plataformas petroleras, redes de carreteras, aeropuertos, parques industriales y demás infraestructura para producir energía, aumentar el comercio y establecer fábricas transnacionales. Los préstamos ni siquiera llegaban al país donde la infraestructura se construía dado que las empresas que la instalaban eran norteamericanas. Al país solo llegaba la notificación de la deuda, calculada por estos agentes para que fuera técnicamente impagable. Los países deudores comprometían de esta manera parte de sus recursos naturales, de sus territorios y de sus acciones políticas en los foros internacionales, como la ONU⁵⁴.

Entre los países con los que Perkins negoció para convencer o forzar a entrar en esta lógica de endeudamiento están Indonesia, Arabia Saudita, Irán, Colombia, Panamá y Ecuador. Perkins es generoso en los detalles de cómo se orillaba a aceptar a los líderes de esas naciones y, cuando se mostraban renuentes, empezaban entonces las amenazas de un segundo nivel de acción. Este nivel es llamado por Perkins como el de los “chacales”, agentes que no negocian, sino que amedrentan y actúan con sobornos, violencia y asesinato. La muerte de los presidentes de Panamá, Omar Torrijos, y de Ecuador, Jaime Roldós, acaecidas en unas cuantas semanas de diferencia en terribles “accidentes” son, según Perkins, parte del *modus operandi* de esta “corporativocracia” cuyo objetivo era establecer un “imperio de alcance global”. Es inevitable relacionar las presidencias de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas (ambos con estudios en Harvard) y Ernesto Zedillo (con estudios en Yale), con la operación de estas políticas en México. En los momentos en que se

⁵³ David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

⁵⁴ John Perkins, *Confessions of an Economic Hit Man*, San Francisco, Berret-Koehler Publishers, 2004.

escribe este capítulo, se analizan acusaciones serias por sobornos de grandes empresas a los gobiernos de Felipe Calderón y Enrique Peña. En los primeros veinte años del siglo XXI-, una buena parte del país fue lotificado en polígonos concesionados a empresas extractivas que continuarán con la transformación de nuestros paisajes.

Conclusión

A lo largo de tres apartados hemos respondido a la pregunta guía de este capítulo: ¿cuáles son las grandes etapas históricas de transformación cultural que se pueden reconocer en los paisajes mexicanos? Dicho de otro modo: ¿cuáles son los principales procesos de corogénesis a nivel de nuestro Estado nación? Para responder hemos escogido una palabra clave de arraigo territorial que representa a cada una de esas etapas corogenéticas.

La primera etapa está representada por el *altepetl*, que es un asentamiento físico en el terreno que no puede existir sin la población que lo constituye ni sin los recursos de sus paisajes caminables. Esta primera fase de cultura material, aun legible en el paisaje, va desde la formación de Mesoamérica como región hasta el arrasamiento de Tenochtitlan en 1521. De esa corogénesis nacieron las regiones de las etnias originarias y los núcleos de población sedentaria que registraron un grado superlativo de integración con su medio. Los paisajes del *altepetl* se caracterizan por ser un constante intercambio entre los rasgos biofísicos del territorio y las manos de los pobladores organizados en comunidad.

La segunda etapa, que también puede observarse todavía en muchos paisajes mexicanos, está representada por el *pueblo*, que es el asentamiento que los españoles dispusieron para controlar a los indígenas sobrevivientes de las epidemias y que marcó un hito en la historia del urbanismo occidental haciéndose casi una huella digital de la época virreinal en América Latina. Los pueblos rurales y algunas haciendas ejemplifican bien este paisaje. He situado hacia 1524 el inicio de esta etapa intermedia de la cultura mexicana en el momento en que se empieza a reconstruir Tenochtitlan con una plaza central y una red ortogonal de calles ricas en iglesias, conventos y monasterios. La etapa dura al menos hasta el año de 1861 en que dichos edificios cristianos empiezan a ser demolidos masivamente por los liberales, al tiempo en que los pueblos rurales empiezan a ceder ante el fenómeno de la urbanización. La tercera etapa comienza en 1862 cuando la ciudad de México deja de tener la traza urbana de un pueblo y decide adoptar su nueva imagen excéntrica, es decir, dejando al centro histórico como un espacio del pasado. Nacen así muchas colonias o fraccionamientos en tierras que,

en tiempos de los mexicas, alimentaban a la población y a partir del siglo XIX se convierten en los suburbios de las élites. Es la etapa de la urbanización y de la industrialización de México con el consiguiente deterioro ambiental y un crecimiento inédito de la población.

¿Dónde termina esta tercera etapa? Aun no está en el horizonte la transformación de nuestros paisajes urbanos. Tal vez nunca llegue porque no parece físicamente posible una desurbanización. No obstante, preferimos pensar que, si bien estamos condenados a vivir en ciudades de alta densidad poblacional, tal vez esas urbes encuentren formas más sustentables en donde no estén necesariamente ligadas a una economía global que ha mostrado su inoperancia. Y es precisamente en el escaparate de la globalización que se hace vital revisar el pasado y analizar los tiempos en los que el paisaje estaba ritmado por el pueblo o por el *altepetl*. Dicho de otro modo: es decisivo explorar la posibilidad de regresar a una dinámica local que permita poner las condiciones a los miembros de las comunidades para sobrevivir y para florecer. Esta reducción de la escala económica, política y geográfica sería una nueva fuente de cultura. Es dable imaginar una corogénesis en donde florezcan lugares de alimentación sustentable, basados en energías limpias y sostenibles, con órganos de decisión a escala local interesados por el bienestar de la comunidad y no por el crecimiento del producto interno bruto. Imaginarlo es el primer paso para conseguirlo.

LA JÍCARA, LA ESTERA: PAISAJE MESOAMERICANO

Alfredo López Austin
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

Hace más de 34 milenios llegaron nuestros ancestros indígenas a este territorio que hoy llamamos México¹. ¿Por qué los llamo ancestros? ¿Cómo reclamar abolengos a tan lejano pasado? Si fuese asunto de material genético, nuestras actuales composiciones moleculares señalarían progenie de cada rincón del planeta; si fuese por su territorio, poco reconoceríamos de sus relieves, planicies, corrientes de agua y vegetación de sus entornos. Los ancestros sufrieron aquí el frío del Último Glacial Máximo, su poca evaporación, el descenso de la nubosidad y sus escasas lluvias. Vivieron el alivio del calentamiento gradual del Glacial Tardío, y su existencia se transformó –tan lentamente que no percibieron el cambio– con el clima más benigno en las tierras septentrionales, donde aumentó la frecuencia de las lluvias y se formaron numerosos lagos, o con el contrastante sur, el trópico, donde la humedad fue baja y los lagos someros².

Así fue el fin del Pleistoceno. Al iniciarse el Holoceno, hace 11.000 años, las cosas se invirtieron, y mientras en la zona subtropical avanzó la aridez hasta formar desiertos donde antes había lagos, al sur del Trópico de Cáncer aumentaron las lluvias de verano y con ellas la feracidad del suelo. El cambio de épocas geológicas fue drástico con la

¹ Esta datación está basada en el análisis de fogones y artefactos. En cambio los restos humanos encontrados en Quintana Roo (Naia y Naharón) dan fechas cercanas a 14 000 años antes del presente. Lorena Mirambell Silva, “Los primeros pobladores del actual territorio mexicano”, en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (dir.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas/Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 230.

² Joaquín Arroyo-Cabrales, Ana Luisa Carreño, Socorro Lozano-García, Marisol Montellano-Ballesteros *et al.* (dir.), “La diversidad en el pasado” en *Capital natural de México, vol. I: Conocimiento actual de la biodiversidad*, México, CONABIO, 2008, p. 232-233.

flora y con la fauna. Los testimonios pleistocénicos mayores nos llegan de los restos de mamíferos que comprueban la existencia de una mayor diversidad que la actual y la presencia de bestias enormes –mamutes, mastodontes, gonfoterios, perezosos terrestres, grandes bisontes, manatíes, muchos más– a los que acompañaban camélidos y équidos³. Esa fauna se extinguió o migró, y con la aparición de nuevas especies que ocuparon su sitio, los antiguos pobladores –aun sin ser cazadores habituales de gigantes– transformaron sus costumbres.

Insuficientes por sí solos los genes, distintos los entornos, ¿por qué reconocer como ancestros a aquellos hombres? Porque genes, entornos, pensamientos, acciones y tiempo, todo mezclado en una composición cuyos elementos son ya indiscernibles, forman continuidades, hilos ocultos que se entrelazan en redes, secuencias invisibles que llegan al presente silenciosas, tenues; pero necesarias para que seamos lo que somos.

El anclaje

Las nuevas comunidades bióticas del Holoceno impulsaron a los recolectores-cazadores a la innovación de las técnicas para la obtención y el aprovechamiento de recursos. La industria lítica empezó a usar percutores blandos que permitieron el refinamiento que se adquiriría por presión; se usaron los abrasivos para el pulido de las piezas; las cabezas de proyectil tuvieron prolongaciones pedunculares que facilitaron el enmangado; las muelas (metates) y los morteros (molcajetes) permitieron el consumo de semillas duras. De igual manera, se desarrollaron la cestería, la cordelería, el tejido y la tinción de hilos⁴.

A la par del avance del ingenio humano, la selección, manipulación y transporte de vegetales fue incidiendo en su modificación molecular, lo que dio como resultado desde hace aproximadamente 9000 años la domesticación de buen número de especies. Destacan el bule o guaje (*Lagenaria siceraria*), utilísima porque su pericarpio lignificado sirve como recipiente, y la calabaza (*Cucurbita pepo*). Siguieron en el correr de los milenios, entre otros, el coyol (*Acrocomia aculeata*), el tomate (*Solanum lycopersicum*), el frijol común y el tépari (*Phaseolus vulgaris*, *Ph. acutifolius*), la chupandía o copalxócotl (*Cyrtocarpa procera*), el huauhtli (*Amaranthus* spp.), el chile (*Capsicum annuum*), el chayote (*Sechium edule*), el aguacate (*Persea americana*), el maguey (*Agave* spp.), el nopal (*Opuntia ficus-indica*), el algodón (*Gossypium hirsutum*), el zapote

³ *Ibid.*, p. 232-236, cuadro 9.2.

⁴ Lorena Mirambell Silva, “Los primeros pobladores...”, art. cit., p. 246.

blanco (*Casimiroa edulis*) y el negro (*Diospyros nigra*), la ciruela (*Spondias purpurea*) y, con una importancia capital, domesticado hacia el año 7000 antes del presente, el maíz (*Zea mays*) (Rojas Rabiela, 1990, p. 20-28)⁵.

La selección y manipulación que los humanos hicieron de las plantas las hizo responder genéticamente a las necesidades de los usuarios; perdieron capacidad de reproducción y dispersión naturales y esta capacidad fue sustituida por la ahora oportuna intervención humana. La domesticación fue recíproca. De manera correspondiente, los recolectores-cazadores sujetos al consumo y uso de las plantas domésticas debieron transformar sus rutinas de subsistencia. Las antiguas microbandas acortaron sus periplos para prestar más cuidado a las plantas que cada día aumentaban su importancia. La intervención humana en la vida vegetativa los condujo a nuevas técnicas: se convirtieron en verdaderos horticultores y cultivadores que visitaban sus parcelas temporalmente, prolongando las estancias. Así formaron macrobandas estacionales⁶. Los asentamientos semipermanentes aumentaron los períodos de ocupación y, unos cuantos miles de años más tarde de que los recolectores-cazadores iniciaron la provechosa alternancia de sus salidas cinegéticas y el cultivo, hacia 4500 antes del presente, los humanos se asentaron definitivamente en caseríos (unidades habitacionales dispersas) y aldeas permanentes (unidades nucleadas con arquitectura cívico-ceremonial), más entregados a las actividades productivas del cultivo que a la recolección y la caza⁷.

Fue, sin duda, una larga y compleja transición que implicó transformaciones importantísimas en la vida del ser humano. Entre otras cosas, al convertirse los recolectores-cazadores-cultivadores en agricultores sedentarios, anclaron su paisaje.

Hombres de milpa

El mayor reflejo de la domesticación recíproca entre el agricultor y su cultivo es la milpa. La parcela sembrada y la familia nuclear se

⁵ Teresa Rojas Rabiela, "Agriculture" en David Carrasco (dir.), *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures. The Civilizations of Mexico and Central America*, vol. 1, Oxford-New York, Oxford University Press, 2001, p. 38.

⁶ Emily McClung de Tapia y Judith Zurita Noriega, "Las primeras sociedades sedentarias", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (dir.), *Historia Antigua de México*, vol. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas / Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 270-272.

⁷ *Ibid.*

corresponden en una interacción biológica y social que relaciona estrechamente el aprovechamiento del agua y los nutrientes del suelo, la interacción benéfica de las especies que forman parte de dicho agroecosistema, la dieta familiar equilibrada, el mayor provecho del trabajo doméstico colectivo, y el conocimiento y las técnicas adquiridos por legados milenarios. La milpa es un policultivo que reúne adecuadamente en la parcela un crecido número de especies de plantas domésticas y un conjunto de especies silvestres, ya cultivadas, ya toleradas⁸. La diversidad climática mexicana produce una gran variedad de los componentes de la milpa, pero siempre está presente en ella la llamada “tríada mesoamericana” del maíz, el frijol y la calabaza, a los que con mucha frecuencia acompaña el chile. La dieta del agricultor se complementó con los escasos animales domésticos del territorio, entre ellos el guajolote (*Meleagris gallopavo*), el perro (*Canis lupus familiaris*) –también comestible–, y distintas especies de abejas melíponas⁹.

La sedentarización agrícola permitió, además, la producción cerámica, enorme impulso tecnológico favorable al almacenamiento, conservación y ahorro de líquidos y áridos. Pese a todo lo anterior, es necesario reconocer que la economía agrícola disminuyó considerablemente la variedad alimenticia que gozaban los recolectores-cazadores, aumentó el tiempo diario de trabajo, llegaron nuevas enfermedades infecciosas (Serrano, 1984, p. 57). Los especialistas debaten sobre las ventajas de la agricultura sobre el sustento proporcionado por la recolección y la caza, pero señalan como transformación benéfica el aumento de la producción de alimento por unidad de superficie¹⁰.

El incremento en la producción de alimentos y el aumento de la densidad de población fueron correlativos. El relieve montañoso de casi todo el territorio meridional –exceptuada la gran planicie peninsular yucateca– propició, con sus diferentes alturas, la variedad de la producción agrícola. Sumada esta a la proximidad de las aldeas, fomentaron el intercambio de productos, y con él, el diálogo. El diálogo, a su vez, fue propulsor de las técnicas productivas, los enlaces familiares y sociales, y la producción y difusión culturales. El anclaje agrícola trajo otra visión del mundo. Fueron nuevos los parámetros en la medición del tiempo, y el calendario relegó la observación del firmamento –propia de los nómadas– para privilegiar la precisión de ortos y ocasos me-

⁸ Teresa Rojas Rabiela, “Agriculture”, art. cit., p. 5-6.

⁹ Raúl Valadez Azúa, *La domesticación animal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas / Plaza y Valdez, 2003, p. 85-100, 104-106.

¹⁰ Emily McClung de Tapia y Judith Zurita Noriega, “Las primeras sociedades...”, art. cit., p. 259-260.

didados en forma precisa en las siluetas aserradas del horizonte. El nómada recorría, uno tras otro, los sitios donde los poderes sagrados se iban manifestando en la secuencia de las afloraciones de alimentos; el agricultor, en cambio, recibía en su hogar, a lo largo de todo el año, la visita de aquellos mismos poderes que, uno tras otro, venían a revelarse en los diversos frutos de su milpa.

Tres grandes áreas culturales

En el espacio geográfico americano que se extiende del suroeste de lo que hoy es territorio de los Estados Unidos y norte del territorio de México, hasta la porción oriental de Centroamérica, destacaron antes de la invasión europea tres grandes áreas culturales¹¹: Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica. Al sur del Trópico de Cáncer predominan los climas templados y tropicales, húmedo y subhúmedo, por lo que la región fue propicia para el establecimiento paulatino de la economía agrícola. No ocurrió lo mismo en la mitad septentrional de México, caracterizada mayoritariamente por climas secos, con excepción de las grandes cordilleras. La diferencia constituyó una frontera natural –con fluctuaciones determinadas por los cambios en las precipitaciones pluviales– entre el sur de potencialidad agrícola y el norte ocupado por poblaciones que seguían dependiendo básicamente de la recolección y la caza¹². Kirchhoff proporcionó una nomenclatura técnica que separa, desde el nacimiento de la agricultura y la producción cerámica, Mesoamérica al sur y Aridamérica al norte¹³. Hacia el año 500 antes de nuestra era, posiblemente por migraciones procedentes del sur, se establecieron en Aridamérica cultivadores que, al ocupar excepcionales tierras húmedas y templadas o auxiliados por la irrigación, dieron origen a un área cultural de agricultores

¹¹ Sobre el concepto de área cultural puede consultarse Melville Herskovits, *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

¹² Paul Kirchhoff, “Los recolectores-cazadores del norte de México” en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1943, p. 133-144. Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, 3ª ed., México, El Colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas / Fondo de Cultura Económica, 2014, p. 31-44. Gran parte de las ideas aquí externadas derivan de investigaciones que he realizado profesionalmente en forma ininterrumpida a partir de 1963. Las propuestas están respaldadas por argumentaciones detalladas publicadas en diversos libros y artículos, mismas que sería imposible trasladar a este trabajo. Esto me obliga a citar repetidamente publicaciones de mi autoría o coautoría, a las que remito a todo lector que se interese en los fundamentos de mis aseveraciones.

¹³ Paul Kirchhoff, “Mesoamérica”, art. cit.

que ha recibido el nombre de Oasisamérica¹⁴.

Planteamiento de problema

En su aspecto geográfico, el área cultural mesoamericana es extremadamente variada. Su carácter montañoso alterna valles de disímiles alturas con declives pronunciados, planicies semiáridas, selvas tropicales, bosques de altura, pantanos, costas amplias hacia el Golfo de México y estrechas en el Pacífico, a lo que se suma la gran planicie calcárea de la Península de Yucatán. En su aspecto poblacional, igualmente, han convivido en el área una gran variedad étnica y lingüística, y fueron diferentes los tiempos de penetración y arraigo de los distintos grupos humanos en el territorio¹⁵. Pese a su importante historia común, los agricultores mesoamericanos han vivido también historias y tradiciones regionales y locales muy vigorosas. Además, la historia común cambió con el desarrollo social y político a lo largo de más de cuatro milenios –contados del nacimiento agrícola a la invasión europea–, pues partió de la vida en los caseríos y aldeas iniciales para llegar a los estados militaristas que enfrentaron a los españoles (Figura 1). En resumen, el área cultural mesoamericana poseyó una geografía no solo diferente, sino contrastante; los pobladores fueron muy heterogéneos étnica y lingüísticamente, y en su larguísima historia de más de 4000 años las sociedades de agricultores vivieron una notable transformación social, tecnológica y política, desarrollando entre ellas muy notables diferencias culturales. Tomando en cuenta estas peculiaridades, ¿es posible concebir paradigmas heurísticos que permitan analizar científicamente el área cultural en su conjunto? Mi respuesta es afirmativa, siempre que se observen algunos lineamientos fundamentales, entre los que considero pertinente enumerar aquí los siguientes:

- a. Se concibe el paradigma destinado al análisis de una entidad histórico-cultural como un instrumento teórico, heurístico, construido a partir de conocimientos científicos existentes del objeto social de estudio; pero suficientemente flexible como para irse transformando en la confrontación práctica de su uso, a manera de un recurso siempre perfectible¹⁶.

¹⁴ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, “El pasado...”, art. cit. p. 44-59.

¹⁵ Leonardo Manrique (dir.), “Lingüística”, en *Atlas Cultural de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Planeta, 1988. Bárbara Cifuentes, *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1998.

¹⁶ Esta idea se desarrolla en forma más extensa en Alfredo López Austin y Leonardo

- b. Se concibe Mesoamérica como hecho histórico caracterizado tanto por su unidad como por su diversidad; tanto por sus líneas de continuidad como por sus transformaciones.
- c. Al tomar en cuenta ambas dadas –unidad/diversidad y continuidad/transformación– se privilegia metodológicamente el enfoque de la unidad y la continuidad para la formulación del paradigma, ya que se considera hipotéticamente que los aspectos más generales y duraderos constituyen la estructura histórico-cultural fundamental.
- d. La unidad y la continuidad son la base para identificar, evaluar y analizar la diversidad y la transformación. El camino metodológico inverso conduce a la atomización de la problemática.

Establecidos los puntos anteriores, considero que es factible considerar que el paisaje puede formar un recurso heurístico para el estudio de Mesoamérica. En efecto, el paisaje es modo de vida, estructura social y mental; es forma de percepción del entorno geográfico y guía de acción sobre él. Frente al paisaje, las sociedades forman un complejo de técnicas con las que el ser humano interviene en su ambiente natural; obtiene los beneficios, y sufre las consecuencias de su propia acción; es historia; es cosmovisión.

De conformidad con lo anterior, inicio la búsqueda de indicadores de la unidad y la continuidad mesoamericanas que sirvan de base para establecer en forma firme la existencia del área cultural como entidad histórica. Estos indicadores pueden formar parte de la base para el estudio de las dadas unidad/diversidad y continuidad/transformación de una tradición que, alterada gravemente a partir del establecimiento de la colonia y la evangelización, llega a nuestros días en múltiples comunidades de México y Centroamérica. Por ahora, elijo ejemplos de unos cuantos indicadores; pocos tal vez, pero suficientes para señalar aspectos cardinales comunes muy resistentes al cambio del tiempo – resistentes, pero no inmunes– que permiten comprender la interrelación del ser humano y su mundo. Con ellos puede formarse un punto sólido de partida que permita, en investigaciones futuras, entender la diversidad que determinan el variado medio y el devenir histórico.

López Luján, *Monte Sagrado - Templo Mayor*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2009, p. 32-36.

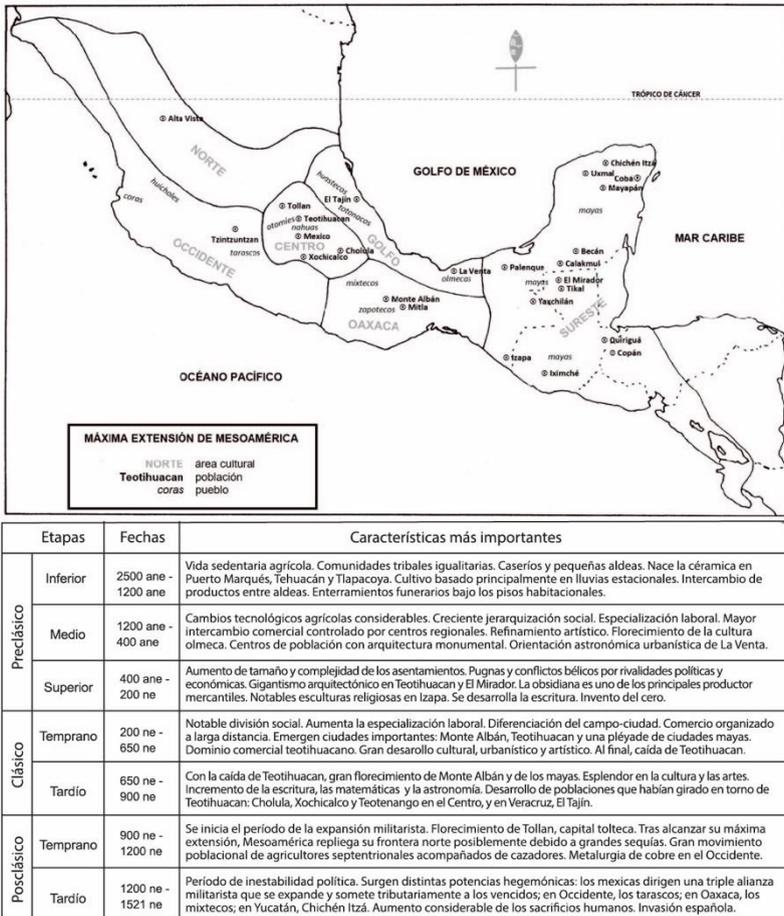


Figura 1. Mesoamérica. Mapa del autor.

El trazo en la piedra

Una amplia llanura costera del Golfo de México, compartida ahora por los estados de Veracruz y Tabasco, fue en un tiempo exuberante selva tropical de lluvias torrenciales, abundantes ríos y extensos pantanos¹⁷.

Entre los años 1150 y 400 antes de nuestra era, habitó en la zona un pueblo que hoy llamamos olmeca, cuya labra en piedra llega al

¹⁷ Jacques Soustelle, *Los olmecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 38-71. Richard A Diehl, "The Olmec World", en *Olmec Art of Ancient Mexico*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1996, p. 29-31.

presente ya en grandes monolitos de basalto, ya en piezas muebles, entre ellas hachas de mano de piedra verde semipreciosa¹⁸. Los olmecas tallaron y esgrafiaron allí sus concepciones del paisaje. Es indudable que no fueron ellos los primeros en plasmar en figuras visuales su percepción del entorno; pero lo hicieron en síntesis asombrosas sobre monumentos y objetos rituales y suntuarios sobre soportes duraderos. Perduraron algunos de sus modelos hasta el tiempo de la llegada de los españoles.

Entre sus figuras destacan, en estrecha relación complementaria, el quincunce, el Monte Sagrado y la cueva. Distinguidos especialistas, entre los que se cuentan Joyce Marcus¹⁹ y Karl A. Taube²⁰, han señalado la presencia del quincunce en la mencionada tradición olmeca. Recibe el nombre de quincunce la representación de cinco elementos distribuidos simétricamente en una superficie plana, uno al centro y cuatro en derredor. El nombre con que ahora se la designa corresponde, precisamente, a una de las caras de un dado. En sentido cósmico, es la superficie de la tierra: el elemento central corresponde al *axis mundi*, que en el diseño olmeca aparece con frecuencia como una barra vertical flanqueada en pares por los cuatro elementos restantes. Estos son las cuatro proyecciones del eje en los extremos del plano terrestre, que reiteradamente serían después reproducidos como las cuatro columnas cósmicas que sostienen el cielo (Figura 2).

El quincunce adquiere, en composiciones olmecas más complejas, características que indican que en la parte superior del *axis mundi*, de una hendidura en forma de V, surge la figura del árbol cósmico, representado entre los olmecas con la estilización de una planta de maíz²¹. El eje corresponde entonces al gran promontorio que se eleva en el centro del mundo como Monte Sagrado, elevación hueca que guarda en su interior los gérmenes de las criaturas que aún no nacen y que sirve como motor central de todo lo existente²². El Monte Sagrado

¹⁸ Beatriz De la Fuente, "Homocentrism in Olmec Monumental Art", en *Olmec Art of Ancient Mexico*, op. cit., p. 41-49. Peter David Joralemon, "The Search of Olmec Cosmos: Reconstruction of the World View of Mexico's First Civilization", en *Olmec Art of Ancient Mexico*, op. cit.

¹⁹ Joyce Marcus, "Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religions", en Robert J. Sharer y David C. Grove (dir.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 172-173.

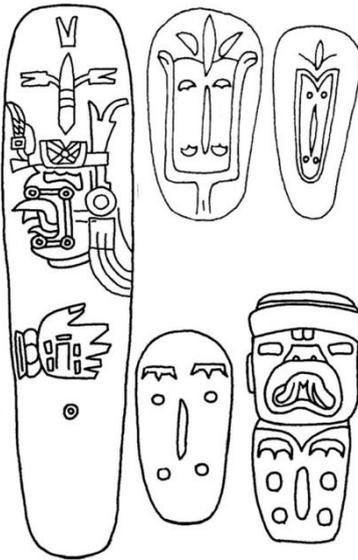
²⁰ Karl A. Taube, *Olmec Art at Dumbarton Oaks*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2004, p. 12-13 y Figura 4.

²¹ *Ibid.*, p. 26-27 y figs. 11-12.

²² López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, op. cit., p. 39.

olmeca adquiere también la apariencia de un ser teratomorfo, con rasgos humanos y jaguarescos, que luce en su vértex la mencionada hendidura en forma de V²³.

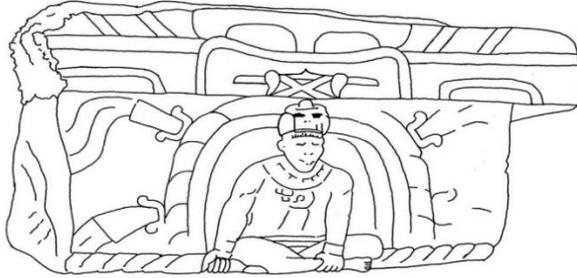
El Monte Sagrado cumple sus funciones cósmicas al permitir la circulación de flujos que van del ámbito divino al terrenal y viceversa, por lo cual él y sus cuatro proyecciones son umbrales de ortos y ocasos astrales, de meteoros, de semillas invisibles de vegetales, animales y seres humanos, de corrientes de agua, de enfermedades y desgracias, de oraciones, ofrendas y sacrificios, de las almas de los muertos, etc. En el Monte Sagrado existen como umbrales dos bocas: la superior, donde descansa el árbol cósmico y transitan los astros, y la lateral, punto de derrama y recepción que comunica con la superficie de la tierra²⁴. La boca lateral fue plasmada por los olmecas como las fauces del jaguar. En los monolitos conocidos como altares, un ser antropomorfo sedente da el frente al mundo y la espalda al ámbito divino subterráneo, del que forma parte el hueco de la gran bodega de semillas invisibles. Ya divinidad, ya gobernante, ya fusión de ambos, funge como el gran intermediario (Figura 2-b).



a

²³ La hendidura tendrá formas alternas que llegan hasta el Posclásico, como es la representación escalonada que representa la entrada de los difuntos al Inframundo. Ver: Códice Borgia, láms. 8 franja inferior y 53.

²⁴ López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado...*, op. cit., p. 40.



b

Figura 2. Trazos olmecas: a) Dibujos esgrafiados en las hachas rituales; b) Altar 4 de La Venta. Arriba de la cueva se pueden ver las encías, las narinas y los colmillos del jaguar. Entre los colmillos aparece el aspa celeste.

La captura del paisaje

He usado el término *trazo* porque deriva del latín *tractiare*, y éste de *tractus*, “arrastrado”, asociado a los verbos “tirar”, “traer”²⁵. Quiero imaginarlo semejante al verbo náhuatl *cui*, “tomar”, del que deriva el verbo *cuiloa*, “pintar, escribir”²⁶. Cuando las fuentes documentales que se refieren a los últimos tiempos de Mesoamérica permiten ahondar en la mentalidad de sus pueblos, los conceptos europeos de “representación”, “símbolo”, “metáfora” se distancian del pensamiento indígena. En este hay una remisión a las “coesencias” –término acuñado por la etnóloga Esther Hermitte²⁷–, ya que el pintor, el escultor, el escribano, el poeta, toman algo de lo percibido o imaginado para plasmarlo en su obra. Si el objeto es sagrado, la sacralidad será capturada, incrustada, y la obra podrá llegar a convertirse en su recipiente.

La idea de la coesencia se corresponde con la de la proyección sagrada. El Monte –se dijo– se proyectó en los cuatro extremos del mundo para formar los soportes del cielo. Además, así como lo hizo en el ámbito cósmico de lo invisible, se proyectó también en los grandes montes que se yerguen sobre la superficie terrestre, y éstos sobre otros montes menores. Todos comparten la esencia sagrada.

²⁵ Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 1988.

²⁶ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Madrid, Cultura Hispánica, 1944, n-e: fol. 26v.

²⁷ Esther Hermitte, *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970, p. 84.

¿Qué hicieron los olmecas al construir en La Venta un templo en forma de montaña? ¿Y al labrar en las hachas de mano la figura del Monte Sagrado, del árbol de su cúspide y de los cuatro árboles de los confines del mundo? ¿Por qué esculpieron en la piedra las fauces del jaguar? Porque creyeron necesario capturar el paisaje; traerlo a la inmediatez de sus milpas, de sus casas de cultivo, de sus canales, de sus templos, de su trajín cotidiano. Porque necesitaron hacer de su ritualidad –de su acción– algo continuo, eficaz, seguro, ininterrumpido. Porque confiaron en que su acción era indispensable para que la fusión de lo perceptible y lo imperceptible, al formar parte de su propio hogar, mantuviera la función productiva del motor del cosmos. La gran bodega del Monte Sagrado estaba muy próxima bajo los taludes del templo; los trazos esquemáticos de la máquina cósmica encerraban en la piedra la esencia del dinamismo; a la boca labrada de la cueva se llevaría el esfuerzo de ofrendas y sacrificios para trocarlos por dones divinos. Así, los olmecas domesticaban el paisaje.

El paisaje no era simple entorno. El paisaje era el gran sistema holístico productivo y destructor que creaba, modelaba, alimentaba y deshacía sus componentes en un movimiento incesante. El ser humano era parte del complejo, y su función le era clara: era una pieza más; pero una pieza indispensable. Sus acciones en el mundo –su trabajo, su culto, su esfuerzo– eran parte del gran mecanismo de la existencia que se prolongaba en el flujo de las reciprocidades.

La persistencia del paisaje

En el sureste mesoamericano, entre 500 ane. y 100 ne., floreció la cultura de Izapa, caracterizada también por su herencia de numerosos monumentos de piedra en los que los izapanecos captaron el paisaje invisible. La identificación de la cueva-umbral con las fauces del jaguar adquirió en Izapa diseños geométricos. El concepto del Árbol Cósmico fue desarrollado: sus raíces adquirieron la forma de la cabeza del monstruo terrestre –frecuentemente cocodriliano– y el cuerpo del gran saurio se irguió como un tronco en que se confunden sus placas dorsales con las gruesas espinas de la ceiba. La forma izapaneca de dibujar el Árbol con las raíces como cabeza de cocodrilo perduró hasta el tiempo de la llegada de los españoles (Figura 3).

Ya durante el Clásico maya (300 a 900 ne.), muchas construcciones templarias reprodujeron la cueva-umbral con fachadas de enor-

mes mascarones del monstruo. Los edificios más notables se encuentran en Campeche, en la región de los Chenes²⁸. Las cuevas-fauces, como el Árbol cocodriliano, se siguieron representando en las entradas de algunos edificios de culto hasta los últimos días de Mesoamérica. En el Centro de Mesoamérica, un templo tallado en la piedra, en Malinalco, es uno de los testimonios²⁹.

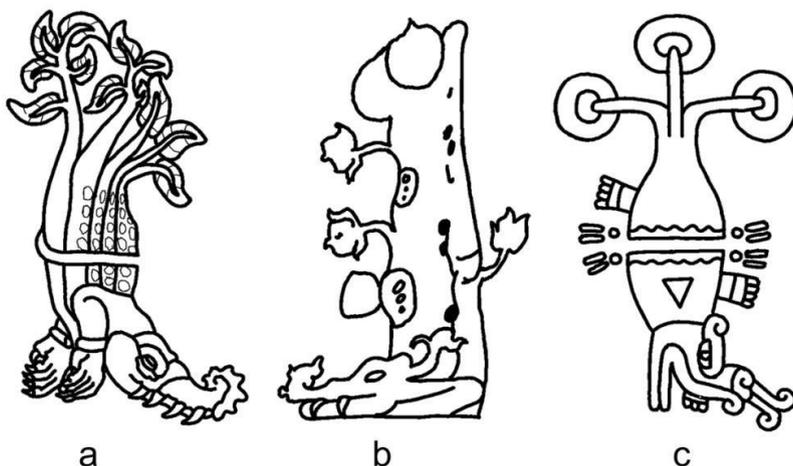


Figura 3. Árboles cocodrilianos: a) Preclásico Tardío, Estela 25 de Izapa; b) Clásico, detalle de un vaso maya; c) Posclásico Tardío, *Códice Laud*, lám. 38.

Los ejemplos de persistencia podrían formar una larga lista. Si he escogido los anteriores es porque corresponden no a un simple diseño tradicional, sino a un complejo cosmológico capital persistente en toda Mesoamérica. Se trata de uno de los ejes más importantes de la cosmovisión. Pero ¿cómo explicar la persistencia de este complejo a lo largo de la vida mesoamericana? ¿Qué mantuvo vigorosa esta idea en un devenir de siglos caracterizados por notables transformaciones sociales, económicas y políticas? Pensemos en la familia como unidad productiva nuclear, incrustada en una comunidad agrícola institucionalizada por la idea de una ascendencia divina común. El estrecho vínculo del trabajo familiar de la milpa y el trabajo colectivo del grupo protegido por un dios progenitor fue la base milenaria de la economía mesoamericana. La familia atendía la milpa –su milpa– con un cuidado casi hortícola de las plantas, propiciando la simbiosis del cultivo con un

²⁸ Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990, p. 721-729.

²⁹ *Ibid.*, p. 204-221.

limitado instrumental. El trabajo comunal intervenía en obras agrícolas mayores, cobijando a las familias. Todo el esfuerzo era el corporal humano, en una tradición que no tuvo jamás la posibilidad de utilizar bestias de carga y tiro. Pero tal limitación fue superada con un puntual conocimiento de la diversidad vegetal, sus particularidades y sus potencialidades.

Sobre esta base social y económica familia-comunidad se montaron linajes, señoríos y estados sin destruirla, simplemente adaptándola a las mutables necesidades de su complejidad³⁰. La unidad comunal agrícola generó la tributación que soportó las diversas estructuras gubernamentales; las relaciones sociales que constituyeron el núcleo de las diversas concepciones morales y jurídicas, y las ideas básicas y perdurables de una cosmovisión agraria sobre la que se fueron bordando y sucediéndose los complejos ideológicos dictados por los órdenes hegemónicos mutables en el curso histórico.

Dioses y criaturas circundantes

La familia de agricultores, desde la milpa –desde su milpa– bregaba cotidianamente con seres sociales que compartían con los humanos una buena parte de atributos. En una palabra –un neologismo– eran antropoicos, independientemente de su apariencia o de su invisibilidad: poseían intelecto, voluntad y agencia³¹. Unos, los imperceptibles, eran los dioses que moraban en este mundo o que venían a transitarlo periódica o estacionalmente; otros eran las criaturas, todas provistas de un alma que las abandonaba con la muerte o la destrucción y viajaba al mundo subterráneo, de donde retornaría para animar otro ser de la misma clase o especie³². Al hablar de las criaturas me refiero a todo ser creado: astros, meteoros, elementos, montañas, ríos, rocas, vegetales, animales, plantas, seres humanos... hasta las cosas manufacturadas por los hombres. Todo tenía alma, y este principio continúa vivo como una

³⁰ Sobre el concepto de *calpulli* y su relación con la comunidad han existido diferentes propuestas teóricas. Sobre la polémica puede consultarse Pablo Escalante Gonzalbo, “La polémica sobre la organización de las comunidades de productores”, *Nueva Antropología*, 38, 1990, p. 147-162.

³¹ El neologismo se ha formado a partir del griego *anthrōpo-* (ἄνθρωπο-) y el sufijo *icos* (-ικός), éste con el sentido “característico de”, “similar a”, “típico de”. Su necesidad de este neologismo deriva de que el término castellano “antropomorfo”, frecuentemente usado con el sentido que aquí se requiere, se refiere a la forma, no a otras características de la humanidad.

³² Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, *op. cit.*, p. 220-223.

de las características distintivas de la cosmovisión de los antiguos indígenas y sus descendientes³³.

El gran escenario de las criaturas —el mundo— estaba limitado por la superficie terrestre y los cielos inmediatos; pero el paisaje, si consideramos paisaje todo aquel mecanismo del que el ser humano se consideraba parte activa y necesaria, trascendía límites y umbrales; porque el hombre sabía que la parte sutil e imperceptible de su acción, el esfuerzo, alcanzaba los ámbitos divinos de los cielos superiores y los más profundos niveles subterráneos³⁴.

El ser humano debía mantener buenas relaciones con las criaturas circundantes. Formaban sociedades como la suya, y existían entre todas ellas las obvias normas de cortesía, sin excluir, obviamente, los tratos de cierta malicia y engaño, también normales en las relaciones sociales. Los conjuros incluyen con frecuencia intentos de convencimiento dirigidos a quien ha de ser dañado, consumido o destruido, para que comprenda que la acción que el hombre realizará le es indispensable para su subsistencia³⁵ (Ruiz de Alarcón, 1953). La descortesía, la arbitrariedad y el abuso desencadenan venganzas³⁶.

Otro tanto sucede con los dioses. Presentes en el mundo, todo lo dinamizan y rigen desde su invisibilidad; próximos al mundo, derraman sobre la superficie de la tierra lo bueno y lo malo para el ser humano. El agricultor debe tratar en todo momento con el Dueño y su ejército de súbditos divinos. El Dueño es el gobernante del Monte Sagrado, proyectado en la mayor eminencia topográfica de las cercanías. De su voluntad depende la administración del agua. Ser caprichoso, retiene las lluvias o provoca aguaceros torrenciales; libera o suspende las fuerzas germinales; provoca nacimientos o esterilidades; envía enfermedades, sequías, hambrunas, guerras o protege a sus súbditos humanos. El trato con el Dueño debe ser constante, intenso, puntual, ritualizado, tanto frente a la cueva consagrada de la montaña próxima como

³³ Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, 3ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996, p. 53-70.

³⁴ El trabajo humano, incluido el culto ritual, contribuye a la circulación de las fuerzas en el cosmos. Pueden consultarse al respecto los conceptos de *téquitl* y *chichahualiztli* entre los actuales pueblos nahuas (Catharine Good Eshelman, “Trabajo, intercambio y la construcción de la historia: una exploración etnográfica de la lógica cultural nahua”, *Cuicuilco*, vol. 1, n° 2, 1994, p. 139-153, 141-142).

³⁵ Hernando Ruiz de Alarcón, “Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas”, en Jacinto de la Serna *et al.*(dir.), *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos y hechicerías*, 2 vols., vol. 2, 1953, p. 17-130, México, Fuente Cultural.

³⁶ Jacinto de la Serna, “Manual de ministros”, en Jacinto de la Serna, *Tratado de las idolatrías...*, *op. cit.*, p. 231-233.

en los templos y altares, construcciones que se inundan de sus proyecciones portentosas³⁷.

Y como sucede ante el Dueño, el humano cuidará sus relaciones con el tiempo, que es la sucesión de seres divinos; con los protectores de cada una de las especies de su milpa; con la Tierra y con el Cielo como totalidades sagradas y, sobre todo, con el dios que es el rey del mundo, el que mueve al Sol tanto en el firmamento como en la región de la muerte³⁸.

Una historia de los dioses

La existencia de almas en todas las criaturas merece una explicación. Debemos buscarla en el mito. En una síntesis extrema de los relatos conocidos, puede entenderse que Dios Padre y Diosa Madre tuvieron muchos dioses hijos, y que estos estaban obligados a la veneración y respeto a sus progenitores. Sin embargo, por su ambición de independencia o por un pecado, los hijos fueron lanzados de su hogar con el mandato de que poblaran nuevos ámbitos, expresamente la superficie de la tierra y el inframundo³⁹. Algunos mitos indígenas de la colonia temprana afirman que los expulsos no estaban conformes, pues vivían en la penumbra⁴⁰. Los relatos actuales son prolijos en la descripción de los dioses desterrados: su vida se tornó pecaminosa, pues olvidaron el culto a sus padres; fueron caníbales, incestuosos y salvajes⁴¹. El hecho es que, por una razón, por la otra o por ambas, fue necesario establecer un gobierno luminoso sobre la tierra, para lo cual se convocó a dioses candidatos. La competencia implicaba un sacrificio personal. En las versiones más conocidas⁴², fueron dos los dioses que tuvieron que arrojar a una hoguera, y triunfó el que demostró más valentía, lanzándose primero sobre el fuego. La muerte lo condujo al inframundo, y se cuenta

³⁷ En nuestro libro *Monte Sagrado-Templo Mayor* (*op. cit.*, p. 21) mencionamos algunos de los muchos investigadores que han trabajado el tema del culto al Monte Sagrado. Sobre el actual culto al Dueño en su desdoblamiento como pareja conyugal es muy interesante el trabajo de María Elena Aramoni Burguete, *Talokan Tata, Talocan Nana: nuestras raíces. Hierofanías y testimonios de un mundo indígena*, México, CONACULTA, 1990.

³⁸ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., México, CONACULTA, 2000, p. 694-697.

³⁹ Codex Telleriano-Remensis. *Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Austin, University of Texas Press, 1995, 2ª parte, láms. 10v, 11r, 13r, 16v, etc. *Códice Vaticano A. 3738*, México, Fondo de Cultura Económica / Akademische Druck-und Verlagsanstalt, 1996, fols. 16v, 17r, 18r. 24v, 26v, 27v, 28r, etc.

⁴⁰ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. cit.*, p. 694.

⁴¹ Elisa Ramírez Castañeda, *Mitos*, México, Pluralia, 2014, p. 156.

⁴² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. cit.*, p. 694-696.

que allá adquirió “su riqueza”, consistente en una capa de plumas amarillas⁴³. El dios triunfante renació en el oriente. Sus hermanos le pidieron que iniciara su oficio recorriendo el cielo, pero él se negó hasta que cada uno de ellos siguiera su ejemplo, muriendo también en sacrificio. El destino de los dioses muertos quedó ejemplificado en Xólotl, señor de las transformaciones. Fue el dios que se resistió al sacrificio, pero, sacrificado al fin. Su destino fue convertirse en una criatura acuática, el axólotl, hoy denominado ajolote⁴⁴. Como él, los dioses se convirtieron, cada uno, en una especie o una clase de criatura, seres compuestos de una interioridad divina, inmortal, y una cubierta perecedera, dura, perceptible, que los protegía de los terribles rayos del Sol. Así se pobló el mundo.

Como es natural, el proceso de formación de las criaturas a partir de la muerte de los dioses expulsados es narrado de muchas maneras. Algunas versiones actuales cuentan que la luz del Sol fue tan dañina que los dioses huyeron a esconderse en las cuevas; cuando volvieron a la superficie muchos se habían transformado en animales. Uno de los efectos más notables fue que las distintas especies ya no pudieron comunicarse entre sí, como lo hacían cuando eran dioses⁴⁵.

Los dioses: su espacio, su tiempo

Las criaturas no pueden cruzar los umbrales en su doble composición de sustancia ligera –divina– y sustancia pesada. De las ofrendas y sacrificios solo los aromas y la energía corporal traspasarán los límites hacia el ámbito de los dioses⁴⁶. De los humanos solo lo harán las almas que se desprenden del resto del cuerpo durante el sueño, el éxtasis. De las criaturas muertas o destruidas solo las almas llegarán a las profundidades. Los dioses y las fuerzas sobrenaturales, formados de sustancia ligera, transitarán de un lado a otro sin más cortapisa que las leyes cósmicas de turnos de acción o retorno.

Ya se han apuntado algunas de las características de los dioses. Son, como las fuerzas cósmicas, entes que existen antes de que el mundo de las criaturas fuese formado, y que continuarán existiendo cuando el mundo sea destruido. Su sustancia es ligera, imperceptible

⁴³ Himno a Huitzilopochtli, Ángel Ma. Garibay K., *Veinte himnos sacros de los nahuas*, recogidos por Bernardino de Sahagún, trad. de Ángel Ma. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Historia, 1958, p. 29-31.

⁴⁴ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. cit.*, p. 697.

⁴⁵ Elisa Ramírez Castañeda, *Mitos*, *op. cit.*, p. 68-69, 206.

⁴⁶ Michel Graulich, “Los mitos mexicanos y mayas-quichés de la creación del Sol”, *Anales de Antropología*, vol. 24, 1987, p. 125, 146.

para los humanos que están en condiciones normales de vigilia, y tienen agencia, por lo que sus acciones son eficaces al afectar el mundo perceptible⁴⁷. Sin embargo, a diferencia de las fuerzas, los dioses son antropoicos: poseen una personalidad tan semejante a la humana que son capaces de comprender las expresiones de los hombres y poseen una voluntad de acción que es eficaz sobre el mundo perceptible. Como los seres humanos, tienen atributos sociales, y por ello aman, odian, se conmueven, se vengan de las ofensas, se burlan, engañan, hacen pactos, dominan, gobiernan, tiranizan, se ordenan por jerarquías, etc. Su propia naturaleza es mutable: son proteicos en sus gestas míticas y su personalidad puede multiplicarse o reducirse. Un dios puede fisionarse en dos o más dioses diferentes, cada uno de ellos con su personalidad, pero esta derivada de su origen; dos o más dioses pueden fundirse en uno solo, que resulta poseer las características y atributos de sus componentes; un dios también puede dividirse en múltiples proyecciones de sí mismo e iguales a él, y estos dioses pueden retornar al dios que fue su fuente de irradiación⁴⁸.

El espacio propio de los dioses es muy diferente al mundano: se puede transitar de un punto a otro sin recorrer los puntos intermedios: hay inmediatez. El tiempo divino se encuentra en un perpetuo presente. Hay causas, hay efectos, marcados por la secuencia, pero la causa no queda en el pasado ni el efecto tiene un tiempo de futuro: todo existe simultáneamente, todo lo posible.

De este tiempo-espacio divino hay una zona que colinda con el mundo de las criaturas. En la zona liminal el Sol ordena y limita el paso de los dioses al ámbito de su dominio. Él señala los términos, las oportunidades, las misiones que cada dios deberá cumplir en su tránsito, los retornos.

Cuando el humano deja su estado normal de vigilia y se despierta en el sueño o el éxtasis una de sus varias almas, esta puede viajar al mundo de los dioses para percibirlos y dialogar⁴⁹. Así puede volver a encontrarse con sus seres queridos en la región de la muerte. El alma

⁴⁷ Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*, op. cit., p. 170. Alfredo López Austin, "Herencia de distancias", en Alessandro Lupo y Alfredo López Austin (dir.), *Reflexiones sobre diálogos y silencios en Mesoamérica. Homenaje a Italo Signorini*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1998, p. 63-66.

⁴⁸ Alfredo López Austin, "Nota sobre la fusión y la fisión de los dioses en el panteón mexica", *Anales de Antropología*, vol. 20, tomo 2, 1993, p. 75-87. Alfredo López Austin, "El día que nació el Sol", *Arqueología Mexicana*, 83 especial, 2018, p. 38-90, 54-55.

⁴⁹ Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, op. cit., vol. 1, 1980, p. 245-246.

viajera volverá después a su cuerpo con un recuerdo fugaz y confuso de su experiencia onírica.

Los patronos

Vayamos de nuevo al tiempo mítico en que los dioses expulsados por sus padres murieron bajo el naciente poder del Sol. Sacrificados por orden del gobernante del mundo, según algunas versiones; destruidos por un diluvio, según otras; huidos a las profundidades de la tierra, como dicen otras más, todos perecieron y fueron a dar, siguiendo el ejemplo del protoSol, a la región de la muerte. Desde allí, desde la gran bodega interior del Monte Sagrado, generan criaturas herederas de sus atributos esenciales. Las criaturas son partes de ellos mismos, nacidos en el mundo gracias a la cubierta protectora. En su estadio divino, dentro del Monte, pueden desdoblarse en parejas conyugales, y son reconocidos como súbditos del Dueño que no solo generan a sus hijos-criaturas, sino que los protegen. Duales, reciben hoy el nombre de “padres-madres”⁵⁰. Algunos de ellos se cubren adecuadamente para adoptar la forma de animales extraordinarios que no deben ser cazados o como plantas que no deben ser cortadas, pues son los predilectos del Dueño. Otros están en la superficie de la tierra cubiertos de piedra o barro, con frecuencia como imágenes que reposan en los sitios arqueológicos. Son conocidos, entre muchísimos otros nombres, como “ancestros”, “antiguas”, *xantiles* o *tzitzimime*⁵¹.

Los seres humanos también tienen sus patronos. Es uno y son muchos, pues su carácter debe responder al dilema de las identidades⁵². En efecto, el humano es uno como especie, señalado por múltiples atributos: criatura que reconoce y adora a los dioses; que posee un lenguaje que ellos entienden; que trabaja para producir el alimento que necesitan para cumplir su función en el mundo; que sabe las técnicas para manejar a los seres invisibles. Sin embargo, estos atributos adquieren sus especificidades, y estas también forman parte de la esencia: el lenguaje se

⁵⁰ Eduard Seler, “The Worldview of the Ancient Mexicans”, en Eduard Seler (dir.), *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, 7 v., vol. 5, Lancaster, California, Labyrinthos, 1990-1998, p. 3) descubrió la identificación que se hacía en la antigüedad indígena de los “ancestros” y los muertos. En la actualidad, identificados con los orígenes de las diversas clases de criaturas, se los ubica debajo de la tierra (v.g., entre chinantecos, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, 1981, p. 90). Véase López Austin y López Luján, *Monte sagrado...*, *op. cit.*, p. 54) y Alfredo López Austin, “El día que nació el Sol”, *op. cit.*, p. 68-80.

⁵¹ Alfredo López Austin, “Los gigantes que viven dentro de las piedras: Propuesta metodológica”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 49, 2015, p. 161-197.

⁵² Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, *op. cit.*, p. 35-39.

divide en multitud de lenguas; la labor humana se desarrolla en distintas labores, y los cultos son diferentes en los distintos grupos humanos. ¿Cómo resolver el problema de los niveles identitarios? Con la facultad de fisión de los dioses. Si es uno el gran patrono que con parte de sí mismo generó a la primera pareja humana, sus múltiples desdoblamientos fueron dando origen a los distintos grupos. Nacida la especie, se reprodujo en el tiempo-espacio del mito, pero de allí fueron saliendo los grupos al ser paridos al mundo, cada grupo auxiliado por el dios patrono que los creó con su propia sustancia. Los patronos de los hombres habitan, también, dentro del Monte Sagrado⁵³.

El tiempo mundano

En la zona liminal del otro tiempo-espacio hay dioses que se ordenan en corros de diversas dimensiones. Son los dioses-tiempo. Los corros determinan los turnos de cada dios para viajar al mundo. Forman ciclos de distintas unidades temporales⁵⁴. Hay corros de años, de días, de meses, de destinos, de periplos de dioses protectores de las especies cultivadas en las milpas, de cursos astrales; múltiples, independientes, pero que al articularse en un juego combinatorio integran un sistema calendárico complejo. Daré dos ejemplos.

En el primero intervienen dos corros, uno compuesto por dioses con nombres numerales, del uno al trece, y otro de veinte dioses con nombres de figuras que pueden ser divinas, de elementos, meteoros, animales, vegetales, objetos artificiales, etc. Cada día se unen en par un dios del primer grupo y otro del segundo, fundiéndose ambos para hacer un solo dios compuesto⁵⁵. Sea el caso uno-cocodrilo. El siguiente será dos-viento, y el tercero tres-casa, hasta que se agota el corro menor y quedan dioses sobrantes en el mayor. La cuenta del corro menor se reinicia, hasta terminar con los sobrantes del mayor. Entonces el mayor empieza de nuevo, y así los pares se producen en un ciclo de 260 combinaciones posibles. Cada par funciona por un día. Sale al mundo por uno de los cuatro árboles cósmicos de los confines del mundo y es transportada por el Sol para derramarse sobre toda la superficie, convertido en destino⁵⁶. Al terminar su misión, el dios compuesto se fisiona de

⁵³ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte sagrado...*, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁴ Alfredo López Austin, "Tiempo del ecúmeno, tiempo del anecúmeno", en Mercedes de la Garza (dir.), *El tiempo de los dioses-tiempo. Concepciones de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Filológicas – Centro de Estudios Mayas, 2015, p. 11-49.

⁵⁵ John Eric S. Thompson, *Grandeza y decadencia de los mayas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 197.

⁵⁶ El sistema calendárico, cuyas bases son comunes en Mesoamérica, vincula tiempo

nuevo para que sus dos componentes regresen al turno final de su corro de origen. Al día siguiente, el siguiente par sale por el árbol contiguo, en un orden levógiro de secuencia oriente, norte, occidente, sur, oriente... El segundo ejemplo es el del viaje de dioses que llegan al hogar de los humanos a provocar transformaciones a cambio de culto. Forman el ciclo de las fiestas religiosas, marcadas por el doble viaje que hace el Sol cada año sobre el horizonte. Los 365 días se dividen en 18 grupos de 20 días, y se agrega un período pequeño de cinco días sobrantes. A lo largo del año solar los humanos viven entre las fiestas y sus preparativos, aportando las ofrendas y las víctimas necesarias para cumplir las leyes de la reciprocidad con los dioses⁵⁷. Sin las ofrendas y sacrificios, la continuidad del mundo sería imposible. Las estrictas leyes del Sol ordenan que los dioses que transitan por el mundo deben cumplir una ardua misión. Él pone el ejemplo cotidianamente. El trabajo agota, desgasta, y los dioses fatigados son incapaces de realizar su trabajo. El humano es la criatura destinada a alimentarlos, y la entrega llega a ser muy dolorosa: la vida misma de sus semejantes. Los dioses exigen sacrificio, y el sacrificio se convierte en la muerte que permite la preservación de la vida⁵⁸.

Los vivos y los muertos

El paisaje del hombre no puede ser solo mundano, ecuménico. Se extiende con los efectos de sus acciones a regiones del cosmos que le están vedadas: al anecúmeno. Aun dentro de los límites mundanos,

y espacio al atribuir un origen cardinal a cada unidad temporal. Así, cada día y cada año pertenece a uno de los cuatro rumbos de la superficie terrestre. Landa (*Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa, 1982, p. 62) señala el punto del vínculo al caracterizar como agentes de los destinos a los cuatro dioses bacaboob, que son la personificación de las cuatro columnas del cosmos.

⁵⁷ La religión mesoamericana tiene como fundamento el sentido de reciprocidad, y particularmente la reciprocidad entre hombres y dioses. En el *Popol vuh* (*Popol vuh. Herramientas para una lectura crítica del texto k'iche'*, trad. de Michela E. Craveri, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Filológicas – Centro de Estudios Mayas, 2013, p. 131-132) se menciona que los seres humanos son creados para alimentar y sustentar a los dioses. En la actualidad continúa esta idea, expresada incluso al referirse al cuerpo humano muerto: “Nosotros comemos de la Tierra, por ello la tierra nos come” (Tim Knab, “Talocan Talmanic: Supernatural Beings of the Sierra de Puebla”, en *Actes du XLIIe Congrès International de Américanistes*, vol. VI, París, Congrès International de Américanistes, 1979, p. 130).

⁵⁸ Eduardo Matos Moctezuma, “La muerte del hombre por el hombre: El sacrificio humano”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier (dir.), *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 43-64.

la vida humana se encuentra en un trato inmediato, permanente y difícil con todos los dioses de su entorno, incluso con los que moran como almas dentro de su propio cuerpo y los que lo invaden en posesiones transitorias⁵⁹. Es una existencia de trabajo, de intercambios, de convenios, de colaboraciones. Se da y se recibe en un juego perpetuo de reciprocidades. Todos cumplen su oficio. La milpa fructifica con el esfuerzo familiar; con el calor y la humedad de los dioses del cielo y de la lluvia; con las fuerzas germinales y el poder de crecimiento que aportan los muertos. Las almas de los muertos, desprovistas de su cubierta de materia densa, retornan a su calidad de dioses. Como dijo Motolinía, “a todos sus muertos llamaban teutl fulano, que quiere decir dios o santo”⁶⁰. Cuando llega el tiempo de cosecha, las ofrendas a los dioses se convierten en pago de su aportación en la obra. Los muertos también reclaman su parte, y debe atenderseles en la medida de su esfuerzo. Quedan los humanos con el resto.

El pacto con los muertos abre el paisaje al inframundo. La muerte es la dispersión de componentes del individuo. El cuerpo complejo, compuesto por elementos de sustancia pesada y de sustancia ligera, se disgrega; cada parte se dirige a su destino⁶¹. El alma principal, la que contiene las características esenciales de la especie, es la que viaja a uno de los diferentes lugares de los muertos. El principal es el común, ubicado en los pisos cósmicos inferiores. Es un sitio frío, húmedo, maloliente, al que se llega tras un largo recorrido. Según los antiguos nahuas del centro de Mesoamérica, el recorrido hasta la Región de la Muerte duraba cuatro años⁶². El recorrido es difícil, cargado de retos, pruebas y sufrimientos. Es un camino lustral, pues el alma va perdiendo durante la marcha su propia historia. Llegar al fondo es llegar al absoluto olvido, al estado original de esencia pura que debe servir a un futuro individuo de la misma especie⁶³. Convertida en “semilla” o “semilla-corazón”, el alma pasa a la gran bodega cósmica, el hueco del Monte Sagrado, en espera de que los dioses la envíen de

⁵⁹ Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado*, op. cit., p. 104-111, cuadros 2 y 3.

⁶⁰ Benavente o Fray Toribio de Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, p. 39.

⁶¹ Molina señala entre las frases en lengua náhuatl para referirse a la muerte: *onacico in nacían, in nopoliuhya, in noxamanca, in nopoztequia*, lo que significa en español “alcancé mi alcanzadero, mi destrucción, mi ruptura, mi fragmentación”: Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Madrid, Cultura Hispánica, 1944, fol. 86v). Sobre la disgregación de los componentes del cuerpo humano tras la muerte, véase López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, op. cit., p. 357-393.

⁶² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, op. cit., 1, p. 329.

⁶³ Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, op. cit., p. 220-223.

nuevo a otro vientre materno. Es el ciclo general de las criaturas. Sin embargo, en el trayecto hacia el olvido, los humanos mantienen una de sus características inherentes: son seres destinados al trabajo familiar. Aunque el desgaste paulatino aleja cada vez más al muerto de los suyos, sigue cumpliendo sus funciones participativas en el trabajo; continúa recibiendo por ello la compensación, y sigue dialogando con sus deudos⁶⁴.

La sustancia cósmica

La Región de la Muerte –se ha dicho– es fría y húmeda. El cielo, por el contrario, es caliente y seco. En la cosmovisión mesoamericana existe una fuerte división dual de opuestos complementarios. Toda sustancia, incluyendo la divina, está regida por un sistema binario que coloca frente a frente –entre un innumerable pareado de contrastantes– lo que es frío, húmedo, oscuro, débil, inferior, nocturno, femenino, anterior, acuático, nocturno, sexual y fecundo, y lo que es caliente, seco, luminoso, fuerte, superior, diurno, masculino, posterior, ígneo, diurno, glorioso y fecundante. Todo existe en razón de su opuesto⁶⁵. La misma Divinidad Suprema, pese a ser reconocida en las distintas culturas mesoamericanas, no tenía imagen ni recibía culto. Sus atributos se hacen patentes cuando una fisión originaria lo desdobra como Dios Padre y Diosa Madre, o como Divinidad del Cielo, Divinidad de la Tierra⁶⁶.

Los entes son caracterizados por el predominio en ellos de una u otra sustancia. Es cuestión de proporciones. No hay ente puro: en su composición están cifrados su dinamismo, su existencia, su ubicación en el cosmos. Los opuestos no son polares: pertenecen a puntos diametrales que provocan ciclos. La muerte produce la vida; la vida conduce a la muerte; ambas son indispensables para la existencia. No hay aniquilación en el encuentro de opuestos⁶⁷. Y, sin embargo, no existen como categoría de opuestos lo positivo y lo negativo, lo bueno y lo

⁶⁴ Catharine Good Eshelman, “El ritual y la reproducción de la cultura: ceremonias agrícolas, los muertos y la expresión estética entre los nahuas de Guerrero”, en Johanna Broda y Félix Báez-Jorge (dir.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, CONACULTA/Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 239-298.

⁶⁵ Madsen (1960) establece las bases para el estudio de las oposiciones complementarias en la tradición mesoamericana. Para los pares de oposición puede verse López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, op. cit., 1, p. 59.

⁶⁶ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, op. cit., p. 146-176.

⁶⁷ Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, op. cit.

malo, pues se consideran adjetivaciones relativas.

El *axis mundi* está formado por dos columnas muy próximas que no se tocan. Una, de agua, asciende de la Región de la Muerte; la otra, celeste, desciende como chorro de fuego. Son el motor del cosmos, dinamizado por su propia guerra.

El ser humano forma parte de la maquinaria de las oposiciones. Su año agrícola se divide por mitades de tiempo de muerte –tiempo femenino, de lluvias, de germinación, de crecimiento, de verdor azulado– y tiempo de vida –tiempo masculino, de secas, de maduración, de cosechas, de color amarillo. Desde la época aldeana hasta la víspera de la conquista aparecen figurillas de rostros divididos en dos mitades: una encarnada, otra descarnada, o caras afectadas por la hemiplejia (Figura 4). La vida saludable debe estar fincada en el equilibrio de una sana ingestión de alimentos de naturaleza caliente y naturaleza fría, y las enfermedades, catalogadas como frías o calientes, deben ser atacadas por medicamentos de naturaleza contraria. No es cuestión térmica, sino de esencia, en una cotidianeidad de manejo de los opuestos⁶⁸.

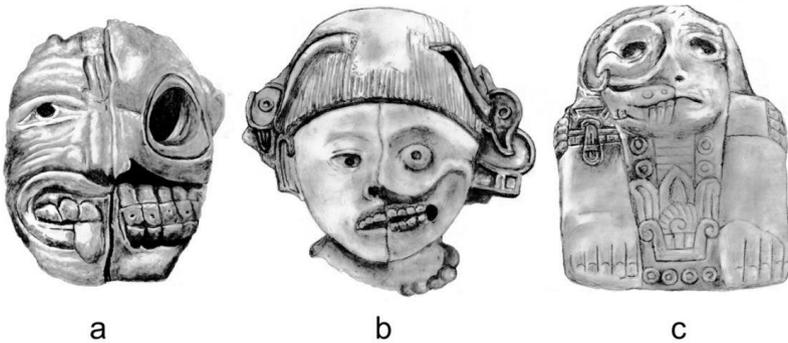


Figura 4. Rostros de muerte/vida: a) Preclásico, Tlatilco, Centro de Mesoamérica; b) Clásico, Soyaltepec, Oaxaca; c) Posclásico, Mexico-Tenochtitlan, Centro de Mesoamérica. Dibujos del autor.

El imperio del Sol, el retorno de la noche

Un mito mexica alude al nacimiento del Sol narrando que la diosa terrestre fue fecundada milagrosamente por un plumón blanco caído del cielo⁶⁹. La diosa fue atacada por sus hijos nocturnos, quienes pretendieron matarla para evitar el parto que les arrebataría su dominio.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 217-233.

⁶⁹ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. cit.*, p. 300-302.

El niño nació ya armado y derrotó a sus hermanos. Así se cuenta el arranque de un ciclo que coloca al Sol como gobernante del mundo; pero es apenas la mitad lógica de un proceso cuyo cierre debemos explicarnos. El poder del Sol, fincado en un trabajo extenuante, lleva al dios cotidianamente a la destrucción de su capa amarilla. El Sol muere en el occidente, y en esta forma empieza el recorrido contrario y subterráneo⁷⁰. Lo mata el ejercicio del poder. Al caer el Sol en el ocaso, los poderes de la noche recuperan su dominio sobre el mundo; salen de la Región de la Muerte en la que están confinados; ascienden por el occidente como una espuma negra y cubren el cielo. Al dominar así nuevamente a su madre la Tierra, regresan al origen tenebroso de los dioses salvajes, incestuosos y caníbales. La noche arrastra consigo a los seres de la muerte⁷¹. Los fantasmas pululan en los sitios malolientes donde defeca la gente⁷². El mundo llega a un punto peligroso por la ausencia del Sol que le da vida.

¿Por qué no termina el mundo al llegar la noche, y con ella el tiempo primigenio? Hay mitos actuales que afirman que cuando el Sol se oculta deja en su lugar a sus súbditos de luz, las estrellas. Las estrellas son guerreros armados de flechas que vigilan que los dioses fieros no se salgan de su cubierta. Cuando los guerreros ven que las piedras tratan de abrirse para liberar sus jaguares interiores, lanzan sus flechas para nulificar el intento⁷³. El ejercicio del poder nocturno también fatigará a los seres primitivos, y el Sol reconquistará el oriente.

El butic

Sin embargo, llegará el día en que los mismos dioses se hastíen de las criaturas. Algunas opiniones actuales se refieren específicamente a los humanos, diciendo que al digerir los alimentos y excretar las heces inundan el ambiente de malos olores. Los humanos apestan. Son indignos de seguir viviendo en el mundo.

Los antiguos mayas se referían a la destrucción del mundo

⁷⁰ John. E. S. Thompson, *Grandeza...*, *op. cit.*, p. 294.

⁷¹ Michel Graulich, "Los mitos mexicanos y mayas-quichés de la creación del Sol", *Anales de Antropología*, vol. 24, 1987, p. 298. Linda Schele y David Freidel, *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*, New York, Quill, William Morrow, 1990, p. 66.

⁷² Fray Bernardino de Sahagún, *Historia ...*, *op. cit.*, vol. 1, p. 457.

⁷³ Roberto Williams García, *Los tepehuas*, Xalapa, Universidad Veracruzana – Instituto de Antropología, 1963, p. 192. Alain Ichon, *La religión de los totonacas de la sierra*, México, Instituto Nacional Indigenista, p. 113 y 119, 1973. Jacques Galinier, *Una noche de espanto. Los otomíes en la oscuridad*, Tenango de Doria, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo / Société d'ethnologie / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2016, p. 526.

como el *butic*⁷⁴. Los mexicas y otros pueblos del centro de Mesoamérica temían que el terrible momento llegaría al terminar un “siglo”, un período en el que coincidían 52 ciclos de 365 días y 73 ciclos de 260 días, correspondientes, respectivamente, al año solar de las fiestas religiosas y al año adivinatorio. Ritualmente, todos los fuegos debían apagarse, y en la negrura de la noche los sacerdotes frotaban los dos maderos con que encendían el fuego. Si el fuego descendía del cielo y producía nuevas llamas, era señal de que los dioses permitían que los años “se ataran”, permitiendo así la prolongación de otro “siglo”; pero existía el temor de que algún día la señal fuese la negativa y última⁷⁵.

¿A qué obedecía esta creencia? Todos los dioses, fatigados por el trabajo que tenían que realizar en su tránsito por el mundo, debían ser muertos de nuevo al terminar sus ciclos para que su sacrificio les permitiera adquirir nuevo vigor en su resurrección. Esta fue la razón de buena parte de los sacrificios humanos. La futura víctima era convertida ritualmente en receptora de la esencia de algún dios, y una vez poseída, convertida en hombre-dios, era llevada a las aras para el sacrificio. Así sucedía con el Sol. Al terminar su gran ciclo de 52 años, debían extinguirse todas sus manifestaciones ígneas y esperar la nueva recepción del fuego sobre el pecho abierto de un sacrificado⁷⁶.

En el cosmos se equilibraban peligrosamente las fuerzas del Sol y las de sus hermanos salvajes, fieros, caníbales e incestuosos del tiempo primigenio. El estadio divino del salvajismo no había desaparecido con la muerte de los dioses. Era parte del tiempo mítico, del presente permanente. Los dioses sacrificados por su hermano solar estaban profundamente dolidos por suerte y esperaban el tiempo de la venganza. Habían podido engendrar a las criaturas portadoras de sus esencias, que vivían en el mundo gracias a sus cubiertas; pero ellos permanecían encerrados bajo la capa terrestre, en la Región de la Muerte. Solo al morir el Sol podrían recuperar su territorio, instalarse definitivamente sobre la tierra y en el firmamento. Cada siglo, con la extinción de todo fuego, se abría su posibilidad de triunfo⁷⁷.

⁷⁴ Fray Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia sumaria quanto a las qualidades, dispusición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, pollicías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 2, 1967, p. 507.

⁷⁵ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia...*, *op. cit.*, 2, p. 711.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 709-710.

⁷⁷ Alfredo López Austin, “El día que nació el Sol”, *art. cit.*, p. 85-87.

Descendientes. Siglo XXI

Han pasado quinientos años desde la llegada de los invasores, desde el inicio de la evangelización forzada. Se ha sufrido dominio, destrucción de legados milenarios, desaparición de pueblos que ni siquiera dejaron la huella de sus nombres, intervención en las conciencias, enfermedades importadas, discriminación, marginación, muerte temprana. Es el sistema colonial; es la sujeción que no termina con declaraciones de independencia. Hoy se vive intensamente el capitalismo en sus más negativas posiciones. En el agreste relieve de la Sierra Madre Occidental viven los náyarís o coras⁷⁸. Las pequeñas comunidades se asientan en mesetas rodeadas de montañas y barrancos, entre bosques de pinos, robles y encinos. Uno de sus poblados es Kwenwaruse. También se llama Santa Teresa de Miraflores, estado mexicano de Nayarit. Las grandes rocas son los patronos ahora inmóviles, testigos de los tiempos en que la tierra era húmeda, lodosa, aún libre de los rayos primigenios del Sol, cuando los patronos vagaban libremente sobre la superficie de la tierra. Las densas nubes son el humo de las pipas de los dioses cuando vienen a bailar sobre la tierra⁷⁹.

Los náyarís de Kwenwaruse llevan a sus hijos al monte Tayasuri Kwenwarusa'na, su lugar de origen, para enseñarlos a entregar flechas rituales a cambio de salud, agua y alimento. En algunas de sus fiestas, cuando Tayú Xicá, Nuestro Padre Sol, se oculta tras las montañas, los kwenwarusi reproducen el momento del nacimiento del mundo. Encienden en la oscuridad de un recinto la hoguera primaria de la que surgió el dios. La música da entrada a la invitación que se hace a los dioses estelares para que vengan a bailar sobre la tierra; se convoca también a los cerros patronos. Todos llegan con sus plumas y sus pipas para bailar dentro de los cuerpos de los hombres, de las mujeres, de los niños⁸⁰.

La gran ceremonia anual repite las enseñanzas de los evangelizadores. El Jueves Santo salen de la iglesia las imágenes cristianas enseñarlos a entregar flechas rituales a cambio de salud, agua y alimento. En algunas de sus fiestas, cuando Tayú Xicá, Nuestro Padre Sol, se oculta tras las montañas, los kwenwarusi reproducen el momento del nacimiento del mundo. Encienden en la oscuridad de un

⁷⁸ Gildardo González Ramos, *Los coras*, México, CONACULTA/Instituto Indigenista Interamericano, 1992. Ana Margarita Valdovinos Alba, *Los cargos del pueblo de Jesús María (Chisete'e): una réplica de la cosmovisión cora*, tesis de licenciatura en Etnología, México, Escuela Nacional de Antropología, 2002.

⁷⁹ Roberto Zavala, "El encuentro con los náyarí. Su espacio y su tiempo", en Rafael Doniz, *Náyari Cora*, México, Universidad Autónoma Metropolitana / Artes de México, 2014, p. 22.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 21-22.

recinto la hoguera primaria de la que surgió el dios. La música da entrada a la invitación que se hace a los dioses estelares para que vengán a bailar sobre la tierra; se convoca también a los cerros patronos. Todos llegan con sus plumas y sus pipas para danzar dentro de los cuerpos de los para ser desnudadas y bañadas, como inicio de su participación en la procesión. Allí reciben de los fieles las ofrendas de flores y copos de algodón; pero hay seres que obstaculizan su paso. Muchos jóvenes náyarís han prestado sus cuerpos a los dioses del inframundo. Son los “borrados” o “judiyos”. Pintados de negro, se interponen al paso de los santos. Ha empezado la lucha. El Viernes Santo los judiyos irrumpen en la iglesia. Muere Cristo y desaparece su imagen; solo queda la cruz. La lucha se intensifica con los judiyos armados de sable que vociferan, se burlan de la gente, se mueven en forma obscena empuñando sus penes; preñan la tierra; algunos caen agónicos. Por la tarde se celebra el Santo Entierro entre las mofas de los los judiyos supervivientes; por la noche piden en las casas tortillas, frijoles y arroz para saciar su hambre. Al día siguiente, Sábado de Gloria, se festeja la renovación de la vida, un cohete anuncia la resurrección de Cristo y los judiyos derrotados salen arrastrando sus cuerpos, prontos a lavarse y recuperar su naturaleza humana⁸¹.

Los náyarís saben que su ritual festivo ata los ciclos de la existencia del mundo. Gracias a ellos la humanidad entera sigue viva sobre la tierra.

⁸¹ *Ibid.*, p. 22-25.

EL ESCRITOR Y EL PAISAJE: LITERATURA Y GEOGRAFÍA EN EL SIGLO XIX EN MÉXICO

Raquel Urroz

Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México

La naturaleza del trabajo del geógrafo no es solo evocar, sino experimentar a través del ojo y del contacto prolongado, un pacto entre el cuerpo y el espacio para [con ello] configurar una zona afectiva donde se involucra las experiencias, los movimientos y las memorias¹.

Los escritores románticos del siglo XIX se desdoblaron en varios perfiles, entre ellos, el de ser una suerte de geógrafos de su territorio con el fin de traducir de forma metafórica el paisaje nacional. El enfoque utilizado fue el que hoy reconocemos en geografía como “de percepción”, entendida no como el conocimiento formal y racionalizado del entorno, sino como mera vivencia de la realidad sensible. En efecto, la actitud desarrollada en ese tiempo fue la de descubrir el goce y belleza del entorno físico, pero, sobre todo, la de extraer significados espirituales, señas de identidad y contenidos culturales, mismos que surgirían en el proceso de reciprocidad entre el paisaje y el espíritu del observador².

En este artículo, se parte del principio que señala Fernández Christlieb³ para comprender una de las líneas por la que apuesta la geografía cultural: “leer el paisaje y obtener información valiosa para tener

¹ Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía*, en J. Nogué (ed.), Barcelona, Icaria-Espacios críticos, 2018, p. 80

² Por citar un ejemplo, desde la geografía cultural aplicada a la literatura, es posible dialogar con los trabajos de Martínez de Pisón (*Miradas sobre el paisaje*, Biblioteca Nueva, 2016). El geógrafo de origen español estudia el paisaje de la península ibérica no solo como percepción, sino como creación en las miradas de escritores decimonónicos, las cuales quedaron plasmadas como documentos históricos. El paisaje, en este sentido, se convirtió en portador de la singularidad española y, en última instancia, de la identidad nacional; esto, a través de la contemplación meditativa y la visión filosófica de los escritores de la generación del 98 y, sobre todo, de Miguel de Unamuno.

³ Federico Fernández, “El paisaje como historiografía. La geografía cultural ante la

una versión más completa de la realidad social”⁴. En este sentido, se pretende analizar el trabajo y método de algunos intelectuales mexicanos que escribían profusamente a mediados del siglo XIX, y su relación frente al paisaje, la importancia de su escritura, y su contribución para configurar una primera idea del territorio nacional. Primero, se trazarán algunas de las líneas fundamentales del romanticismo europeo que nos lleven a analizar la concepción que desarrollaron los escritores frente a la naturaleza de la realidad material y del paisaje urbano. Inmediatamente después, y ya en el contexto mexicano, se ordenará dicha influencia en los escritores de México nacidos en las primeras décadas del siglo y a quienes les tocó interpretar la situación inédita de un país que se transformaba espacialmente.

Para ello, el enfoque propuesto es denominado por Yi Fu Tuan como “descriptivo-narrativo”, el cual consiste en comprender que el poder metafísico de los lugares es otorgado por el lenguaje. Esto es, en el acto de nombrar y construir un discurso, se imprime el carácter del lugar, se acentúan sus cualidades y se plasman –ya sea como realidades o como ficción– en la escritura⁵. Además, nos guiará una de las categorías geográficas sugeridas por el geógrafo de origen sino-estadounidense. Se trata de las formas de experimentar el “lugar” perceptual en todas sus dimensiones: desde el más activo, de carácter sensorial, público y de ámbito local, hasta el pasivo, más íntimo, mental y de escala nacional⁶.

En suma, este trabajo busca exponer la percepción de los escritores románticos frente al paisaje urbano y nacional, así como su transmisión por medio de la palabra escrita. Sobre todo, la forma en que se emula y se adapta la misma disposición espacial desarrollada por dichos

lectura del espacio”, en Pedro Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e historia ambiental*, México, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, p. 54.

⁴ Una de las líneas de la geografía cultural es precisamente la lectura del paisaje, enfoque cuyo propósito es reunir en un solo ámbito dos aspectos: la realidad natural y la acción social, y en donde ambas se sintetizan por medio de una cultura determinada, la cual modifica dicho espacio a lo largo del tiempo (Federico Fernández, “¿Quién estudia ese espacio? Una reflexión sobre la geografía y los intereses de las ciencias sociales”, en Martha Chávez, Octavio M. González y María del Carmen Ventura (eds.), *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada*, México, El Colegio de Michoacán, 2009, p. 107-132). Dentro de este modelo de análisis espacial, uno de sus componentes es la percepción. De modo que el término paisaje en el presente trabajo hace referencia al espacio visto y percibido por los escritores que se estudian y cuya experiencia sobre él les despierta y evoca reflexiones y sentimientos elocuentes que describen de forma discursiva a través de la poesía o la prosa.

⁵ Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía...*, *op. cit.*, p. 120.

⁶ *Ibid.*, p. 165.

intelectuales, pero ya frente a la ciudad de México y al territorio en su conjunto. Precisamente se pretende observar el espíritu que el movimiento romántico del siglo XIX cultivó y heredó en aquel momento para, así, preguntarnos: ¿esta actitud frente al mundo permitió que los escritores mexicanos pudieran configurar lo que hoy se entiende como una “geografía literaria”?⁷ Y, si fue de este modo, ¿su posición frente al mundo fue la misma que la del poeta frente al paisaje?

El paisaje en tiempos del romanticismo

En el contexto del romanticismo⁸ fue posible reunir la geografía y la literatura como dos campos del conocimiento que compartieron una misma actitud espiritual⁹. Ambas tuvieron como base existencial la

⁷ Para llevar esta geografía cultural al terreno de la literatura del siglo XIX es necesario comprender que los lugares descritos no solo son referencias, sino componentes narrativos que organizan y estructuran el texto, pero también determinan acciones y corroboran la realidad espacial. En este sentido, el escritor traduce con palabras el significado cultural de los lugares, junto con su “domesticación” o “interiorización”, como formas de apropiación espacial (María Teresa Zubiaurre, *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 241). De hecho, en el siglo XIX comenzaba a cultivarse una tradición que Quirarte definió como “literatura geográfica” (*Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992*, México, Ediciones Cal y Arena, 2016, p. 28-29), dedicada –de manera consciente o no– a describir los lugares y regiones del territorio, los cuales pasaban por un proceso de gestación para la construcción del nacionalismo decimonónico.

⁸ Estoy consciente de la vaguedad, la complejidad y la amplitud del término romanticismo, junto con sus variantes, doctrinas y escuelas diversas. En su acepción generalizada se trata de un movimiento artístico e intelectual caracterizado por el triunfo del sentimiento personal y del individualismo, al mismo tiempo de ser compromiso político frente a la realidad social. El acercamiento que mejor se adecua al requerimiento del presente trabajo es el que lo entiende como un “espíritu” susceptible de ser estudiado por medio de la literatura y la filosofía como parte de la historia de la cultura (Hans Georg Schenk, *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre historia de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983). También, como un modo de pensar y un conjunto de actitudes que configuran una “filosofía política”, y en donde se puede estudiar el vínculo entre las ideas y la acción (Isaiah Berlin, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014). El romanticismo tiene múltiples expresiones y se derrama hacia todas las artes, como la música y la pintura, por ejemplo. Aquí, únicamente se vincula con la “literatura”, entendida, para esos momentos, como todas las artes impresas destinadas a ilustrar pedagógicamente a la sociedad sobre historia, política y geografía (Christopher Domínguez M., *La literatura mexicana del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2018).

⁹ Cuando Tuan rescata el método geográfico en su cariz romántico, nos explica que los relatos del siglo XIX no solo describen espacios físicos, sino que su narrativa sig-

experiencia empírica y sensorial que permitió a los escritores entablar un diálogo con el entorno y traducir, ya fuera en forma de prosa o de verso, su experiencia del “mundo”.

En la historia del pensamiento, el siglo XIX presenció una especial sensibilidad puesta en contacto con el mundo exterior¹⁰. El poeta y escritor podía captar las cosas próximas y, a su vez, percibir su trascendencia. Lo que sucedía era que ya no se podía conocer y traducir lo divino por medio del cristianismo; aquellos símbolos se desvanecían y había que reconquistar la sensación de alcanzar una realidad superior, de un absoluto. A esta toma de conciencia y misión del escritor, la denomina Bonnefoy “intuición de la totalidad”¹¹; es decir, la gran auxiliadora del pensamiento debía ser ya no la razón, sino la intuición, la única capaz de estructurar el conocimiento para dirigir la acción, denominar al mundo y evocar su realidad.

El movimiento romántico desarrolló una noción de paisaje de contenidos y valores socioculturales determinados no de forma científica, sino apelando a la inspiración subjetiva¹². Pero en esta intención no se pretendía la búsqueda absoluta de la belleza y del equilibrio frente al paisaje —como sucedería más adelante con el modernismo en literatura, o con el impresionismo en pintura, por ejemplo—. Más bien, el pensamiento de la primera mitad del siglo XIX también es un realismo que buscaba la unidad de las cosas y de los seres, ya fuera que estuvieran en la naturaleza o, bien, en las calles, pero siempre extraída de un

nificaba conocimiento sistemático para la configuración del territorio. Esto es, la “geografía romántica” nos enseña que la “visión del mundo” se constituye por un conjunto de lugares cualificados culturalmente, los cuales se organizan para su conocimiento por medio de las sensaciones, la percepción y la conceptualización (*op. cit.*, p. 26-27).

¹⁰ Un ejemplo es la influencia mutua entre Humboldt y Chateaubriand: el primero, legando una idea del viaje como método; el segundo, apostando a volver a la naturaleza con los sentidos despiertos como herramienta esencial de exploración personal (Eduardo Martínez de Pisón, *Madrid, Miradas sobre el paisaje*, Biblioteca Nueva, 2016, p. 106). No obstante, el diálogo entre el escritor y el mundo material no es propiamente una experiencia espacial en el sentido teórico (y como modelo y herramienta de análisis geográfico y cultural) que lo entiende la geografía cultural en la actualidad. Es cierto que la relación con el entorno físico era de carácter espiritual y de método intelectual en el contexto del siglo XIX. Sin embargo, no se trata únicamente del observador pasivo frente a un mundo objetivo, también fue una forma de actividad que buscaba materializar la voluntad del participante por medio de distintas expresiones artísticas, intelectuales y políticas.

¹¹ Yves Bonnefoy, *El siglo de Baudelaire*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 14.

¹² Alain Roger, *Breve tratado del paisaje*, edición de Javier Maderuelo, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007. Augustin Berque, *El pensamiento paisajero*, México, Biblioteca Nueva, 2009.

diálogo entre lo observado y la mente subjetiva de quien lo fuera a interpretar. No solo se trata de captar las apariencias, sino de conseguir una clarividencia o un “paisaje interior”, como lo ha denominado Béguin¹³ y que permita concebir al hombre y su mundo en una unidad esencial.

Ahora bien, para que el paisaje se vuelva representación, es menester significar la realidad y llenarla de referencias simbólicas dentro del proceso del acto creador¹⁴. Precisamente, es esta operación empírica que se inicia con la dimensión emotiva, la que será, más tarde, la expresión sensible. Acto seguido, viene la intuición, la cual estructura el conocimiento y configura las impresiones para, al fin, transformarlas en representaciones. Una vez ordenados los datos sensibles y traducidos al lenguaje que designa contenidos y relaciones espaciales, es posible desarrollar los conceptos. Este esquema adquirido es precisamente la conciencia del entorno y la que puede representar la composición del mundo de formas simbólicas. Es este “espíritu” al que debían acercarse los escritores y poetas¹⁵.

Dado que el paisaje se entiende como fuente de inspiración capaz de proyectar la moral y transmitirla de forma simbólica, se busca valorizar el entorno por medio de dicha operación poética. De hecho, el “simbolismo romántico” va más allá, porque el escritor se pone frente al universo natural y al mundo material para obtener, además, una participación en él: una comunión, una “integración trascendental” sin intermediario religioso¹⁶. Se trata, en suma, de una filosofía del universo y su naturaleza, nos dice Bénichou¹⁷, de la “unidad de la creación”, en donde existen correspondencias entre lo físico y lo espiritual, la realidad

¹³ Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 407.

¹⁴ Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, prólogo de Mauricio Beuchot, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 186-187.

¹⁵ El acto creativo se daba precisamente a través de la “percepción intuitiva” que referían los románticos. También se ha descrito cómo el “principio de acción subjetiva”, esto es, el filósofo de la época buscaba alcanzar la conciencia de sí mismo en conexión interna con todas las cosas del mundo (Isaiah Berlin, *Las ideas...*, *op. cit.*, p. 210, 228).

¹⁶ Isaiah Berlin, *Las ideas...*, *op. cit.*, p. 211.

¹⁷ Paul Bénichou, *Los magos románticos*, prólogo de Philippe Olle-Laprune, México, Fondo de Cultura Económica, 2017, p. 542. En Francia, algunos filósofos de la naturaleza fueron Vigny, Lamartine, Michelet y, sobre todo, Victor Hugo. No obstante, mucho antes fueron Schelling, Fichte y Herder, entre otros idealistas alemanes, quienes desarrollaron la noción de *Naturphilosophie*, la cual defendía a los místicos como los poseedores del entendimiento de la naturaleza gracias a su “comprensión intuitiva” fuera de todo análisis racional (Hans Georg Schenk, *El espíritu...*, *op. cit.*, Paul Bénichou, *Los magos...*, *op. cit.*).

social y la moral¹⁸. Esto es, dicho movimiento no solo consistió en expresar los sentimientos que se experimentaban frente a la naturaleza, sino que buscaba establecer asociaciones entre el mundo interior y exterior¹⁹.

Los escritores del siglo XIX se encontraban apegados a su terruño y al corazón de su cultura nacional. Sentían que recorrían el paisaje nacional por medio de una geografía interior²⁰, pero ya con un propósito: el poeta se confiere una misión y esta era de carácter social y política, pero también espacial. Esto es, había una auténtica preocupación en el estado de la realidad social, de ahí el interés de los escritores por rescatar el pasado histórico de los “pueblos”, integrar sus espacios, y guiar mejor los destinos de las naciones²¹. Se trataba de una auténtica lucha por edificar una sociedad secularizada, una nueva organización del espacio y un inédito cuerpo político²². En otras palabras, en el contexto intelectual del liberalismo, la misión del escritor se convertía en acción, precisamente cuando este se involucraba con el mundo material. A estos escritores y actores políticos Bénichou los define como el “poeta-acción” y su actividad como el “arte-activo”. Ello porque estaban convencidos de que, *más* allá del conocimiento, era a través de la palabra que se podía modificar la realidad²³. Sobre todo, era la poesía que estaba ligada a los sentimientos, aunque no se agotase allí su propósito. El poeta podía expresar el mundo de las formas, de los colores y del lenguaje. Además, estaba dotado de una facultad para influir; de una virtud artística para comunicar y fungir como guía social. Su compromiso político y social se explica por la creencia en que la sabiduría la poseían aquellos que tuvieran la comprensión de la naturaleza del mundo.

La fórmula para develar el espíritu del pueblo que habían

¹⁸ La idea cultural de captar la realidad e reintegrarla a la “unidad fundamental” provenía del espíritu alemán. En Francia, más bien, lo que importaba era la confesión lírica y la expresión suelta y total de los sentimientos, de los tormentos y de las inquietudes (Albert Béguin, *El alma romántica...*, *op. cit.*, p. 401).

¹⁹ Isaiah Berlin, *Las ideas...*, *op. cit.*, p. 166.

²⁰ La herencia venía del primer romanticismo de Chateaubriand, Rousseau o Nodier. En ellos, la exploración de un estado interior permitiría disolverse con la naturaleza para adquirir revelaciones de un cosmos fuera de todo tiempo. Con esto se podría, entonces, describir la belleza del mundo (Albert Béguin, *El alma...* *op. cit.*, p. 430-431). Un ejemplo son los paseos campiranos realizados por Rousseau y descritos en su obra “Las ensoñaciones del paseante solitario” publicada en 1782.

²¹ Hans Georg Schenk, *El espíritu...*, *op. cit.*, p. 64.

²² La manera que tuvieron algunos románticos de compaginar la libertad individual con cierto orden social idealizado se ejemplifica con el concepto de “voluntad general” y “contrato social” de Rousseau, lo que iría acorde con los “propósitos y leyes de la naturaleza” (Isaiah Berlin, *Las ideas...*, *op. cit.*, p. 127-128).

²³ Paul Bénichou, *Los magos románticos...*, *op. cit.*, p. 111.

desarrollado Herder, y luego Hegel, se convertía en revolución romántica en el siglo XIX²⁴. Esta filosofía de la acción se desenvolvía entre la literatura y la política al mismo tiempo, campos donde se debatía entre la idea de la libertad o de la unidad social. De cualquier modo, solo el verbo poético, tal y como lo declaraba Victor Hugo, podía representar a la sociedad en plena crisis y transformación espacial²⁵. En este sentido, el paisaje se volvía fuente de saber, y una ciudad como París, por ejemplo, podía fungir como el laboratorio y modelo espacial de dinamismo. La condición y el estado en el que se encontraba la ciudad Luz fueron utilizados por los escritores para concebir lo que Harvey²⁶ denomina “geografías de la mente” Esto es, la curiosidad por lo público, que implica descubrir relaciones ocultas, tanto sociales como espaciales.

En este punto, ya habían quedado atrás las evocaciones e imágenes bucólicas de provincia, y ahora, en su lugar, era la figura de *flâneur* quien buscaba en las calles registrar y traducir la metamorfosis espacial que daba nacimiento a la modernidad. En este sentido los escritores franceses transfiguraron la vida material, es decir, describieron el conjunto de todas las partes que estructuraban a la ciudad²⁷. Una ciudad como París ofrecía la intuición poética necesaria, y en sus entrañas se hallaban los elementos susceptibles de valores simbólicos. Balzac, Victor Hugo, y luego Baudelaire, encontraron la introspección entre la multitud, el encuentro consigo mismo entre los usuarios de la ciudad. La experiencia espacial de los escritores decimonónicos fue espiritual, política y moral. En ella, la ciudad no será nunca más una clave del sentido de la creación divina, sino que esta es un “hecho natural” frente al cual, y a decir de Bonnefoy, “estamos obligados a percibir en la diversidad de sus características y de los cambios que estas sufren”²⁸.

²⁴ Muchas doctrinas y escuelas románticas de carácter social se inspiraron en las ideas del nuevo racionalismo de Herder. Para dilucidar el “espíritu del pueblo” alemán, había que conocer el *Volk*, una suerte de conjunto de valores y formas de vida específicas que lo dotaban de forma, y ello, con el propósito de alcanzar una meta común: la autorrealización política y moral de la sociedad. La noción metafísica del *Volksgeist* funge, entonces, como la fuente activa que dicta los patrones sociales del grupo y refleja “la actitud alemana” (Isaiah Berlin, *Las ideas...*, *op. cit.*, p. 266-267).

²⁵ Paul Bénichou, *Los magos románticos...*, *op. cit.*, p. 318.

²⁶ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid, Editorial Akal, 2006, p. 354.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Yves Bonnefoy, *El siglo de Baudelaire...*, *op. cit.*, p. 183.

Periodismo y espacio público en México

El romanticismo también tuvo sus expresiones y sus distintas etapas de desarrollo en México²⁹. Su impulso corrió paralelo a la gestación del nacionalismo y a distintos idearios políticos, y todo ello encaminados a la construcción de una identidad colectiva. La base concreta de este proceso nacionalista fue la defensa del territorio, la cual se llevaba a cabo con las armas, mientras que la concientización de su realidad material, por medio de la producción literaria.

El arribo de libros extranjeros –sobre todo desde el comercio libre con el fin de la Carrera de Indias en 1778–, prohibidos o no, dio como resultado un flujo ininterrumpido desde las últimas décadas del siglo XVIII. De hecho, se cuenta con el registro de los impresos salidos en su gran mayoría desde Cádiz, así como su comercio y difusión a partir de las élites poseedoras de bibliotecas. Estos estudios señalan la tendencia creciente hacia la secularización de sus contenidos y la mayor demanda por adquirir literatura francesa, considerada por España como la vanguardia en filosofía racionalista³⁰.

No se trata aquí de analizar los procesos de comercialización, de transmisión y de promoción de la palabra escrita. Sin embargo, el mundo de la letra impresa permitió la difusión de ideas, la cual tejía ciertas redes de comunicación que siguieron el tránsito que llevaba a influir en la acción política. Es decir, la distribución de las publicaciones permitía la recepción de nuevos modelos discursivos y de significados inéditos del lenguaje, los cuales moldeaban la opinión pública³¹. La apropiación de estos nuevos códigos, entonces, se esparcía en las calles, en las plazas y en los cafés³², precisamente donde se daba lugar

²⁹ La República de las Letras en el siglo XIX mexicano se ha organizado bajo distintas propuestas clasificatorias que pueden ir por generaciones; por asociaciones literarias de distintas corrientes; por etapas que marcan acontecimientos históricos; por trabajos editoriales, o por géneros (José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1981, p. 1017-1071. Belem Clark de Lara y Elisa Speckman, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005).

³⁰ Cristina Gómez, *Navegar con libros. El comercio de libros entre España y Nueva España (1750-1850)*, México, Trama Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2018, p. 95.

³¹ Robert Darnton, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, p. 268-269.

³² Desde finales del siglo XVIII los cafés se multiplicaban, así como el consumo de café con leche. Ya en el siglo XIX se convirtieron en establecimientos que cumplían una función pública: para dar lectura a los periódicos, para los encuentros sociales e, incluso, podían fungir como clubes políticos (Clementina Díaz, “El café: refugio de

a la creación de sentidos y formas sociales para un nuevo sistema cultural. Chartier lo explica como un corpus de prácticas y relaciones que representan la cultura popular, derivadas de la circulación de normas y valores extraídos en buena medida del acto de la lectura³³.

Para el caso de México, Guerra ha estudiado el impacto de las ideas francesas, la proliferación de las imprentas y la nueva sociabilidad a partir de la discusión como el principal mecanismo para la construcción de la opinión pública. Independientemente de la polarización existente entre las elites culturales y la clase analfabeta, la movilización social dio como resultado el nacimiento del espacio público, sobre todo, por medio de las lecturas en voz alta y los sermones dictados en las plazas, las calles, las tertulias y los cafés³⁴. En este sentido, el papel de los escritores fue el de ser primero receptores de la literatura europea, al tiempo de buscar convertirse en los transmisores y actores influyentes de aquel espíritu romántico. Así, pues, como testigos del estado político y militar del país, los intelectuales mexicanos buscaron captar y registrar por escrito la vida material y social de los espacios que se reacomodaban, para luego representarlos y conceptualizar el nuevo orden que tomaba un país libre y soberano.

De este modo, tras la guerra de independencia, se desarrolló decididamente el primer romanticismo, a la par del despertar de las empresas editoriales y del periodismo, pero, sobre todo, vino el auge de las llamadas revistas literarias y folletines. Se multiplicaban cada vez más las publicaciones periódicas vinculadas, ya no a temas religiosos, sino a momentos específicos de la vida política. En estas se incluían secciones dedicadas a dar a conocer lugares, paisajes y regiones del territorio nacional³⁵. Entre otros géneros, la línea del costumbrismo y el realismo, que iba desde los cuadros, la crónica y hasta las novelas por entregas, permitió cultivar un registro vasto de prototipos y comportamientos donde poder reflejarse, mientras que se reconocían calles y lugares que eran familiares. En suma, era el comienzo de un movimiento intelectual que fijaría patrones espaciales en la memoria colectiva, una

literatos, políticos y de muchos otros ocios”, en Belem Clark de Lara y E. Speckman Guerra (eds.), *La república...*, op. cit., 2005, p. 76-88).

³³ Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la edad moderna*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1995, p. 128.

³⁴ François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica/Editorial Mapfre, 2014, p. 292- 293.

³⁵ Marco Antonio Chavarrín e Yliana Rodríguez (dir.), *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, México, El Colegio de San Luis/Instituto de Investigaciones Filológicas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

de las primeras formas en que la sociedad se iba a observar a sí misma en sus espacios íntimos para, así, descubrir su fisonomía completa y, por extensión, el rostro de un territorio nacional.

En México, son los escritores del siglo XIX quienes se sienten responsables de interpretar la realidad y fundar una tradición. El espacio de significado histórico, es decir, que había acumulado un legado cultural, sufría transformaciones y necesitaba ser ordenado y representado por medio de la palabra³⁶. Con la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) se inauguran distintos géneros periodísticos y se siembra la primera semilla del romanticismo. A través del folletín³⁷, Lizardi fijaba los primeros pintoresquismos de la época, así como algunos cuadros de costumbres donde “El Pensador Mexicano”, como llamaban a este escritor, satirizaba el nombre de las calles de la ciudad de México y las relacionaba con sus habitantes y con sus usos. De hecho, las picardías que desarrollan sus personajes novelescos, tales como Don Catrín o El Periquillo, acaecen en los lugares más céntricos de la capital³⁸. Fernández de Lizardi escribía para el “pueblo”, al que le recomendaba “estudiar la naturaleza y los derechos del hombre en sociedad”³⁹. Sus escritos y novelas recrean el espacio social en la ciudad con un fin moralizante, porque al describirlos y representar en ellos las conductas populares, se daba el primer paso para descubrirnos a nosotros mismos, para definirnos y poder dibujar un paisaje más nítido y preciso.

Sin embargo, será en la década de los treinta, que el romanticismo se vuelva contumaz, lo que serviría de caldo de cultivo para la fundación de la literatura mexicana. Su nacimiento fue en realidad una

³⁶ En su enfoque perceptual, Tuan explica cómo es que los lugares descritos en la literatura no son simples localizaciones, sino que han adquirido un “sentido” por medio de las experiencias repetidas que acaecen en ellos (Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía... op. cit.*, p. 58). Para el México del siglo XIX, Soriano (“En busca de un mapa final: Geografía y prácticas de territorialidad en el siglo XIX mexicano”, *Iberoamericana, Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 47 (1), 2018, p. 13-23) lo explica como una forma de apropiación espacial a través de la narrativa geográfica, esto es, por medio de una “identificación afectiva” con los lugares descritos, que va construyendo una territorialidad imaginaria.

³⁷ Las prácticas literarias de Lizardi replican el uso que se venía haciendo con autores tales como Denis Diderot. Esto es, el diálogo filosófico y la novela dialogada –entre otras formas tales como la narrativa de viajes, las narraciones utópicas y las narraciones de sueños. De cualquier forma, la folletería fue el primer medio para insertarse en el debate y en el espacio público (Mariana Ozuna, *La forma de las ideas. Géneros literarios en la folletería. Nueva España, 1808-1820*, Trama editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2018, p. 39).

³⁸ Christopher Domínguez Michael, *La literatura... op. cit.*, p. 42.

³⁹ José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía. Una antología general*, México Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 19.

reunión de amigos, una tertulia inaugurada en 1836 para las discusiones y el intercambio de escritos. Surgió, así, la concretización de una primera asociación literaria. La importancia de esta “Academia de Letrán”, en palabras de José Emilio Pacheco⁴⁰ —no es el hecho de que salieran grandes poetas o filósofos de allí—, sino la decidida concientización de mexicanizar la literatura y fijar sus principios, darle un carácter peculiar y fundar una tradición propia⁴¹.

Estos escritores, nacidos en las primeras décadas del siglo, debían tejer las bases para formar un primer público, el cual, por medio de su acercamiento a la producción literaria, se percataría de sus prácticas culturales y sus espacios sociales. Ignacio Ramírez (1818-1879), “el Nigromante”, fue el gran liberal radical quien, en sus discursos y escritos, propugnaba porque la ciudad tuviera una reorganización social fundada sin Dios ni Rey. Su tesis central fue: “No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos”⁴². Su teoría educativa y espacial era, antes que nada, social; proponía formar un gobierno popular basado en un sistema de ideas con el deber de destruir el principio religioso. Esto es así porque lo que “cuenta es el mundo visible”, dice Ramírez⁴³, el cual se aprehende a través de las sensaciones, el sentimiento estético y el lenguaje. El Nigromante lo expresa de este modo: “desde que la naturaleza solo es el libro confiado a la meditación universal, todos poseemos el derecho a publicar nuestras propias impresiones”⁴⁴.

En este sentido, el denominado “Voltaire de México”⁴⁵ desa-

⁴⁰ José Emilio Pacheco, “Discurso de ingreso a El Colegio Nacional”, México, *La Redacción*, 12 de julio de 1986.

⁴¹ En esta época no se distingue plenamente al novelista del poeta, ya que, en el ámbito de la narrativa, la prosa y la poesía se asemejan y se invaden una a la otra por el efecto del lirismo propio del primer romanticismo y de escritores tales como Chateaubriand, Rousseau, y hasta Victor Hugo. Lo mismo sucede en México, donde los jóvenes escritores se sienten todos poetas dotados de una nueva sensibilidad única. En cualquier caso, el culto al artista característico del siglo XIX radica precisamente en la creencia de sus facultades “heroicas” para percibir la belleza, así como los aspectos trágicos del mundo (Rafael Argullol, *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*, Barcelona, Acontilado, 2008).

⁴² Carlos Monsiváis, “La expresión radical de Ignacio Ramírez”, en David R. Maciel y Boris Rosen Jélome (dir.), *Obras Completas de Ignacio Ramírez “El Nigromante”*, México, Centro de Investigación científica “Jorge L. Tamayo”, A. C., 1985, p. VII.

⁴³ Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 352.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 57.

⁴⁵ John Skirius asegura que Ignacio Ramírez era conocido de esta manera por sus pares, y que sus autores más estimados eran, de España, Cervantes y Bartolomé de las

rolla una teoría de la literatura donde fundamenta su belleza y utilidad, además de ser la “que escoge de preferencia entre los fenómenos de la naturaleza a aquellos a quienes puede dar un carácter social”. Para ello, “se procede a la impresión directa”⁴⁶, esto es, el de imitar la naturaleza, descomponerla en sus partes y, luego, hacer nuevas combinaciones. Precisamente, en palabras de Ramírez, ello fue la preocupación que legó Humboldt a esta América, y como fiel admirador suyo, le rindió homenaje en 1869 para convocarnos a continuar aquel impulso, es decir, “el observar a la naturaleza”⁴⁷. En suma, el romanticismo mexicano esperaba que la imaginación se espabilase y estimulara a partir de los fragmentos que Natura revelaba en sustituto de cualquier divinidad.

Ahora bien, después de su revelación, el paisaje se vuelve acción y esta se concretiza y se plasma en la escritura. Tuan lo entiende de esta manera: el paisaje, en efecto, es perceptual y conceptual al mismo tiempo, es decir, tiene la participación del ojo y de la mente, pero la literatura da forma y articula los lugares comunes dotados con signos que los develan como “centros de significado”⁴⁸. Así, por tanto, la percepción del paisaje no solo es de naturaleza estética y contemplativa, sino que también es una experiencia directa, activa y pública⁴⁹.

Ahora bien, la *sensibilidad paisajística* a la que se refirió Alain Roger, aunque tradicionalmente estaba vinculada al campo, a lo pictórico y lo bucólico, se traslada ahora a las ciudades y se traduce por medio de la escritura⁵⁰. Maples Arce ya había anotado que el “sentimiento

Casas; de Francia, D’Alembert y Víctor Hugo (John Skirius, “Pensamiento cultural y educativo de Ignacio Ramírez”, en Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 451).

⁴⁶ Ignacio Ramírez, *La palabra...*, *op. cit.*, p. 223.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 289.

⁴⁸ Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía...*, *op. cit.*, p. 93.

⁴⁹ La otra categoría a la que se refiere Tuan es el espacio pasivo e indirecto que es más íntimo, mental y de escala nacional (*op. cit.*, p. 162). Esta variante del paisaje mexicano, donde el ámbito rural, regional y nacional estuvo en la mirada y escritos de los letrados románticos merece ser atendido en otro trabajo.

⁵⁰ Alain Roger, *Breve tratado del paisaje*, edición de Javier Maderuelo, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 98-99. El arcadismo mexicano, sin embargo, no desaparecería del todo. La exaltación y la vuelta a la naturaleza, entendida como el ámbito rural, se buscan restaurar y preservar en la mente del poeta romántico a lo largo de todo el siglo XIX. Véanse Manuel Maples Arce, *El paisaje en la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1944. Alfonso Reyes, “Resumen de la literatura mexicana (siglos XVI - XIX)”, en *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, t. XXV, Fondo de Cultura Económica, 1991b, p. 397-439). Jorge Ruedas, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010;

del paisaje” que alojaban los poetas mexicanos del siglo XIX, además de constituir un “estado de ánimo”, se volvía un asunto de “rigor descriptivo”⁵¹. No obstante, para el escritor mexicano, la ciudad también se convertía en el lugar por excelencia, porque solo allí se hacen públicos los sentimientos privados. En México, la capital era el asiento de los poderes políticos, civiles y militares, pero también el corazón para el ejercicio inédito de la ciudadanía.

Como el París del siglo XIX estudiado por Harvey⁵², el modelo espacial es la ciudad, junto con sus personajes y los nodos perdurables. También en México, el combate y el compromiso político que busca derrocar toda traza del antiguo régimen se lleva a cabo en el espacio público y los lugares emblemáticos de su capital. En la perspectiva espacial, se busca edificar la “ciudad centralizada” por medio de reactivar los trazos de parámetros neoclásicos⁵³. Pero, además, para conquistar la República era necesario fundar la ciudad letrada. No se trata solo de impulsar el nacimiento de sitios tales como academias y liceos, librerías y centros de enseñanza, sino de conformar la primera colectividad instruida dentro de una cultura urbana. Es, entonces, cuando los escritores idealizaron el espacio público para ofrecer una lección moral⁵⁴.

Christopher Domínguez, *La literatura mexicana... op. cit.* El arcadismo mexicano, sin embargo, no desaparecería del todo. La exaltación y la vuelta a la naturaleza, entendida como el ámbito rural, se buscan restaurar y preservar en la mente del poeta romántico a lo largo de todo el siglo XIX. Véanse Manuel Maples Arce, *El paisaje en la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1944. Alfonso Reyes, “Resumen de la literatura mexicana (siglos XVI - XIX)”, en *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, t. XXV, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 397-439. Jorge Ruedas, *Los orígenes...*, *op. cit.* Christopher Domínguez M., *La literatura...*, *op. cit.*

⁵¹ Manuel Maples Arce, *El paisaje en la literatura...*, *op. cit.*, p. 7.

⁵² David Harvey, *París...*, *op. cit.*

⁵³ Federico Fernández Christlieb, *Europa y el urbanismo neoclásico en la Ciudad de México. Antecedentes y esplendores*, México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 86.

⁵⁴ La cultura escrita, es decir, las revistas literarias, los periódicos, la hoja volante y los folletos no eran la única empresa pedagógica para difundir los nuevos valores liberales que se buscaban implantar. La oralidad o la recepción en voz alta se cultivaba en los espacios públicos por medio de declamaciones y discursos en la Alameda, en el Teatro y en la Cámara, sobre todo. La cultura visual, las exhibiciones de arte, la litografía y los mapas también permitieron esparcir el conocimiento sobre lugares y paisajes emblemáticos así como la localización de regiones y sus gentes (Magali Carrera, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth century Mexico*, North Carolina, Duke University Press, 2011; Kari Soriano, “En busca de un mapa final: Geografía y prácticas de territorialidad en el siglo XIX mexicano”, *Iberoamericana, Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 47(1), 2018).

La intuición poética está en las calles

Siguiendo a Tuan, entre todas las escalas espaciales, la ciudad es el lugar y centro de significado por excelencia⁵⁵. En efecto, la Ciudad de México en el siglo XIX contaba con el “papel legitimador” tanto en la esfera política como militar, además de ser el lugar donde se cultivaba los valores ligados a la idea de “comunidad urbana” y a “la formación de la opinión pública”⁵⁶.

Quizá por ello, el escritor que habita la capital no se siente solo entre sus calles; más bien, es él junto con los demás; se trata de un ciudadano igual que todos dentro de un espacio colectivo. Alimenta su imaginación andando por los rincones de la ciudad, capta las relaciones entre los lugares y con ello profundiza en el tejido del cuerpo social de naturaleza politizada⁵⁷. En la capital nace, pues, una suerte de método para vivir la ciudad y contagiar el sentimiento de pertenencia entre los demás usuarios. El experimento técnico de los románticos era, pues, sobre todo, la curiosidad intelectual; luego, la prehensión del ambiente con toda plenitud sensible.

Francisco Zarco (1829-1869), el periodista por antonomasia, fue el dandy que buscó propagar sus ideas liberales comenzando por él mismo en su propia compenetración con la realidad urbana. Zarco encuentra en la práctica de caminar hacia cualquier dirección, un modo de conocimiento: un sentir y un razonar. Sus cuadros y ensayos recuerdan a Balzac, a quien seguramente leyó⁵⁸. Uno de sus temas fue su propia soledad entre los demás habitantes de la capital, y uno de sus objetivos,

⁵⁵ Yi-Fu Tuan, “Place: An experiential perspective”, en *The Geographical Review*, vol. CXV, n° 2, april, American Geographical Society of New York, 1975, p. 156.

⁵⁶ Annick Lempérière, “La historia urbana de América Latina, de las reformas borbónicas a los centenarios de la Independencia”, en Ignacio Sosa y Brian Connaughton (dir.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-UNAM, 1999, p. 108. Otro ejemplo, en la naciente Latinoamérica, es la ciudad de Buenos Aires. La percepción de su territorio a través del paisaje inventado por la literatura decimonónica es estudiada por medio de tres figuras retóricas: lo bello, lo pintoresco y lo sublime (Graciela Silvestri, *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa, 2011).

⁵⁷ Carlos Monsiváis, “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (dir.), *La república...*, *op. cit.*, p. 89-119.

⁵⁸ Vicente Quirarte, “Odiseo del diario acontecer. Estudio preliminar”, en *Odiseo del diario acontecer. Francisco Zarco. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016b, p. 13-50. Otros paseantes de la ciudad que acostumbraban a hacer grandes recorridos y dejar su testimonio escrito fueron Manuel Orozco y Berra, José María Roa Bárcena y Antonio García Cubas.

reivindicar los secretos de su ciudad. Fortún, como firmaba Zarco, fue el gran paseante que dejó testimonio de su objetivo, del cómo vagar y de su sentido final. En sus crónicas urbanas lo explica así:

Esos momentos sombríos y tristes abundan más o menos en la vida, sin que los ahuyente los trabajos del cuerpo, ni las tareas intelectuales [...] cuando la imaginación dormita, el deseo embota, la esperanza se extingue y solo vive consumiéndolo toda esa enfermedad que se llama hastío. No creo que haya género de filosofía que disipe ese mal, pero suele curarse con el movimiento, con vagar sin objeto, esperando que la movilidad del cuerpo ejerza alguna influencia en la mente [...]. En las ciudades populosas suele probar bien para disipar esa pesadez del espíritu y del corazón, perderse entre la multitud [...] esto que viene a ser lo que se llama *flâneur*, es sin duda el mejor modo de pasear [...]. Por algún tiempo se anda sin ver, sin oír; después la atención se fija ya en un objetivo, ya en otro; comienzan a hacerse observaciones [...] algunas vagas impresiones se suceden con rapidez y pocas dejan huellas; se olvida la última sensación, se recibe otra nueva. En la calle, al aire libre, se puede estudiar al transeúnte. Ricos y mendigos, paseos y entierros, cantos y dolores, miseria y opulencia, grandes crímenes y grandes virtudes, todo anda reunido, confuso en las calles a todas horas⁵⁹.

Además, Zarco nos reprende y llama la atención por no compartir esta misma actitud sensible y observadora frente a los lugares de la ciudad; lo expone así: “cada templo, cada casa, cada edificio, cada tienda [...]. Si esas bellezas de una capital tuvieran algo de sentimiento, se quejarían de la indiferencia y de la ingratitud de sus habitantes”⁶⁰. En fin, concluye su crónica declarando que “el aislamiento en que el hombre vive en las sociedades modernas [es] la imagen de los transeúntes por el mundo. La vida no es más que una peregrinación que concluye cuando menos lo esperamos. Cada cual corre en pos de algo que no encuentra jamás”⁶¹.

Por su parte, Guillermo Prieto (1818-1897), el poeta nacional⁶²

⁵⁹ Francisco Zarco, *Odiseo del diario acontecer*, op. cit., p. 139-140.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 140.

⁶¹ *Ibid.*, p. 147.

⁶² A decir de Alfonso Reyes, la poesía del paisaje entre los románticos mexicanos – tales como Marcos Arroníz, Manuel Acuña, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Guillermo Prieto, entre otros –, es de carácter descriptivo y político, y no cuenta con verdadera calidad estética. Su importancia reside, más bien, en haber tenido “vivos los sentidos” frente al paisaje. Así como poder traducir su “estado de ánimo”. Sin embargo, ninguno de ellos pudo escapar ni al clasicismo, ni al lirismo imperante. Alfonso Reyes, “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”, en *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, t. I, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 244.

y el gran cronista de la ciudad, siguió esta operación simbólica propia del romanticismo europeo. Para adentrarse en las entrañas de la ciudad recurre al viaje interior donde poder alcanzar una conciencia de individualidad frente a la realidad circundante. Fidel, como firmaba, había encontrado la fórmula para sublimar su propio dolor y tristeza y así desarrolló, dice, su “aptitud poética”: “No tenía más delirio que subir a la azotea, o escaparme a los barrios y calzadas más solitarias a declamar mis sonetos”⁶³. Aunque la poesía de Prieto es de carácter patriótico y popular, nació a partir de sus impresiones y del ejercicio de introspección: “Mi observatorio de costumbres, mi lugar predilecto de estudio, era mi misma casa de vecindad”⁶⁴. Pero, sobre todo, la Alameda fue su “gimnasio poético”⁶⁵, lugar donde concurrían antes que nadie los amantes, y donde entre el bullicio general se podían captar esos diálogos picarescos que buscaba trasladar a sus papeles.



Figura 1. Casimiro Castro, La Alameda de México tomada en globo.
México y sus alrededores; litografía.

Así, pues, capta ante todo su espacio natal y se pierde entre las calles y las plazuelas. Sus primeras excursiones eran a la parroquia de

⁶³ Guillermo Prieto, *La patria como oficio. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 67.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 84.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 69.

Tacubaya o al Convento de Dieguinos. Los domingos al teatro, al billar, a los gallos, con los titiriteros, a la corrida de toros, al portal de mercaderes o al Parián. Aprendió a observar el caminar de los habitantes de la capital, los paseos elegantes en la calle de La Palma, del Refugio, frente al Empedradillo o en Plateros. También aprendió a reconocer a los señores arrogantes que salían de Palacio Nacional, de la cárcel de la Acordada o de la Inquisición.

Prieto evoca a Victor Hugo no solo porque nos quiere ilustrar, sino también para explicarse a sí mismo su propia forma de proceder y relacionarse frente al mundo perceptible de las formas y a lo que denominaríamos, en esta perspectiva, como paisaje cultural. Escribe:

El que haya leído con detenimiento la novela de *Nuestra Señora de París* por el tan inmortal Victor Hugo, jamás olvidará aquella descripción viva, animada y fantástica de la iglesia de Notre-Dame, ni aquella omnipotencia de imaginación con que dota de pasiones, por decirlo así, a la arquitectura, de fisonomía a sus órdenes, y encuentra en los artesanos y columnas los rasgos característicos de una generación o de varios siglos. Este pensamiento filosófico en sí mismo me trae alborotadas las mientes días ha, y los postes de las esquinas y los canalones de las azoteas, quiero que me revelen la vida, las pasiones, las metamorfosis de esta capital, que aunque joven, ha sido alegre y versátil como la que más, y ha materializado, por expresarme así, las pasiones y los caprichos de sus moradores⁶⁶.

La operación intuitiva y también progresista de inspiración francesa, Prieto la traslada a la Ciudad de México: “Las calles de México en su transformación me ofrecen unas páginas materiales, pudieran leerse en ellas nuestras revoluciones, nuestros desaciertos, servir de termómetro de nuestros atrasos o adelantos, de nuestras pasiones, de nuestros caracteres”⁶⁷.

El romancero lo observaba todo: sus procesiones, sus romerías, los convites y festividades periódicas. Como el día de difuntos, donde “la parroquia y el vasto cementerio es el lugar de reunión”⁶⁸. Exalta lo que en las calles y plazas se montaba periódicamente, y que, a su parecer, eran las máxima expresión de vida y libertad: “Vámonos para la plaza,/a la gran plaza del pueblo,/que es un cuadrado espacioso/bajo corpulentos fresnos,/circundado de paisajes/bajo de su limpio cielo;/allí vive el regocijo,/allí se levanta el templo/que motiva

⁶⁶ *Ibid.*, p. 289.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 290.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 322.

tanta fiesta”⁶⁹.

Prieto vislumbra la estructura general de la ciudad y la explica de esta manera:

La rectitud de las calles del centro, su policía, la suntuosidad de los edificios, la riqueza de los carruajes, la decencia en lo general de los concurrentes, complace y reconcilia con nuestro nombre a los viajeros sensatos, que antes de llegar a la plaza atravesaron inmundos barrios, cuya descripción me reservo para otro día. El centro de México tiene su distintivo peculiar: la plaza grandiosa con su opulenta Catedral, tipo de elevación sublime, y su parte de ridículo en la fachada del Sagrario, con un palacio de construcción sencilla, hermosos portales y un Parián intruso y mal nacido: éste es el ridículo de la plaza; allí se exclama: “He aquí la ciudad de los Palacios y la Reina de las Américas con la vista a la Catedral”: si se ve hacia la plaza del mercado, es otra cosa; allí hierve y se arrastra una población degradada y asquerosa; allí se ve un jacalón repugnante, borrón de México⁷⁰.

También, para Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), orador oficial y el último de los románticos, la naturaleza de su pueblo natal, que era “tierra caliente”, fue su primer maestro; después, encontrará en la capital, el centro vital del paisaje nacional, “donde México es encantador los domingos en la Plaza de Armas, en el atrio de la Catedral, y en las calles centrales, particularmente en las de Plateros y San Francisco. Allí está el corazón, el foco de la belleza, del lujo y del buen gusto”⁷¹. Altamirano reúne las últimas crónicas⁷² románticas de la ciudad para guardar los recuerdos de sus calles: “nuestras revistas serán las páginas íntimas de esta ciudad tan hermosa como inquieta, y en ellas consignaremos todos los recuerdos dulces o tristes de esta deidad del valle risueño y de los lagos tranquilos”⁷³.

⁶⁹ Guillermo Prieto, en Boris Rosen Jélomer (Comp.), *Obras Completas XIII. Poesía popular. Poesía patriótica*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 336.

⁷⁰ Guillermo Prieto, *La patria como oficio...*, *op cit.*, p. 291.

⁷¹ Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 192.

⁷² *El Renacimiento* fue la revista literaria fundada por Altamirano y publicada a lo largo de 1869, año que coincide con la muerte de Francisco Zarco. Su segunda etapa de publicación se prolongó únicamente por algunos meses en 1894, para, al fin, dar paso a la *Revista Azul*, ya de perfil modernista.

⁷³ Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina...*, *op. cit.*, p. 42.



Figura 2. Casimiro Castro, *Las cadenas en una noche de luna. México y sus alrededores*; litografía.

Miseria, mujer, patria y nación. La ciudad de México como símbolo

Las escenas urbanas que captan los escritores son dadas en llamarse cuadros o estampas, y a través de ellas se intenta cantar la ciudad y contagiar un sentimiento. “El movimiento que se nota en las calles principales es pintoresco y animado”, se entusiasma Prieto. Pero no es ese su único rostro, porque estos tienen varios perfiles que son contradictorios y desiguales. Así lo describe:

... domina un deseo público, sorprende una novedad, aflige un mal, las calles lo delatarán al momento, los rótulos de las tiendas, las pinturas de las pulquerías [...]. Las calles o las casas también son el espejo de sus dueños [y] éstas pueden acusar hondas diferencias o incluso opuestos, y así lo reflejan las calles. [Por un lado], galanas, petimetras y de etiquetas siempre las del centro; rótulos retumbantes, balcones con bastidores y tiendas a la europea; allí las peluquerías de París, allá la Botica Dionisio y el Café Paoli. [Por el otro], el comercio bulle y como que se confunde con las vinaterías mexicanas, pulquería de Ocotepéc, y los puestos de chíá y de fruta que humildemente esperan bajo la banqueta a la población mexicana [...] el conjunto de las calles del centro nos dice bastante. Esta sociedad confundida y heterogénea, esta frivolidad muestra este ahínco de imitar al extranjero en

exterioridades pueriles y de desatender nuestras positivas conveniencias⁷⁴.

Cuando Prieto explica por qué le interesa “pintar” la pobreza urbana, lo describe así: “concebí el propósito, a que no he faltado nunca, de descender a lo más ínfimo de la sociedad, de desentrañar su educación brutal y sus vicios, de poner de relieve sus buenas y malas cualidades [...] porque mientras más repugnante parezca un cuadro, será más benéfica la lección que encierre”⁷⁵.

Era por medio de la literatura que, a lo largo del siglo XIX, se ideaba lo que Doris Sommer llama *foundational fictions*⁷⁶. En geografía cultural, y a decir de Tuan, también los mundos de ficción tienen un efecto porque se entremezclan con la realidad espacial y además la contaminan. La ficción intensifica las imágenes visuales de los lugares porque la imaginación literaria la fija en la memoria⁷⁷. Ahora bien, cada época privilegia espacios que busca domesticar, espacios subjetivos que interactúan con determinada población y componen unidades tejidas en un sistema espacial para así volverse componentes narrativos⁷⁸. En especial, es durante el siglo XIX que los espacios se humanizan y se vuelven protagonistas de historias que revelan signos, los cuales, dentro de la ficción novelística, se espera, se busquen reconocer y aprehender afectivamente por parte de su público.

Uno de estos lugares que se solían pintar entre los escritores del siglo XIX eran los bajos fondos, los paisajes de la miseria al modo de Eugenio Sue y sus *Misterios de París*⁷⁹. Aunque Prieto y Ramírez concibieron alguna vez escribir los *Misterios de México*, nunca lo llevaron a cabo. En cambio, solo nos quedó la reseña de dicha novela escrita por Manuel Payno (1820-1894), quien, en parangón con *Los Miserables*, redactó la gran novela del siglo. *Los bandidos de Río Frío* reconstruye toda una época –la que se queda atrás por dar paso al repu-

⁷⁴ Guillermo Prieto, *La patria como oficio...*, op. cit., p. 290.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 319.

⁷⁶ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

⁷⁷ Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía*, op. cit., p. 127-128.

⁷⁸ María Teresa Zubiaurre, *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷⁹ Dominique Kalifa, *Los bajos fondos. Historia de un imaginario*, México, Instituto José María Luis Mora/Conacyt, 2018.

blicanismo triunfante—, ordena una geografía social en transición a través de un lenguaje alegórico⁸⁰ y, sobre todo, gesta un territorio por medio de espacios colectivos de la cultura popular⁸¹. Sin embargo, el sistema de valores y los sitios donde se reacomoda el nuevo mexicano son polarizantes y desiguales. El núcleo de su diseño espacial, el de las oposiciones e injusticias, es la capital del país⁸². No solo se describe la estructura de la ciudad, con la catedral como gran símbolo de centralidad espacial, sino que también sus calles principales, plazas, mercados, acequias y canales. Además, la novela logra representar la fisonomía de la Ciudad de los Palacios, y nos da una panorámica de México como el lugar de las “cien torres y cúpulas”⁸³.

Pero su novela por entregas indaga en los sitios profundos y oscuros donde acaecen los encuentros, las vivencias y la acción narrativa. Es en la periferia de la ciudad, en sus márgenes, donde los lugares se convierten en nichos de sobrevivencia: el hospicio de pobres, la cárcel, las fondas y mesones que se transformarán en refugio de bandidos, así como las pulquerías, las casas de vecindad, los almacenes de los comerciantes y “los barrios de México [donde] todas las casas de los pobres son casas de asilo para los que son más pobres que ellos”⁸⁴. En suma, sitios donde se congregan y solidarizan los desamparados, pero también donde asola el crimen y la corrupción. Además, cobran protagonismo los lugares fuera de la traza principal: el basurero, la atolería y los jacales donde habitaba el tipo de “la clase indígena, de vagos y arrimados”, que incluía a los perros y hasta las viejas brujas. Por último, estaban los “pueblecillos olvidados”, donde reinaba el abandono y la caridad al mismo tiempo, en otras palabras, los espacios donde vive la gente “desdeñada por la aristocracia”⁸⁵.

⁸⁰ Margo Glantz, *La novela popular mexicana. Ensayos sobre literatura mexicana del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

⁸¹ Otros escritores novelistas fundamentales del romanticismo mexicano son: Juan Díaz Covarrubias, José Tomás de Cuéllar, Luis G. Inclán, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, entre otros.

⁸² Dentro de las categorías que propone Tuan, la nación es simbólica y conceptual. Por tanto, se trata de una idea y un sentimiento el cual puede ser promovido por la educación, la propaganda y, en este caso, por la literatura (Yi Fu Tuan, *Place: An experiential perspective...*, *op. cit.*, p. 153). Para el México del siglo XIX, las historias por entregas contienen un nivel de lectura donde se registra la dimensión cultural del territorio en su conjunto. Es el caso de la novela de Payno, la cual combina y construye múltiples escalas espaciales hasta alcanzar la representación espacial de la nación en términos culturales.

⁸³ *Ibid.*, p. 1055.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 115.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 880.

El perfil más agradable y esperanzador de la ciudad es, por analogía, el de la mujer. Fernández de Lizardi, en un “sueño literario”, narra cómo es que, en el centro de la ciudad, concretamente “entre la esquina del Parián y la Plaza de Armas”, él mismo fue testigo de cómo la tierra “frente de mí se abrió” para surgir de ella “una hermosa mujer rica, aunque muy honestamente vestida”. Era la personificación de la Verdad, alegría que significaba la posibilidad de descubrir los misterios de la ciudad guiada por la razón ilustrada, a la que debíamos permitir que nos instruyera⁸⁶.

Para Prieto, su musa es la calle, tiene figura de china poblana o de chinaca, esto es, una mujer prototipo, la cual reúne lo que se desea y se espera de la patria por extensión: dignidad, honradez, autonomía y belleza. Prieto escribe con sensibilidad apasionada:

México, la hija más gentil y opulenta del Nuevo Mundo, la joven caprichosa y desgraciada, inquieta y desidiosa, cortejada por la ambición extranjera y envilecida por la criminal apatía de sus hijos; pues ved hoy domingo a esta capital, como quien dice, vestida de limpio, religiosa y preocupada, galana y ridícula; presentando a todos los ojos su conjunto indescriptible, pero con no sé qué de risueño y bondadoso⁸⁷.

En *Los bandidos de Río Frío*, Cecilia es trajinera y dueña del puesto de frutas en el emblemático mercado de la Plaza del Volador. Es una mujer que se sabe defender de los hombres y que es independiente en todos los sentidos. Para Payno, el personaje de Cecilia no representa un tipo popular cualquiera, dado que también defiende a los justos y a los pobres, además de tener atributos eróticos y ser al mismo tiempo activa y trabajadora.

Todas sus actividades y su figura representan el símbolo de la fertilidad y la producción, la riqueza que brinda la tierra, metáfora de la espacialidad abundante, del paisaje urbano por excelencia.

Ahora bien, la poesía de Guillermo Prieto se desenvuelve como un mensaje de amor dirigido al paisaje urbano. La ciudad en su conjunto es el objeto de sus pasiones:

Esta capital que me engrandece con sus palacios, que me enamora con sus mil encantos, que me enloquece con sus beldades y que me interesa con su misma indolencia y abandono, la veo día a día, y me parece que le descubro una gracia que no todos la conocen, que a mí se me revela con más intimidad que a los otros; que forman parte de

⁸⁶ *Ibid.*, p. 338

⁸⁷ Guillermo Prieto, *La patria como oficio...*, *op. cit.*, p. 275.

mi existencia sus monumentos, que he visto elevar; sus árboles, que he visto nacer; sus tumbas, que encierran las reliquias de los que vivieron con mi sangre y fueron delicia en el mundo⁸⁸.

Todo el proyecto literario de cariz liberal y nacionalista indagaba en el alma de un pueblo que se deseaba libre y autónomo⁸⁹. La metáfora de Prieto dice así: “Árbol de independencia/Que en nuestro suelo/Con sangre de mil héroes/Tuviste riego”⁹⁰. Ya, hacia 1885, Prieto confiesa lo que siempre pretendió: “Excitar el amor a la patria y la veneración de nuestros héroes; reivindicar su memoria”⁹¹. Para ello, había que, primero, convertir el paisaje en defensa del territorio; cuando el escenario de la ciudad de México se transformaba en campo de batalla. En este sentido, Prieto cree en la experiencia armada y en los hombres que lucharon para defender su capital contra la invasión estadounidense, por ejemplo: “Y así cual convulsivo terremoto/hace en la tierra inesperadas abras/que con ronco estridor lava despiden;/así brotan los fieles de la patria...”⁹². Cuando Altamirano explora “el alma mexicana”, primero que cualquier otra cosa, propugna frente a los enemigos invasores: “Ruge el cañón y con su acento anuncia la elevación de un rey en esta tierra de la América libre, cuyo jugo, es veneno letal a los tiranos”⁹³.

Ahora bien, no necesariamente el sentido del paisaje mexicano debía ser una entidad cerrada en sí misma, surgida y agotada en la propia capital del país, sino que este podía hacer alusión a espacios más

⁸⁸ *Ibid.*, p. 330.

⁸⁹ A partir de 1808, cuando se rompe el pacto monárquico y la “soberanía” queda vacante, comenzará a transitarse entre la noción de “patria local” o, lo que es lo mismo, las corporaciones a escala municipal; para hablar por medio de los discursos políticos, sobre el consentimiento del “pueblo” en general. De manera que el término pueblo debe entenderse como “unidad de voluntades” o “asociación de provincias” para el nuevo pacto político que busca la construcción cultural de una identidad colectiva. Esto, por el efecto de englobar las distintas escalas territoriales y fabricar, así, la idea de pertenencia a la nación. Sobre el concepto de pueblo asociado al conjunto de la sociedad mexicana, véase: Lempérière, “La historia urbana de América Latina, de las reformas borbónicas a los centenarios de la Independencia”, en Ignacio Sosa y Brian Connaughton (dir.), *Historiografía latinoamericana...*, op. cit., p. 335-336; François-Xavier Guerra, “Las mutaciones de la identidad en la América Hispánica”, en Antonio Annino y François-Xavier Guerra (dir.), *Inventando la nación Iberoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 209, 220; François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias...*, op. cit. Elías Palti, *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018, p. 133).

⁹⁰ Guillermo Prieto, *Obras Completas XIII*, op. cit., p. 138.

⁹¹ *Ibid.*, p. 337.

⁹² *Ibid.*, p. 413.

⁹³ Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina...*, op. cit., p. 106.

vastos y “nacionales” para alcanzar una noción de unidad. En este sentido, la más amplia novela del siglo XIX mexicano, así como una de las fundadoras de la literatura nacionalista, fue *Los bandidos de Río Frío*. En ella se describen a detalle los espacios sociales superpuestos en todas sus escalas y, con esto, Payno construye lo que hoy entenderíamos como una geografía cultural del territorio en su conjunto. Ello, porque el enfoque que se estudia en este artículo desde la geografía cultural, embona bien aquí si pensamos que el paisaje es entendido como “el lenguaje de las formas”, y, que, “reunidas, constituyen lo que alguna vez fue aquel ambiente”⁹⁴. En el caso concreto de la narrativa literaria, y siguiendo una vez más a Tuan, las localizaciones, sin importar su escala, están imbuidas de un sentido, de cierto espíritu⁹⁵. Esto es: el escritor confiere cualidades metafísicas a los lugares donde se mueven sus personajes, lo que permite visibilizar o crear una realidad que alcanza la conciencia pública hasta quedar arraigada entre sus lectores. De hecho, el propósito del escritor es conceptualizar los lugares simbólicos que van a acabar por personificar la vida cultural y la identidad de toda una comunidad humana que se está configurando.

En efecto, Manuel Payno teje en su novela distintos ámbitos de la territorialidad mexicana —que incluyen, además de la capital, los espacios rurales, las montañas, los caminos y las fronteras— para conformar no solo el diseño geográfico de toda la nación, sino que lo hace para señalar los espacios que se volverán “símbolos públicos”, los cuales, más allá de su estructura y apariencia física, representan “centro vital de significado”⁹⁶. En suma, aunque *Los bandidos* es, ante todo, ficción, resulta asimismo en una suerte de tratado socio-histórico-geográfico el cual alcanza plasmar los sistemas culturales que se tejían desde el poder, así como desde la cultura popular; en fin, su magna obra constituye un panorama cultural del paisaje nacional en plena gestación y en proceso de reordenamiento.

Pero será Altamirano quien, al finalizar el siglo, resuma la historia de la literatura del siglo, establezca su misión educativa y su utilidad patriótica, en suma, despliegue el programa literario de corte nacionalista: “la obra literaria carece de sentido si no se relaciona con el medio que la vio nacer”⁹⁷. En definitiva, declara que los poetas deben escribir el himno “para la patria y la libertad”⁹⁸. Con Altamirano, en suma, se cierra el romanticismo mexicano y comienza el tránsito de la palabra

⁹⁴ Federico Fernández Christlieb, “El paisaje como historigrafía”, art. cit., p. 56.

⁹⁵ Yi-Fu Tuan, *El arte de la geografía...*, op. cit., p. 58.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 88.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 332.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 305.

que llevó al paisaje de ser pedagogía, combate y defensa, a convertirse en una visión y un sentimiento interiorizado. En este sentido, el paisaje nacional en la prosa y la poesía –y en la pintura de José María Velasco– comenzará por residir en la propia belleza del paisaje y, esta, sea reflejo de un estado del alma.

Será hasta una generación después –junto con sus resabios románticos–, con Ramón López Velarde (1888-1921), al modo de Baudelaire, a quien el paisaje urbano resulte una cuestión íntima y profunda. Como se ha visto, la ponderación del paisaje había sido producto de la experiencia directa y del compromiso emocional, pero hacia el cambio de siglo, el espacio mexicano se transformará gracias a una nueva estética, acaso más abstracta. En esta suerte de recogimiento del mundo exterior, los significados secretos del sentimiento se reúnen en signos del lenguaje inéditos para crear con ello el nuevo concepto de la suave patria:

Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa. El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser instante subjetivo. ¿Qué mucho, pues, que falten los poetas épicos hacia afuera? Correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia adentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos ha revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima. La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua...⁹⁹

Conclusión

Lo que entendemos hoy desde la geografía cultural como paisaje, se representó, se conceptualizó y se simbolizó a través de la palabra escrita por medio de sus diversos géneros y vehículos narrativos. Todo ello, para convertir los lugares descritos en fuente de identidad común y legado cultural. El mundo físico de los románticos fue proyección y representación de aquel espíritu activo o impulso creativo que podía materializarse en la organización social y sus formas espaciales. Por medio de las herramientas culturales que facilitó dicho movimiento, es decir, la autoconciencia, los sentidos y la exploración, se pasó del paisaje hecho de sitios y gente a la noción de territorio nacional, el cual se expresó en la literatura al reflejar y referenciar los lugares comunes.

El paisaje, en términos románticos, debe entenderse como el

⁹⁹ Ramón López Velarde, *Novedad de la Patria y otras prosas...*, op. cit., p. 69.

entorno físico convertido en un estado de conciencia, una conquista mental, una expresión cultural y un compromiso de acción. Esto es, dentro de las corrientes de pensamiento del siglo XIX en Europa, tanto empiristas como metafísicos, creían que el entendimiento de la naturaleza humana no era una verdad objetiva. Sus leyes estaban allí, en el “mundo” para ser descubiertas o inventadas a partir de la compenetración con la naturaleza, entendida como la reunión de dos mundos: el material, por un lado, y el intelectual o el espiritual, por el otro¹⁰⁰. He ahí el mundo moral que debía regir: la meta era evitar la escisión de sus partes y construir su unidad; el método era la percepción del mundo exterior como resultado de una operación creativa e intuitiva¹⁰¹.

Por su parte, los escritores del romanticismo en México tuvieron la urgencia de proyectar el bagaje mental y cultural de su país para vincularse con el mundo. Era necesario traducir un mundo de significación propia, descifrar la existencia en relación con “lo otro” y escribir un paisaje mexicano revestido de formas colectivas. Así, por medio de la palabra, el romanticismo interpretó y ordenó la realidad socialmente compartida. Fue la literatura, en suma, el recurso por medio del cual se denotó el sentido de los lugares en relación con la cultura, con el propósito de fijar en el imaginario popular una estructura espacial cohesionada; esto es, la escritura podía colmar de referencias y significados los espacios porque se creía que la palabra no solo designaba, sino que también creaba y fundaba. En el orden de la poesía, se revelaba el sentido profundo de las cosas y se desmantelaban las verdades sociales, mientras que, en el orden de la prosa, se definían conceptos que contribuyeran a instruir, a humanizar y a civilizar al público. En cualquiera de sus géneros, la literatura debía ser el vehículo a través del cual se generase una unidad espacial consensuada y se configurara el paisaje como un legado revestido de proyecciones materiales y espirituales particulares.

El romanticismo decimonónico, en su afán por descifrar la unidad esencial de los seres y de las cosas, descubrió las claves del sentido cultural de la existencia a través del paisaje urbano. La escritura entonces estaba encargada de exaltar las virtudes y de acusar la degradación que se desarrollaba en las calles de la ciudad y en los espacios públicos. No se trató de contar únicamente con la descripción paisajística y su valoración somera, más bien era la necesidad de transmitir las experiencias vívidas que el paisaje despertaba en el escritor para presentar una deseable adecuación moral de los habitantes de la capital.

La palabra, en este contexto, se volvió la expresión del diálogo

¹⁰⁰ Isaiah Berlin, *Las ideas políticas en la era romántica...*, op. cit., p. 198.

¹⁰¹ *Ibid.*

entre el mundo y el escritor, era ella la que traducía el diseño espacial que se gestaba: las relaciones que se tejían entre los habitantes y los lugares. La escritura se convirtió, así, en la herramienta indispensable que ponía en relación la naturaleza de todas las cosas para modelar los sentidos de la vida comunitaria. A través de un pensamiento libre y una reflexión subjetiva, se podían leer los tradicionales signos populares y las nuevas señales culturales que mostraba el paisaje. La literatura, entonces, buscó extender la conciencia pública, establecer los vínculos morales entre los ciudadanos y dotar de un sentido de pertenencia espacial y de posesión nacional. En suma, el paisaje no solo es visibilidad y funcionalidad, también se vuelve representación, misma que se trasfiguró en conceptos y permitió convertirse en una suerte de lenguaje común que iría a manifestarse en forma simbólica. El novelista creyó ser el depositario del sentido total, tanto como el poeta se adjudicó el atributo de ser el poseedor del misterio de las cosas, el portavoz que hablaba en nombre del pueblo. El movimiento intelectual romántico se desplazó, así, del individualismo sentimental al compromiso colectivo y con él la palabra escrita pudo fijar su nacimiento: la primera intuición poética, la misma que proporcionó una percepción global, empírica y sensible para captar la unidad de todas las cosas y de todos los lugares en su conjunto.

GEOGRAFÍA CULTURAL EN LOS ESTUDIOS DE PAISAJE EN MÉXICO

Pedro Sergio Urquijo Torres
Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental
Universidad Nacional Autónoma de México

En este capítulo analizamos las aportaciones de diferentes especialistas y en diversos momentos, referentes al enfoque de la geografía cultural en México, particularmente en lo concerniente a los estudios de paisaje. Desde finales de la década de los veinte de la centuria pasada, esta forma de aproximación epistémica ha estado presente en la investigación geográfica realizada en territorio mexicano. Sin embargo, con todo y su larga historia, los enfoques de paisaje no fueron necesariamente los predilectos en el ámbito de la geografía mexicana, hasta tiempos relativamente recientes –la década de los noventa–, cuando se incrementaron las relecturas de los enfoques teóricos. Como trataremos de exponer, las aproximaciones culturalistas al paisaje –antes de que concluyera el siglo XX– se produjeron sobre todo en otros ámbitos disciplinarios, como el de la historia¹, la antropología² y la arqueología³.

¹ Wolfgang Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Verlag, Franz Steiner, 1981. Jack A. Licate, *Creation of Mexican landscape: Territorial organization and settlement in the Eastern Puebla basin (1520- 1605)*, Chicago, The University of Chicago, 1981. Johanna Broda, “El culto mexica de los cerros y el agua”, *Multidisciplina*, vol. 3, n° 7, 1982, p. 45-56. Bernardo García-Martínez, *Los pueblos de la Sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

² Angel Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, México, SEP/INAH, 1973. Teresa Rojas-Rabiela, *La cosecha del agua en la cuenca de México*, México, CIESAS, 1985. Brigitte Boehm-Schondube, “El lago de Chapala, su ribera norte. Un ensayo de lectura cultural”, *Relaciones*, vol. 21, n° 85, 2001, p. 57-83.

³ Robert West y Pedro Armillas, “Las chinampas de México. Poesía y realidad de los jardines flotantes”, *Cuadernos Americanos*, n° 9, 1950, p. 165-182. Osbert G. S.

En concreto, nos proponemos una historia panorámica de la geografía cultural en México, a través de los estudios de paisaje, en los últimos ochenta años. Nuestros objetivos específicos son dos: en primer lugar, reconocer las tendencias culturales en el análisis de los paisajes en la bibliografía y, en segundo, caracterizar los temas de estudio principales de acuerdo con sus contextos. Nos interesa, asimismo, comprender aspectos fundamentales para el enfoque geográfico cultural, específicamente lo simbólico, las estructuras de poder, la representación visual, la escala y la interacción de los componentes socioculturales con las unidades físicas de paisaje. Consideramos, junto con otros autores⁴, que hay una considerable tradición de geografía cultural en México, desde distintas influencias teóricas u operacionales y con formas diferentes de interpretar el espacio.

Los paisajes y su transformación histórica en perspectiva culturalista han sido temas de particular recurrencia, en donde se han privilegiado los ámbitos rurales y la escala local en relación dinámica con la escala regional, así como los temas vinculados al simbolismo y la construcción de identidades, a través de la fenomenología de paisaje. En la actualidad, hay ejercicios loables por aclarar el abigarrado panorama epistémico y operacional que la noción ha generado. El resultado de ello han sido importantes publicaciones que contribuyen al debate y que permiten el continuo enriquecimiento reflexivo⁵.

Crawford, *Archaeology in the field*, Londres, Phoenix House, 1953. William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Stanley, *The Basin of Mexico: Ecological processes in the evolution of a civilization*, New York, Academic Press, 1979.

⁴ Liliana López-Levi, “Geografía cultural y posmodernidad. Nuevas realidades, nuevas metodologías”, en Patricia Olivera (dir.), *Espacio geográfico, epistemología y diversidad*, México, Facultad de Filosofía y Letras UNAM, 2003. Federico Fernández-Christlieb, “Geografía cultural”, en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dir.), *Tratado de Geografía Humana*, Barcelona, Anthropos/UAM-Iztapalapa, 2006, p. 220-253. Carlos Rubén Ruiz-Medrano y Carlos Alberto Roque-Puente, “Introducción”, en Carlos Rubén Ruiz-Medrano y Carlos Alberto Roque-Puente (dir.), *La dimensión histórica y social del paisaje cultural y el patrimonio en México*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2017, p. 11-24.

⁵ Blanca Rebeca Ramírez y Liliana López-Levi, *Espacio, paisaje, región, territorio, lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*, México, IG-UNAM/UAM-Xochimilco, 2015. Martín Checa, Armando García, Paula Soto y Pere Sunyer (dir.), *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*, México, UAM-Iztapalapa, Tirant Lo Blach, 2014. Martín Checa y Pere Sunyer (dir.), *El paisaje: reflexiones y métodos de análisis*, México, UAM-Iztapalapa/Ediciones Lirio, 2017. Pedro S. Urquijo y Paola C. Segundo, “Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano”, en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e historia ambiental*, Morelia, CIGA-UNAM, 2017, p. 71-94. Iván Franch-Pardo, Pedro S. Urquijo y Brian M. Napoletano, “Paisaje en México:

Este trabajo representa la revisión y actualización de una serie de publicaciones previas, realizadas en los últimos diez años con diferentes colegas, en los que hemos abordado los temas de paisaje, paisaje cultural y geografía histórica. Reconocemos como base de la presente argumentación los siguientes documentos: “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”⁶; “El paisaje como concepto geográfico, histórico y ambiental”⁷; “Pensamiento geográfico en América Latina: retrospectivas y balances generales”⁸; “Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano”⁹; “Geografía cultural en Michoacán: los casos de Dan Stanislawski y Donald Brand”¹⁰; “Geografía latinoamericanista en México, balance histórico a partir de la Escuela de Berkeley”¹¹, y “Geografía cultural: un enfoque pertinente”¹².

El artículo se estructura de la siguiente manera. En un primer apartado expondremos de forma general qué es paisaje a través del enfoque cultural de la geografía. Posteriormente, presentamos el marco y aportaciones de la tradición Escuela de Berkeley, encabezada por Carl O. Sauer. Reconocemos así las bases del estudio de los paisajes culturales mexicanos, en lo particular, y latinoamericanos, en lo general, en los esfuerzos pioneros del geógrafo norteamericano y sus pupilos. En

bases conceptuales y aplicaciones. Una exploración bibliográfica, 2010-2019”, en Pedro S. Urquijo y Andrew Boni (dir.), *Huellas en el paisaje: Geografía, historia y ambiente en las Américas*, Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental UNAM, 2020, p. 39-62.

⁶ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.

⁷ Pedro S. Urquijo, “El paisaje como concepto geográfico, histórico y ambiental”, en Susana Barrera-Lobatón y Julieth Monroy (dir.), *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Jardín Botánico José Celestino Mutis, 2014, p. 81-116.

⁸ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Pensamiento geográfico en América Latina: retrospectiva y balances generales”, *Investigaciones geográficas. Boletín del Instituto de Geografía UNAM*, n° 90, 2016, p. 155-175.

⁹ Pedro S. Urquijo y Paola C. Segundo, “Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano”, en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e historia ambiental*, Morelia, CIGA-UNAM, 2017, p. 71-94.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Pedro S. Urquijo, Paola C. Segundo y Gerardo Bocco, “Geografía latinoamericanista en México. Balance histórico a partir de la Escuela de Berkeley”, *Journal of Latin American Geography*, edición del 50 Aniversario, 2019.

¹² Pedro S. Urquijo, “Geografía cultural: un enfoque pertinente”, en Pedro S. Urquijo y Andrew Boni (dir.), *Huellas en el paisaje: geografía, historia y ambiente*, Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM, 2020, p. 18-37.

un tercer momento, contextualizamos los estudios de paisaje y su tendencia predominante al análisis ecológico, derivada en buena medida de una reinterpretación de los acercamientos culturalistas de la primera centuria del siglo XX y la propuesta metodológica de Carl Troll (1938). La perspectiva ambiental cobra presencia en los estudios de paisaje debido a su pertinencia como enfoque integral de las interacciones humano-naturaleza y en el marco de las ciencias ambientales. En cuarto lugar, revisamos la historia e historiografía de las principales investigaciones de paisaje cultural, considerando los diferentes referentes y tendencias. A diferencia del énfasis histórico propuesto por Sauer, las formas de aproximación geográfico-cultural más recientes, derivadas de la llamada Nueva Geografía Cultural, muestran distintas posturas humanistas y fenomenológicas, en las que la relación humano-entorno se estudian a partir de la identidad, lo simbólico y lo vivido. En segunda abordamos el tema de los paisajes de los pueblos de indios al momento de la irrupción española, en el siglo XVI, el cual ha sido recurrentemente analizado mediante enfoques culturalistas. Finalmente, expondremos aquellas investigaciones que, en las primeras décadas del siglo XXI, han considerado la mirada cultural en el estudio del paisaje, tratando de privilegiar posturas metodológicas integrales.

El paisaje cultural

Recurriendo a la definición proporcionada por el *Diccionario de Geografía Humana*¹³, el paisaje es el principal objeto de escrutinio del enfoque de la geografía cultural. Así se ha considerado desde su concepción clásica, a mediados de la década de 1920 –privilegiando el análisis de las formas visibles de la transformación del medio–, y hasta la actualidad –mediante posturas que prestan una mayor atención hacia los aspectos inmateriales, simbólicos o fenomenológicos del entorno–. En otras palabras, en cualquiera de sus acepciones, el paisaje alude a la interacción humano-naturaleza tanto en un sentido objetivo como subjetivo. Por tanto, todo paisaje es cultural, pues es prácticamente imposible reconocer las formas paisajísticas naturales sin la presencia e intervención milenaria del ser humano. La adjetivación culturalista alude así a un particular énfasis analítico, a una forma de concebir, mirar o interpretar el medio, a partir del reconocimiento de los valores, conocimientos o sentimientos que las diferentes sociedades poseen sobre sus lugares, sin descartar la consideración de los procesos biofísicos en el

¹³ Ronald J. Johnston, Derek Gregory y David M. Smith (dir.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000.

terreno, los cuales aportan dinamismo y particularidades al paisaje¹⁴.

El paisaje, en su énfasis cultural, implica un análisis o interpretación de la apariencia del entorno, a partir del reconocimiento de sus formas, líneas, texturas, disposiciones o estructuras. Es el resultado de la proyección o idealización, y de las ejecuciones *in situ*, que uno o varios individuos realizan en sus lugares: un jardín, una parcela, un conjunto de viviendas, monumentos históricos¹⁵. Los paisajes adquieren el sentido colectivo o de identidad, a través de las concepciones, representaciones o transformaciones aplicadas en el lugar, a partir de la formulación de ideas o conocimientos de la memoria sociabilizada. Por ello, el paisaje no es comprensible más que parcialmente sin la sociedad que lo transforma. Al mismo tiempo, es la memoria geográfica de diferentes presencias que se han manifestado en él, mostrando sucesivas concepciones o significados sobrepuestos, como si se tratara de un gran palimpsesto marcado por enmendaduras, tachaduras o reescrituras culturales. La aproximación histórica al paisaje permite, asimismo, el acceso a la identificación de continuidades –hechos que suceden con cambios paulatinos– o las rupturas de las lógicas –modificaciones revolucionarias que generan transformaciones profundas– en los constantes cambios en el entorno¹⁶.

En la actualidad es posible identificar por lo menos cuatro tendencias comprensivas de paisaje cultural. La primera, formulada a partir de la histórica propuesta de la Escuela de Berkeley, pone el énfasis analítico en la transformación del entorno por la actividad humana. En esta tendencia, los estudios realizados en contextos rurales, la organización territorial o los cambios en los usos de suelo y en las cubiertas vegetales son una constante¹⁷.

¹⁴ Pedro S. Urquijo, “Geografía cultural: un enfoque pertinente”, en Pedro S. Urquijo y Andrew Boni (dir.), *Huellas en el paisaje...*, *op. cit.*, p. 18-37.

¹⁵ Claudio Tesser, “Algunas reflexiones sobre los significados de paisaje para la Geografía”, *Revista de Geografía Norte Grande*, n° 27, 2000, p. 19-26. Alain Roger, *Breve tratado del paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

¹⁶ Brian K. Roberts, *Historical Geography of rural settlements in Britain*, Devon, David y Charles, 1992. Richard White, *The Organic Machine: The remaking of the Columbia River*, New York, Hill and Wang, 2002. Camilo Contreras, “Pensar el paisaje. Explorando un concepto geográfico”, *Trayectorias*, vol. 7, n° 17, 2005, p. 57-69. Pedro S. Urquijo, “El paisaje como concepto geográfico, histórico y ambiental”, en Susana Barrera-Lobatón y Julieth Monroy (dir.), *op. cit.*, p. 81-116.

¹⁷ Teresa Rojas-Rabiela, *La cosecha del agua...*, *op. cit.* Barbara Williams, “Clasificación nahua de los suelos”, en Teresa Rojas-Rabiela y William Sanders (dir.), *Historia de la Agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, t. II, México, INAH, 1985. William E. Doolittle, *Canal Irrigation in Prehistoric Mexico: The Sequence of Technological Change*, Austin, The University of Texas Press, 1990. Brigitte Boehm-Schondube, “El lago de Chapala, su ribera norte. Un ensayo de lectura cultural”, *Relaciones*,

La segunda tendencia está vinculada a la fenomenología, a la geografía humanista y cobra relevancia a partir del posmodernismo¹⁸. Los estudios de paisaje cultural se basan en el análisis de las ideas, los símbolos y los discursos de identidad; esto es, la naturaleza como un constructo social. La teorización al respecto se formula sobre todo en los campos de la etnohistoria y la antropología cultural, y predominan los temas referentes al simbolismo de la naturaleza, la identidad vinculada a hitos topológicos y el paisaje ritual¹⁹.

La tercera tendencia es de carácter político y económico y se expresa particularmente en el campo de la ecología política y la economía ambiental. Los temas, en este sentido, están orientados a la conservación como al análisis de conflictos sociales (movimientos ecológicos). Las nociones que suelen acompañar al paisaje son el poder y los diferentes procesos territoriales –territorialización, desterritorialización, transterritorialización–, y la base epistemológica procede, en buena medida, de la geografía crítica o radical o de otros enfoques disciplinarios marxistas²⁰.

vol. 21, n° 85, 2001, p. 57-83. Cynthia Radding, “The Children of Mayahuel: Martín Agaves, human cultures and desert landscapes in Northern Mexico”, *Environmental History*, n° 17, 2012, p. 84-115. Sánchez-Rodríguez, “Desamortización y blanqueamiento del paisaje en la Ciénega de Chapala”, en *La desamortización civil desde perspectivas plurales*, México, El Colegio de México/CIESAS, 2017.

¹⁸ Yi Fu Tuan, *Topophilia*, Londres, Prentice Hall, 1974. Christopher Tilley, *A Phenomenology of Landscape, Places, Paths and Monuments*, Oxford-Providence, Berg, 1994.

¹⁹ Pedro S. Urquijo, “El paisaje en su connotación ritual. Un caso en la Huasteca potosina, México”, *Geotrópico*, 2010, (NS2), <http://www.geotropico.org/>. Gilberto Giménez y Catherine M. Héau, “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, *Culturales*, vol. 3, n° 5, 2007, p. 7-42. Efraín Rangel y Jorge L. Marín, “De la sierra a la costa. Rutas sagradas que resignifican el paisaje geográfico y cultural en la zona tepehuana”, en Chantal Cramaussel (dir.), *La geografía histórica olvidada de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2016, p. 73-105. Alejandra Toscana y Alma Villaseñor, “La configuración del paisaje de Tlatelolco: ciudad de México”, *Estudios socioterritoriales*, n° 23, 2018, p. 137-153.

²⁰ Gerónimo Barrera, “El paisaje de Real de Catorce: un despojo histórico”, *Investigaciones geográficas*, n° 81, 2013, p. 110-125. Claudio Garibay, Andrew Boni, Francesco Panico y Pedro S. Urquijo, “Corporación minera, colusión gubernamental y desposesión campesina: El caso de Goldcorp Inc. en Mazapil, Zacatecas”, *Desacatos. Revista de Antropología Social*, n° 44, 2014, p. 113-142. Marcelo Ramírez Ruiz, “Territorialidad, pintura y paisaje del pueblo de indios”, en Federico Fernández-Christlieb y Ángel J. García-Zambrano (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, FCE, p. 168-227, 2007. Yurixhi Manríquez, Claudio Garibay y Pedro S. Urquijo, “Resistencia ante proyectos energéticos: de la oposición local a la regionalización en la Sierra Norte de Puebla, México”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 17, n° 1, 2018, p. 59-85.

La cuarta tendencia es de carácter patrimonialista y resulta próxima a la experiencia visual del paisaje: el paisaje cultural como un museo vivo, para la conservación o difusión ecológica, histórica o turística. Este tipo de paisaje asociativo es comprensible en estrecha relación con una serie de normas o políticas públicas que dirigen las formas de interpretar, clasificar y gestionarlo, tales como la definición y categorización de paisajes culturales diseñadas por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Los estudios de caso suelen enfocarse en la patrimonialización paisajística, el manejo o establecimiento de áreas naturales protegidas o parques nacionales, la creación de senderos didácticos, la protección y promoción de vestigios geomorfológicos y el establecimiento de museos vivos en el entorno²¹.

Paisajes culturales tradicionales: la Escuela de Berkeley

La aparición temprana del enfoque cultural en los estudios de paisaje en México, en el decenio de 1920, es debido a la impronta del geógrafo estadounidense Carl O. Sauer, en aquellos años profesor de la Universidad de California en Berkeley. Sauer, al frente de un grupo de estudiantes y colegas, emprendió una serie de investigaciones bajo un esquema epistemológico y operacional que definió como geografía cultural²².

Ello no quiere decir que antes de Sauer y sus propuestas de investigación no se realizaran investigaciones geográficas en las que se considerara la transformación de entorno por las actividades humanas. Entre quienes lo precedieron, e influyeron, se pueden mencionar a Ferdinand von Richthofen, Alfred Hettner, Franz Boas, Otto Schlütter,

²¹ Luis Felipe Cabrales, “La ciudad imaginada: el paisaje neoclásico en Guadalajara y sus productores”, *Investigaciones geográficas*, n° 86, 2015, p. 82-97. Claudia Rodríguez, “Territorio y paisaje cultural en México. Análisis y reconstrucción histórica para su conservación patrimonial”, *Geografía Ensino & Pesquisa*, n° 19, 2015, p. 48-58. Camilo Contreras, “Construcción del patrimonio: la movilización de la memoria colectiva en localidades mineras de Coahuila, México”, *Intervención*, vol. 8, n° 16, 2017, p. 70-81. Joaquín Giménez de Azcárate, Humberto Fernández, Totupica Candelario, Regina Lira y Manuel Llano, “Diagnóstico cultural y natural de la Ruta Huichol a Huiricuta: Criterios para su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial”, *Investigaciones geográficas*, 2018, n° 96.

²² Carl O. Sauer, “Morfología de paisaje”, *Polis, revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 5, n° 15, 2006 [1925], <https://www.redalyc.org/pdf/305/30517306019.pdf>. Carl O. Sauer, “La geografía cultural”, en Josefina Gómez Mendoza (dir.), *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza editorial, 1982 [1931], p. 349-355.

Paul Vidal de la Blache y Serge Passarge²³. Por otro lado, su colega antropólogo en Berkeley, Alfred Kroeber –pupilo de Franz Boas–, contribuyó despertando el interés de Sauer por las sociedades étnicas en Latinoamérica y su comprensión espacial mediante la demarcación de áreas culturales. En concreto, el término geografía cultural fue utilizado por Friedrich Ratzel en 1897 (*Kulturgeographie*), de quien lo tomó Sauer para referirse a los conocimientos y técnicas que las sociedades utilizaban en los cambios que marcaban en la superficie terrestre, dentro de un radio o área de acción específica²⁴.

Para el geógrafo norteamericano, al interior de un área geográfica específica se reconocían procesos paisajísticos –tales como las formas del relieve, la hidrología, la vegetación y el clima– y las modificaciones o modelados históricos de las sociedades que ahí se habían manifestado –es decir, en sus propios términos, las evidencias de la cultura material–. A su consideración, no podría darse una sólida comprensión de la geografía humana si previamente no se tenía el suficiente conocimiento del medio físico específico: “un geógrafo puede ser un estudioso de fenómenos físicos, que no se comprometa con el hombre, pero quien ejerce la geografía humana y no puede observar e interpretar los datos físicos en su relación con sus estudios en economías humanas, tiene apenas una competencia limitada” (Sauer, 1941). En el procedimiento de Sauer, se debían identificar en el terreno las “reliquias culturales”, tanto materiales –edificaciones, antiguos senderos, viejos canales, terrazas, vegetación original e introducida–, y las inmateriales –la religión o la lengua²⁵.

La propuesta de Sauer recibió severas críticas a partir de la década de los sesenta. Sobre todo, se les atribuía una falta de profundidad teórica. El alto valor que el enfoque otorgaba a los restos materiales en el paisaje o el análisis descriptivo a través de áreas geográficas, recibieron cuestionamientos de especialistas vinculados a otras tradiciones, como la geografía británica, influida en ese entonces por los enfoques marxistas²⁶. Se discutía también la postura orgánica de cultura de Sauer,

²³ Federico Fernández-Christlieb, “El paisaje como historiografía. La geografía cultural ante la lectura del espacio”, en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e Historia Ambiental...*, op. cit., 2017, p. 53-70.

²⁴ Pedro S. Urquijo, “Geografía cultural: un enfoque pertinente”, en Pedro S. Urquijo y Andrew Boni (dir.), *Huellas en el paisaje...*, op. cit., p. 18-37.

²⁵ Pedro S. Urquijo y Paola C. Segundo, “Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano”, en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e Historia Ambiental...*, op. cit., p. 71-94.

²⁶ Marie Price y Martin Lewis, “The Reinvention of Cultural Geography”, *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 83, n° 1, 1993, p. 1-17. Kent Mathewson, “Carl Sauer and his critics”, en William M. Denevan y Kent Mathewson

la cual consistía en estudiarla a partir de las evidencias materiales o arqueológicas. La crítica enfatizaba la aparente falta de interés en los aspectos intangibles en la definición de cultura, que también modificaban el espacio; por ejemplo, las escalas de poder y las formas de toma de decisiones de las sociedades²⁷. Las críticas dirigidas a Sauer y a sus pupilos marcaron una distinción en cuanto a los enfoques culturalistas. A partir de ellas empezó a hablarse de *geografía cultural tradicional* o *norteamericana*, para referirse a la propuesta histórica saueriana, y *nueva geografía cultural*, para referirse al enfoque que surgió en los setenta y ochenta y que ponía el énfasis en las formas subjetivas del espacio. La nueva geografía cultural logró consolidarse sobre todo entre geógrafos británicos, como Cosgrove y Jackson²⁸, y franceses, como Claval²⁹ y Bonnemaïson³⁰.

En la década de los ochenta la subestimación de la Escuela de Berkeley cambió. Tras la difusión de las corrientes filosóficas que arremetían contra la revolución cuantitativa de las décadas anteriores, y la ponderación de formas integrales de interpretar el espacio —como lo es la noción de paisaje—, se adoptaron tendencias científicas alternativas y se revaloraron otras, a manera de referentes historiográficos. El nombre de Carl O. Sauer y algunas de sus obras pioneras, como “Morfología de paisaje”³¹ o “La Geografía cultural”³², fueron un tópico en la literatura; referencias casi obligadas en aquellos estudios de caso que debían remitir en sus marcos teóricos al paisaje o la interacción sociedad-naturaleza. Más allá de las críticas vertidas a la Escuela de Berkeley, se han revalorado los grandes temas abordado por la tradición, mismos que en la actualidad son más que pertinentes: paisajes culturales, relación humano-naturaleza, cambios de usos de suelo y cubiertas y degradación ecológica en perspectiva histórica. Por otro lado, más allá de las observaciones críticas realizadas a la propuesta culturalista de Berkeley, la tradición generó un amplió corpus docu-

(dir), *Carl Sauer on Culture and Landscape: Readings and Commentaries*, Baton Rouge, LSU Press, 2009, p. 9-28.

²⁷ James S. Duncan, “The Superorganic in American Cultural Geography”, *Annals of the Association of American Geographers*, 1980, n° 70, p. 181-198. Antonio Luna-García, “¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?”, *Documentos de Anales de Geografía*, n° 34, 1999, p. 69-80.

²⁸ Denis Cosgrove y Peter Jackson, “New Directions in Cultural Geography”, *Area*, vol. 19, n° 2, 1987, p. 95-101.

²⁹ Paul Claval, *La geografía cultural*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1999.

³⁰ Joël Bonnemaïson, *La géographie culturelle...*, *op. cit.*

³¹ Carl O. Sauer, “Morfología de paisaje”, *art. cit.*

³² *Ibid.*

mental entre las décadas de 1920 y 1970, resultante de diversas investigaciones geográficas realizadas en América Latina, y particularmente en México, y derivadas de los trabajos de la primera generación de geógrafos formados por Sauer.

En México, la tradición geográfico-cultural emanada de la Escuela de Berkeley, representa un pilar epistémico para la arqueología de paisaje, la geografía histórica, la historia ambiental y la ecología histórica, trascendiendo así ámbitos de diversas disciplinas. A partir de las propuestas de Sauer y sus estudiantes, se han establecido líneas temáticas sobre procesos históricos de colonización, la transformación arqueológica de terrazas agrícolas, el cambio de uso de suelo y los manejos tradicionales de los recursos naturales. Asimismo, de las 27 tesis doctorales dirigidas por Sauer —que conforman el núcleo básico de la tradición de Berkeley—, nueve tomaron como área de estudio algún lugar en México³³. Él mismo, incluso, generó una serie de publicaciones centradas en los paisajes culturales mexicanos³⁴.

A pesar de la significativa presencia de geógrafos norteamericanos trabajando en México y en América Latina, los productos académicos —tesis doctorales, artículos, libros— fueron poco leídos o reconocidos al sur de los Estados Unidos, situación que cambió hasta la última década del siglo XX. Ello se debe, en cierta medida, a tres situaciones principales. En primer lugar, al contexto disciplinario del siglo pasado, caracterizado por la poca circulación de la bibliografía de la Escuela de Berkeley en español, en un momento en el que el inglés no era un idioma científico convencional para todo el continente americano. En segundo lugar, los geógrafos latinoamericanos optaron, en términos generales, por procedimientos orientados a la organización u ordenamiento territorial y por el reconocimiento de las formas físicas del terreno. Las investigaciones de la Escuela de Berkeley, enmarcadas en el ámbito de la geografía histórica y los cambios en los paisajes culturales, no representaron un interés prioritario. Incluso, entre historiadores-geógrafos o estudiosos de las regiones históricas, quienes tuvieron como referentes otras tradiciones —como la Escuela de los Anales—. En tercer lugar, Carl Sauer y sus pupilos establecieron vínculos de colaboración sólidos con pares mexicanos en los ámbitos de la arqueología, la antropología y la historia, pero no necesariamente en la geografía mexicana.

³³ La primera generación de la Escuela de Berkeley formada directamente por Carl O. Sauer, con estudios de caso en México, estaba conformada por Fred Kniffen (1929), Peveril Meigs (1932), Donald Brand (1933), Henry Bruman (1940), Dan Stanislawski (1944), Robert West (1946), Hommer Aschmann (1954), Arnold (1954) y Sawatzky (1967).

³⁴ Pedro S. Urquijo, Paola C. Segundo y Gerardo Bocco, “Geografía latinoamericana en México...”, art. cit.

Esta última, a mediados del siglo XX, se encontraba en proceso de consolidación: el Colegio de Geografía y el Instituto de Geografía, ambos de la Universidad Nacional Autónoma de México, se enfocaban principalmente a la enseñanza de la disciplina y a la geografía física descriptiva³⁵.

Paisajes con énfasis ecológicos

Desde la década de los setenta y hasta entrado el siglo XXI, el paisaje, tanto en lo conceptual como en lo metodológico, mostró abordajes separados de sus componentes biofísicos y socioculturales. Biólogos y ecólogos mexicanos recurrieron a la noción de paisaje sin ofrecer una atención profunda a la cuestión cultural, reduciendo la intervención humana en el entorno a condicionantes “antrópicas” o “antropogénicas”. Asimismo, debido a las características pragmáticas de la geomorfología aplicada, los geógrafos físicos se enfocaron más en la generación de metodologías próximas a la tradición humano-naturaleza³⁶, que a la indagación teórica. En el otro lado, científicos sociales y humanistas optaron en un principio por los estudios regionales de carácter histórico y económico, los cuales podían o no tomar en cuenta al paisaje y sus unidades biofísicas. Para estos últimos, las formas del terreno, los componentes naturales o el clima, podían ser una forma cómoda de iniciar alguna publicación que, por otro lado, abordaba aspectos exclusivamente socioculturales³⁷.

Hacia finales de la década de los setenta, la interdisciplinariedad estimuló la paulatina exploración conceptual y operacional de diversas tradiciones científicas. En la geografía mexicana todavía estaba presente el impacto del neopositivismo de la década de los cincuenta, cuya principal característica fue la aplicación de la teoría de sistemas y los modelos matemáticos. En la investigación operacional, quizá con excepción de la geografía física, caracterizada por la indagación aplicada, el trabajo de campo geográfico estaba desdibujado, ya que la atención de los geógrafos se enfocaba en el análisis de los datos recabados en encuestas, generalmente, aplicadas por terceros. El censo era una fuente de información privilegiada, y la geografía cayó en una tendencia cuantitativa que no consideraba los procesos sociales y culturales como parte de la experiencia espacial³⁸. No obstante este panorama, en

³⁵ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Pensamiento geográfico en América Latina...”, art. cit.

³⁶ William D. Pattison, “The Four Traditions of Geography”, *Journal of Geography*, vol. 63, n° 5, 1964, p. 211-216.

³⁷ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México...”, art. cit.

³⁸ Federico Fernández-Christlieb, “¿Quién estudia el espacio? Una reflexión sobre la

un contexto generalizado de concientización social, la proliferación de los enfoques marxistas y la preocupación ecológica planetaria comenzaron a captar algunos seguidores.

En el aspecto ambiental, se presentó la necesidad científica de ofrecer posibles soluciones a los procesos de deterioro de forma integral e interdisciplinaria. A nivel global, los debates al respecto provocaron el cuestionamiento de las nociones de naturaleza y sociedad como entes separados y como campos de estudio independientes, y emergieron nociones aparentemente integrales en el marco de las ciencias híbridas: “socioambiente”, “socioeco-sistema”, “biocultura”, “culturalaleza”³⁹. La formulación de estos conceptos mostró una legítima preocupación por la integralidad de los componentes humano- naturaleza, pero también evidenció los vacíos epistémicos y las ambigüedades teóricas de los grupos de científicos que las postulaban. De esta forma proliferaron investigaciones que, no obstante, los objetivos iniciales de hibridación disciplinaria, resultaron en descripciones monográficas sostenidas en datos cuantitativos y con terminologías biológicas aplicadas a cuestiones sociales, tales como “evolución cultural” o “erosión social”. La integralidad, en estos casos, se resolvió con emparejamientos semánticos de cuestionable confección⁴⁰. No obstante, también se presentaron aportaciones importantes, en particular en el ámbito de las llamadas etnociencias, destacando los trabajos de Hernández-Xolocotzi⁴¹, Ortiz-

geografía y los intereses de las ciencias sociales”, en Martha Chávez, Octavio González y María del Carmen Ventura (dir.), *Geografía y ciencias sociales. Una relación reexaminada*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2009, p. 107-130.

³⁹ Emilio F. Morán, *The ecosystem approach in Anthropology*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1990. Paul R. Ehrlich y Anne H. Ehrlich, *Healing the planet: Strategies for resolving the environmental crisis*, Addison Wesley Reading, 1991. Tim Ingold, “Culture and the perception of the environment”, en Elisabeth Croll y David Parkin (dir.), *Bush Base. Forest Farm*, London, Routledge, 1992, p. 39-56. Arturo Escobar, “After Nature. Steps to an Anti-essentialist Political Ecology”, *Current Anthropology*, vol. 40, n° 1, 1999, p. 1-30. Philippe Descola, “Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social”, en Philippe Descola y Gisli Pálsson (dir.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, México, Siglo XXI, 2001, p. 101-123.

⁴⁰ Pedro S. Urquijo y Narciso Barrera, “Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico monista”, *Andamios. Revista de investigación social*, 2009, vol. 5, n° 10, p. 227-252.

⁴¹ Efraím Hernández-Xolocotzi, “Exploración etnobotánica y su metodología. Xolocotzia. Obras de Efraím Hernández Xolocotzi”, *Geografía agrícola*, vol. 1, 1985, p. 163-188.

Solorio⁴², Toledo-Manzur⁴³ o Bocco y Toledo-Manzur⁴⁴, quienes consideraron la interacción cultura-naturaleza a través de los conocimientos y prácticas tradicionales⁴⁵.

En el discurso científico ambiental, el paisaje como una unidad espacial sintética no fue ajeno a las propuestas metodológicas de integración humano-naturaleza. Así, desde la década de los ochenta, la eco-geografía, la geoecología y la ecología de paisaje cobraron un creciente interés en México. Los estudios de paisaje se caracterizaron entonces por el protagonismo que adquirieron en ellos los estudios referentes al cambio de cubiertas vegetales, los usos del suelo y, en menor medida, el análisis de las formas del terreno. La integralidad del paisaje se resolvió de diferentes maneras: como un conjunto de indicadores para la aptitud territorial, como un instrumento para el ordenamiento ecológico o como modelos matemáticos para aproximaciones cuantitativas de los enfoques de la ecología hacia el paisaje⁴⁶. Es decir, los estudios eran un conjunto de procedimientos y técnicas para el análisis aplicado de los componentes bióticos y abióticos y para la planeación y gestión ecológica territorial⁴⁷.

⁴² Carlos Ortiz-Solorio, *Desarrollo de la etnoedafología en México*, Montecillos, Colegio de Posgraduados, 1990. Carlos Ortiz-Solorio, *Taxonomía contemporánea de tierras de dos grupos étnicos (aztecas y otomíes) en México*, Montecillos, Colegio de Posgraduados, 1993.

⁴³ Víctor M. Toledo-Manzur, "Intercambio ecológico e intercambio económico en el proceso productivo primario", en Enrique Leff (dir.), *Biosociología y articulación de las ciencias*, México, UNAM, 1981, p. 115-147. Víctor M. Toledo-Manzur, La apropiación campesina de la naturaleza: un análisis etnoecológico, tesis de doctorado, México, Facultad de Ciencias UNAM, 1994. Víctor M Toledo-Manzur, "Campesinidad, agroindustriabilidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo rural", *Cuadernos de trabajo del Grupo Interamericano para el Desarrollo Sostenible de la Agricultura y los Recursos Naturales*, n° 3, 1995, p. 1-45.

⁴⁴ Gerardo Bocco y Víctor M. Toledo-Manzur. "Integrating peasant knowledge and Geographic Information Systems: A spatial approach to sustainable agriculture in developing countries", *Indigenous Knowledge and Development Monitor*, vol. 5, n° 2, 1997, p. 10-13.

⁴⁵ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, "Los estudios de paisaje en México, 1970-2010", *Journal of Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.

⁴⁶ Luis Fuentes, "El paisaje en el piedemonte poblano de los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl", *Boletín del Instituto de Geografía*, n° 6, 1975, p. 117-152. Carlos Melo, *El paisaje geomorfológico mexicano en el atractivo natural de los parques nacionales*, México, Instituto de Geografía, UNAM, 1977. Jorge F. Cervantes, "Reseña general sobre la investigación sistémica del medio natural", *Boletín del Instituto de Geografía*, n° 9, 1979, p. 7-25. Jorge F. Cervantes, "Los estudios geoecosistémicos y su base metodológica", *Primer Congreso Interno del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, Instituto de Geografía UNAM, 1983, p. 90-105.

⁴⁷ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, "Los estudios de paisaje en México...", art. cit.

En la década de los ochenta, el bagaje teórico-conceptual en torno a la geografía se enriqueció con las propuestas de escuelas y tradiciones internacionales –alemana, francesa, española, rusa, estadounidense, holandesa, inglesa⁴⁸. De manera paulatina, los estudios de regionalización físico- geográficos y los puntales ecológicos comenzaron a adoptar nuevos modelos metodológicos. La geografía física incorporó nociones de la ecología y se empezó a hablar más de la interacción de los componentes bióticos y abióticos con expresiones espaciales⁴⁹.

Al finalizar la centuria y en la primera década del siglo XXI, los trabajos biofísicos bajo enfoques de paisaje se incrementaron notablemente. Se realizaron entonces numerosos estudios de caso en diversas regiones del país. Los temas recurrentes fueron el análisis de las unida-

⁴⁸ Eduard Neff, “Landschaftsökologische Untersuchungen als Grundlage standortgerechter Landnutzung”, *Die Naturwissenschaften*, vol. 48, n° 9, Berlin, 1961. George Bertrand, “Paysage et géographie physique globale. Esquisse méthodologie”, *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-ouest*, vol. 39, 1968, p. 249-272. Viktor B. Sochava, “The study of Geosystems: The current stage in complex Physical Geography”, *International Geography*, n° 1, 1972, p. 298-301. Anatolii Grigorevich Isachenko, *Principles of Landscape Science and Physical Geographic Regionalization*, Melbourne, Melbourne University Press, 1973. Jean Tricart y Jean Kilian, *L'Eco-géographie et l'aménagement du milieu naturel*, Paris, Herodote, 1979. Richard T. Forman y Michel Godron. “Patches and structural components for a Landscape Ecology”, *Bioscience*, vol. 31, n° 1, 1981, p. 733-740. Herman T. Verstappen, *Applied Geomorphology. Geomorphological surveys for Environmental Development*, Amsterdam, Elsevier, 1983. Isaak S. Zonneveld, *The land unit. A fundamental concept in Landscape Ecology and its applications*, Enschede, ITC-Report, 1988.

⁴⁹ Gerardo Bocco y José Luis Palacio, “Utilidad de la cartografía geomorfológica en la evaluación y planeación del territorio”, *Anuario de Geografía*, n° 22, 1982, p. 29-40. Jean Yves Marchal y Rafael Palma, *Análisis gráfico de un espacio regional*, Veracruz, Xalapa, INIREB/ORSTOM, 1984. Daniel Geissert y Jean Pierre Rossignol, *La morfoedafología en la ordenación de los paisajes rurales. Conceptos y primeras aplicaciones en México*, Xalapa, INIREB, 1987. Víctor M. Toledo-Manzur y Patricia Moguel, “Ecología, geografía y producción rural: el problema de la conceptualización de la naturaleza”, *Relaciones*, vol. 12, n° 50, 1992, p. 7-22.

des biofísicas de paisaje asociadas a la ordenación ecológica y territorial⁵⁰; ecología de paisaje y paisajes fragmentados⁵¹; caracterizaciones físico-geográficas de paisaje⁵²; cambio de cubiertas vegetales y usos del

⁵⁰ Liliana Manzo y José López, “Análisis geoecosistémico de la cuenca del Río Temascaltepec, Estado de México”, *Investigaciones geográficas*, n° 34, 1997, p. 31-40. Gerardo Bocco, Alejandro Velázquez, Alejandro Torres y Cristina Siebe, “Geomorfología y recursos naturales en comunidades rurales. El caso de Nuevo San Juan Parangaricutiro, Michoacán”, *Geografía y Desarrollo*, n° 16, 1998, p. 71-84. Manuel Mendoza y Gerardo Bocco, “Un acercamiento a la diversidad espacial de las unidades de paisaje costero”, *Jaina*, vol. 9, n° 3, 1998, p. 3-5. Jesús Fuentes, Miguel Bravo y Gerardo Bocco, “Water balance and landscape degradation of an ungauged mountain watershed: Case study of the Pico de Tancitaro National Park, Michoacan, Mexico”, *Journal of Environmental Hydrology*, vol. 12, n° 5, 2004. Gerardo Bocco, Ángel Priego y Helena Cotler, “La geografía física y el ordenamiento ecológico del territorio. Experiencias desde México”, *Gaceta Ecológica*, n° 76, 2005, p. 23-34. Luciana Porter-Bolland, María del Consuelo Sánchez y Eduard A. Ellis, “La conformación del paisaje y el aprovechamiento de los recursos naturales por las comunidades mayas de La Montaña, Hopolchén, Campeche”, *Investigaciones Geográficas*, n° 66, 2008, p. 65-80. Gerardo Bocco, Manuel Mendoza, Ángel Priego y Ana Burgos, *La cartografía de los sistemas naturales como base geográfica para la planificación territorial. Una revisión de la bibliografía*, México, Instituto Nacional de Ecología, 2010. Ángel David Flores-Domínguez y Ángel G. Priego-Santander, “Zonificación funcional ecoturística de la zona costera de Michoacán, México a escala 1:250 000”, *Revista Geográfica de América Central*, n° 2, 2011, p. 1-15.

⁵¹ Alejandro Velázquez, “Landscape ecology-vegetation map of Tlaloc and Pelado Volcanoes, Mexico”, *ITC Journal of Vegetation*, 1992, p. 213-227. Carlos Chiappy, Lilly Gama, Lorrain Giddings, Víctor Rico-Gray y Alejandro Velázquez, “Caracterización de los paisajes terrestres actuales de la península de Yucatán”, *Investigaciones Geográficas*, n° 42, 2000, p. 28-39. Jean François Mas y Jorge Correa, “Análisis de la fragmentación del paisaje en el área protegida Los Petenes, Campeche, Chiapas”, *Investigaciones geográficas*, n° 43, 2000, p. 42-59. Alejandro Velázquez, Gerardo Bocco, Francisco J. Romero y Azucena Pérez, “A landscape perspective on biodiversity conservation. The case of Central Mexico”, *Mountain Research and Development*, vol. 23, n° 3, 2003, p. 240-246.

⁵² Álvaro G. Palacio, Rodolfo Noriega y Pedro Zamora, “Caracterización físico-geográfica del paisaje conocido como bajos inundables. El caso del Área Natural Protegida Balamkín, Campeche”, *Investigaciones geográficas*, n° 49, 2002, p. 57-73. Jesús Fuentes y Gerardo Bocco, “El relieve como modelador y regulador de procesos en el paisaje”, en Alejandro Velázquez, Alejandro Torres y Gerardo Bocco (eds.), *Las enseñanzas de San Juan. Investigación participativa para el manejo de los recursos naturales*, México, Instituto Nacional de Ecología, 2003, p. 59-77. Ángel G. Priego-Santander, Horacio Morales y Carlos Enriquez, “Paisajes físico-geográficos de la cuenca Lerma-Chapala”, *Gaceta ecológica*, n° 71, 2004, p. 11-22. Humberto Hernández-Trejo, Ángel G. Priego Santander, Jorge A. López-Portillo y Eduardo Isunza-Vera, “Los paisajes físico-geográficos de los manglares de la laguna de La Mancha, Veracruz, México”, *Interciencia*, vol. 31, n° 3, 2006, p. 211-219. Manuel Bollo y José Ramón Hernández, “Paisajes físico-geográficos del noroeste del estado de Chiapas”,

terreno⁵³.

En las primeras dos décadas del siglo XXI, las reconsideraciones respecto a la integralidad paisajística fueron objeto de constantes ejercicios de revisión bibliográfica y conceptual. En este orden, la participación, intervención o interacción antrópica era un tema que ya no podía soslayarse en la ecología de paisaje o la geografía física⁵⁴. Los esfuerzos fueron notables, aunque ciertamente los modelos ecológicos no estaban diseñados para ponderar lo cultural, lo imprevisible o el poder que pueden ejercer los seres humanos. En otras palabras, resultaba muy complicado para biólogos y ecólogos considerar a las sociedades más allá de un elemento más del ecosistema. Ante esta imposibilidad se comenzó a hablar con mayor insistencia de la dimensión socioecoló-

Investigaciones geográficas, n° 66, 2008, p. 7-24. Julio Carbajal, José Ramón Hernández y Manuel Bollo, "Paisajes físico- geográficos del circuito turístico Chilpancingo-Azul, estado de Guerrero, México", *Investigaciones geográficas*, n° 73, 2010, p. 71-85. María Teresa Ramírez, Roberto Novella y Narciso Barrera, "Reconciliando naturaleza y cultura: una propuesta para la conservación del paisaje y geositios de la costa norte de Michoacán, México", *Revista de Geografía Norte Grande*, n° 46, 2010, p. 105-121. Ángel Priego-Santander, Minerva Campos, Gerardo Bocco y Luis Giovanni Ramírez- Sánchez, "Relationship between landscape heterogeneity and plant species richness on the Mexican Pacific coast", *Applied Geography*, n° 40, 2013, p. 171-178. Ángel Priego-Santander y Miguel Ángel Esteve-Selma, "Análisis de la complejidad y heterogeneidad de los paisajes en México", *Papeles de Geografía*, n° 63, 2017, p. 7-20.

⁵³ Giménez de Azcárate, Joaquín, María Isabel Ramírez y Mario Pinto, "Las comunidades vegetales de la Sierra de Angangueo, estado de Michoacán, México: clasificación, composición y distribución", *Lazaroa*, n° 24, 2003, p. 87-111. Alejandra Fregoso, Alejandro Velázquez y Gonzalo Cortés, "La vegetación, sus componentes y un análisis jerárquico del paisaje", en A. Velázquez, A. Torres y G. Bocco (eds.), *Las enseñanzas de San Juan...*, op. cit., p. 201-233. Humberto Reyes-Hernández, Miguel Aguilar-Robledo, Juan Rogelio Aguirre-Rivera e Irma Trejo-Vázquez, "Cambios en la cubierta vegetal y uso del suelo en el área del proyecto Pujal-Coy, San Luis Potosí, México, 1973-2000", *Investigaciones geográficas*, n° 59, 2006, p. 26-42. Minerva Campos, Alejandro Velázquez, Gerardo Bocco, Margaret Skustch, Martí Boada and Ángel Priego-Santander, "An interdisciplinary approach to depict landscape change drivers: A case study of the Ticuiz agrarian community in Michoacan, Mexico", *Applied Geography*, vol. 32, n° 2, 2012, p. 409-419.

⁵⁴ Arturo García y Julio Muñoz, *El paisaje en el ámbito de la geografía*, México, Instituto de Geografía UNAM, 2002. Alexandra Aguilar, "Algunas consideraciones teóricas en torno al paisaje como ámbito de intervención institucional", *Gaceta Ecológica*, n° 79, 2006, p. 5-20. Gerardo Bocco, Manuel Mendoza, Ángel Priego y Ana Burgos, *La cartografía de los sistemas naturales...* op. cit. Iván Franch-Pardo, Pedro S. Urquijo y Brian M. Napoletano, "Paisaje en México: bases conceptuales y aplicaciones. Una exploración bibliográfica, 2010-2019", en Pedro S. Urquijo y Andrew Boni (dir.), *Huellas en el paisaje...*, op. cit., p. 39-62.

gica del paisaje, que postulaba la articulación entre una triada de categorías: paisaje natural, paisaje social y paisaje cultural; ello sin considerar que en su origen conceptual esta triada era una sola⁵⁵.

Paisaje, perspectiva histórico-cultural

Hemos señalado anteriormente cómo la Escuela de Berkeley realizó aportaciones al enfoque de paisaje cultural en México, desde finales de la década de los veinte y, por lo menos, hasta la década de los sesenta. Sin embargo, en su momento, esta tradición no fue predominante en la geografía mexicana. En el siglo XX, en un marco académico posrevolucionario en el que se cuestionaban las grandes historias nacionales, elaboradas mediante discursos centralistas de símbolos integracionistas y se exaltaban los particularismos locales de lo mexicano o lo tradicional, la mayoría de los investigadores privilegiaron los análisis históricos y geográficos regionales. Ello implicaba la consideración analítica de criterios socioeconómicos, antropológicos y fisiográficos, pero no necesariamente implicaban un enfoque de paisaje, como lo proponía Sauer y sus pupilos⁵⁶.

Desde mediados de la centuria pasada, los estudios regionales tuvieron notables exponentes, quienes mostraron una marcada predilección por la historia económica y la demografía histórica. También se plantearon los análisis de las relaciones humano-entorno en contextos específicos, generalmente rurales. La región era concebida como una propuesta espacial de síntesis, que funcionaba como el enlace entre las escalas locales y la nacional. No obstante, en la práctica historiográfica, el concepto sirvió en muchas ocasiones como una expresión genérica con la cual se hizo referencia a muy diversas formas de describir un espacio geográfico a partir de sus características políticas; es decir, un pueblo, un municipio o una entidad federativa llegaron a plantearse igualmente como regiones, sin ninguna consideración respecto a la escala⁵⁷.

A pesar de la marcada predilección por los estudios con enfoques regionales, el paisaje cobró interés en algunos investigadores, por

⁵⁵ Urquijo, Pedro S. y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ Beatriz Rojas, “Historia regional”, en Gisela von Wobeser (dir.), *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México, IIH-UNAM, 1998, p. 313-319. Dení Trejo, “La historia regional en México: reflexiones y experiencias sobre una práctica historiográfica”, *Historia Unisinos*, vol. 13, n° 1, 2009, p. 5-18. Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.

lo menos desde la década de 1970. Si bien es cierto que el arqueólogo Pedro Armillas⁵⁸ había considerado a la noción como una estrategia efectiva para el reconocimiento de las transformaciones del entorno por parte de las sociedades prehispánicas –desde principios de los cincuenta e influenciado por la Escuela de Berkeley–, su propuesta no tuvo muchos adeptos. El acercamiento a los estudios de paisaje, antes de la década de 1970, tuvo entonces pocos practicantes entre quienes siguieron las sugerencias del arqueólogo. En síntesis, Armillas consideraba que el eje articulador de la organización política y del simbolismo religioso de los señoríos prehispánicos era la agricultura intensiva y sus complejas técnicas para el manejo de paisaje. Para ejemplificarlo, estudió a profundidad el uso histórico y contemporáneo de las chinampas, las terrazas y los canales de riego. Entre quienes continuaron, en parte, con el procedimiento paisajístico puede mencionarse a Ángel Palerm, quien realizó investigaciones en el centro de México en torno a las técnicas prehispánicas de irrigación⁵⁹.

El modelo seguido por Palerm se orientó hacia el modo asiático de producción propuesto por Karl Wittfogel⁶⁰, quien a su vez planteaba que la irrigación era el eje de la evolución social, cuya cúspide era la conformación del Estado. La administración de obras hidráulicas conllevaba una red de organización social entre los pobladores; de ahí que, de acuerdo con Wittfogel, quien controlaba los sistemas hidráulicos tenía el control político. Hasta bien entrada la década de 1980, el modelo asiático de producción fue una forma recurrente, entre los arqueólogos, para explicar las relaciones entre el entorno y la estratificación socio-cultural de las sociedades prehispánicas, en donde el medio natural se tipificaba por la escasez o abundancia de agua para fines agrícolas⁶¹. Sin embargo, los fundamentos de este modelo, basado en la relación

⁵⁸ Pedro Armillas, “Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica. Cultivos de riego y humedad en la Cuenca del Río Balsas”, *Anales del INAH*, n° 3, 1949, p. 85-113. Pedro Armillas, “Gardens on swamps”, *Science*, vol. 174, n° 4010, 1971, p. 653-661. Pedro Armillas, “La ecología del colonialismo en el Nuevo Mundo”, *Revista de Indias*, n° 171, 1983, p. 5-9.

⁵⁹ Ángel Palerm, “The Agricultural Basis of urban civilization in Mesoamerica”, en *Irrigation civilizations: A comparative study*, Washington D. C., Pan American Union, 1955, p. 28-42. Ángel Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, México, SEP/INAH, 1973.

⁶⁰ Karl Wittfogel, *Oriental Despotism: A comparative study of total power*, New Haven, Yale University Press, 1957.

⁶¹ Eduardo Williams y Phil Weigand, “Mesoamérica, debates y perspectivas a través del tiempo”, en E. Williams, M. García- Sánchez, P. Weigand y M. Gándara (dir.), *Mesoamérica. Debates y perspectivas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2011, p. 23-44.

directa de causa-efecto entre irrigación y evolución social, no estuvieron exentos de críticas. Como señaló Gary Feinman⁶², en diversos lugares de Mesoamérica la irrigación no tuvo un papel transcendental en la conformación de los Estados, pues algunos de los más poderosos, como en el Valle de Oaxaca, basaban sus técnicas agrícolas en sistemas más locales o simples.

Desde la década de los setenta, en el contexto creciente y planetario de preocupación ambiental, las relaciones entre la naturaleza y la sociedad cobraron notoriedad. En arqueología, se abordaron las interacciones entre diferentes culturas prehispánicas con sus entornos, sobre todo desde posturas marxistas y en el marco de la ecología cultural. Autores como Sanders y Price⁶³, Litvak⁶⁴ o Blanton y colaboradores⁶⁵, enfatizaron la gran diversidad ecológica y geográfica mesoamericana, lo que fortaleció a su vez la diversidad comercial y el intercambio entre sociedades locales y regionales, a través de complejos sistemas de rutas establecidas entre las altas tierras frías, las bajas tierras cálidas y las costas⁶⁶.

Lo anterior es de destacar, pues fuera del ámbito de la geografía humana —es decir, más allá del gremio de los geógrafos, propiamente—, los estudios de paisaje tuvieron algunos antecedentes fundamentales entre la arqueología y la historia. Esto último se debió, en parte, a que en México la Historia poseía un pasado institucional más remoto que el de la Geografía —que se institucionalizó como disciplina universitaria y campo de investigación hasta la década de 1940—⁶⁷. Entre los temas predilectos de los historiadores estaba la geografía histórica. Hacia la década de 1980, los estudios de paisaje emprendidos por especialistas en Historia tomaron dos senderos iniciales: el de los mesoamericanistas y el de los historiadores geógrafos.

En la primera tendencia, estudiosos del México indígena antiguo continuaron investigando temas de paisajes prehispánicos, sobre

⁶² Gary Feinman, “The Economic Underpinnings of Prehispanic Zapotec Civilization”, en Joyce Marcus y Charles Stanish (dir.), *Agricultural Strategies*, Los Ángeles, UCLA, 2006.

⁶³ William T. Sanders y Barbara J. Price, *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, New York, Random House, 1968.

⁶⁴ Jaime Litvak, “En torno al problema de la definición de Mesoamérica”, *Anales de Antropología*, n° 12, 1975, p. 171- 195.

⁶⁵ Richard Blanton, Gary Feinman, Stephen Kowaleski y Peter Peregrine, *Ancient Mesoamerica: A comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

⁶⁶ Eduardo Williams y Phil Weigand, “Mesoamérica, debates y perspectivas...”, art. cit.

⁶⁷ Lourdes De Ita, *Viajeros isabelinos en la Nueva España*, México, FCE, 2001.

los cimientos arqueológicos que ponderaban la relación sociedad-entorno –como Armillas, Palerm, Litvak o Rojas-Rabiela, por mencionar algunos– pero aportando un giro fenomenológico: lo sagrado. Entre el gremio mesoamericanista destacó Johanna Broda⁶⁸, quien a partir de sus estudios pioneros estableció una escuela prolífica en planteamientos y estudios de caso a lo largo y ancho de Mesoamérica. Los sistemas de creencias se vincularon entonces con el rubro genérico de *paisaje ritual*. No obstante, en un principio no hubo claridad en definir de manera consensuada sobre a qué se aludía por *paisaje*, y resultó, en buena medida, un sinónimo o una forma de decir “naturaleza”. Un ejemplo de ello fue el libro compilatorio referente al culto a los volcanes, editado por Broda y sus colegas Iwaniszewski y Montero, en el cual no se presentó una definición del concepto, a pesar de que la publicación se tituló *La montaña en el paisaje ritual*⁶⁹. Una década después, Iwaniszewski⁷⁰ se interesó por aclarar el marco conceptual de los estudios en torno a la noción y su sacralidad. Para ello recurrió a la fenomenología del paisaje en arqueología, propuesta por Christopher Tilley⁷¹, y basándose en él, estimuló el registro de las relaciones visuales entre los diferentes elementos paisajísticos, tal como se percibían desde la perspectiva del cuerpo humano. En otras palabras, se trataba de caminar el paisaje por antiguos senderos, repitiendo los movimientos corporales que se atribuían a individuos del pasado, con el fin de experimentar una sensación de espacio similar a los antiguos usuarios.

En la vertiente geográfica-histórica pueden mencionarse dos investigaciones clave: *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala en la época colonial*⁷², y *Los pueblos de la sierra: el poder y*

⁶⁸ Johanna Broda, “El culto mexica...”, art. cit. Johanna Broda, “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica”, en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (dir.), *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*, México, IIH-UNAM, 1991a, p. 461-500. Johanna Broda, “The Sacred Landscape of Aztec Calendar Festivals: Myth and Society”, en David Carrasco (dir.), *To Change Place: Aztec Ceremonial Landscapes*, Niwot, University Press of Colorado, 1991b, p. 74-120.

⁶⁹ Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (dir.), *La montaña y el paisaje ritual*, México, INAH/IIH-UNAM, 2001.

⁷⁰ Stanislaw Iwaniszewski, “El paisaje como relación”, en Stanislaw Iwaniszewski y Silvina Vigliani (dir.), *Identidad, paisaje y patrimonio*, ENAH-INAH/CONACULTA, 2011, p. 23-37.

⁷¹ Christopher Tilley, *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*, Oxford-Providence, Berg, 1994.

⁷² Wolfgang Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Verlag, Franz Steiner, 1981.

*el espacio entre los indios del norte de Puebla*⁷³, del que hablaremos con más detalle líneas adelante. Trautmann, combinó exitosamente la investigación de archivo, propia del historiador, con el análisis histórico del manejo del terreno, ámbito del geógrafo. Desde entonces, esta forma de aproximación ha sido muy socorrida, sobre todo desde la historia ambiental. Melville⁷⁴, por ejemplo, realizó un estudio sobre la “conquista biológica” de los paisajes en el siglo XVI, mediante la introducción de la ganadería menor. La propuesta de Melville resultó interesante, aunque recurrió a un modelo de ganadería australiana, cuando el más parecido al contexto novohispano era el de la mediterránea. Otros trabajos sobre paisaje y ganadería colonial con un procesamiento metodológico geográfico-histórico los podemos encontrar en Butzer y Butzer⁷⁵, Aguilar⁷⁶ y Hunter⁷⁷.

Paisajes de los antiguos pueblos de indios

En México, Bernardo García Martínez⁷⁸ contribuyó a fomentar los estudios geohistóricos referentes a los antiguos pueblos de indios y el manejo de sus paisajes, cuyo nombre en lengua náhuatl era *altepetl*. Se trataba de un tema que había generado décadas atrás algunos debates historiográficos, de los que habían sido partícipes especialistas nacionales o internacionales⁷⁹. García Martínez orientó el análisis de la or-

⁷³ Bernardo García-Martínez, *Los pueblos de la Sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

⁷⁴ Elinor Melville, *Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la Conquista de México*, México, FCE, 1999 [1994].

⁷⁵ Karl Butzer y Elizabeth Butzer, “The Sixteenth-Century Environment of the Central Bajío: Archival Reconstruction from Colonial Land Grants and the Question of Spanish Ecological Impact”, en Kent Mathewson (dir.), *Culture, Form and Place: Essays in Cultural and Historical Geography*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1993, p. 89-124.

⁷⁶ Miguel Aguilar, *Land use, land tenure and environmental change in the jurisdiction of Santiago de los Valles de Oxitipa*, Eastern New Spain, Sixteenth to Eighteenth Century, Austin, University of Texas, 1999.

⁷⁷ Richard Hunter, “Methodologies for reconstructing a Pastoral landscape. Land grants in Sixteenth-Century New Spain”, *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, vol. 43, n° 1, 2010, p. 1-13.

⁷⁸ Bernardo García-Martínez, *Los pueblos de la Sierra...*, *op. cit.*

⁷⁹ Pedro Carrasco, “El barrio y la regulación del matrimonio en un pueblo del valle de México en el siglo XVI”, *Revista mexicana de estudios antropológicos*, n° 17, 1961, p. 7-26. Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico 1519-1810*, Stanford, Stanford University Press, 1964. Jack A. Licate, *Creation of Mexican landscape: Territorial organization and settlement in the Eastern Puebla basin (1520-1605)*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981.

ganización política de los pueblos de indios hacia cuestiones geográficas: ubicación, linderos, manejo de recursos, conectividad, vecindad, regionalización. Pronto el tema captó mayor atención de otros historiadores, etnohistoriadores y arqueólogos, quienes desde distintas perspectivas y procedimientos disciplinarios se adentraron en las formas y modos en que los señoríos prehispánicos, en particular los del centro de México, estructuraban el territorio, producían agricultura, generaban comercio y estratificaban su gobierno. Para finales del siglo XX y principios del XXI, el tema de la organización territorial indígena y el manejo de los paisajes en momentos previos a la irrupción europea, así como la reorganización emprendida en la primera etapa colonial alcanzaron un número importante de seguidores⁸⁰. Además del centro de México⁸¹, se incrementaron los estudios en otras regiones, tales como el área Matlatzínca y el valle de Toluca⁸² la Mixteca Alta oaxaqueña⁸³, la

Pablo Escalante, “La polémica sobre la organización de las comunidades de productores”, *Nueva Antropología*, vol. 11, n° 38, 1990, p. 147-162. James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, México, FCE, 1999.

⁸⁰ Ernesto Torre Villar, *Las congregaciones de los pueblos de indios. Fase terminal: aprobaciones y rectificaciones*, México, IIH-UNAM, 1995. Cayetano Reyes-García, *El altepetl. Origen y desarrollo. Construcción de la identidad regional náhuatl*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000.

⁸¹ Ángel J. García Zambrano, “Calabash Trees and Cacti in the Indigenous Riutal Selection of Environments for Settlement in Colonial Mesoamerica”, John A. Grim y Mary Evelyn Tucker (dir.), *Indigenous traditions and ecology: The interbeing of Cosmology and Community*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, p. 351-375. Ángel J. García Zambrano, *Paisaje mítico y paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas*, Cuernavaca, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2006. Federico Navarrete, *Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México. Los altepetl y sus historias*, México, Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 2011. Keiko Yoneda, “Indigenous House Plans and Land in Mexico City (Sixteenth Century)”, en F. Armstrong y J. Hoil-Gutiérrez (dir.), *Legacies of Space Intangible Heritage. Archaeology, Ethnohistory and the Politics of Cultural Continuity in the Americas*, Boulder, University Press of Colorado, 2017.

⁸² Margarita Menegus, *Del señorío indígena a la república de indios. El caso de Toluca 1500-1600*, México, CONACULTA, 1994. René García Castro, *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzínca. La negación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVIII*, México, El Colegio de México, 1999.

⁸³ Kevin Terraciano, *The Mixtecs of Colonial Oaxaca: Nadzahui History, Sixteenth Through Eighteenth Century*, Stanford California, Stanford University Press, 2001. Ronald Spores y Andrew K. Balkansky, *The Mixtecs of Oaxaca: Ancient times to the present*, Norman, University of Oklahoma Press, 2013. Manuel A. Hermann-Lejazaru, “El entorno simbólico- territorial del Mapa de Tezacoalco: representación del paisaje y sus linderos”, *Anales de Antropología*, vol. 53, n° 2, 2019, p. 11-27.

península de Yucatán⁸⁴, Guerrero⁸⁵ y Michoacán⁸⁶, por mencionar algunos casos ejemplificativos.

Los planos o pinturas elaborados por los especialistas indígenas en la Colonia temprana recibieron también atención, en cuanto a fuentes de información sobre las características de los paisajes. Al finalizar el siglo XVI, la Corona española instruyó a las autoridades virreinales a elaborar una serie de informes referentes a las condiciones territoriales, políticas, económicas de los distintos pueblos de indios, conocidas como *Instrucción y Memoria* o *Relaciones Geográficas*. Para ello las autoridades locales debían responder un cuestionario de 50 preguntas, y que debían acompañarse por una pintura o mapa que diera cuenta visual de lo que se informaba en los textos. Las pinturas que resistieron al paso de tiempo han sido objeto de análisis histórico, cartográfico y estético, como formas particulares de plasmar cosmovisión y de representación paisajística. Asimismo, se ha enfatizado que son documentos históricos multivalentes y polisémicos que permiten distintas aproximaciones a los paisajes, toda vez que son, a un mismo tiempo: a) una representación de la geografía y la historia del lugar; b) un documento legal que legitima posesión territorial y c) una historia mítica de fundación⁸⁷. De esta manera, las pinturas, planos o códices – previos y posteriores a las *Relaciones Geográficas* de finales del siglo XVI– han servido como una suerte de ventanas históricas hacia las formas y modos de gestionar y transformar los paisajes de los pueblos de indios, que han aprovechado distintos especialistas⁸⁸.

⁸⁴ Sergio Quezada, *Pueblos y caciques yucatecos, 1550-1580*, México, El Colegio de México, 1993

⁸⁵ Daniele Dehouve, *Entre el caimán y el jaguar. Los pueblos indios de Guerrero*, México, CIESAS, 2002.

⁸⁶ Carlos Paredes, “Gobierno y pueblos de indios en Michoacán en el siglo XVI”, en Carlos Paredes (dir.), *Arquitectura y espacio social en poblaciones purépechas de la época colonial*, México, IHH-UMSNH/CIESAS, 1998. Teresita Fernández, *Frontera y asentamientos humanos, morfología del oriente de Michoacán en el siglo XVI*, Morelia, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Michoacán, 2008.

⁸⁷ Alessandra Russo, *El realismo circular: tierras, espacios y paisajes de la cartografía indígena novohispana, siglos XVI y XVII*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, 2005.

⁸⁸ María Elena Bernal, *Carving Mountains in a Blue/Green Bowl: Mythological Urban Planning in Mesoamerica*, PhD Dissertation, Austin, University of Texas, 1993. Bernal, María Elena, “The life and Bounty of the Mesoamerican Sacred Mountain”, en John A. Grim y Mary Evelyn Tucker (dir.) *Indigenous Traditions and Ecology: The Interbeing of Cosmology and Community*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, p. 325-349. Barbara E. Mundy, *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago, Chicago University Press, 2000. Alessandra Russo, *El realismo circular: tierras, espacios y paisajes de*

Sobre todo, el enfoque de paisaje cultural en el estudio de los pueblos de indios fue estimulado por Fernández-Christlieb y García-Zambrano⁸⁹, a través del libro colectivo *Territorialidad y paisaje del altepetl del siglo XVI*. A diferencia de los estudios previos en la temática, el grupo de geógrafos e historiadores vinculados a este proyecto pusieron atención en los componentes geomorfológicos y ecológicos, en una estrecha relación con los criterios de selección de poblamiento, cosmovisión de la naturaleza y la historia toponímica⁹⁰. En particular, Fernández-Christlieb, de manera individual o con diferentes colegas, analizó la pertinencia del concepto paisaje para el escrutinio histórico de los antiguos asentamientos indígenas mediante un enfoque explícito de geografía cultural⁹¹. De acuerdo con él, las características intrínsecas a

la cartografía indígena novohispana, siglos XVI y XVII, México, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM. 2005. Miguel Ángel Ruz-Barrio, "Pintura del pleito entre Tepexpan y Temascalapa: estudio preliminar", *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 36, n° 2, 2006, p. 89-109. Diana Magaloni, "Albores de la Conquista: la historia pintada del Códice Florentino", México, *Artes de México*, 2016. Manuel A. Hermann-Lejarazu, "Fronteras de la historia: Arqueología y Geografía histórica para el estudio de los pueblos de la Mixteca", en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía e historia ambiental*, Morelia, CIGA-UNAM, 2017, p. 119-140.

⁸⁹ Federico Fernández-Christlieb y Ángel J. García-Zambrano (dir.), *Territorio y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, FCE, 2007.

⁹⁰ María Elena Bernal y Ángel Julián García-Zambrano, 2007. "El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos: contexto teórico-historigráfico", en Federico Fernández-Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (dir.), *Territorialidad... op. cit.*, p. 31-113. Marcelo Ramírez Ruiz, "Territorialidad, pintura y paisaje del pueblo de indios", en Federico Fernández-Christlieb y Ángel J. García-Zambrano (dir.), *Territorialidad...op. cit.*

⁹¹ Federico Fernández-Christlieb, "Algunas fuentes para el estudio de la geografía cultural", en Carlos Téllez y Patricia Olivera (dir.), *Debates en la geografía contemporánea. Homenaje a Milton Santos*, Zamora, El Colegio de México, 2003, p. 85-102. Federico Fernández-Christlieb, "Antecedentes para el estudio cultural del paisaje urbano en la Nueva España del siglo XVI", *GeoTrópico*, 2004, vol. 2, n° 3, geotropico.org/2_1_F_Fernandez.html. Federico Fernández-Christlieb, "Geografía cultural", en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dir.), *Tratado de Geografía Humana*, Barcelona, Anthropos/UAM-Iztapalapa, 2006, p. 220-253. Federico Fernández-Christlieb, "¿Quién estudia el espacio? Una reflexión sobre la geografía y los intereses de las ciencias sociales", en Martha Chávez, Octavio González y María del Carmen Ventura (dir.), *Geografía y ciencias sociales. Una relación reexaminada*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2009, p. 107-130. Federico Fernández-Christlieb, "El nacimiento del concepto paisaje y su contraste en dos ámbitos culturales: el Viejo y el Nuevo Mundo", en S. Barrera-Lobatón y J. Monroy (dir.), *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2014, p. 55-79. Federico Fernández-Christlieb, "El paisaje como historiografía. La geografía cultural ante la lectura del espacio", en Pedro S. Urquijo, Antonio Vieyra y Gerardo Bocco (dir.), *Geografía*

un paisaje cultural son: 1) forma parte de una cosmovisión completa, toda vez que es producto intelectual y material de una sociedad específica; 2) como herencia generacional entre individuos que conforman una sociedad, el paisaje es resultado de un proceso de *larga duración*; 3) es una geografía específica transformada tanto por la acción humana como por los fenómenos de la naturaleza; 4) es un espacio físico de elementos tangibles, lo que no obsta que también posea una dimensión simbólica, y 5) su escala de reconocimiento es fundamentalmente humana.

Espacio-tiempo, interdisciplina e integralidad ambiental

A lo largo de buena parte del siglo XX, en términos generales, la investigación en ciencias sociales y humanidades tuvo una tendencia por el análisis los procesos temporales de los problemas de investigación. Es decir, los abordajes o las explicaciones de los fenómenos estudiados se enfocaban fundamentalmente en los factores o cambios en el tiempo, sobre todo desde los campos de la sociología, economía e historia. No obstante, en las últimas décadas de la centuria, en un marco científico que privilegiaba la interdisciplinariedad y la integralidad de los fenómenos estudiados, la dimensión espacial –geográfica– fue revalorada y, en este sentido, se reconsideraron nociones a través de las cuales el espacio y el tiempo y la integración de los fenómenos pudieran interpretarse sin fragmentar. El paisaje, por tanto, cobró notable interés⁹².

Para las primeras décadas del siglo XXI, las propuestas epistemológicas de los geógrafos norteamericanos que privilegiaron la noción, tales como Sauer⁹³, Tuan⁹⁴, Meinig⁹⁵ o Jackson⁹⁶, fueron revaloradas. No obstante, en la geografía mexicana, los referentes más citados

e Historia Ambiental, op. cit. Fernández-Christlieb, Federico y Gustavo Garza Merodio, “La pintura geográfica en el siglo XVI y su relación con una propuesta actual de la definición de paisaje”, *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. 218, nº 69, 2006, <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm>. Federico Fernández-Christlieb y Pedro S. Urquijo, “Los espacios del pueblo de indios tras el proceso de congregación, 1550-1625”, *Investigaciones geográficas*, nº 60, 2006, p. 145-158. Federico Fernández-Christlieb y Pedro S. Urquijo, “El altépetl nahua como paisaje: un modelo geográfico para la Nueva España y el México Independiente”, *Cuadernos geográficos*, vol. 59, nº 2, 2020, p. 221-240.

⁹² Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México...”, art. cit.

⁹³ Carl O. Sauer, “Morfología de paisaje”, art. cit.

⁹⁴ Yi Fu Tuan, *Topophilia...*, op. cit.

⁹⁵ Donald W. Meinig, *The Interpretation of Ordinary Landscapes*, New York, Oxford University Press, 1979.

⁹⁶ John B. Jackson, *Discovering the Vernacular Landscape*, New Haven, Yale University Press, 1984. John B Jackson, *A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven,

fueron los culturalistas franceses⁹⁷, británicos⁹⁸ y españoles⁹⁹. La cercanía con los enfoques europeos y la distancia con los referentes norteamericanos se explicaban en cierta medida por la accesibilidad de las publicaciones. Muchos artículos epistemológicos sobre paisaje, realizados por geógrafos franceses o británicos, fueron sistemáticamente traducidos al español, por lo que se volvieron de uso común entre estudiantes universitarios. Ciertamente, la geografía norteamericana, derivada de la tradición culturalista de Berkeley, ha tenido estudios de caso paisajísticos en México¹⁰⁰, pero sus investigaciones no han tenido el mismo impacto entre sus colegas mexicanos, a través de traducciones o publicaciones en revistas y libros nacionales, si los comparamos con los pares españoles, franceses y británicos.

En el marco del libro *La construcción social del paisaje*¹⁰¹, editado por Joan Nogué, Daniel Hiernaux y Alicia Lindón, dos geógrafos de la Universidad Autónoma Metropolitana elaboran dos capítulos referentes al enfoque. Con “La construcción social de los paisajes invisibles del miedo”, Lindón (2007) se enfoca en la mirada del paisajista. Basándose en Wright¹⁰² y en Louiset¹⁰³, Lindón señala que, al analizar las metrópolis únicamente en términos de su materialidad, estas se invisibilizaban culturalmente. Por tanto, para hacer inteligibles hay que

Yale University Press, 1994.

⁹⁷ Augustin Berque, “El Origen del paisaje”, *Revista de Occidente*, 1997, n° 189, p. 7-21. Paul Claval, *La geografía cultural*, op. cit. Joël Bonnemaïson, *La géographie culturelle...*, op. cit. Roger Brunet, “Análisis del paisaje y semiología”, en J. Gómez, J. Muñoz y N. Ortega (dir.), *El pensamiento geográfico*, op. cit.

⁹⁸ Denis Cosgrove, *Social Formation and Symbolic Landscape*, Londres, Croom Helm, 1984. James S. Duncan, *The City as Text: The Politics of Landscape Interpretation in Kandyian Kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. Peter Jackson, *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, New York, Routledge, 1995.

⁹⁹ Javier Maderuelo, *El paisaje, génesis de un concepto*, Madrid, Abada Editores. Joan Nogué (dir.), *La construcción social del paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

¹⁰⁰ William E. Doolittle, *Canal Irrigation in Prehistoric Mexico: The Sequence of Technological Change*, Austin, The University of Texas Press, 1990. Karl Butzer y Elizabeth Butzer, “The Sixteenth-Century Environment of the Central Bajío: Archival Reconstruction from Colonial Land Grants and the Question of Spanish Ecological Impact”, en Kent Mathewson (dir.), *Culture, Form and Place: Essays in Cultural and Historical Geography*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1993, p. 89-124. Alfred Sluyter, *Colonialism and Landscape: Postcolonial Theory and Applications*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2002.

¹⁰¹ Joan Nogué (dir.), *La construcción social...*, op. cit.

¹⁰² John K. Wright, “Terrae incognita: The Place of the Imagination in Geography”, *Annals of Association of American Geographers*, n° 37, 1947, p. 1-15.

¹⁰³ Odette Louiset, “Les villes invisibles”, *L'Information Géographique*, n° 653, 2001, p. 219-233.

considerar, con el mismo valor, lo no material o lo subjetivo. La diferencia entre las periferias urbanas, aparentemente similares en cualquier metrópoli, radica –de acuerdo con esta autora– en la apropiación subjetiva que el individuo realiza del lugar, más allá de las formas materiales. Hiernaux¹⁰⁴, por su parte, refiere a la importancia de considerar el factor temporal en el estudio de paisaje, de acuerdo con el contexto de hipervelocidad contemporáneo. De esta manera, propone considerar tres tipos de temporalidades: *larga duración* (tiempo histórico), *tiempo efímero* (eventos cotidianos), *tiempo fugaz* (aparición y desaparición de objetos) y *ausencia de tiempo* (simultaneidad espacio-temporal pretendida por la tecnología). Dado que el paisaje es cultural, el tiempo en el que se realiza el reconocimiento y apropiación paisajística es imperativo, pues no es lo mismo hacerlo desde un automóvil en movimiento que caminándolo. Asimismo, ambos geógrafos, Lindón y Hiernaux, ponderan en sus textos el retorno al sujeto que “observa” el paisaje¹⁰⁵.

Fuera del ámbito de la geografía, el énfasis cultural se presentó explícitamente en los trabajos de los sociólogos Gilberto Giménez¹⁰⁶ sobre Atlixco, Puebla, y Camilo Contreras¹⁰⁷, sobre la pertinencia del concepto paisaje en los estudios culturalistas. Alejandro Toledo¹⁰⁸, economista, aplicó el enfoque en su libro *Agua, hombre y paisaje*, a través del cual la conjunción de los espacios cognitivos de la biósfera o la noosfera. Un año después, Toledo, en conjunto con los sociólogos rurales Barragán y Ortiz y al frente de un equipo interdisciplinario, concluyeron el proyecto Patrimonios. Cuenca del río Tepalcatepec. Se trató de una investigación estructurada en tres campos: procesos históricos, procesos de patrimonialización y sistemas naturales. El eje epistemológico que permitió la articulación de estos tres campos fue el paisaje en su enfoque cultural¹⁰⁹.

Por otro lado, en ecología, el paisaje cultural y la perspectiva histórica han estado muy presentes. Un antecedente importante se presentó en las investigaciones realizadas en el Instituto de Ecología A. C.

¹⁰⁴ Daniel Hiernaux, “Paisajes fugaces y geografías efímeras en la metrópolis contemporánea”, en J. Nogué (dir.), *La construcción social... op. cit.*

¹⁰⁵ Pedro S. Urquijo y Gerardo Bocco, “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.

¹⁰⁶ Gilberto Giménez, “Territorio, cultura e identidades”, en Rocío Rosales (dir.), *Globalización y regiones en México*, México, Porrúa, 2000, p. 19-52.

¹⁰⁷ Camilo Contreras, *Espacio y sociedad*, México, El Colegio de Frontera Norte, 2002. Camilo Contreras, “Pensar el paisaje. Explorando un concepto geográfico”, *Trayectorias*, vol. 7, n° 17, 2005, p. 57-69.

¹⁰⁸ Alejandro Toledo, *Agua, hombre y paisaje*, México, INE, 2006

¹⁰⁹ Esteban Barragán, Juan Ortiz y Alejandro Toledo (dir.), *Patrimonios. La cuenca del río Tepalcatepec*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno de Michoacán, 2007.

de Xalapa, quienes exploraron la noción y el enfoque desde la década de 1990. Hoffman¹¹⁰, expuso los resultados de su investigación geográfica-histórica sobre una población cafetalera veracruzana: Xico. Vinculó las unidades físicas del paisaje con los procesos históricos que transformaron el entorno en escala local. Para 2004, Guevara, Laborde y Sánchez presentaron un libro que condensaba los resultados de investigación referente a la región de los Tuxtlas¹¹¹. En la publicación enfatizaban la confluencia de los procesos físicos, biológicos, tecnológicos, demográficos e históricos, mediante su apreciación como paisaje. Si bien es cierto que el marco conceptual y metodológico se establecía en la ecología de paisaje, no por ello descartaron la perspectiva cultural para una definición epistemológica. Por ello, entre los integrantes del equipo de investigación, y autor de dos capítulos introductorios, se encontraba Alfred Siemens¹¹², un destacado heredero de la tradición culturalista de la Escuela de Berkeley, quien ya había realizado estudios de paisaje en la región del golfo de México¹¹³.

También con una base epistémica ecológica, pero mediante un ejercicio de integralidad metodológica, Ortiz¹¹⁴ analizó la región indígena del Totonacapan. En el libro *La cultura asediada: espacio e historia en el trópico veracruzano*, Ortiz analizó la heterogeneidad ecológica, cultural y tecnológica (manejo agrícola) en dos escalas: la parcela y la región. Influenciado por el geógrafo Gourou¹¹⁵ y el antropólogo Harris¹¹⁶, Ortiz recurrió al concepto paisaje a partir de dos acepciones: *paisaje socializado* –el contexto histórico– y *paisaje agrario* –resultado de la relación entre la producción de satisfactores primarios y el medio biótico y abiótico que soporta la producción–.

¹¹⁰ Odile Hoffmann, *Rumbos y paisajes de Xico. Geografía de un municipio de la sierra veracruzana*, Xalapa, ORSTROM/Instituto de Ecología A. C., 1993.

¹¹¹ Sergio Guevara, Javier Laborde y Graciela Sánchez (dir.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Instituto de Ecología A. C., 2004.

¹¹² Alfred H. Siemens, “Los pasajes”, en Sergio Guevara, Jorge Laborde y Graciela Sánchez (dir.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Instituto de Ecología A. C., 2004a, p. 29-40. Alfred H. Siemens, “Travesía por la sierra”, en Sergio Guevara, Jorge Laborde y Graciela Sánchez (dir.), *Los Tuxtlas...*, op. cit.

¹¹³ Alfred H. Siemens, *Between the Summit and the Sea. Central Veracruz in the Nineteenth Century*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1990. Alfred H. Siemens, *A favored Place. San Juan River Wetlands, Central Veracruz, A. D. 500 to present*, Austin, University of Texas Press, 1998.

¹¹⁴ Benjamín Ortiz, *La cultura asediada: espacio e historia en el trópico veracruzano (el caso del Totonacapan)*, Xalapa, CIESAS/Instituto de Ecología, 1995.

¹¹⁵ Pierre Gourou, *Introducción a la geografía humana*, Madrid, Alianza, 1973.

¹¹⁶ Marvin Harris, *Materialismo cultural*, México, Siglo XXI, 1982.

Reflexiones finales

Comparada con otras tradiciones de paisaje cultural mucho más consolidadas —como la geografía norteamericana, la francesa, la británica o la española, por ejemplo—, en México los estudios en este tópico han sido relativamente pocos. Sin embargo, como tratamos de exponer en las páginas anteriores, a lo largo de varias décadas, los trabajos han sido significativos y desde distintos campos disciplinarios. Hemos tratado de brindar un panorama amplio en este sentido, desde las bases conceptuales impulsadas por Carl O. Sauer y la Escuela de Berkeley, las adaptaciones creativas en el marco de la Nueva geografía cultural y los esfuerzos emprendidos por arqueólogos e historiadores mexicanos, desde sus propios ámbitos. El paisaje cultural se ha visto enriquecido conceptualmente, aludiendo a su condición espacial del vínculo historia y presente, entre lo humano y la naturaleza, lugar de arraigo e identidad y expresión afectiva desde y hacia el entorno.

Es importante reconocer, asimismo, que el paisaje cultural ha cobrado mayor interés en el siglo XXI, y los encuentros académicos, las publicaciones de discusión conceptual o el creciente número de cursos en distintas universidades nacionales pueden ser evidencia de ello. El contexto contemporáneo, marcado por la constante insistencia por la integralidad disciplinaria, los enfoques holísticos, la ponderación de la relación sociedad-naturaleza ha generado que el paisaje se posea como un concepto pertinente y actual. Por ello, en México, resulta necesario el seguir concentrando esfuerzos reflexivos y operacionales que brinden mayor solidez metodológica al enfoque cultural, con el fin de dar respuesta a su versatilidad teórica.

CULTURA Y TERRITORIO: ENTRE LAS NARRATIVAS DE VIDA Y LO COTIDIANO

Alicia Lindón
Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

Una forma, entre otras, de escudriñar los desafíos de la geografía humana actual es hacerlo a través de su relación con la cultura, porque lo cultural siempre está presente en el espacio. Posiblemente, por esa transversalidad de lo cultural en el espacio, en ocasiones, se ha rechazado la existencia de la geografía cultural como un campo específico de la disciplina, más bien debería ser parte de todo análisis geográfico. En este rumbo es elocuente el interrogante que ha planteado Christine Chivallon: ¿acaso no deberíamos desprendernos del adjetivo cultural para superar el obstáculo que este interpone en la comprensión del espacio plenamente activo en la sedimentación y materialización de las representaciones sociales?¹. Esa discusión está y seguirá estando abierta, y este texto no busca profundizar dicho debate. Antes bien, las siguientes páginas se ubican en la geografía humana que se interroga acerca del cruce y ciertas articulaciones singulares de la cultura y el territorio.

¹ Christine Chivallon, "L'espace, le réel et l'imaginaire : a-t-on encore besoin de la Géographie culturelle ?", *Annales de géographie*, vol. 2, 2008, p. 67-89. Como una perspectiva que comparte el fondo de estos interrogantes (es decir, evitar las expresiones binarias que separan lo que el análisis intenta unir), en las últimas décadas, se ha insistido en reemplazar la fórmula con la cual la Geografía ha definido contemporáneamente su objeto de estudio —*la relación espacio y sociedad*, que había venido a sustituir a la versión decimonónica de *la relación hombre medio*), por la expresión integradora de "la dimensión espacial de lo social" (Raymonde Séchet y Vincent Veschambre (dir.), *Penser et faire la géographie sociale: Contribution à une épistémologie de la géographie sociale*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2006)—. Esta última formulación del objeto de estudio de la geografía deja atrás lo binario que deslinda, y a las cuales se confrontaron interrogantes como el de Grataloup: el espacio ¿es interno o externo a la sociedad? (Christian Grataloup, "L'individu géographique", en Jacques Lévy y Michel Lussault, *Logiques de l'espace, Esprit des lieux: Géographies à Cerisy*, Paris, Belin, 2000, p. 57).

La revisión de dicha encrucijada con una perspectiva geográfica requiere reiterar una conocida afirmación: la geografía humana ha explorado dicho nodo desde sus inicios como disciplina institucionalizada. De ahí el temprano reconocimiento (en el siglo XIX) de las técnicas (en su condición de productos culturales) como la mediación clave de la relación del hombre con el medio². No obstante, en aquella geografía apenas institucionalizada en la segunda mitad del siglo XIX, la cultura quedaba muy encasillada en sus formas tangibles. Sin embargo, ello no impedía que se le otorgara un papel prominente en la configuración espacial³. En otras palabras, el espacio era asumido como expresión de la cultura⁴. Posiblemente por ello, en este derrotero una de las tareas centrales de la geografía humana durante mucho tiempo haya sido interpretar el paisaje, como la vía para descifrar la cultura en él inscrita.

En el lapso de más de un siglo que ha transcurrido desde aquella geografía a la actualidad, la concepción de cultura ha desbordado sus límites, y hoy no solo la antropología rechaza las concepciones tan restringidas de la cultura, sino que la geografía humana también ha transitado hacia concepciones de la cultura que no se limitan a sus expresiones materiales. Lo inmaterial se ha tornado parte central de la cultura, sin que ello descalifique lo material. El desafío más bien apunta a alcanzar una concepción que integre lo ideal y lo material. Al respecto, resultan ilustrativas las palabras de Cosgrove: “In join the exploration of de word of man and the geographies of the mind”⁵. Así, la relación

² La expresión “relación del hombre con el medio” debe ser interpretada en el contexto histórico en el cual surge y se consolida, es decir, entre las últimas décadas del siglo XIX (Alberto Demangeon, *Problemas de Geografía Humana*, Barcelona, Ediciones Omega, 1963). Por un lado, la palabra “hombre”, en aquel momento, era una forma de referir al ser humano; aunque décadas más tarde, aun la geografía clásica fue reemplazándola por “sociedad”, reconociendo los procesos de socialización y también las diversas posiciones de la persona en lo colectivo. Por otra parte, la palabra medio contenía un sesgo hacia lo natural, que al igual que la expresión hombre, fue dejando paso al medio geográfico, para incluir no solo lo natural sino también lo construido, y posteriormente se reemplazaría por espacio.

³ Esto se relaciona con la concepción de la cultura como realidad superorgánica desarrollada dentro de la antropología de la época, es decir, concebirla como un todo complejo que se contiene a sí misma y dotada de fuerzas y propósitos propios, pero también presente en la geografía (James Duncan, “The superorganic in American cultural geography”, *Annals of the Association of American Geographers*, 70, 1980, p. 181-198).

⁴ Carl O. Sauer, “The morphology of landscape”, en John Agnew, David N. Livingstone y Alisdair Rogers (dir.), *Human Geography: An essential anthology*, Oxford, Blackwell, 1996 [1925], p. 296-315.

⁵ Denis Cosgrove, “Place, Landscape, and the Dialectics of Cultural Geography”, *The Canadian Geographer/Le Géographe canadien*, vol. XXII, n° 1, 1978, p. 67.

entre la cultura y el territorio ha dibujado nuevos caminos y ha explorado horizontes que ni habían sido esbozados unas décadas antes⁶.

Por otro lado, la geografía humana de las últimas cuatro décadas está inmersa en un conjunto de transformaciones teóricas, epistemológicas y metodológicas usualmente denominadas de manera genérica “giros”: Los giros humanista, relativista, narrativo, biográfico, pragmático, pictórico, afectivo, corporal, son algunos de ellos. Estos giros han puesto en tela de juicio tanto las formas de producir conocimiento geográfico como la definición misma de lo que puede ser conocido geográficamente. Asimismo, se puede subrayar que estas transformaciones se han ido configurando a la luz de un giro más amplio que ha involucrado a toda la geografía, como es el llamado giro cultural⁷. Este, por su parte, no ha sido ajeno al giro lingüístico iniciado en la filosofía en la segunda mitad del siglo XX, que implicó integrar el peso del lenguaje en la constitución de lo social en sentido amplio⁸. Dardo

⁶ *Ibid.* Denis Cosgrove, “Geography is everywhere: Culture and symbolism in human landscapes”, en Derek Gregory y Rex Waldorf (eds.), *Horizons in Human Geography*, Londres, MacMillan, 1989. Denis Cosgrove y Peter Jackson, “New directions in cultural geography”, *Area*, vol. 19, n° 2, 1987, p. 95-101. Pauline Guinard, *Géographies culturelles : Concepts, objets, méthodes*, París, Armand Colin, 2019.

⁷ James Duncan y Ley David, *Place/culture/representation*, Londres, Routledge, 1993. Chris Philo, “Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al ‘giro cultural’ y a la geografía social”, *Doc. Anàl. Geogr.*, 1999, n° 34, p. 81-99. Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (eds.), *Los giros de la Geografía Humana: desafíos y horizontes*, Barcelona, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 2010.

⁸ El giro lingüístico –nacido en la década de los sesenta del siglo XX en la filosofía contemporánea de la mano de autores como Richard Rorty (*El giro lingüístico: dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*, Barcelona, Paidós, 1998), John Austin (*Como hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 1990) y John Searle (*Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1994)– permitió cuestionar y superar el pensamiento representacional en sentido amplio, que concebía de manera más o menos directa y simple la relación entre la conciencia y el mundo exterior que es objeto de esa conciencia. John Austin (*Ibid.*) mostró que los enunciados expresados por las personas no solo describen los estados de las cosas, sino que también hacen el mundo: este giro de la Filosofía contemporánea puso en evidencia la relevancia que adquiere el lenguaje en esa relación entre la conciencia y el mundo exterior. Si se considera que ese mundo exterior constituye el entorno o el espacio de vida de las personas, y que la cultura es parte de ese mundo exterior, que deviene en mundo interior y que también procede de mundos interiores, es posible afirmar que el giro lingüístico vino a mover las certezas representacionales, previamente asumidas respecto a la relación cultura/territorio. En el reverso de lo anterior, también se deben considerar las fuertes resistencias de la Geografía por el sesgo materialista que ha dominado en el pensamiento geográfico. Al respecto, siempre sigue siendo ilustrativa la conocida frase de Claude Raffestin: “la Geografía es víctima de su evidencia” (Claude Raffestin, “Écogénèse territoriale et territorialité”, en Frank Auriac y Roger Brunet, *Espaces, jeux et enjeux*, París, Fayard, 1986, p. 175-185).

Scavino⁹ ha señalado: con el giro lingüístico “el lenguaje deja de ser aquello que está entre el yo y la realidad, para pasar a aquello que construye tanto el yo como la realidad”. Así es que el giro lingüístico planteó la concepción de la realidad y del conocimiento.

En síntesis, en la segunda mitad del siglo XX se conjugaron dos tendencias en los procesos de producción del conocimiento en las ciencias sociales y la filosofía: la ampliación del concepto de cultura y algunas transformaciones de fondo en las diversas ciencias sociales y también en la geografía humana que enfatizaron lo cultural, o bien algunos de sus aspectos. Todo ello no solo constituyó una serie de tendencias nacidas fuera de la geografía y que luego la alcanzaron. También fueron circunstancias que cambiaron radicalmente la relación de la geografía humana con las otras ciencias sociales y humanidades, tendiendo a nuevas integraciones y acercamientos. De igual forma, el concepto de territorio también se ha ampliado dentro de la geografía. El territorio puede desplegarse en diversas escalas espaciales, aquí se lo considera como territorio cotidiano o vivido, aquel que “se concreta en los lugares de nuestra experiencia, impregnados de nuestras rutinas y afectos”¹⁰. Asimismo, se lo concibe multidimensionalmente, siguiendo la perspectiva de Di Méo¹¹: en términos materiales, sociales, políticos y simbólicos. En lo material el territorio se integra por formas espaciales definidas, presenta fronteras concretas. En lo social el territorio expresa la inscripción de los sujetos en grupos sociales. Por ello, se relaciona con la identidad colectiva y puede devenir un sistema de acción que influye en las relaciones sociales. En lo político, expresa formas de control del espacio propias de un grupo social, que así asegura su reproducción y permanencia. Ello se vincula con la apropiación espacial. El territorio también posee una dimensión simbólica porque sus elementos son dotados de sentido y valores que contribuyen a las identidades colectivas.

La conjunción de estos procesos de ampliación de los horizontes del conocimiento surgidos más allá de la geografía y otros, dentro de la propia disciplina, ha tenido fuertes repercusiones en la encrucijada planteada al inicio, es decir, la cultura y el territorio según las perspectivas geográficas. Uno de los resultados de estos movimientos en el pensamiento geográfico ha sido la ampliación de las problemáticas a estudiar geográficamente y la forma de hacerlo. En algunas ocasiones

⁹ Dardo Scavino, *La filosofía actual*, Barcelona, Paidós, 1999.

¹⁰ Guy Di Meo, “Une géographie sociale entre représentations et action”, *Montagnes méditerranéennes et développement territorial*, n° 23, 2008, p. 16.

¹¹ Guy Di Meo, “Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l’étude des pratiques spatiales”, *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 43, n° 118, 1999, p. 75-93.

la renovación de esta encrucijada –cultura/territorio– simplemente encontró una nueva temática u otra, a veces perfilada por el sujeto de estudio (las mujeres, las personas de la tercera edad, los niños, entre otros). Otras veces la renovación resultó de lugares en particular o de cierta problemática localizada. En cambio, otra forma de encauzar la renovación de la encrucijada en cuestión (cultura/territorio), fue hacerlo desde los discursos y la vida cotidiana, y así, se fueron abriendo al análisis una serie de dimensiones que interactúan en dicha encrucijada.

Este segundo camino, cultivado en México y en cierta forma en otros rincones de América Latina, es el que se presenta en las páginas siguientes. Para ello, se dedica una primera parte a la narrativa de vida espacial (*récit de vie*), también identificada por la voz anglófona *storytelling*. Luego, en la segunda parte se aborda la vida cotidiana a través de varias dimensiones: las prácticas y sus sentidos, los saberes espaciales, la memoria espacial, los imaginarios espaciales, el habitar y, por último, las emociones, corporeidades y afectividades. Cabe subrayar que, en cada una de estas dimensiones se identifican sus aspectos centrales y se insertan estampas de la relación cultura/territorio, que han sido dibujadas discursivamente por sujetos anónimos que habitan la periferia oriental de la Ciudad de México. El valor de estas estampas es doble: por un lado, en ellas emergen de formas singulares del cruce de la cultura y el territorio, y por otro lado, la forma de narrarlas configura la encrucijada considerada.

Las narrativas de vida espaciales

La narración es algo propio del ser humano y es la habilidad para contar eventos, acontecimientos, organizándolos secuencialmente. Es una forma básica de la comunicación y una de sus modalidades más utilizada es la de contar eventos de la vida cotidiana. Las palabras de Moen al respecto resultan transparentes: “los seres humanos organizan sus experiencias del mundo en narrativas”¹². En toda narrativa se integran el narrador (que da cuenta de un punto de vista), los personajes, los lugares, tiempos y la trama de los eventos.

Si bien todo evento es único, cuando es narrado adquiere otro estatuto porque al configurarlo con palabras se lo está pasando por el tamiz de lo social, y así se torna singular¹³. En otras palabras, lo singular

¹² Torill Moen, “Reflections on the Narrative Research Approach”, *International Journal of Qualitative Methods*, vol. 5, nº 4, 2006, p. 60.

¹³ Marie-Françoise Chanfrault-Duchet, “Le système interactionnel du récit de vie”, *Sociétés*, vol. 18, mai, 1988, p. 26-31. Chris Philo, “Más palabras, más mundos...”, art. cit. Carlos Piña, “Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico”, *Argumentos*, nº 7, agosto, 1989, p. 131-160.

son las diversas formas sociales que adquiere lo único. Esta transformación de lo único en singular se debe al proceso de colocar lo vivido en palabras, darle forma social con un recurso compartido, como es el lenguaje. Por ello, la narrativa de lo vivido es parte de la cultura. Para la encrucijada cultura/territorio, las narrativas que interesan son las referidas a la propia vida cotidiana. Tal como ha planteado Cameron¹⁴, este tipo de narrativas tiene la capacidad de mostrar las relaciones entre las personas, los lugares y las cosas. En toda narrativa de la propia cotidianidad está presente el espacio, porque la vida misma es espacializada. En este rumbo, Cameron¹⁵ observa que la narración fenomenológica transmite geografías personales y experiencias espaciales. De modo tal que las narrativas pueden ser concebidas como productos culturales, pero también contienen espacialidades, es decir, formas de experimentar los lugares. Por ello, se puede considerar que las narrativas de vida son expresiones del ser humano que condensan la relación cultura/territorio de quien las elabora.

Por otra parte, las narrativas de vida constituyen una ventana metodológica muy relevante para la Geografía que se interesa en la encrucijada que se analiza, porque tienen la capacidad de recrear la fugacidad de los eventos cotidianos. Las narrativas de vida traen al presente y le dan permanencia a lo que ya ocurrió, a lo cotidiano cuya naturaleza es hacerse y deshacerse en cada instante.

Desde este horizonte, en las páginas siguientes se revisa la encrucijada cultura/territorio en lo cotidiano, pero se hace a través de la mediación de las narrativas de vida. En términos prácticos, se insertan ciertos fragmentos de narrativas de vida de habitantes de la periferia oriental de la Ciudad de México. La selección de estos fragmentos priorizó aquellos conjuntos de palabras con las que el habitante configura verbalmente una estampa o una imagen, del lugar, los sujetos y lo que pone en juego discursivamente, en cierto momento. En suma, en las narrativas se construyen estampas de escenarios que se asemejan a una fotografía, y ello es valioso –metodológicamente– para analizar lo que el estudioso no pudo observar en el momento en el cual estaba ocurriendo. Sin embargo, el papel que juegan cuando se revisita la encrucijada cultura/territorio, va más allá de lo instrumental o ilustrativo. La narrativa es lo que le da cierta forma social que se repite en una y otra ocasión a lo único, y por ello, es una mediación necesaria para la geografía que revisa la dimensión espacial de la cultura.

¹⁴ Emilie Cameron, “New geographies of story and storytelling”, *Progress in Human Geography*, vol. 36, n° 5, 2012, p. 573-592.

¹⁵ *Ibid.*

La vida cotidiana

Si la vida cotidiana llegó tarde a la filosofía, y a las ciencias sociales en general, no podía haber sido de otra forma en la geografía. Su aparición fue aún más tardía, y por lo mismo, su arribo a la geografía, inevitablemente, tuvo que partir de los hallazgos previos realizados en las otras ciencias sociales, aunque con el desafío de espacializarlos.

De manera muy esquemática se puede recordar que la constitución de la vida cotidiana en objeto de estudio científico implica revisar las prácticas que despliegan las personas, es decir, el mundo del hacer, con los sentidos y significados que llevan consigo, así como su dimensión espacial y temporal. Cabe subrayar que el espacio y el tiempo para los estudios de la vida cotidiana no se limitan a las localizaciones, ni a su cronometraje, sino que se despliegan en la experiencia de ambos, en la memoria, la imaginación y los ritmos, entre otros aspectos.

En este contexto, y con la retroalimentación de otros estudios de la cotidianidad, la perspectiva geográfica aquí planteada integra el estudio de las *prácticas espaciales* (el hacer del ser humano, las acciones) y el de los *sentidos* ligados a ellas¹⁶. Esto se complementa con la consideración de los acervos de información espacial de sentido común con los cuales las personas actúan y se desplazan de unos lugares a otros. Y también es parte de estas geografías de la vida cotidiana el estudio de las experiencias espaciales¹⁷, como un concepto más holístico que los otros, e integrador de todos ellos.

Todo abordaje de las prácticas cotidianas reconoce que siempre tienen sentido: las personas desarrollan ciertas prácticas porque buscan algo en ese hacer. En otras palabras, el hacer lleva consigo motivaciones y durante su devenir se configuran los sentidos y significados¹⁸. Los sentidos que adquieren las prácticas en el curso de su ejecución suelen transferirse a los lugares en los cuales se anclan las prácticas. El lugar siempre remite a una ubicación específica. Aunque,

¹⁶ Kristen Simonsen ("Practice, spatiality and embodied emotions: A outline of a geography of practice", *Human Affairs*, n° 17, 2007, p. 168-181) subraya que nada es anterior a las prácticas, ni la conciencia, ni las ideas, ni los significados, ni las estructuras, ni los discursos, ni las redes, ni los acuerdos.

¹⁷ David Seamon, "Situated Cognition and the Phenomenology of Place: Lifeworld, Environmental Embodiment, and Immersion-in-World", *Cognitive Processes*, vol. 16, n° 1, 2015, p. 389-92.

¹⁸ Una forma de distinguir sentidos y significados es considerando que los primeros son previos a las palabras, mientras que los segundos han pasado por el filtro modelador del lenguaje (Franco Crespi, *Acontecimiento y estructura: Por una teoría del cambio social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997). Aunque en geografía es usual referir a los sentidos, incluyendo en esa expresión también los significados.

como advertía Anne Buttimer, a mediados de los años setenta, las personas en su cotidiano actuar (en las prácticas) van sellando los lugares con intenciones, valores y memoria¹⁹. Así, esta autora explicaba la densidad de los lugares y la diferenciación entre un lugar y otro. Al mismo tiempo, la motivación para realizar cierta práctica, o bien el sentido que se le confiere, puede proceder del lugar asociado a dicha práctica. En otras palabras, el sentido de las prácticas puede derivar del lugar en el que ocurren, o bien, el sentido de la práctica se transfiere al lugar y le da identidad y sentido al lugar²⁰. Con ello, los lugares de la ciudad adquieren textura y densidad, y en ocasiones los constituye en lugares de memoria colectiva, o al menos, de memoria individual²¹. De modo tal que los lugares suponen siempre ubicaciones específicas, pero también sentidos particulares que las personas les van atribuyendo según lo allí vivido.

La interrelación entre las prácticas y la subjetividad es compleja ya que se retroalimenta constantemente: Los sentidos, significados e imágenes sobre el espacio se construyen y toman forma en el desarrollo de las prácticas, y al mismo tiempo, una vez construidos, condicionan a las prácticas futuras. Estas, a su vez, pueden llevar a la reconstrucción de los sentidos. La distinción entre las prácticas y los sentidos solo es analítica, ya que los dos ámbitos son indisociables, y uno no tiene razón de ser sin el otro. Por esa relación recíproca y simultánea entre las prácticas y los significados, y entre estas y el lugar, este acercamiento también se puede denominar *enacting geographies*²²: las *enacting geographies* dan cuenta de la incesante hechura de los lugares en el devenir cotidiano, de acuerdo con lo que acontece, a los encuentros y a lo que circula entre unos y otros actores situados. El espectro de prácticas espaciales y significados es tan heterogéneo como lo es el

¹⁹ Anne Buttimer planteaba que en la vida cotidiana las personas “pueden conquistar, defender, explorar y utilizar diversos lugares, que constituyen así su espacio vivido, y es en esta vida práctica, que van depositando en esos lugares intencionalidades, valores y la memoria” (“Grasping the dynamism of lifeworld”, *Annals of the American Geographers*, vol. 66, 1976, p. 284).

²⁰ James S. Duncan y Nancy G. Duncan, “Sense of place as a positional good: Locating Bedford in Space and Time”, en Paul Adams, Steven Hoelscher y Karen Till (dir.), *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001, p. 41-54.

²¹ Claude Javeau, “Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones acerca de los síndromes de Lamartine y de Proust”, en Alicia Lindón (dir.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Barcelona, España, Anthropos, 2000, p. 171-186.

²² John David Dewsbury, Paul Harrison, Mitch Rose y John Wylie, “Enacting geographies”, *Geoforum*, vol. 33, 2002, p. 437-40.

hacer de las personas en sus espacios de vida. Si bien las culturas locales siempre contienen formas establecidas de asociación entre una práctica y un significado, situacionalmente se producen constantemente nuevas asociaciones y en ello se genera lo *enacting*.

La relación entre las prácticas cotidianas y lo cultural también suele estar mediada por otros niveles de la subjetividad, como son los *imaginarios espaciales*, en este caso especificados como *imaginarios urbanos*. La incorporación de los imaginarios espaciales como dimensión analítica de la encrucijada cultura y territorio permite recordar que el sentido y significado de las prácticas no solo están asociados a sus lugares, al dónde han ocurrido, también se articulan en tramas de sentido amplias que la vida social mantiene vivas, por recurrir a ellas reiteradamente²³. Los sentidos y significados de las prácticas espacializadas pertenecen al ámbito de la subjetividad espacial y los imaginarios también, pero los primeros dan sentido a prácticas particulares, muestran la motivación de su realización, mientras que los segundos son mundos de sentido más amplios, que cobijan numerosas prácticas y acontecimientos que se asume llevan a ciertos desenlaces.

Los imaginarios urbanos son tramas de sentido frecuentemente fantasiosas, acerca de la ciudad, la vida urbana y sus habitantes. Pueden ser sobre la ciudad como un todo, o sobre algunos lugares, o respecto a actores o rasgos particulares de un lugar. Resultan del entretejido que hace la imaginación de diversos elementos cotidianos que anticipan posibles formas del devenir, dibujan horizontes y escenarios. En ese entrelazamiento, estas tramas de sentido integran prácticas, a veces bajo la forma de rituales, junto con valores, deseos, intenciones, acontecimientos, restricciones-prohibiciones, miedos y también se pueden articular en dichas tramas, objetos, lugares y sujetos. Una característica de estas tramas subjetivas y espacializadas que asumen los habitantes de un lugar, es que no siempre proceden de objetos, sujetos, acontecimientos o las prácticas del lugar. En ocasiones se configuraron por fenómenos y prácticas que se realizaban en el lugar en otro momento histórico, o bien en otros lugares tiempo atrás o más recientemente. En otras palabras, los imaginarios urbanos pueden proceder de cotidianidades distantes en el tiempo y en el espacio. Por ello no son representacionales: tal como planteara Castoriadis²⁴, los imaginarios pueden evocar objetos, sujetos, lugares o situaciones que están ausentes por diversas razones: ya sea porque nunca estuvieron presentes, o bien porque estuvieron

²³ Armando Silva, *Imaginarios urbanos*, Bogotá, Arango Editores, 2006.

²⁴ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 2013.

presentes y luego dejaron de estarlo. Son tramas de sentido que se desplazan en el tiempo y en el espacio, migran de una ciudad a otra, de un país a otro, y también a través del tiempo.

Por esa ubicuidad, que es propia de los imaginarios espaciales, pueden modelar las prácticas cotidianas de los sujetos locales, aunque no se refieran a fenómenos locales. Los imaginarios configuran y entregan a los habitantes de un lugar instrumentos de percepción y comprensión de la realidad urbana: inducen ciertas prácticas o inhiben otras, por esta relación con el hacer se dice que son actantes. Y así, los imaginarios hacen inteligible tanto los lugares, como las formas de actuar localmente de sus habitantes.

Así es que los imaginarios espaciales se suelen presentar como fantasías proyectivas, cuando están totalmente dominados por el futuro. En otras ocasiones se presentan como fantasías retrospectivas, cuando resultan de articulaciones entre el pasado –a través de la memoria espacial– y el futuro.

La relación entre la cultura y el territorio también se puede revisar a través del estudio del *habitar*, que en parte –aunque no enteramente– refiere a la perspectiva heideggeriana de la existencia espacial del ser humano, el ser en el mundo de Heidegger²⁵. El habitar es estar y permanecer en un lugar. La casa constituye un lugar por excelencia del habitar, aunque se habitan muchos otros lugares diferentes a la casa. Por ejemplo, se habitan las calles o los parques de un barrio, los lugares de trabajo o estudio. En la perspectiva heideggeriana, el habitar expresa el permanecer en los lugares, pero en condición de “libertad”, de protección, con satisfacción y sin amenazas: el habitar es un vínculo armónico entre el ser humano y el medio, para decirlo con palabras heideggerianas, o bien, entre los sujetos y sus lugares. A pesar de la relevancia de estas ideas, desde los años sesenta del siglo XX, el habitar se ha ido analizando con tintes más sociales, por ejemplo, en términos de modos de vida. Lefebvre²⁶ fue fundamental en el deslizamiento del habitar hacia los modos de vida. De esta manera, el concepto de habitar fue ingresando en el ámbito de lo cotidiano: se transitaba así del habitar, como la relación armónica del ser humano con el medio, a la relación de los sujetos con lugares concretos de las ciudades. Esta relación está mediada por la cultura, por la historia, por lo social. Y, por lo mismo, es otro camino para revisar la relación entre la cultura y el territorio,

²⁵ Martin Heidegger, “Construir, Habitar, Pensar”. *Revista Teoría*, 1975, p. 5-6. [Versión original de 1954, “Vorträge und Aufsätze”, Verlag Günther Neske, Pfullingen].

²⁶ Henri Lefebvre, “Préface”, en Henri Raymond, Nicole Haumont, Marie-Geneviève Dezès y Antoine Haumont (dir.), *L’habitat pavillonnaire*, Paris, L’Harmattan, 2001, p. 7-23.

sobre todo en las perspectivas más contemporáneas que enfatizan las prácticas cotidianas. Por ejemplo, para Mathis Stock²⁷ el habitar refiere a la forma en que las personas practican los lugares. Para Angela Giglia²⁸, el habitar incluye una amplia gama “de prácticas y saberes acerca del mundo que nos rodea”. Por ello, esta autora lo especifica en términos del “estar ubicado”, saber dónde se está, y así lo define como una forma de “intervenir en el tiempo a través del espacio”²⁹. Por todo ello, el habitar ha resultado una forma holística de integrar las dimensiones previamente consideradas.

Otro abordaje factible para penetrar en la encrucijada territorio y cultura, es el de las *emociones*, siempre *corporizadas* y manifiestas a través de los movimientos corporales. Las emociones derivan de alteraciones orgánicas ante las experiencias espaciales. “Las emociones son una estrategia biológica adaptativa, valorativa de nuestro entorno; estrategia con la que el sujeto valora el mundo en el que vive de un modo inmediato y pre-racional, de un modo simplemente vivido y no pensado, favoreciéndose en él una respuesta también inmediata, rápida, no premeditada, automática”³⁰. En esta perspectiva cabe traer las reflexiones pioneras de Merleau-Ponty, para quien las cosas (el mundo externo al ser humano, es decir, el territorio vivido) se encarnan en nosotros por nuestra percepción. Por ello, lo exterior (el territorio) no es un objeto percibido puro –externo y reconocido– sino algo que se va enraizando en nuestro cuerpo. El interior y el exterior se implican recíprocamente³¹. El territorio es exterior al sujeto que lo interioriza a través de la percepción y lo procesa culturalmente³². Y ambos, territorio y cultura encarnados se exteriorizan en las emociones corporizadas.

La contextualización de todo ello en la vida cotidiana permite integrar los encuadres escénicos en los que interactúan los cuerpos, las emociones y el espacio: los encuadres escénicos no son lugares, porque se configuran como tales de manera situacional y relacional, derivadas del encuentro con otredades. Así, un mismo lugar puede devenir en un

²⁷ Mathis Stock, “L’habiter comme pratique des lieux géographiques”, *Espaces-Temps.net*, 2004, disponible en <https://www.espacestemp.net/articles/habiter-comme-pratique-des-lieux-geographiques/>.

²⁸ Angela Giglia, *El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación*, Barcelona, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 2012, p. 9.

²⁹ *Ibid.*, p. 11.

³⁰ María Luz Pintos Peñaranda, “Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad”, *Investigaciones Fenomenológicas*, n° 2, 2010, p. 149.

³¹ Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 2004.

³² La cultura también es externa al sujeto cuando nace, pero en toda biografía se van produciendo procesos de interiorización de las culturas.

escenario y algunos instantes después, en otro escenario muy diferente. Lo escénico también es una vía para incorporar analíticamente la afectividad que, si bien se relaciona con los actores y lo que se pone en juego en cada fragmento de tiempo, tiene un carácter más social que las emociones, derivado de la capacidad de afectar a los otros y ser afectado por algo que está en juego en cierto escenario, en un espacio-tiempo.

Las emociones, la afectividad y los movimientos corporales devienen cuestiones relevantes para el territorio por su capacidad para circular entre los cuerpos en proximidad, en un fragmento de espacio-tiempo. La circulación de la afectividad entre los cuerpos genera tipos de performatividades o dramatizaciones de lo social, que están en juego en cada lugar, y por lo mismo son parte de la cultura. Esas dramatizaciones también son materializaciones efímeras de la afectación³³ y, por lo tanto, se territorializan³⁴.

En el espacio público es frecuente observar que en un lugar y en un momento dado, ante un acontecimiento particular, varios sujetos, aún desconocidos entre sí, experimentan y comunican corporalmente algo semejante, ello puede ocurrir frente a un hecho de violencia, aunque también a un evento festivo. Estas afectividades se inician por algo externo a ellos, un acontecimiento local, y se encarnan en sus cuerpos. Ello genera un movimiento corporal particular que se aprecia en unos y otros, porque la afectación circula entre los cuerpos próximos al evento³⁵. Esto puede generar performatividades de la constricción ante un fenómeno imprevisto, o bien del alejamiento (performatividades diastémicas), o también de la protección/autoprotección.

Las performatividades de la constricción son aquellas en las cuales los cuerpos parecen hacerse más pequeños de lo que son, ante el acontecimiento que está ocurriendo. Las segundas, las del alejamiento o diastémicas, expresan un impulso de distanciamiento casi instantáneo de cierto foco del acontecer, aun cuando el alejamiento físico solo

³³ El concepto de performatividad fue planteado inicialmente para referir a la capacidad del lenguaje para construir la realidad social: el discurso produce lo que nombra por su necesaria vinculación con la acción. Así, la *performatividad* expresaba la simultaneidad entre la palabra y la acción. Posteriormente, el concepto de *performatividad* ha sido ampliado, replanteado y resemantizado: del énfasis en lo discursivo se pasó a un acento en los actos, en el hacer. Luego, la dimensión comportamental permitió integrar lo corporal, ya que el actuar requiere de la motricidad y la expresividad del cuerpo: la *performatividad* pudo dar cuenta de los actos corporales que construyen la realidad, como dramatizaciones de lo social.

³⁴ Ben Anderson, "Affect and emotion", en *The Wiley-Blackwell companion to cultural geography*, Londres, Wiley Oxford, 2013, p. 452-464.

³⁵ Nigel Thrift, "Understanding the Affective Spaces of Political Performance", en Mick Smith, Liz Bondi, James Davidson and Laura Cameron (dir.), *Emotion, Place and Culture*, Londres, Routledge, 2016, p. 79-95.

pueda ser escaso por las condiciones materiales del lugar. Las performatividades de la protección/autoprotección intentan restarle visibilidad o exposición al propio cuerpo valiéndose de objetos, de otros cuerpos o de formas espaciales del lugar o de la misma corporeidad. Otro ejemplo de afectividad constructora del espacio y, al mismo tiempo construida por el espacio, es la dramatización de las distancias sociales en los espacios públicos que resultan de encuentros entre alteridades muy ajenas social o culturalmente. Estos movimientos corporales y performatividades (protegerse, ocultarse, acercarse o alejarse) son parte de las culturas, pero también se territorializan a través de los movimientos corporales.

Algunas estampas de la encrucijada “cultura/territorio”

En cualquier territorio se podrían hallar expresiones singulares de la articulación de las dimensiones consideradas para abordar la relación entre la cultura y el territorio, que se viene esbozando. A continuación se analizan algunos ejemplos procedentes de estudios del proceso de expansión metropolitana de la periferia oriental de la Ciudad de México. El referido proceso de urbanización se desencadenó a inicios de los años ochenta del siglo XX, aunque las primeras expresiones datan de fines de los años setenta. Se trató de un proceso de expansión urbana por autoconstrucción, en tierras rurales que habían ido perdiendo su capacidad productiva para las actividades primarias, por acumulaciones salitrosas³⁶, y por lo mismo, habían quedado parcialmente vacantes. El fraccionamiento de las tierras rurales, en régimen ejidal, en lotes de dimensiones urbanas, fue irregular y relativamente improvisado. A la zona fueron llegando familias de escasos recursos que no podían acceder al mercado formal de suelo y vivienda urbana. Con el paso de los años, la organización de demandas populares y la configuración de diversos mecanismos de clientelismo político, se regularizó la tenencia y se fue dotando al área de servicios y equipamientos urbanos, para llegar a ser actualmente una periferia metropolitana totalmente consolidada con alrededor de medio millón de habitantes. El caso es relevante para escudriñar la relación entre la cultura y el territorio, como se ha planteado, porque cuando comenzaron los procesos de autoconstrucción de la vivienda y asentamiento precario, la zona estaba casi deshabitada, si

³⁶ La reducción de la capacidad productiva de estas tierras se relaciona con su origen, se trató de una gran extensión obtenida por la desecación de un antiguo lago de la cuenca lacustre del valle de México.

bien había estado ocupada mucho tiempo antes, el fraccionamiento urbano se dio en un territorio escasamente poblado. De modo tal que, en la nueva cotidianidad, marcada por las carencias, se pueden encontrar pistas acerca de la forma en que se fueron imbricando el territorio y la cultura, y en ese entretejido el lenguaje con el que se narra lo vivido juega un papel no menor porque demarca las situaciones y va objetivando los significados. Hemos realizado trabajo de campo cualitativo en la zona durante dos décadas, dándole seguimiento al proceso de consolidación periférica desde la perspectiva de la cotidianidad de sus habitantes. La información producida, principalmente, han sido narrativas de vida. La densidad característica de este tipo de discursos autobiográficos hace posible que sean leídos e interpretados desde diferentes interrogantes de análisis, y con cada nueva lectura vuelven a arrojar otras pistas para interpretar la vida cotidiana de estos sujetos. En esta ocasión, se han revisitado algunas narrativas de vida producidas en 2010, pero referidas a una y dos décadas previas. Esta nueva lectura se ha realizado desde la encrucijada “cultura y territorio”, con las dimensiones antes presentadas.

Una de estas estampas de cultura y territorio se debe a una mujer de 45 años (en el momento de la entrevista). Se trata de una estampa aterrizada en las prácticas y sus significados, en la que se remonta al tiempo en el que ella y su familia llegaron a la zona (en los años ochenta): “Las calles no se distinguían bien, porque eran puros terrenos baldíos, tu alcanzabas a ver desde aquí como a un kilómetro, porque había muy pocas casas, muy poca vegetación, no había árboles, nada. Entonces las personas que llegamos a vivir aquí empezamos a sembrar árboles para poder ubicarnos un poquito más. Cuando llegamos aquí, la primera vez que me bajé del transporte en la autopista, no supe para donde irme porque todo era lo mismo, o sea que era muy difícil ubicarnos”. El fragmento muestra al menos dos tipos de prácticas espaciales banales, la del caminar cotidiano desde el medio de transporte y hacia el lugar de residencia, y por otro lado la de sembrar árboles en el entorno de vida. Respecto a la primera de esas prácticas, caminar hacia la casa, la narrativa manifiesta la dificultad de llegar al destino por la imposibilidad de orientarse espacialmente por tratarse de una extensión muy homogénea, sin hitos, ni construidos ni naturales. En consecuencia, emerge el problema práctico de no alcanzar lo que mueve a dicha práctica, el significado era llegar al lugar de residencia. Se esboza un desajuste entre la práctica y lo que se persigue con la misma, y dicho desencuentro se explica por las condiciones materiales del territorio. La narrativa encuentra que la forma de articular ambos niveles era transformando el territorio, con la introducción de marcas que generaran diferenciación espacial en la extensión amplia y homogénea.

Posiblemente, esta narrativa muestra un acervo de saberes prácticos muy urbanos, para los cuales la forma de llegar al destino suele ser reconociendo hitos materiales en todo recorrido. En cambio, en contextos rurales, los sujetos acostumbran a encontrar hitos orientadores más sutiles, por ejemplo, de tipo celestial, como el sol, las estrellas; o bien otros más asociados a la atmósfera, como el rumbo de los vientos. En cambio, en esta estampa, el desajuste procede de la ausencia de los usuales hitos urbanos, tales como un comercio, un anuncio publicitario, una construcción diferente a las del entorno. El reconocimiento de estas marcas materiales como hitos orientadores, aunque ausentes en la circunstancia práctica narrada, es parte de una cultura que, hasta el momento narrado, estaba incrustada en el territorio. El desajuste resultaba de seguir asumiendo esa pauta cultural, que ya no encontraba referente empírico en el nuevo espacio de vida. La segunda práctica estructurante de esta estampa es la de plantar árboles. Es una práctica enlazada con un significado, crear hitos en un espacio homogéneo a fin de poder orientarse, y así facilitar los cotidianos desplazamientos. Se podría observar que este significado atribuido al plantar árboles no es el más frecuente, como podría ser la realización de esta práctica por una búsqueda ornamental, o bien para obtener sombra, para detener el viento, para demarcar una propiedad. En cambio, en esta narrativa, dicha práctica se articula con el significado –inesperado en otros contextos– de romper la homogeneidad espacial. Así, esta segunda práctica articuladora de la estampa se inscribe en el territorio como una marca física, y de esa forma se controla el desajuste cultural en el nuevo territorio cotidiano. Culturalmente, se asumía como necesario romper con la homogeneidad espacial y se actúa en consecuencia. En síntesis, esta estampa integra la cultura y el territorio, y lo hace en dos tiempos: cuando la cultura y el territorio no articulan, y otro tiempo, en el cual el hacer de las personas enlaza a la cultura con el territorio a través de un proceso de transformación de este último.

La segunda estampa seleccionada muestra que las prácticas espaciales, y los significados que se entretienen con ellas, también se articulan con la activación de *saberes espaciales de sentido común*, así como con toda la dimensión *experiencial* dentro la cual se desarrollan las prácticas y se acumulan los saberes. Esta segunda estampa también procede de una narrativa de una habitante de la periferia oriental de la Ciudad de México. La entrevistada dice: “Fue espantoso llegar aquí porque nosotros veníamos de una zona donde había todos los servicios, había pavimento. En mi casa siempre ha habido un carro, aunque sea pequeño, y aquí, el carro ni entraba, todo era caminando, hasta la tienda estaba retirada. Entonces fue difícil, pero a todo se adapta uno [...] Llegué aquí con 10 años, a terminar mi quinto año de primaria. Era difícil

porque los niños de aquí estaban acostumbrados a otras cosas, que yo no, entonces sí fue difícil acoplarse con ellos [...] En el sentido de que yo traía otras costumbres, diferentes, por ejemplo, a ellos no les espantaba meterse al lodo para llegar a la escuela, pero a mí, sí, no toleraba pisar el lodo, y sentir que me ensuciaba”. En el nivel de las prácticas espaciales, el texto muestra el llegar a residir en cierto lugar, y también el caminar cotidiano para resolver las cuestiones prácticas. El sentido de ambas prácticas, en este caso, es llegar a la escuela, a la tienda, pero está teñido de la experiencia del sufrimiento, el rechazo a las condiciones en las que debían hacerse estas prácticas cotidianas. Y el sufrimiento procedía de las condiciones materiales del territorio cotidiano. En este fragmento también emergen los conocimientos espaciales. Incluso, se presentan de dos formas: conocimientos prácticos provenientes de otro lugar que no podían aplicarse en las prácticas cotidianas del nuevo lugar de residencia, y en consecuencia, generan disonancia cognitiva. Y, por otra parte, la falta de saberes prácticos adecuados al lugar, por lo que el sujeto no puede actuar. Emerge la experiencia de la frustración por carecer de saberes prácticos para actuar. El fragmento de la narrativa también ofrece otros elementos que refieren a los aspectos experienciales de estas prácticas: por un lado, la identificación de esa cotidianidad como difícil, rechazada y frustrante, es una expresión del sentido de estar en ese lugar ajeno a la propia cultura, pero cotidiano por haber llegado allí a residir. Esto es una expresión del sentirse fuera de lugar. Por otro lado, la experiencia narrada integra la componente sensorial-perceptual respecto a un rasgo propio del lugar, como es el lodo, y al mismo tiempo la elaboración cognitiva de esa componente como algo rechazado, no solo sensorialmente sino también cognitivamente. De esta forma, el fragmento de narrativa revisado constituye otra estampa de la relación cultura y territorio porque articula las prácticas cotidianas con el sentido de rechazo hacia el lugar, así como de estar fuera de lugar por carecer de conocimientos prácticos (que son parte de una cultura, y se apropian en la cotidianidad) adecuados para la vida local.

La tercera estampa que aquí se revisa muestra que la vida cotidiana también se articula con la *memoria espacial*, que integra tanto aquella información específica, lo anecdótico de lo vivido en los lugares, como también su elaboración bajo el formato de conocimiento espacial que puede ser aplicable en situaciones futuras. La narrativa, también femenina, recuerda que: “Cuando llegamos, fueron tiempos muy difíciles, pero a la vez muy reconfortantes para nosotros. Por ejemplo, yo que vivía antes con la familia de mi esposo, cuando me vine para acá fue la gloria, a pesar de todas las carencias, a pesar de todas las necesidades, fue lo mejor que pude haber hecho, venirme a vivir aquí, porque

con la familia de mi esposo no era vida. Las carencias de aquí se han ido mejorando con el tiempo: ya se han compuesto las calles un poquito, ya hemos podido tener un poco mejor nuestra vivienda. También tenemos los servicios que nos hacían tanta falta”. Esta narrativa, también procedente de la mencionada investigación, muestra que en la configuración del sentido del lugar intervienen experiencias previas en otros lugares, que son rememoradas y contrastadas con el presente, el incesante pareo de lo anterior y lo presente, para configurar el significado de lo presente. Esto es relevante porque permite reiterar que el sentido del lugar actual no solo procede de lo vivido en ese lugar en el momento de experimentarlo, sino también de lo vivido en el lugar anteriormente, así como lo vivido en otros lugares y que es rememorado en el presente. Este fragmento de narrativa deviene en una estampa de la relación entre la cultura y el territorio ya que muestra que el sentido que le otorga una persona a su territorio cotidiano puede generar apego por el lugar, es decir, un vínculo afectivo. Y tanto el sentido como el apego por el lugar son culturales y también territoriales. Se generan por los rasgos materiales del sitio, pero también por los de otros lugares habitados. Asimismo, se fundamentan en las relaciones sociales allí establecidas (entre las que están las familiares, vecinales y otras), y también en las relaciones sociales tejidas en otros lugares habitados por la persona.

Una cuarta estampa de la encrucijada entre la cultura y el territorio es la que se configura sobre esta componente imaginaria que puede llegar a dar forma a la cotidianidad. En este caso, la narrativa pertenece a un hombre de 40 años: “Cuando yo venía hace veinte años a acompañar a mi familia, yo decía está horrible, el lodazal era muy feo. La verdad no me imaginé en ese tiempo que Valle de Chalco llegaría a lo que ahora es. Ahora, yo calculo que en cinco años esto va a estar completamente urbanizado, el valor, inclusive, de los terrenos, de las casas, va a estar muy alto. Me imagino el auge que va a tener toda esta zona, las comunicaciones que tendremos no le tendrán envidia a las de otros lugares. Yo calculo que en cinco años esto va a crecer mucho, no quedará nada de la tierra, los charcos, el lodo, esto tiene que crecer. Sí, yo creo que esto va para adelante ¿no? para arriba. Aunque no fue esta la visión que tuve en un principio, ahora lo veo totalmente”. Esta narrativa integra un imaginario urbano del progreso constante, que podría comprenderse como un tipo de “fantasía proyectiva”, para utilizar las palabras de Rowles³⁷. En este caso, el pasado también se presenta como algo inferior, y así permite contrastarlo con el presente que superó las

³⁷ Graham Rowles, “Reflections on experiential fieldwork”, en David Ley y Marwin Samuels (dir.), *Humanistic geography: Prospects and problems*, Londres, Croom-Helm, 1978, p. 173-193.

deficiencias y proyectarlo en ese futuro imaginado y deseado. En esta ocasión también se perfila una estampa que integra la cultura y el territorio, como planteara Castoriadis³⁸, parecería que ese imaginario de progreso está incrustado en el territorio periférico, como podría decirse de las edificaciones o las obras de infraestructura. Cada forma espacial de ese amplio territorio contiene y emana el imaginario del progreso.

Las palabras que siguen dibujan una estampa más (la quinta), de la relación entre la cultura y el territorio. En este caso la narrativa refiere a las voces de dos hombres, de 60 y 70 años, habitantes del mismo territorio periférico de la Ciudad de México. También en estos fragmentos emergen los imaginarios que los impulsaron a movilizarse espacialmente décadas antes. El hombre de 60 años dice: “Creo que lo que nos trajo a estas zonas conurbadas es la gran necesidad y el anhelo de poseer un pequeño pedazo de tierra para ofrecerles algo a futuro a nuestros hijos. Y esa ilusión, o esa idea, se ha ido cristalizando poco a poco”. El hombre de 70 años rememora y dice: “La verdad es algo que me llena de alegría, es el sacrificio que hicimos, y ahora, si volteamos para atrás, son tres décadas de esfuerzo. Pero, valió la pena porque ahora Valle es muy importante, tan es así que ya es municipio, el municipio 122 registrado. Sufre uno para tener un techo donde vivir, pero a la vez sirve de mucho para que nuestros hijos tengan donde vivir”. En estas dos narrativas, los imaginarios espaciales también muestran el deseo de progreso, pero este no se expresa en la forma de la valorización por la urbanización del lugar, sino a partir de la idea de la constitución de un patrimonio familiar inicial. Por ello, más que una fantasía geográfica proyectiva como la que anima a la estampa previa, aquí se dibuja una fantasía geográfica retrospectiva: lo logrado en contraste con el pasado. Estos énfasis en el futuro o en el pasado de las fantasías geográficas no son ajenos a las diferencias etarias de los tres narradores: el más joven (cuarta estampa) enfatiza el progreso que ha mejorado su vida. En cambio, los mayores (quinta estampa) ven el progreso del lugar en contraste con un pasado de carencias y proyectado hacia un futuro en el que será posible la herencia para los hijos.

Una sexta estampa –resultante de la narrativa de un hombre de 35 años– ilustra una singularidad del habitar que mueve la encrucijada cultura/territorio: “Mis papas y yo vivíamos en Iztapalapa, en casa de mis abuelitos, vivíamos ahí de arrimados. Dicen que estábamos todos muy amontonados y un tío se había ido a vivir lejos, entonces un día y le dijo a mi papá que nos fuéramos nosotros para ese mismo lugar, para que tuviéramos una casa para nosotros solos y que no pagáramos renta

³⁸ Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria...*, op. cit.

ni estuviéramos de arrimados, que los terrenos eran grandes y muy baratos...”. “Por eso, antes de llegar aquí teníamos donde vivir, pero no era de nosotros. Al llegar aquí, tu vida cambia porque ya tienes tu propio espacio³⁹, ya no compartes tu patio con otros niños, entonces es diferente, aunque estaba feo aquí”. “Antes vivíamos en lugares cerrados y chicos. Yo no me acuerdo. Lo que recuerdo era un espacio grande y abierto, ya era aquí, en Valle de Chalco, lleno de tierra, lleno de pasto, lleno de delincuencia”, pero muy bonito por lo grande, se podía correr, jugar, ir por todos lados y que nadie te callara. Esta estampa muestra dos formas de habitar contrastadas: primero un cohabitar con familiares en lugares pequeños y sobre todo con restricciones sociales por la cohabitación. Y luego, un habitar un territorio amplio, que invitaba a experimentar la libertad y la aventura de alejarse en el territorio. Este singular habitar está inexorablemente asociado a condiciones específicas de la biografía del sujeto-habitante. En este caso, se trata de un hombre de 35 años, pero la estampa que se configura corresponde a su niñez, y sintetiza esa condición etaria y también la de género: la edad como la curiosidad geográfica de alejarse del lugar de base. Y la condición de género masculino como la llave cultural que abre la puerta del deseo de conocer qué hay más allá, y alejarse del punto de base⁴⁰. El habitar, en este caso, se concreta en la práctica de caminar y correr por un territorio cuyo mayor atractivo, para el niño que vivía esa experiencia, era la de no tener límites, ni físicos ni aquellos que anteriormente se le imponían como restricciones domésticas.

Para otro tipo de sujeto, una mujer adulta (de 45 años) de la misma época y el mismo lugar, el habitar era totalmente distinto, como lo muestra esta séptima estampa de cultura y territorio: “No había calles, sabíamos que era calle porque por ahí pasaba la gente, pero la mayoría de los terrenos estaban baldíos, entonces tú podías pasar por donde quisieras, era un campo abierto [...] Uno no se podía aprender la dirección en la que vivía porque era por el número de manzana y de lote, puros números” [...] Tampoco se podía aprender uno la dirección del lugar en donde vivía, porque como nunca venía nadie de visita a este lugar, entonces no había que darle la dirección a nadie”.

³⁹ En este caso, el hombre joven utiliza expresamente la palabra espacio. Esto es usual ya que la palabra espacio ha surgido, en los diversos idiomas, en el lenguaje coloquial, de sentido común, porque la vida cotidiana en los más diversos momentos históricos, siempre ha estado espacializada. Y los conceptos científicos de espacio han tenido su punto de partida en los equivalentes de sentido común.

⁴⁰ En cambio, como se ha demostrado en números estudios, a las niñas se les suele limitar en la posibilidad de alejarse y explorar territorios más lejanos, lo que termina por internalizarse como el miedo o desconfianza a los lugares alejados, o también la dificultad para orientarse espacialmente.

Esta estampa comparte con la previa el reconocimiento de la amplitud espacial. Pero, como estampas de cultura y territorio, son diferentes ya que las formas de experimentar dicha amplitud son casi opuestas: para la mujer adulta que anteriormente había habitado otros lugares de la ciudad consolidada – y por lo mismo, posee una memoria espacial de la ciudad y sus servicios– la inexistencia de cierta traza urbana con calles definidas y nombradas deviene en una forma de disonancia cognitiva espacial, que llega a impedirle la orientación espacial, ya que sus saberes prácticos para orientarse no se articulaban con el espacio percibido.

El único punto de encuentro de los saberes espaciales prácticos y el espacio percibido a fin de identificar la ubicación y las calles era el recorrido de las personas, pero no era aceptado como tal por no coincidir con una materialidad de calle, tal como los propios saberes indicaban: si la gente caminaba por ciertos lugares, eso era señal de que se trataba de una calle. Sin embargo, no se podía aceptar porque el lugar no estaba materialmente demarcado como calle. Otro aspecto de esta disonancia cognitiva se ubica en la imposibilidad de registrar la dirección del propio domicilio por la ausencia de nombres para las calles, y su reemplazo por combinatorias de números. La narrativa aún muestra una tercera dimensión de la disonancia cognitiva de habitar el lugar, al plantear que su inaccesibilidad tampoco permitía ejercitar la capacidad para comunicar a otros las posibles formas de acceso y su ubicación, porque no iba a la casa nadie ajeno a la zona. En síntesis, esta última estampa de la relación entre la cultura y el territorio muestra un habitar frustrado por carecer de orientación en el espacio, lo que atenta contra el habitar en sí mismo que siempre supone un saber dónde se está. Y este habitar en la desorientación espacial surgía de la disonancia cognitiva entre los saberes espaciales y el territorio percibido por los sentidos.

En las estampas previas de la encrucijada territorio y cultura se observan anclajes en lugares específicos, que van desde el entorno barrial de residencia a la casa misma. Sin embargo, también se destacan estampas de la relación cultura y territorio ancladas en los cotidianos desplazamientos en el transporte público desde la misma periferia oriental de la Ciudad de México y hacia lugares más céntricos, y los respectivos retornos pendulares. La siguiente, y última estampa, resulta de la narrativa de una mujer joven en un desplazamiento cotidiano: “apenas entro al Metro, me cubro todo lo que puedo con la mochila, me hago bolita cerrándome con los brazos sobre la mochila, me hago más chiquitita de lo que soy, para protegerme, pero también me agrando con la mochila, y ellos muy cómodos se extienden como gato”.

En esta estampa de la encrucijada cultura y territorio, situada en los desplazamientos cotidianos en el Metro de la Ciudad de México,

destaca que el ingreso a los transportes públicos va acompañado de objetos más o menos voluminosos (como las mochilas), que son refuncionalizados como escudos protectores que separan el propio cuerpo de los otros. Las prácticas espaciales femeninas en estos escenarios, una vez que ingresan al medio de transporte, se orientan a la búsqueda de un hueco en la interioridad del transporte para el propio cuerpo. Luego, las prácticas continúan con la ejecución *in situ* una serie de movimientos corporales a fin de conseguir la posición más confortable en un contexto esquivo a ello. Tanto la búsqueda de un hueco para el propio cuerpo, como los movimientos de acomodo físico, son restrictivos: la estrategia es disminuir lo más posible el propio cuerpo, por la falta de espacio físico en el medio de transporte, pero sobre todo como estrategia para reducir la proxemia.

Estos comportamientos femeninos se materializan como performatividades constrictivas, y expresan hábitos que están encarnados y rutinizados en estas mujeres porque se repiten cotidianamente. La repetición los internaliza cognitivamente y los encarna. Este conjunto de movimientos corporales en la interioridad del medio de transporte se puede denominar coreografías constrictivas, con las que configuran el propio cuerpo en rincones estratégicos del interior del medio de transporte. Es una recreación simbólica de un microespacio primario semejante a un rincón de la casa en su sentido primigenio de refugio, pero ahora en un entorno hostil y amenazante. Por ello, la estampa es otra síntesis singular de la relación cultura/territorio: la cultura se presenta a través de las tácticas para proteger el propio cuerpo y el sí mismo, pero también emerge en el sentido de la desconfianza hacia la otredad. El territorio es una interioridad, pero en un espacio público, en cuya percepción el rasgo más destacado es la alta densidad de ocupación. Y en esa ocupación, las corporeidades masculinas –siempre próximas– para la estampa en cuestión, comunican acoso, amenaza y peligro.

Algunas reflexiones finales

La vida cotidiana es una entrada fecunda para explorar la relación entre la cultura y el territorio, sobre todo por resultar transversal a la vida social y al territorio. La cotidianidad está presente en todos los ámbitos. Si bien suele ser asociada con lo doméstico, desborda ampliamente dicho ámbito. Se puede estudiar lo cotidiano en el mundo del trabajo, en el del ocio, en la educación, en espacios públicos, en el transporte, entre muchos otros ámbitos. Las posibilidades de comprensión de la cultura y el territorio que ofrece la vida cotidiana son amplias porque su esencia radica en desplegarse en todos los resquicios de la vida social.

La incursión en la relación entre la cultura y el territorio desde lo cotidiano supone un desafío no menor, como es asumir un giro profundo para la geografía: tomar la perspectiva de los sujetos, ya que el centro de lo cotidiano son los sujetos en acción (sean acciones repetitivas o innovadoras), o bien los sujetos en movimiento en el sentido vitalista de la expresión. Para la geografía, girar la mirada hacia los sujetos que habitan el territorio lleva consigo reemplazar la mirada área⁴¹ por la perspectiva experiencial. Sin duda, ello encuentra resistencias, pero la contraparte de la dificultad que implica radica en que la mirada experiencial de la cultura y el territorio siempre encontrará rincones no explorados anteriormente. En cambio, la mirada aérea de la cultura y el territorio, si bien nunca estará agotada porque el mundo cambia, ha sido mucho más estudiada. La perspectiva experiencial en el estudio de la cultura y el territorio permite que el análisis no limite la cultura en sus expresiones materiales, sino captarla en el movimiento vitalista, es decir, del devenir cotidiano y, sobre todo, en las formas de enfrentar dicho devenir.

Por su parte, el abordaje de lo cotidiano que es narrativizado constituye otro desafío no menor para la geografía, que no ha cultivado extensamente el parentesco con la lingüística, aunque ofrece el interés de contribuir a dejar atrás las perspectivas cosificadas de lo cultural, lo social y lo territorial. El tránsito metodológico de la narrativa a la estampa ha sido planteado a partir de la capacidad que tienen las palabras para darle una forma específica a lo difuso de la experiencia espacial, esto es definir, demarcar, delimitar, nombrar las experiencias espaciales. Para decirlo con las palabras de Franco Crespi, por el lenguaje “en el caos de lo sin nombre, de pronto irrumpe el nombre” (1997:25). Un segundo movimiento metodológico se ubica en el reconocimiento de que las palabras –y más aún, las que están organizadas de manera narrativa– tienen la capacidad de comunicar imágenes, en este caso, imágenes de situaciones espacio temporales, o encuadres escénicos. Y dichas imágenes pueden ser consideradas algo así como fotografías de dichas situaciones.

En cuanto a las dimensiones presentadas para explorar la relación entre la cultura y el territorio (prácticas, sentidos, significados, memoria espacial, imaginarios espaciales, habitar, emociones, corporeidades y afectividades), cabe subrayar que solo son algunas posibilidades entre muchas otras, no consideradas en esta ocasión. Ni son las únicas entradas analíticas ni deben ser consideradas como necesarias, aunque

⁴¹ Claval también se ha referido a esta perspectiva como una visión icariana: Paul Claval, *La conquête de l'espace américain*, París, Flammarion, 1989. Paul Claval, *La geografía cultural*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

si como fecundas. Tampoco son excluyentes entre sí, por el contrario, están entrelazadas unas con otras. El valor de estas dimensiones no radica en ellas mismas, sino en las singularidades que permiten visibilizar cuando son aplicadas en diferentes estudios empíricos. También cabe subrayar que estas entradas ofrecen el interés adicional a lo ya comentado, de ser de carácter fuertemente transversales a los fenómenos, y por lo mismo, afines a los abordajes transdisciplinarios.

Por último, cabe recordar que el valor analítico de estas estampas viene asociado al reconocimiento de la inconmensurabilidad y complejidad de los fenómenos territoriales, y específicamente urbanos. Por ello, se apuesta a conocer fragmentos densos (como las estampas), antes que pretender acercarse al fenómeno complejo a través de la sola distribución de unos pocos elementos.

ESTUDIOS DE PAISAJES RURALES Y GEOGRAFÍA CULTURAL EN MÉXICO¹

Virginie Thiébaud
Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

Los paisajes rurales mexicanos fueron objeto de muchos estudios antropológicos, históricos y socioeconómicos a lo largo del siglo XX². El objetivo principal de las investigaciones que llevamos a cabo en distintas regiones de México en las décadas de 2000 y 2010 fue aportar nuevos elementos sobre la evolución de los espacios rurales, usando para ello la geografía cultural y, en particular, el concepto de paisaje, que nos permitió concentrarnos en los territorios, en los elementos que los constituyen y en las transformaciones que han conocido. Para ello, usamos distintos factores explicativos, tomando en cuenta la dimensión histórica, para seguir la evolución de los territorios en el transcurso de los siglos, con el fin de entender su situación actual. La geografía cultural implica también tomar en cuenta a los

¹ Traducción: Ana Inés Fernández Ayala.

² Podemos citar por ejemplo a: Gerónimo Barrera de la Torre, “El paisaje de Real de Catorce: un despojo histórico”, *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, n° 81, 2013, p. 110-125. Brigitte Boehm Shoendube, “El lago de Chapala: su ribera norte. Un ensayo de lectura del paisaje cultural”, *Relaciones*, n° 85, 2001, p. 57-85. Federico Fernández Christlieb, “Geografía Cultural”, en Daniel Hiernaux y Alicia Lindón (dir.), *Tratado de Geografía Humana*, México, 2006, p. 220-253. Enrique Hugo García Valencia, “Territorios en disputa y paisajes rituales: refracciones de globalización y nación en lo local, un caso tepehua”, en Ellison Nicolas y Mónica Martínez Mauri (dir.), *Paisaje, espacio y territorio: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias en América Latina*, Quito, Abya Yala, París, Erea-CNRS (Centre d’Enseignement et de Recherche en Ethnologie Amerindienne), 2009, p. 198-218. José de Jesús Hernández López, *Paisaje y creación de valor. Las transformaciones de los paisajes culturales del agave y del tequila*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013. Manuel Mollá, “Paisajes identitarios: México”, en Eduardo Martínez de Pisón, y Nicolás Ortega Cantero (dir.), *El paisaje: valores e identidades*, Madrid, Fundación Duques de Soria/Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2010, p. 105-115. Jorge Uzeta, “Paisajes desde el Cerro. La construcción de un entorno otomí en Guanajuato”, *Relaciones*, n° 87, 2001, p. 81-106.

habitantes y su manera de vivir y de percibir los paisajes que los rodean, para así tratar de explicar las decisiones tomadas con respecto a la gestión del entorno y a las actividades agrícolas que se practican. Por lo tanto, este enfoque nos permitió concebir los paisajes rurales mexicanos y sus dinámicas de forma integral, estudiándoles en su totalidad y tomando en cuenta su complejidad.

En primer lugar, nos pareció importante definir los paisajes y explicar cómo los considera la geografía cultural para resaltar las particularidades de nuestro estudio. En la segunda parte, la más desarrollada, presentamos dos casos específicos de estudios rurales que se llevaron a cabo durante varios años y en diferentes regiones de México, con el fin de ilustrar nuestro propósito. Finalmente, la conclusión pretende poner en evidencia las aportaciones y las especificidades de los estudios de paisajes culturales en un ambiente académico donde, hasta ahora, se habían tomado poco en cuenta.

La geografía cultural y los paisajes

A partir del giro que dio la geografía en los años 80, tanto en la esfera anglosajona como en Francia, España y América Latina, se tomaron más en cuenta los aspectos culturales para entender la construcción de los espacios³. Los paisajes, pequeñas porciones de la superficie terrestre, considerados como la cara o el aspecto del territorio⁴, ocuparon el centro de dichos estudios. Ya no se trataba solamente de considerar los elementos materiales, tanto naturales como culturales, que constituían los paisajes, ni la forma en que se mezclaban e interferían entre ellos, sino también de integrar la percepción que los habitantes tienen de ellos mismos y de los espacios que ocupan, considerando que el paisaje es también una construcción, una elaboración mental de los grupos sociales ligada a su cultura⁵. Este método permite entender la producción de los paisajes, es decir, saber cómo las poblaciones modifican físicamente los elementos materiales y, al mismo tiempo, crean un mundo de símbolos al cual atribuyen un sentido y un valor (cosmovisión); esos dos aspectos están intrínsecamente ligados⁶. Entonces,

³ Federico Fernández Christlieb, "Geografía Cultural", art. cit.

⁴ Joan Nogué, "Intervención en imaginarios paisajísticos y creación de identidades territoriales", en Alicia Lindón y Daniel Hiernaux (dir.), *Geografías de lo imaginario*, México, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2012, p. 129-139. Javier Maderuelo, *El paisaje génesis de un concepto*, Madrid, Abada Editores, 2005, p. 25.

⁵ Javier Maderuelo, *El paisaje génesis de un concepto*, Madrid, Abada editores, 2005, p. 17.

⁶ Federico Fernández Christlieb, "Geografía Cultural", art. cit.

como explicó el geógrafo español Nicolás Ortega Cantero, los paisajes son, al mismo tiempo, “una realidad formal y una imagen cultural”, y para estudiarlos no se requiere solamente “la consideración de las formas, de las expresiones fisonómicas visibles de la superficie terrestre, sino también la consideración de los modos de valorar culturalmente esas formas y el orden que resulta de sus relaciones”⁷.

Por otra parte, la estrecha relación establecida entre cultura e identidad permite afirmar que los paisajes están sumamente ligados a la identidad de sus habitantes⁸. Esta relación entre identidad, sociedad y espacio, ha sido señalada hace mucho por el precursor de la geografía cultural en Francia, Paul Claval⁹. Según Joan Nogué, los paisajes “evocan un marcado sentido de pertenencia a una colectividad determinada, a la que le otorgan un signo de identidad”; crean una identidad territorial porque “nuestra cultura les ha conferido una especial significación”¹⁰. Guy Di Meo expresa lo mismo al afirmar que “la identidad se nutre constantemente de la relación tanto individual como social con el espacio vivido” y que “los paisajes, ascendidos al rango de símbolos territoriales, contribuyen a enriquecer las representaciones identitarias de grupos sociales singulares”¹¹.

Para entender un paisaje cultural también es importante considerar la dimensión temporal, ya que “es algo vivo, dinámico y en continua transformación, capaz de integrar y de asimilar con el tiempo modificaciones territoriales importantes”¹². Los paisajes son resultado de procesos de larga duración, se transmiten de generación en generación, y se componen de elementos de diferentes épocas que pueden superponerse, reutilizarse y reinterpretarse, mientras que otros fueron abandonados. Por lo tanto, es esencial tomar en cuenta las temporalidades, con sus fases de ruptura y continuidad, sus cambios graduales debidos a la resistencia de los habitantes, o sus mutaciones drásticas causadas por circunstancias particulares (guerras, epidemias, etc.), para entender los

⁷ Nicolás Ortega Cantero, “Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje”, en Nicolás Ortega Cantero (dir.), *Naturaleza y cultura del paisaje*, Madrid, Colección de Estudios, Fundación Duques de Soria, UAM Ediciones, 2004, p. 9-35.

⁸ Guy Di Méo, “L’identité : une médiation essentielle du rapport espace/société”, *Géocarrefour*, 2002, vol. 77, n° 2.

⁹ Paul Claval, *La géographie culturelle*, París, Nathan Université, 1995, p. 145-150.

¹⁰ Joan Nogué, “La producción social y cultural del paisaje”, en Mata, Rafael y Álex Tarroja (dir.), *El paisaje y la gestión del territorio: criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*, Barcelona, Diputació Barcelona/Xarxa de municipis, 2006, p. 135-143.

¹¹ Guy Di Méo, “L’identité...”, art. cit. Guy Di Méo, Claire Sauvaitre y Fabrice Soufflet, “Les paysages de l’identité (le cas du Piémont béarnais, à l’est de Pau)”, *Géocarrefour*, vol. 79, n° 2, 2004.

¹² Joan Nogué, “Intervención en imaginarios paisajísticos...”, art. cit.

paisajes en toda su diversidad¹³.

En el transcurso de una década de trabajo, nuestros estudios se enfocaron en dos tipos de paisajes rurales de características distintas: 1) los paisajes ubicados junto al río Papaloapan, al sureste de México; y 2) los paisajes dominados por el cultivo de la caña de azúcar, algunos en la misma región que los anteriores y otros al oeste del país (estado de Michoacán) (véase Mapa 1). El hecho de que uno de estos tipos de paisajes esté ligado a un elemento natural y el otro a uno socio-cultural, resultado de las vicisitudes del trabajo de investigación y de su evolución en el transcurso de los años, podría parecer un obstáculo, puesto que los objetos de estudio difieren. Al contrario, la distinción nos pareció ideal para ilustrar la diversidad de paisajes rurales e incluso para enriquecer la comparación y fomentar la reflexión sobre los estudios de geografía cultural en el México rural. ¿Qué consecuencias podría tener esta diferencia fundamental sobre la forma de percibir y vivir los paisajes?

Para llevar a buen puerto nuestros estudios, usamos varios instrumentos de trabajo: consulta de archivos de diferentes épocas y documentos actuales, visitas de campo con observación de paisajes, y entrevistas semiestructuradas con múltiples interlocutores¹⁴; pero también, cuando fue posible, consulta de documentos literarios y artísticos, lo que permitió combinar datos cualitativos y cuantitativos¹⁵. Entender la relación que existe entre paisaje, cultura e identidad, analizar los procesos de territorialización de los paisajes rurales y relacionar la transformación física de los paisajes con la percepción que los habitantes tienen de los mismos, son sin duda alguna los elementos que constituyeron la parte más delicada del trabajo. En efecto, es más fácil evaluar las modificaciones funcionales de los paisajes que la transformación (o no) del sentimiento de pertenencia que las acompaña. Sin embargo, las conversaciones, las salidas de campo en compañía de los habitantes y el análisis de dibujos de niños representando su pueblo nos ayudaron a desarrollar esta perspectiva. Por lo tanto, este enfoque complejo ofrece la ventaja de tratar aspectos innovadores y complementarios, hasta ahora

¹³ Johannes Renes, "Paisajes europeos: continuidad y transformaciones", en Javier Maderuelo (dir.), *Paisaje e historia*, Madrid, Abada Editores, 2009, p. 53-88.

¹⁴ En el caso de los paisajes cañeros, los interlocutores fueron principalmente personas vinculadas al sector azucarero (productores, obreros, ingenieros). En el caso de los paisajes fluviales, el perfil de las personas interrogadas fue más diverso (habitantes de las localidades de todas las edades, géneros y ocupaciones).

¹⁵ La metodología que se usó durante los años de investigación se expuso con precisión en un artículo. Véase en la bibliografía Virginie Thiébaud, "Una metodología cualitativa para la lectura y el análisis de los paisajes en México", en Martín Checa Artasu M. y Martín Pere Sunyer (dir.), *El paisaje: reflexiones y métodos de análisis*, México, UAM Unidad Iztapalapa/Ediciones del Lirio, 2017, p. 213-238.

poco presentes en los estudios geográficos rurales en México.

Los paisajes fluviales del río Papaloapan: la persistencia de una valoración¹⁶

La cuenca baja del río Papaloapan, ubicada en la parte occidental del istmo de Tehuantepec, cerca del golfo de México, constituye nuestro primer caso de estudio¹⁷. Intentamos reconstruir, gracias a diferentes fuentes, los paisajes y su evolución, en función de las actividades que se desarrollan en las orillas del río.

Los historiadores que se especializan en la región, en particular Antonio García de León¹⁸, demostraron que, en la época colonial, y durante los siglos anteriores, el río se usaba como vía de comunicación entre el golfo de México y las tierras interiores. Formaba parte de una vasta red de caminos de agua, completada por caminos de tierra, que unían a las montañas de Oaxaca con el golfo de México, por una parte, y con el Altiplano Central y la Ciudad de México, por otra parte. Embarcaciones de diferentes tamaños, que transportaban hombres y mercancías circulaban por el río, en trayectos más o menos largos, ya sea para alcanzar y luego bordear la costa hacia el puerto de Veracruz u otros destinos del Caribe o de ultramar, o para tomar ríos secundarios o caminos hacia el interior de la Nueva España. Embarcaciones más modestas conectaban a las pequeñas localidades ribereñas entre sí.

Sabemos por diferentes fuentes que en la época prehispánica las riberas estaban densamente pobladas, debido a la presencia de numerosos recursos naturales. Cuando, tras la colonización, la política de la corona española obligó a las poblaciones, en gran parte diezmadas por las epidemias, a agruparse (política de congregación), los habitantes de los poblados solicitaron a las autoridades permanecer en las márgenes del río, lo que demuestra el lugar estratégico que ocupaban. Así subsistieron ciertos pueblos de origen nahua, mixteco y popoluca, en

¹⁶ Esta primera parte del artículo retoma, en gran medida, los resultados de un trabajo de investigación publicado en 2013 en la revista *LiminaR* con el título "Paisaje e identidad. El río Papaloapan, elemento funcional y simbólico de los paisajes del Sotavento".

¹⁷ El río nace en las montañas de Oaxaca y desemboca en el golfo de México. La cuenca hidrológica se puede dividir claramente en dos: la parte alta, montañosa, que corresponde al estado de Oaxaca, y la parte baja, plana, en la cual el río se amplía y forma meandros, que corresponde al estado de Veracruz. Nuestro trabajo toma en cuenta solo esta última parte (véase Mapa 1).

¹⁸ Antonio García de León, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, Gobierno del Estado de Veracruz, Universidad Veracruzana, 2011, p. 843-853.

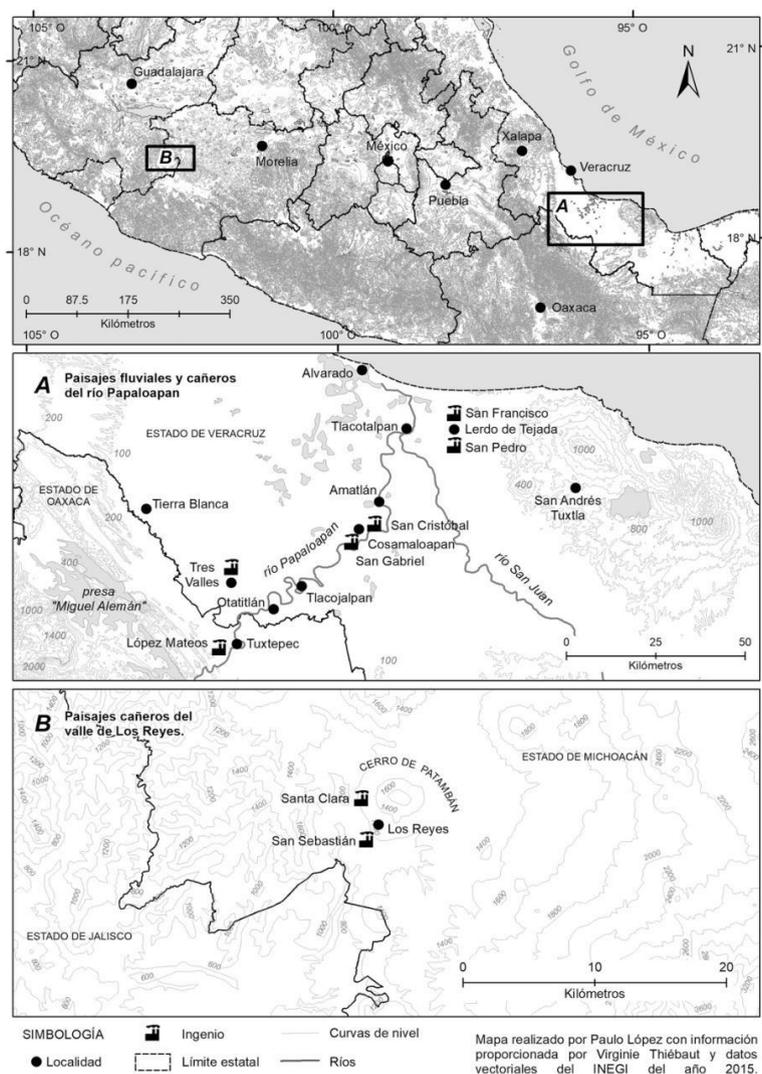
los cuales las poblaciones de origen indígena se mezclaron luego con las de origen español y africano: Tlacotalpan, Amatlán, Cosamaloapan, Chacaltianguis, Tlacojalpan y Tuxtepec¹⁹. Con la recuperación demográfica del siglo XVIII, las márgenes del río y las de sus afluentes se repoblaron densamente y empezaron a contrastar con las inmensas propiedades destinadas a la ganadería extensiva de las tierras interiores. Las poblaciones de las riberas pescaban una gran diversidad de peces y de moluscos, cultivaban las tierras fertilizadas tras las crecidas y practicaban la caza y la recolección en terrenos cercanos. A veces entraban en conflicto con los ganaderos, que querían usar esas tierras fértiles como pastura para sus rebaños de bovinos²⁰.

Por lo tanto, durante la época colonial y en el resto del siglo XIX, el río era el centro de intensas actividades productivas, de transporte y comerciales; las poblaciones residían en sus riberas y lo usaban para desplazarse y alimentarse. Podemos representarnos sin dificultad esos paisajes del pasado: poblados, dinámicos, en su mayoría explotados, con actividades agrícolas y ganaderas.

¹⁹ Antonio García de León, *Tierra adentro...*, *op. cit.*, p. 138-155.

²⁰ José Velasco Toro, *Tierra y conflicto social en los pueblos del Papaloapan veracruzano (1521-1917)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, p. 127, 2003.

Estudios de paisajes rurales y geografía cultural en México



Mapa 1. Ubicación de las zonas de estudio.

En lo que respecta a los elementos culturales, documentos de la época colonial evocan la aparición de imágenes religiosas ligadas al río, relacionadas con divinidades prehispánicas, en diferentes localidades: la virgen de la Candelaria en Tlacotalpan, la virgen de la Soledad en Cosamaloapan, el Cristo negro de Otatitlán²¹. La importancia de esas

²¹ Antonio García de León, *Tierra adentro...*, *op. cit.*

creencias, heredadas de la época prehispánica y que dieron origen a peregrinaciones y festividades que persisten hasta nuestros días, revela que el río tenía una función simbólica y cultural, además de su importancia física y funcional. El apego de los habitantes a las localidades ribereñas, mencionado en los casos de intentos de agrupamiento de localidades tras la conquista, también puede explicarse en gran parte por este hecho.

Durante el gobierno de Porfirio Díaz (1876-1910), se desarrollaron actividades comerciales y de transporte relacionadas con la aparición de nuevos cultivos comerciales, como la caña de azúcar, que reemplazó progresivamente a los campos de algodón dominantes en el siglo XVIII. Otras actividades, como la caza y la recolección, desaparecieron de las tierras contiguas al río, y estas fueron cultivadas y ocupadas totalmente por potreros, lo que generó paisajes cada vez más antropizados. En 1903, en un contexto generalizado de modernización del país, se terminó la construcción de la vía de ferrocarril secundaria que atraviesa el istmo de Tehuantepec de este a oeste para juntarse con la vía principal norte-sur que unía los dos extremos del istmo (Coatzacoalcos/Salina Cruz). Sin embargo, ese nuevo eje afectó poco la función del río como vía de comunicación: al contrario, la circulación fluvial se fortaleció entre las localidades de las orillas del río y el pueblo llamado Papaloapan, punto de confluencia entre la vía férrea y el río, donde estaba la estación, y que se transformó en una pequeña ciudad dinámica. Los dos medios de comunicación resultaron complementarios: si el ferrocarril permitía acceder a destinos lejanos (Puebla, México, Salina Cruz) y transportar grandes cantidades de mercancía, en especial obtenidas de plantaciones agrícolas, los pueblos de la cuenca baja del Papaloapan siempre estaban conectados entre ellos por el río y por una red complementaria de caminos. La caña de azúcar, por ejemplo, se transportaba por agua de los campos a los ingenios, en grandes embarcaciones de fondo plano (chalanés), y mediante una flotilla complementaria de camiones que se desplazaba por los caminos terrestres, mientras que el azúcar viajaba en tren para abastecer a las ciudades del Altiplano Central.

Fue durante la segunda parte del siglo XX cuando el río perdió su papel central. El detonante fue la creación de la Comisión del Papaloapan (1947)²², tras una inundación particularmente devastadora que

²² La Comisión del Papaloapan tenía como objetivos principales: mejorar las condiciones sanitarias, el desarrollo agrícola de la cuenca baja, la generación de energía eléctrica, el control de las avenidas, la creación de nuevos centros de población y el mejoramiento de los existentes, el acondicionamiento del río como vía navegable, la construcción de nuevas vías de comunicación (Secretaría de Recursos Hidráulicos, Comisión del Papaloapan, *El Papaloapan obra del Presidente Alemán*, México,

afectó gravemente la mayoría de las localidades ribereñas en 1944. La Comisión empezó a realizar grandes obras con el objetivo de controlar las crecidas y de mejorar la calidad de vida de los habitantes de la cuenca hidrológica. Construir muros de protección a lo largo del río, desecar meandros para rectificar el curso del río, aumentar el flujo y evitar el azolvamiento fueron trabajos que se completaron con la construcción río arriba de dos grandes presas: Temazcal, terminada en 1955, y Cerro de Oro, inaugurada en 1988. En paralelo a los trabajos para “domar” al río y favorecer la navegación, otro objetivo de la Comisión fue desarrollar la red de carreteras. A partir de 1949, la construcción de una vía que unió la ciudad de Tuxtepec –ubicada en la parte central del istmo– y el golfo de México, con un eje norte-sur paralelo al río, y otra vía terrestre este-oeste que permitió conectar al istmo de Tehuantepec con el Altiplano Central, modificaron las dinámicas de circulación. El transporte terrestre eclipsó progresivamente la circulación fluvial y esta se reservó únicamente a los trayectos locales entre las localidades del río y sus afluentes de la margen derecha (ríos San Juan, Tesechoacán, Obispo).

Al mismo tiempo, y en las décadas siguientes, la apertura de nuevas industrias en las localidades ubicadas río arriba²³ y la impresionante expansión demográfica de Tuxtepec (4912 habitantes en 1940 y 101 810 en 2010; es decir, que la población se multiplicó por 20 en 70 años)²⁴ también modificaron los paisajes fluviales. En Tuxtepec, en los años que siguieron a la inundación, el centro de la ciudad se reconstruyó “dando la espalda” al Papaloapan: las fachadas de las casas de la calle principal, que bordea el río, están orientadas hacia adentro, de forma que el peatón y el automovilista que transitan por esa vía ignoran la presencia del agua, tapada por los edificios. Por otra parte, si bien existen algunas zonas recreativas cercanas al meandro que rodea el centro histórico de la ciudad, están descuidadas y son poco valoradas. En las tierras más alejadas del centro, la expansión urbana con la multiplicación de colonias residenciales provocó la desaparición progresiva de las plantaciones bananeras y del árbol del caucho, de los cañaverales y de los potreros; así, la pequeña localidad fluvial se transformó en un gran centro urbano e industrial, y los paisajes anteriores se modificaron por completo. La mayoría de los habitantes ahora viven a varios cientos de

1949).

²³ Una papelería industrial (1954), un ingenio (1969) y una fábrica de cerveza (1984), en Tuxtepec, y una fábrica de alcohol que funciona de manera intermitente desde 2008.

²⁴ INEGI, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Archivo Histórico de Localidades, Geoestadísticas. http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/consulta_localidades.aspx

metros o a algunos kilómetros del Papaloapan y ya no tienen contacto directo con él. El río es entonces un elemento que se borró progresivamente de los paisajes de Tuxtepec y ya no forma parte de la identidad de los habitantes. Las ciudades ubicadas río arriba, que no conocieron una expansión demográfica tal, conservan en general una relación más íntima con el río, excepto Cosamaloapan y Tuxtilla que, debido al desecamiento de los meandros, dejaron de ser localidades fluviales propiamente dichas.

Otra consecuencia del desarrollo de las industrias y de la expansión urbana es la contaminación irreversible del río, debido al vertido de desechos tóxicos en sus aguas. Si bien los ingenios azucareros de San Gabriel y de San Cristóbal, ubicados en Cosamaloapan y en la ciudad vecina de Carlos A. Carrillo, tiran gran parte de sus desechos en la laguna de Acula, las industrias situadas río arriba, cerca de Tuxtepec, son las que contaminan el río. Por otra parte, como las ciudades de las riberas no disponen de estaciones de depuración, vierten directamente sus aguas residuales al curso de agua. En consecuencia, el Papaloapan ha tenido varios episodios de muertes masivas de peces, y ciertas especies que antes abundaban hoy han desaparecido por completo; la pesca ha disminuido mucho y el río ha perdido, en gran parte, su papel de proveedor de alimento.

A pesar de todos esos cambios, excepto en Tuxtepec, el Papaloapan sigue siendo valorado por las poblaciones ribereñas. Aunque los habitantes se refieran constantemente a la contaminación de las aguas, al azolvamiento y a la alteración de las riberas, también hablan del río como un lugar de vida que proporciona recursos indispensables (agua, alimento), aunque, en la práctica, eso corresponda cada vez menos a la realidad. Las vías acuáticas también se mencionan como ejes de comunicación de forma más justificada, ya que ciertas localidades situadas en las márgenes de los afluentes del Papaloapan siguen siendo comunicadas principalmente mediante lanchas de motor. El río es también muy valorado por las actividades recreativas a las que sirve de escenario. A pesar de la contaminación del agua, durante la temporada de calor, y en particular durante la Semana Santa, las familias se reúnen en las orillas con los visitantes que reciben para esa ocasión, se meten al río y organizan parrilladas. Varias procesiones religiosas también se llevan a cabo en las aguas del río, como se hacía antes: en septiembre, el Cristo negro de Otatitlán se transporta por vía terrestre hasta el pueblo vecino de Papaloapan y luego regresa a su localidad de origen por vía acuática, seguido por numerosos peregrinos. Cada año, el 2 de febrero en la madrugada, la virgen de la Candelaria se transporta desde la iglesia de Tlacotalpan hasta el río, y hace un recorrido de varias horas en lancha, ro-

deada de muchas embarcaciones y aclamada con cantos, poemas y oraciones.

Las localidades de las orillas del Papaloapan también dieron lugar a una abundante producción artística y literaria, que se estudió en paralelo para entender la importancia del río en la vida de los habitantes. Sobre esa región de gran importancia cultural, muchas novelas y cuentos, así como pinturas y estribillos del son jarocho²⁵, evocan el río como un escenario de vida benéfico y generoso en recursos de todo tipo. También aparece como fuente de inspiración en la composición lírica tan popular en la región de la “décima espinela”²⁶ poema compuesto de diez versos octosílabos con rimas complejas que trata una gran variedad de temas. El Papaloapan se evoca en sus distintos aspectos: como marco de la vida cotidiana, como lugar de varias actividades y como vía de comunicación; también se mencionan las inundaciones y los aspectos estéticos, su belleza, la tranquilidad que infunde, entre otros elementos²⁷. En paralelo al estudio de la producción cultural, el análisis de 78 dibujos hechos por niños de alrededor de diez años que representan su pueblo demuestra que el río está presente en la mitad de los casos; por lo tanto, todavía tiene una importancia innegable en la vida cotidiana, incluso para los más jóvenes, sobre todo gracias a sus actividades recreativas²⁸.

El hecho de que el río sea todavía tan valorado demuestra que, aunque haya perdido muchas de sus funciones en el transcurso del tiempo, sigue siendo un referente visual y un elemento central de identidad. Como marcador del paisaje, el río enriquece hasta hoy, sin duda alguna, las representaciones identitarias de los habitantes de sus orillas.

²⁵ Género musical tradicional de origen rural y de influencia indígena, española y africana. Apareció a mediados del siglo XVIII (Antonio García de León, *Fandango. El ritual del mundo jarocho a través de los siglos*, México, CONACULTA, Programa de Desarrollo Cultural del Sotavento, 2009, p. 24) y se extendió por el sur del estado de Veracruz.

²⁶ Inventada a fines del siglo XVI en España por el poeta y músico Vicente Espinel; después se difundió en América (Celia Del Palacio, “Las décimas de Sotavento, el fandango y el son”, en Silva López, Gilberto, Guadalupe Vargas Montero y José Velasco Toro (dir.), *De padre río y madre mar. Reflejos de la cuenca baja del Papaloapan*, Veracruz, t. II, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, 1998, p. 211-256).

²⁷ Solo algunos poetas denuncian en obras recientes la contaminación del río y sus condiciones actuales; se evoca más bien su pasado.

²⁸ Para mayores precisiones, consultar Virginie Thiébaud, “Paisaje e identidad. El río Papaloapan... art. cit.

Los paisajes de la caña de azúcar: un apego más económico que cultural

Nuestro segundo caso de estudio analiza los paisajes rurales de dos regiones mexicanas dominadas por un mismo cultivo, pero que presentan características diferentes en cuanto a sus inicios y expansión. La caña de azúcar fue uno de los primeros cultivos que los españoles implantaron en la Nueva España; cerca del golfo de México y luego en la región de Cuernavaca, durante los primeros años de la colonización. El cultivo se extendió durante el siglo XVI hacia los valles tropicales y subtropicales ubicados tanto en las cuencas del Pacífico como del lado del golfo de México²⁹. Aunque la caña nunca haya alcanzado la misma importancia que en las “islas azucareras” de las Antillas, su implantación temprana y su presencia como monocultivo, que se fortaleció con el tiempo en varias regiones, nos llevaron a cuestionarnos sobre la importancia de los paisajes dominados por ella.

En un primer momento, nos concentramos en el valle de Los Reyes, ubicado en el estado de Michoacán, al oeste de México, donde se empezó a cultivar la caña de azúcar en la segunda mitad del siglo XVI³⁰. Las buenas condiciones climáticas y pedológicas permitieron la expansión de la cultura y la multiplicación de molinos pequeños (trapiches)³¹ asociados a las haciendas y a otras propiedades más modestas, durante la época colonial. En esas propiedades, donde dominaba la ganadería bovina extensiva, también se practicaban otros cultivos comerciales y de subsistencia, como el arroz, el frijol negro y el maíz³². A fines del siglo XIX, dos trapiches, Santa Clara y San Sebastián, ubicados en cada uno de los extremos del valle en las localidades epónimas, atravesaron varias fases de modernización y crecieron, gracias a nuevas

²⁹ Horacio Crespo (dir.), *Historia del azúcar en México*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1988, p. 48.

³⁰ La información proviene de un trabajo de investigación que se realizó durante varios años, los resultados se publicaron en diversos artículos: consultar Virginie Thiébaud, “Liberalización económica y caña de azúcar: tres estudios de caso en México”, *Ulúa* 23, *Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, año 12, 2014, p. 95-124 y “Paisajes rurales y cultivo de exportación. Valle de Los Reyes, Michoacán”, *Trayectorias, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, año 13, n° 32, 2011, p. 52-70.

³¹ El trapiche es un molino artesanal en donde se tritura la caña para obtener el jugo, a partir del cual se fabrica un jarabe oscuro, que después se solidifica. El producto final se llama panela o piloncillo (azúcar morena en trozo no refinada). Actualmente se sigue fabricando en ciertas regiones de México.

³² Emilia Velázquez Hernández, “Los Reyes: historia económica de una región cañera”, en Carlos Herrejón Peredo (dir.), *Estudios Michoacanos II*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, p. 171.

fuentes de energía (vapor, electricidad) que las transformaron en fábricas industriales (ingenios), capaces de manejar cantidades de caña mucho más importantes que antes. Sin embargo, la aplicación de la reforma agraria en las décadas de 1930 y 1940, con la repartición de gran parte de las tierras del valle entre diferentes ejidos, modificó las actividades productivas. La caña de azúcar se abandonó en favor de cultivos de subsistencia, por razones económicas, ya que estos últimos necesitaban poca inversión, pero también porque la caña se asociaba con las haciendas del valle; los ejidatarios, muchos de ellos antiguos peones, no querían perpetuar el cultivo de la caña, asociado con las prácticas de explotación de las haciendas.

A inicios de los años cincuenta —cuando la caña de azúcar, que hasta entonces no había ocupado más que superficies reducidas y fragmentadas, empezó a extenderse— dos ingenios, en manos de propietarios particulares, empezaron a aplicar una política de créditos para los productores. A inicios de la década siguiente, un decreto gubernamental permitió que todos los productores de caña del país se beneficiaran de la seguridad social (servicios de salud gratuitos, posibilidad de obtener una pensión de retiro), lo que hasta nuestros días constituye una especificidad en el mundo rural mexicano y favoreció la expansión del cultivo. La nacionalización de los ingenios en los años setenta y las ayudas consecutivas que otorgó el Estado a los productores, más sistemáticas que antes (créditos para adquirir insumos, contratar trabajadores y alquilar maquinaria agrícola), fortalecieron aún más la actividad y marcaron el apogeo del cultivo. Entre 1970 y 1990 las 7000 u 8000 hectáreas de cañaverales en el valle³³ representaban la mayor parte de la superficie cultivada.

En la década de 1990, como consecuencia de la liberalización de la economía y de la entrada en vigor del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte), la situación empezó a cambiar. Por una parte, tras un gran movimiento de privatización a escala nacional entre 1988 y 1991, los dos ingenios del valle fueron adquiridos por la misma empresa privada, el grupo Porres, lo que provocó la disminución de la atribución de créditos y condiciones de trabajo menos favorables para los productores. Por otro lado, después de algunos intentos, se empezó a desarrollar el cultivo de la zarzamora, un cultivo rentable que aprovechó la relativa proximidad con Estados Unidos y un nuevo nicho de mercado (de octubre a enero), gracias a nuevas técnicas que permitieron aumentar el periodo de producción y la adopción de una variedad

³³ Blanca Cordero Díaz, “El Valle de Los Reyes: vida y trabajo en torno a la caña de azúcar”, en Esteban Barragán (dir.), *Frutos del campo michoacano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999, p. 291-309, p. 299-300.

resistente para la exportación³⁴. Los precios de venta, particularmente interesantes, sedujeron a varias empresas de capital mexicano, chileno y estadounidense, que se instalaron en el valle. Muy pronto, una gran cantidad de productores se dejó convencer por el nuevo cultivo, que resultó ser mucho más rentable que la caña de azúcar, incluso en superficies pequeñas. Las empresas propusieron créditos a los productores para que se iniciaran en el cultivo, y luego, préstamos anuales, en un momento en el que los préstamos de los ingenios se volvían más selectivos y reducidos. En 2001, cuando el cultivo de la zarzamora estaba en pleno apogeo y le ganaba terreno a la caña, Porres decidió cerrar el ingenio San Sebastián, ubicado al sur del valle. La decisión se justificó por la disminución de la superficie de caña y, por tanto, por la cantidad de materia prima manejada, de la que Santa Clara podía encargarse por completo. El cierre permitió también limitar los gastos que ocasionaba la existencia de dos fábricas en el mismo valle, y en particular, los costos de mano de obra, en gran perjuicio de los obreros de San Sebastián, más combativos y organizados. En los años siguientes, las empresas exportadoras de zarzamora se multiplicaron, la producción de frutillas se diversificó con la aparición de frambuesas y de arándanos, y la producción se exportó a otros países, como Japón, Holanda, Italia y Alemania³⁵.

En unos cuantos años los paisajes se transformaron radicalmente. Las parcelas de arbustos reemplazaron los cañaverales, sobre todo en la parte meridional del valle, la más alejada del ingenio en actividad³⁶. El desarrollo del nuevo cultivo implicó la presencia de pequeñas construcciones en las parcelas: cobertizos usados para empacar las frutas, áreas para la cocina y las instalaciones sanitarias exigidas por el reglamento para productos de exportación. Las parcelas con mayores inversiones se cubrieron con invernaderos para proteger los cultivos de la intemperie, y se construyeron cabañas para resguardar las bombas que permitían extraer agua a varios cientos de metros de profundidad y brindaban un sistema de irrigación por goteo. Mientras que los cañaverales requieren poco trabajo y se frecuentan solo unos días al año (para la zafra y la aplicación de productos fitosanitarios), los arbustos necesitan diferentes tratamientos y trabajos, que se aplican y se realizan durante todo el año. Se producen entonces movimientos incesantes en las

³⁴ Virginie Thiébaud, "Paisajes rurales y cultivo de exportación...", art. cit.

³⁵ Para mayores precisiones, en particular cuantitativas, consúltese Virginie Thiébaud, "Paisajes rurales y cultivo de exportación...", art. cit.

³⁶ El transporte de la caña, costo a cargo del productor, vuelve el cultivo de la gramínea todavía menos rentable cuando los campos se ubican al otro extremo del valle, es decir, a más de 15 kilómetros de distancia del ingenio Santa Clara.

parcelas, por donde pasan ingenieros de empresas, equipos de trabajadores que vienen de la cadena montañosa vecina, la sierra purépecha, y productores con sus familias.

Sin embargo, la caña de azúcar no ha desaparecido en el valle. Las entrevistas que se hicieron a los productores que explotaban superficies más o menos importantes permiten entender que la estrategia adoptada consiste en preservar una parte de sus tierras sembradas de caña. Aunque se trate de una superficie reducida (una hectárea o menos), permite a los productores conservar las ventajas sociales ligadas a ese cultivo que otorga el Estado desde los años sesenta. Mientras que la competencia por la producción de frutillas se extiende en el estado de Michoacán y los estados vecinos, sembrando dudas sobre la estabilidad del cultivo y su rentabilidad a mediano plazo, la caña representa un valor seguro gracias a la buena salud económica del grupo Porres.

Cuando se han planteado preguntas precisas sobre el apego de los productores a la actividad azucarera y a lo que representa para ellos ese cultivo que marca los paisajes del valle desde hace más de cuatro siglos, las respuestas han sido en general muy pragmáticas. Cambian de producción y mezclan los dos cultivos según les convenga más en términos económicos. La disminución del cultivo secular no parece plantearles problemas, quizá porque —como nos ha demostrado su historia— siempre ha estado mezclado con otras actividades, excepto durante unas décadas del siglo XX, y porque está, además, ligado a la historia de explotación de las haciendas. Sin embargo, la actividad tanto agrícola como industrial ha marcado a los habitantes: el ritmo de trabajo que subsiste en el ingenio sigue influyendo los ritmos de vida; algunos productores se refieren a su apego a la caña de azúcar y a lo que les ha brindado, en particular porque se trata de un cultivo resistente, estable y seguro, que exige poco trabajo y que está ligado a una actividad industrial que crea empleos. Las referencias al “Valle Esmeralda”, nombre tradicional que se le da al valle por el color de la caña, persisten. Si bien la caña de azúcar no se puede considerar un símbolo territorial, ni una marca de identidad de los habitantes, como lo fue el río en el caso anterior, sí tiene un papel importante en los paisajes.

La segunda zona de estudio de los paisajes de la caña de azúcar se ubica cerca del Golfo de México y a lo largo del río Papaloapan, y corresponde al área que se definió más arriba para estudiar los paisajes fluviales. Aunque el primer trapiche de la Nueva España se construyó en esta región bajo órdenes de Hernán Cortés, fue la ganadería bovina extensiva la que predominó en las tierras cercanas al río durante la época colonial. La actividad azucarera se limitaba, entonces, a la presencia de trapiches rodeados de pequeños cañaverales. Se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, gracias al vapor usado como fuente de

energía, que permitió la modernización de ciertos molinos y la aparición de nuevos ingenios, en las localidades de Tlacotalpan y Cosamaloapan, en las orillas del río (véase Mapa 1). Un poco más tarde, durante el cambio de siglo, la energía eléctrica permitió aumentar aún más la capacidad de ciertas fábricas. San Francisco en Lerdo de Tejada, y más al sur, San Gabriel en Cosamaloapan, además de San Cristóbal, una nueva fábrica que apareció en 1898 a algunos kilómetros de la anterior, se afirmaron entonces como los nuevos grandes dominios azucareros y provocaron la expansión del cultivo de caña, en paralelo con la actividad ganadera. La organización de las industrias con grandes áreas de trabajo separadas, la aparición de nuevas máquinas que provenían de Estados Unidos, la contratación de trabajadores especializados, la división de los campos en secciones para organizar la zafra y aumentar los rendimientos, representaron grandes cambios en la actividad³⁷. Con la repartición de los ejidos, que se aceleró en la década de 1930, y luego con un decreto que, en 1943, obligó a los agricultores a cultivar la materia prima cerca de los ingenios, en un perímetro determinado en función de la capacidad de producción, la caña de azúcar se convirtió en el principal cultivo de la región. Contrario a lo que sucede en el valle de Los Reyes, que constituye un pequeño enclave, la parte baja de la cuenca del Papaloapan forma, con las regiones limítrofes (Córdoba y la zona frontera de los estados de Veracruz y Oaxaca), una inmensa región de producción azucarera, en la cual los ingenios compiten por la compra de materia prima.

La parte de la cuenca del Papaloapan ubicada más al sur, en contacto con las montañas de Oaxaca, adoptó el cultivo de caña más tarde, cuando empezaron a trabajar los ingenios de López Mateos, en Tuxtepec, y de Tres Valles, en la localidad epónima, en 1969 y 1979 respectivamente (véase Mapa 1). Aprovechando que esas tierras ya habían sido desmontadas y cultivadas, tras el impulso de las plantaciones bananeras de compañías estadounidenses en las décadas de 1920 y 1930, la caña de azúcar también se impuso progresivamente en esa parte de la cuenca, al lado de los potreros. Como en el caso anterior, la certidumbre de poder vender su cosecha al ingenio, los préstamos otorgados por la industria y los beneficios sociales asociados al cultivo constituyeron ventajas de peso para convencer a los productores de adoptar la caña de azúcar para que sustituyera, al menos en una parte de sus parcelas, a los cultivos y actividades anteriores. Los paisajes se cubrieron

³⁷ Virginie Thiébaud, “La configuración de un territorio cañero-azucarero en la primera mitad del siglo xx: la cuenca baja del río Papaloapan, estado de Veracruz, México”, *Memorias Revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*, año 14, n° 34, 2018, p. 176-196.

de caña, y las nuevas localidades agroindustriales se vieron dominadas por la actividad, fuente de empleos y de ritmos particulares (seis meses de trabajo intensivo de zafra y molienda, y seis meses de mantenimiento y reparación de la fábrica).

Con el movimiento de privatización de inicios de los años noventa empezó un periodo de inestabilidad. Los ingenios de Lerdo de Tejada³⁸ y Cosamaloapan pasaron sucesivamente a manos de varios grupos y se volvieron a nacionalizar en 2001, en una última tentativa del Estado por salvar las industrias amenazadas de cierre por la mala gestión de los grupos privados³⁹. En la década de 2000, la venta de esos ingenios, que volvieron a salir a flote gracias a las inversiones públicas, tuvo consecuencias diversas. El ingenio San Pedro de Lerdo de Tejada fue adquirido en 2005 por el grupo Porres (el mismo que había comprado las industrias del valle de Los Reyes 15 años antes) y se desarrolló gracias a inversiones adecuadas y a una política de empresa competitiva. San Francisco, en la misma localidad, fue comprado en 2001 por el grupo Gargonz y, al contrario, tuvo una evolución negativa que lo llevó a cerrar definitivamente en 2014. El gran grupo azucarero Zucarmex compró tardíamente el ingenio San Cristóbal al Estado, en 2014. En cuanto a San Gabriel, el ingenio del centro de Cosamaloapan, tras un breve periodo de nacionalización (2001-2006) que permitió la recuperación de sus finanzas, fue devuelto al grupo Santos, su antiguo dueño, y pronto decayó; su último ciclo de actividad data de 2008-2009.

Los dos ingenios ubicados más al sur, López Mateos y Tres Valles, tuvieron una historia distinta, ya que, como en el caso de los ingenios de Los Reyes, la primera fase de privatización los favoreció: fueron adquiridos en 1990 por Continental, empresa de envases que trabajaba con Coca Cola y fundó el grupo azucarero Piasa, que desde entonces ha mantenido una relación comercial privilegiada con el gigante refresquero. Por lo tanto, esos ingenios no vivieron durante los años noventa los altibajos vinculados con los abusos ni con las malas administraciones de los ingenios ubicados más al norte. Al contrario, se consolidaron, aumentaron su capacidad de producción y siempre demandaron más materia prima. En consecuencia, los cañaverales se extendieron. Los grandes ganaderos bovinos, al igual que los pequeños propietarios y ejidatarios de la región, adoptaron, casi todos, el cultivo de

³⁸ En Lerdo de Tejada se desarrolló un segundo ingenio, San Pedro, a fines de la década de 1940.

³⁹ Se nacionalizaron 27 de 59 ingenios del país. Ese rescate por parte del Estado volvía a socializar las pérdidas económicas, después del episodio anterior de privatización de ganancias. Los dos ingenios de Los Reyes, que estaban en buenas condiciones económicas, no necesitaron la nacionalización.

caña de azúcar en superficies más o menos importantes. Si bien los cañaverales se juntaron con la ganadería y con otros cultivos, comerciales o de subsistencia, la caña se convirtió en un elemento central de esos paisajes y en una referencia visual importante para los habitantes.

El cierre de los ingenios de San Francisco y San Gabriel, con unos años de diferencia, modificó los paisajes urbanos e industriales de las localidades de Lerdo de Tejada y Cosamaloapan, que reflejan cierta desolación, resultado de la decadencia de las actividades y del cierre de muchos pequeños comercios y talleres. Al contrario, los paisajes agrarios no cambiaron. La caña de azúcar fue rápidamente adquirida por otros ingenios: San Pedro absorbió la de San Francisco; y los productores que alimentaban San Gabriel se dirigieron en los años sucesivos hacia San Cristóbal, el ingenio más cercano, y hacia Tres Valles y San Pedro, que se volvieron las industrias más prósperas de la región en el transcurso de las décadas de 2000 y 2010. Los cañaverales siguen incluso extendiéndose debido al aumento de la demanda de materia prima.

Los habitantes evocan la caña de azúcar como motor de la economía local, un cultivo “noble” que exige pocos cuidados; también se refieren a las ventajas sociales vinculadas con el cultivo y mencionan que es además la única producción cuya venta está asegurada y que soporta las condiciones a veces extremas del clima (inundaciones, huracanes, sequías). Aunque la actividad haya tenido que afrontar, como en el resto del país, las consecuencias de la política económica del TLCAN, con la importación de azúcares y otros edulcorantes, el cierre de los ingenios no competitivos y la disminución general de la rentabilidad para los productores, ningún otro cultivo puede rivalizar con la caña en la región. Por lo tanto, es omnipresente y referencia obligada cuando se evocan los paisajes del Papaloapan. La forma en que las actividades industriales y la producción de caña influyen en las localidades, hecho particularmente notable en el momento del cierre de una fábrica⁴⁰, demuestra la importancia de la huella de la caña y el sentimiento de pertenencia que genera. Aunque los cañaverales no sean lugares de vida y de paseo, como lo son las orillas del río, sí existe una apropiación cultural de la caña y del azúcar, con múltiples referencias a la actividad y a sus territorios, presentes en la literatura y en las artes de la región⁴¹,

⁴⁰ Virginie Thiébaud y Luis Montero García, “Causas y consecuencias del cierre de cuatro ingenios en el estado de Veracruz”, en María Teresa Ventura Rodríguez y Sergio Rosas Salas (dir.), *Historias y paisajes regionales del azúcar en México*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2017, p. 317-356.

⁴¹ Por ejemplo, la novela titulada *Un ingenio*, de Cayetano Rodríguez Beltrán, publicada en 1923, y las décimas y canciones.

en la alimentación y en la vida cotidiana en general.

Conclusión

La geografía cultural y la definición del paisaje ligado a ella nos permitieron acercarnos a los paisajes fluviales y cañeros y estudiar su complejidad histórica y cultural. El hecho de tomar en cuenta la producción cultural ligada al río Papaloapan (literatura, poesía, pintura) nos ayudó a entender su posición central en la percepción que tienen los habitantes de su territorio. Este enfoque se completó con entrevistas hechas en el transcurso de varios años de trabajo, y en el caso de la caña de azúcar –sobre el que existen muchos menos documentos escritos y artísticos– nos permitieron medir la importancia de la actividad y las razones por las cuales parece tener menos importancia en la cultura y en la identidad de los habitantes. La comparación entre dos tipos de paisajes rurales distintos, dominados en un caso por un elemento natural y, en el otro, por uno socio-cultural, permite reafirmar la diferencia entre los objetos de estudio. En el caso del río, se trata de un “hecho” geográfico que se caracteriza por su permanencia, su estabilidad, su lento proceso de formación. El cultivo de caña de azúcar se asimila, al contrario, a un “fenómeno” geográfico de origen humano, mucho más versátil y susceptible a cambios rápidos, como vimos en el caso de Los Reyes. La presencia mucho más importante del río en la vida y la percepción de los habitantes está, sin duda alguna, ligada a esta diferencia.

Los enfoques de la geografía cultural y el geográfico histórico, que integran la historia con lo vivido y lo percibido, implican además entender mejor las decisiones que toman los habitantes y los productores. Conocer la evolución de los paisajes durante varios siglos permite también entender los paisajes presentes, y puede ser un elemento para pensar y organizar mejor los paisajes del futuro. Como afirma el arquitecto y economista Joaquín Sabaté, “los paisajes culturales están llamados a jugar un papel relevante, porque constituyen la expresión de la memoria, de la identidad de una región”. En el caso del río Papaloapan, reconocerlo como un elemento fundamental del paisaje, como parte de la identidad de los habitantes, podría ser valioso y útil para favorecer su preservación, dadas las condiciones de contaminación y de azolvamiento que sufre actualmente. Si se han llevado a cabo actividades aisladas en ese sentido⁴², el concepto de paisaje, tal y como lo concibe la geografía cultural, podría tener un papel esencial para apoyarlas.

⁴² La asociación Unidos por el Papaloapan, ubicada en Tuxtepec, lleva a cabo acciones y organiza programas para proteger al río.

PAISAJES IMAGINADOS. LOS CENTROS COMERCIALES EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Liliana López Levi
Departamento de Política y Cultura
Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco

Los centros comerciales en México son grandes desarrollos inmobiliarios de iniciativa privada, que agrupan a un conjunto de establecimientos comerciales y que se orientan a las ventas al menudeo. Los negocios están reunidos en una estructura arquitectónica de uno o varios niveles, con áreas comunes y un gran estacionamiento que sirve a todas las tiendas. El complejo funciona como una unidad operativa y tiene una administración central que se encarga de la renta, contabilidad, construcción, operación, mantenimiento y publicidad.

También son lugares de ocio, esparcimiento, reunión e interacción social. En general, se considera que asumen la mayor parte de las funciones de un subcentro urbano, a excepción de la función política. En este sentido, se configuran como un nodo de consumo multifuncional. De ahí que sean también conocidos como plazas.

Aunque sus antecedentes remontan a los pasajes y galerías europeas decimonónicas, los centros comerciales de la actualidad suelen seguir más al modelo norteamericano que proliferó en la segunda mitad del siglo XX. Desde su aparición, estos lugares pasaron de ser un complejo comercial ubicado en los suburbios habitacionales estadounidenses, a convertirse en un subcentro urbano presente en las grandes metrópolis a nivel global, para después replicarse en ciudades menores.

Las plazas comerciales han tenido un gran impacto en el uso de suelo circundante; incluso han sido consideradas como un polo de desarrollo a nivel local. Su área de influencia depende de varios factores, entre los que destacan su tamaño, accesibilidad, tipo de tiendas y de los imaginarios que se construyen sobre el lugar. Es decir, aunado a su función económica y a su influencia en las dinámicas urbanas, son sitios que constituyen espacios vividos, transitados y visitados, donde el deseo marca muchas de las dinámicas en su interior.

En estos complejos arquitectónicos, la funcionalidad va más allá de la compraventa de mercancías y servicios, puesto que han sido capaces de moldear la vida cultural, los deseos y las costumbres de sus visitantes. Durante décadas han sido uno de los principales soportes materiales de la sociedad de consumo a nivel urbano, y, por ende, se han convertido en la fuente de una serie de valores, aspiraciones, deseos y modelos de identidad para la población que asume las formas de estandarización cultural promovidas en tiempos de la globalización.

Los centros comerciales han sido ampliamente analizados desde la óptica de la planeación urbana, la geografía económica y el urbanismo. Sin embargo, en el presente trabajo quiero destacar sus implicaciones culturales. Parto del hecho que los aromas, sonidos, texturas, colores e imágenes que configuran estos lugares, provocan sensaciones y emociones que le dan sentido al lugar y que podemos interpretar con base en la conceptualización de los imaginarios. Para ello, retomo las ideas de Jacques Lacan¹, quien caracteriza a la experiencia humana con base en tres registros íntimamente vinculados: lo simbólico, lo imaginario y lo real.

Basado en lo anterior, el presente trabajo tiene como objetivo analizar a los centros comerciales desde la dimensión simbólica y se centra en el caso de la Ciudad de México. Teóricamente retomo la teoría de los imaginarios. Desde el punto de vista metodológico uso la propuesta de Barnes y Duncan² de leer el paisaje como texto, para identificar en él metáforas, narraciones y discursos.

Centros comerciales

Los centros comerciales, también llamados plazas o *malls*, son grandes inversiones inmobiliarias, de capital privado, con una imagen moderna y lujosa, que venden productos al menudeo o servicios y promueven formas de vida asociadas al consumo. Su imagen arquitectónica se ha estandarizado a lo largo y ancho del planeta. El exterior suele ser simple, con edificios en forma de bloques, lo que contrasta con un diseño interior cargado de estímulos visuales y en ocasiones también auditivos. Ahí se ofrecen mercancías aderezadas con lujo, estatus, exclusividad, moda, comodidad y seguridad. Las imágenes desplegadas en sus tiendas y pasillos son de modelos famosos o de personas cuya fisonomía refleja los estándares dominantes de belleza o riqueza en la

¹ Jacques Lacan, "Lo simbólico, lo imaginario y lo real", *Revista Argentina de Psicología*, año VII, n° 22, 1977, p. 11- 27.

² Trevor Barnes y James Duncan (dir.) *Writing Worlds*. NY. Routledge, 1992.

cultura occidental.

Estas estructuras urbanas se reprodujeron ampliamente a lo largo y ancho del planeta, a partir de la segunda mitad del siglo XX. Aunque tienen una imagen estandarizada y reproducen elementos económicos y culturales promovidos en el marco de la globalización, al edificarse en lugares específicos han adquirido diferentes formas, tamaños, mecanismos de organización, uso del suelo, actividad comercial, zona de influencia y redes de consumo.

De acuerdo con diversos teóricos del diseño de centros comerciales³, las formas arquitectónicas, ubicación y características de dichos espacios deben ser cuidadosamente planeadas con el fin de promover el consumo. De manera tal que la localización, el tamaño, el tipo de tiendas son controladas cuidadosamente para maximizar las ventas.

El diseño más común retoma la idea de una plaza de ciudad y la reproduce con algunas modificaciones. Se trata de una estructura en la cual hay decenas de tiendas sobre uno o varios pasillos, por donde se dirige el flujo de consumidores. Algunos complejos arquitectónicos son abiertos y otros cerrados; el número de pisos también varía. Los más grandes tienen uno o varios negocios ancla. En el siglo XX, los grandes almacenes fungían como tales; hoy en día destaca la importancia de los cines.

De acuerdo con el Urban Land Institute⁴, un centro comercial debe tener un tratamiento arquitectónico unificado para el edificio o conjunto de edificios; un sitio adaptado al mercado con un terreno que pueda permitir la expansión si se requiere; una localización accesible, con entradas y salidas adecuadas para los vehículos y los peatones; servicios; un ambiente interno (alumbrado, señalamiento); un escenario creado para hacer agradable, atractivo y seguro el espacio comercial; una tenencia del inmueble única o manejada como unidad y suficiente lugar de estacionamiento para los clientes. El espacio para los automóviles debe considerar que el objetivo es distribuir el tráfico peatonal en favor del consumo. En función de sus características, han sido clasificados por su tamaño y zona de influencia en: vecinal, comunitario, regional y suprarregional. El primero se refiere a aquel que está pensado

³ John Dawson y Lord Dennis, "Shopping Centre Development", Longman, New York, Routledge, 2013. Urban Land Institute, *Shopping Center development handbook*, Washington D.C., Urban Land Institute, 1999. Edgar Lion, *Shopping Centers: Planning, Development and Administration*, New York, John Wiley and Sons, 1976. Horace Carpenter, *Shopping Center Management, Michigan*. International Council of Shopping Centers, 1978. Victor Gruen, *Centers for the Urban Environment: survival of the cities*, New York, Van Nostrand Reinhold Company 1973.

⁴ Urban Land Institute, *Shopping Center development...*, op. cit., p. 2.

para satisfacer las demandas cotidianas de un barrio o colonia; el segundo está vinculado a un supermercado y ofrece una variedad de mercancías más amplia o especializada; el tercero atrae consumidores que vienen de más lejos y vende productos de mayor lujo. Su ancla y principal atracción es la tienda departamental o un complejo de cines. El último es mayor en tamaño y zona de influencia, con dos o más tiendas departamentales⁵.

La historia de los centros comerciales en Estados Unidos se remite a las primeras décadas del siglo XX, cuando las clases altas disfrutaban paseando en coche. Esto facilitó que se pusieran de moda las tiendas ubicadas en lugares con facilidad de estacionamiento. La primera empresa en reconocer el potencial de los vehículos automotores fue Sears Roebuck & Co. y, en los años 1920, transitó de un esquema de ventas por catálogo al establecimiento de grandes almacenes, fuera del centro de las ciudades estadounidenses. Después, otros grandes almacenes siguieron también a los clientes a la periferia. Entre estos se encontraban Neiman-Marcus, J.C. Penneys y Bloomingdale⁶.

Los grandes *malls* aparecieron y se diseminaron asociados a los cambios en la estructura urbana que produjo el uso de los vehículos automotores. Cuando los antiguos centros históricos perdieron la importancia que tenían, la gente dejó de acudir a ellos cotidianamente y hubo una devaluación del valor del suelo. Eran tiempos en que se desarrollaron en las periferias espacios destinados a habitar, trabajar, circular y recrearse⁷, en concordancia con la Carta de Atenas.

Los nuevos templos del consumo se ubicaron en los suburbios, cerca de grandes vías, de las autopistas y de las zonas residenciales, donde el suelo era más barato y había una accesibilidad tal que favorecía el flujo de compradores⁸ y se asumía un modo de vida diferente al de la ciudad central. Años después, para revitalizar las zonas deprimidas se impulsaron megaproyectos, entre los cuales estaba la construcción de plazas comerciales.

⁵ John Dawson y Dennis Lord, *Shopping Centre Development Longman*, New York, Routledge, 2013. Urban Land Institute, *Shopping Center development...*, *op. cit.*, p. 4-7. Edgar Lion, *Shopping Centers...*, *op. cit.*, p. 23. Horace Carpenter, *op. cit.*, p. 9.

⁶ Liliana López Levi, *Centros comerciales. Espacios que navegan entre la realidad y la ficción*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1999, p. 92.

⁷ Federico Medina Cano, "El centro comercial: una 'burbuja de cristal'", *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. IV, n° 008, 1998, p. 61-91, 64-65. Mark Gottdiener, *Postmodern Semiotics*, Oxford, Basil Blackwell, 1995, p. 83. William Kowinski, *The Malling of America*, Bloomington, Xlibris corporation, 2002.

⁸ Clifford Guy y Dennis Lord, "Transformation of the city center", en Rosemary Bromley y Thomas Colin, *Retail Change*, Londres, UCL Press, 1993, p. 89.

En los años veinte aparecieron los primeros centros comerciales vecinales en Estados Unidos, y en la década de los treinta comenzó a expandirse el modelo de tiendas en hilera, con un supermercado y un estacionamiento común. Sin embargo, no fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial que el modelo se extendió ampliamente y se desarrolló la idea de un espacio comercial unificado, de manejo integrado y que se aislaba de su entorno. En los cincuenta se abrieron los primeros centros comerciales anclados por tiendas departamentales y se desarrolló la idea del encierro total, lo que permitió la incorporación de calefacción central y aire acondicionado. El diseño arquitectónico se preocupó por el paisaje interior y la unificación en términos de la imagen del complejo, asimismo, se separaron los espacios para peatones y los de los coches. En la década de los sesenta, la industria proliferó⁹.

Si bien en Europa los pasajes y arcadas tuvieron una importante presencia desde el siglo XIX, sobre todo en París, Londres y Milán; los centros comerciales, de la manera como los conocemos actualmente se desarrollaron tardíamente, porque la crisis derivada de la guerra retrasó la llegada de una sociedad consumista, necesaria para su proliferación. No fue sino hasta mediados de los años sesenta que comenzaron a construirse en la parte occidental del continente, bajo el amparo estatal que buscaba la revitalización urbana. También Canadá, Japón y Sudáfrica se sumaron en este periodo a estas formas de consumo promovido por los grandes capitales¹⁰.

Uno de los centros comerciales más destacados en América fue el West Edmonton Mall en Canadá, que abrió sus puertas en 1981 y fue desarrollado en diferentes etapas hasta 1999. En su momento fue el centro comercial más grande del mundo y, además de las tiendas, tenía cinco espacios para la diversión de sus consumidores. Estos incluían un parque de diversiones con juegos mecánicos y la montaña rusa interior más grande del mundo, un parque acuático, una pista de patinaje, una cancha de golf, un acuario con delfines, tiburones, pingüinos y reptiles; además de cuatro submarinos y una réplica de la Santa María, una de las carabelas de Cristóbal Colón¹¹.

En la Ciudad de México, el antecedente fueron los primeros grandes almacenes¹² establecidos en el centro de la capital entre 1851 y

⁹ Liliana López Levi, *Centros comerciales...*, op. cit., p. 87-98.

¹⁰ *Ibid.*, p. 97.

¹¹ Edgar Jackson, "Shopping and leisure: implications of West Edmonton Mall for leisure and for leisure research", *The Canadian Geographer*, vol. 35, n° 3, 1991, p. 280-287.

¹² El Puerto de Liverpool, El Palacio de Hierro, Sanborns Hermanos, El Centro Mercantil, Al Puerto de Veracruz, El Nuevo Mundo, La Ciudad de Londres, La Gran Serdía y París Londres.

1904. Después, en los años cuarenta Sears Roebuck abrió una tienda en una de las principales avenidas, en terrenos que en aquel entonces eran periféricos. Además, incorporó la imagen del modo de vida americano, se anunció en medios de comunicación masiva, amplió los planes de crédito y se acercó a los sectores medios de la población. En las décadas siguientes el *American Way of Life* se extendió por la ciudad. Grandes almacenes, como El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool y París Londres se descentralizaron y proliferaron las tiendas de autoservicio¹³.

En 1970 y 1971 se inauguraron los dos primeros centros comerciales, promovidos por Sears Roebuck y contruidos a imagen y semejanza de los *malls* estadounidenses: Plaza Universidad y Plaza Satélite. La primera tuvo un gran impacto en su entorno. Se incrementó el valor del suelo y en sus alrededores proliferaron los establecimientos comerciales. La segunda formaba parte de una nueva urbanización planeada y desarrollada imitando el modelo norteamericano de los suburbios.

A fines de los años setenta se construyen otros pequeños centros comerciales¹⁴ y en 1980 se erigió el tercer gran centro comercial de lujo, con una imagen internacional, que agrupaba a varias tiendas departamentales. Era el principio del periodo neoliberal y los capitales financieros apostaron por este tipo de desarrollos inmobiliarios. Entre 1988 y 1994 se registraron dieciséis macroproyectos comerciales¹⁵, los cuales surgieron como parte del proceso de expansión económica. El proyecto más grande que se levantó en este tiempo fue el de Santa Fe, que se anunciaba como el centro comercial más grande de América Latina. Es importante destacar que, en este caso, el *mall* contribuyó a aumentar el valor del suelo de la zona e impulsó el desarrollo inmobiliario en los alrededores.

En 1994 comenzó una crisis económica que afectó a las plazas comerciales, pues bajaron sus ventas de forma considerable. En búsqueda de alternativas, las tiendas departamentales, almacenes y supermercados impulsaron las ventas a crédito y se asociaron con empresas

¹³ Patricia Ramirez Kuri, *Transformaciones espaciales y modernización urbana: La Ciudad de México y los macro proyectos comerciales. Centro Comercial Coyoacan (1989-1993)*, tesis para obtener el grado de maestro en Estudios Regionales, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993, p. 42 y 43. Gonzalo Guzmán Ruíz, *Centro comercial: Tienda departamental*, tesis para obtener el título de arquitecto, México, Facultad de Arquitectura, UNAM, p. 13, 1990.

¹⁴ Tales como El Relox, Plaza Inn, Plaza Galerías y Plaza Polanco.

¹⁵ Entre los principales se encuentran: Lomas Plaza (1988), Centro Coyoacán (1989), Pabellón Polanco (1990), Interlomas (1992), Perinorte (1992), Galerías Insurgentes (1993) y Galerías Coapa (1993).

extranjeras¹⁶. A pesar de ello, la construcción de centros comerciales continuó durante la década de los noventa y en las primeras décadas del siglo XXI, en concordancia con el desarrollo inmobiliario en la Ciudad de México.

Posteriormente, entre 2006 y 2018, hubo un auge exponencial¹⁷. Se edificaron nuevas plazas, hubo ampliaciones y remodelaciones. Además, el fenómeno se expandió ampliamente hacia el oriente de la ciudad. En este mismo periodo y de acuerdo con los datos del *International Council of Shopping Centers Latina*¹⁸, para el año de 2014, el número de centros comerciales en México fue el más alto de América¹⁹.

En particular, la cantidad de centros comerciales en la Ciudad de México varía de una fuente a otra, ya que los criterios y metodologías para hacer el levantamiento cambia entre diversos autores. Por ejemplo, Pradilla *et al.*²⁰ reportan 198 construidos hasta 2008; para el mismo periodo, Cruz²¹ registra 84, sin embargo, solo considera los megaproyectos. Cabrera²² afirma que entre 2006 y 2018 se abrieron 108 nuevas plazas en la capital de la república, con los nombres de “patios”, “terrazas”, “oasis”, “parques”. En un recuento hecho en 2019, para la presente investigación, se contabilizaron 98 centros comerciales, considerando únicamente los regionales y suprarregionales²³.

Entre los últimos centros comerciales inaugurados en la Ciudad de México están la Torre Manacar, que abrió sus puertas en 2017,

¹⁶ Liverpool, Palacio de Hierro, Electra, siguieron la primera línea mientras que Comercial Mexicana, Elektra, Gigante y Aurrerá se asociaron a empresas extranjeras.

¹⁷ Dante Celis Galindo, *Las empresas constructoras de los centros comerciales Delta y CETRAM EL Rosario como productoras de espacio urbano*, tesis para optar por el grado de Doctor en Geografía, México, Facultad de Filosofía y Letras. UNAM, 2019.

¹⁸ Citados por José Gasca Zamora, “Centros comerciales de la Ciudad de México: el ascenso de los negocios inmobiliarios orientados al consumo”, *Eure*, vol. 43, n° 130, 2017, p. 77.

¹⁹ Para el caso de México se registraron 584, y de acuerdo con proyecciones del *International Council of Shopping Centers*, se espera que para 2025 haya 760. A México le siguen Brasil, Colombia, Argentina, Chile y Perú.

²⁰ Emilio Pradilla, Lisett Márquez, Saúl Carreón y Elías Fonseca, “Centros comerciales, terciarización y privatización de lo público”, *Ciudades*, n° 79, 2008.

²¹ Citado por Dante Celis Galindo, *Las empresas...*, *op.cit.*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2019, p. 65.

²² Rafael Cabrera, “El ‘boom’ de los centros comerciales en CDMX: 108 plazas nuevas en 12 años”, *Aristegui noticias*, 14 de julio de 2018, <https://aristeguinoticias.com/1407/mexico/el-boom-de-los-centros-comerciales-en-cdmx-108-plazas-nuevas-en-12>, consultado el 15 de noviembre de 2019.

²³ Son los grandes centros comerciales o megaproyectos. Tienen como ancla a una o varias tiendas departamentales, frecuentemente también cines y cuentan con más de cien tiendas. Su área de influencia rebasa su entorno urbano inmediato.

diseñado por el famoso arquitecto Teodoro González de León, y el centro comercial Parque Las Antenas, ubicado en la alcaldía de Iztapalapa, en 2018. Este complejo comercial cuenta, además de las tiendas, con juegos mecánicos entre los que destaca una montaña rusa.

De acuerdo con Gasca Zamora²⁴, el incremento en la construcción de centros comerciales en los últimos años responde a un nuevo régimen financiero que consiste en “la participación, coalición y fusión de inversionistas, empresas inmobiliarias y actores financieros globales y nacionales, así como por la diversidad de fondos e instrumentos de inversión manejados por empresas” aunado a la proliferación de instrumentos bursátiles que se han orientado a los bienes raíces.

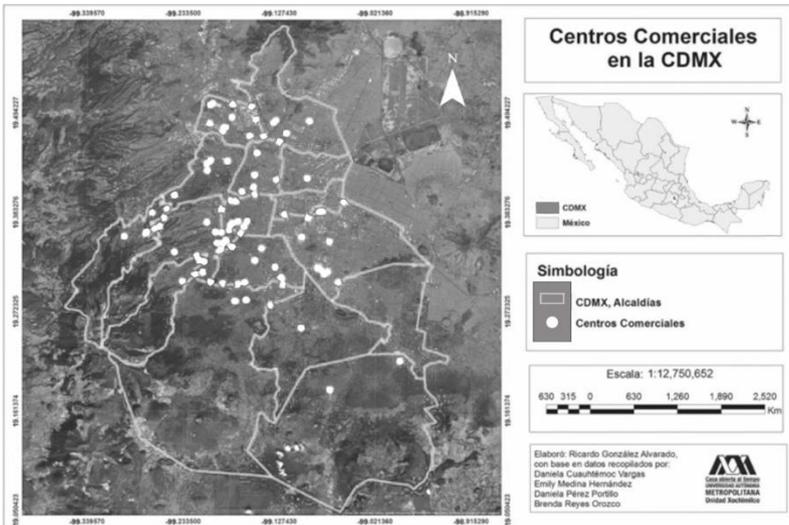


Figura 1. Centros comerciales en la Ciudad de México.

Si bien la proliferación de centros comerciales continúa en México y en diversas partes del mundo, en el caso de Estados Unidos comenzó a registrarse su decadencia²⁵, misma que se atribuye tanto al declive económico de ciertas zonas como al incremento de las compras en línea. El escenario futuro es que, con la crisis petrolera, la situación se agrave. Mientras tanto los inversionistas buscan colocarse en otros países que aún no han saturado su mercado.

²⁴ José Gasca Zamora, “Centros comerciales de la Ciudad de México...”, art. cit., p. 79.

²⁵ En la página web <http://www.deadmalls.com/> hay un registro de la decadencia de los centros comerciales.

Este declive entra en concordancia con lo efímero de las mercancías en el esquema de la obsolescencia programada, que ha hecho que incluso los lugares mismos entren dentro de esta lógica. Muchos centros comerciales sobreviven renovándose y reinventándose.

Los vertiginosos cambios en la tecnología, en la lógica del consumo y en la estructura urbana (el aumento en el valor del suelo y con la aparición de nuevas estructuras para entretener al consumidor) seguramente llevarán paulatinamente a la disminución de los centros comerciales a lo largo y ancho del planeta.

Imaginarios del consumo

Los imaginarios se construyen a partir del vínculo entre un objeto, proceso o fenómeno con el sujeto. De manera tal que el punto de partida es siempre un referente concreto. En este caso un espacio arquitectónico destinado a la compraventa de mercancías y servicios; un lugar donde hay prácticas sociales que tienen como base el intercambio comercial, pero lo trascienden para incorporar actividades de entretenimiento y socialización y para establecer formas de comportamiento, modos de vida y modelos a seguir.

Los discursos que ahí se producen y promueven sirven de referencia para habitar, organizar e interpretar al mundo. En otras palabras, hablamos de una materialidad palpable, a la cual se le asocian ideas, emociones y prácticas culturales. La realidad es percibida, conceptualizada, experimentada y representada, es decir, imaginada. Después, queda representada en el paisaje. Ahí se concretan los imaginarios; mismos que tienen una dimensión espacial y otra temporal; una, material y otra simbólica, que no se pueden disociar.

En los centros comerciales, la gente pasea, se encuentra con amigos, deambula, mira los aparadores, los objetos, los cuerpos, pasa el rato, desea, imagina, fantasea, se entretiene. No se preocupa por la inseguridad o el tráfico; los coches no representan un peligro, en tanto que el estacionamiento está completamente separado del espacio peatonal. El interior está protegido de la lluvia, no hace frío ni calor. La segregación física, produce emociones y generan nuevas prácticas sociales. Adentro se pueden controlar muchas variables sociales y ambientales. El encierro arquitectónico es un implemento que permite al consumidor olvidarse de las presiones del trabajo, de los problemas familiares y de las deudas acumuladas.

En un país como México, los noticieros están saturados de casos de corrupción, violencia, crímenes del narcotráfico, abusos de poder, problemas ambientales y pobreza y marginación. En cambio, en el interior de los centros comerciales se configuran realidades paralelas

sin desempleo, sin ventas informales, sin contaminación ni basura. En una atmósfera idílica es más fácil olvidar los problemas cotidianos y darle rienda suelta al placer y a consumir, sin más.

Los imaginarios sociales se han desarrollado como una categoría de análisis que permite dar cuenta de los elementos que van más allá de lo tangible, de lo material y de lo concreto. Con base en ellos se reconoce el papel de las ideas, los sentimientos y las emociones de los diferentes actores sociales, así como de las repercusiones que tienen sus prácticas en la conformación del paisaje. Los imaginarios permiten comprender la forma y funcionalidad de los espacios urbanos y la manera en que son construidos, destruidos, transformados, utilizados, habitados u olvidados. Asimismo, nos permiten adentrarnos al sentido que tienen el territorio, el paisaje, los procesos políticos, demográficos y económicos implicados en la configuración de las ciudades, así como las prácticas cotidianas que se generan en el lugar y las manifestaciones, expresiones o representaciones del lugar mismo.

El referente, a partir del cual abordaremos al centro comercial imaginado es la teoría de Lacan²⁶, quien identifica tres registros de la experiencia humana: lo simbólico, lo imaginario y lo real. La triada es representada con un nudo borromeo, formado por tres cuerdas, tres aros anudados entre sí, de forma tal que, si desanudamos uno, se sueltan los tres. En el centro, como producto de este anudamiento, que representa una estructura psíquica, aparece el objeto de deseo, pero entendido de manera abstracta e independiente de sus múltiples formas de aparición, como mera función psíquica, causa de deseo. El objeto de deseo es en realidad un vacío, que no es lo mismo que una nada; es lo que quisiéramos encontrar y que tantas veces se manifiesta a través de la esfera de lo simbólico. Por medio del nudo borromeo, Lacan busca dar cuenta de que el objeto de deseo aparece en el momento en que el sujeto es privado de él, antes no existe. Solo podemos desear lo que no tenemos, lo que nos falta, luego entonces, al objeto de deseo no le queda más que ser inexistente²⁷.

Con base en Lacan, Sarup²⁸ define a lo imaginario como un registro pre-verbal, que se produce cada vez que un sujeto se relaciona con su entorno. Se trata de un ámbito que no se opone a lo real, sino una forma mental de estrecha vinculación entre el sujeto y su entorno,

²⁶ Jacques Lacan, "Lo simbólico...", art. cit.

²⁷ Adriana Floréz, "El objeto y sus pasiones", *Mesa redonda organizada por Analyse Freudienne*, n° 11, París, Érès, 2005, p. 75-90.

²⁸ Madan Sarup, *Post-structuralism and Post modernism*, Essex, Longman, 1993, p. 24.

que se construye a partir del conocimiento, las tradiciones, las habilidades, los intereses y las emociones. Los imaginarios interpretan el mundo, le dan significado, uso, valor y sentido. Después, lo transforman, lo estructuran, ordenan y explican.

Lo simbólico es el reflejo de los imaginarios y se construye con base en un sistema de signos, donde no hay una correspondencia biunívoca entre las cosas y sus nombres²⁹. Es decir, no hay un vínculo natural entre significante y significado. El símbolo lleva a un sistema abierto de significados, mismos que se construyen socialmente.

Ahora bien, los imaginarios, entendidos como las percepciones, interpretaciones, organizaciones y estructuras de lo real, no pueden reducirse a una producción individual. Lacan critica la dicotomía individuo-sociedad con el argumento que los seres humanos se convierten en sociales desde el momento en que apropian el lenguaje. Es el lenguaje lo que nos constituye como sujetos³⁰. Es en el marco de estructuras sociales preexistentes que el individuo percibe, interpreta, organiza, nombra y transforma a la realidad.

El ámbito de lo simbólico puede concretarse en palabras o en cualquier otra forma de comunicación: movimientos corporales, gestos, actitudes, manifestaciones artísticas, formas urbanas o paisaje. Todos estos son ejemplos de la manera en que la sociedad se expresa. Cada una de ellas es susceptible de ser interpretada y de tener un sentido. El paisaje, al igual que las palabras, es una producción cultural del ser humano y, por ende, puede ser considerado como el registro simbólico de los imaginarios sociales.

Los inversionistas, promotores y arquitectos plasman con hierro y cemento su visión de la vida urbana, considerando el mercado consumidor, los múltiples nichos de mercado y las alternativas financieras. Los edificios pueden leerse, pues en ellos queda plasmado el momento en que fueron construidos, las personas que lo hicieron, el estilo, la forma en que han sido utilizados y los significados que encierran³¹. Al interior del complejo arquitectónico, las tiendas, los cuerpos, los anuncios publicitarios, las actividades reflejan los imaginarios colectivos; tienen plasmado en su territorio las actitudes, prioridades, sueños, aspiraciones y sus correspondientes correlativos materiales.

En tiempos en los cuales la vida humana se somete a la lógica del capitalismo, tener es más importante que ser. El tener configura el ser. La identidad se construye a través del consumo y no de la tradición

²⁹ *Ibid.*, p. 11.

³⁰ *Ibid.*, p. 6.

³¹ Gruffudd Pyrs, "Building Sites", en Alison Blunt *et al.* (dir.), *Cultural Geography in practice*, Edward Arnold Publishers, UK, 2003, p. 239-241.

histórica. De acuerdo con Erich Fromm³² hay una relación biunívoca entre yo soy y yo tengo/yo consumo. Al interior de los centros comerciales, las relaciones sociales se dan bajo la lógica del consumo.

Desde la segunda mitad del siglo XX, el consumo se convirtió en una de las fuerzas más poderosas para la configuración de los lugares, los territorios y los paisajes. El paisaje simbólico se produce no solo con la construcción del centro comercial, sino también con la relación que los consumidores establecen con el lugar y la manera en que decodifican la realidad que se les presenta. El sentido que le dan a su visitar/consumir estos lugares, queda materializado en un paisaje concreto, donde lo tangible hace eco de lo intangible.

Gilles Lipovetski³³ caracteriza al consumo a través de la seducción continua, de la obsolescencia de los objetos y de la diversificación de los productos o servicios ofrecidos. Estos principios son esenciales para la reproducción del sistema económico basado en el consumo. El mensaje se transmite a través de la publicidad, la cual, manipula los signos, establece significados y estimula deseos³⁴. Con la tecnología actual todos pueden ver los mismos modelos de consumo y aspirar a las mismas formas de vida.

En los centros comerciales se ofrece al consumidor una gran variedad de dónde elegir. En este sentido, son más importantes los atributos y finalidades de los objetos/servicios que su esencia o funcionalidad. La diversidad es tan amplia que el consumidor cree que la mercancía se adecúa a su persona. Sin embargo, lo que ocurre es que el consumidor se adapta a los modelos ofrecidos.

Los objetos son poco durables en dos sentidos: por su calidad física y por su validez. Bajo la lógica del consumo, la obsolescencia está sustentada en un principio de placer. Este es el motor de la compra como actividad. La moda se basa en el hecho de que los objetos tengan un mayor valor estético que funcional. El producto deja de apreciarse en el momento en que puede ser sustituido por otro que produzca la misma satisfacción y tenga un mayor reconocimiento social que el anterior.

Para el caso de los centros comerciales destaca la cuestión que bajo la lógica del consumo no solo se trata de lo que esté a la venta, sino en dónde. La apariencia de las tiendas, la gente que acude a ellas y el

³² Erich Fromm, *¿Tener o ser?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 43.

³³ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1993, p. 17.

³⁴ Benjamin Woolley, *Virtual Worlds. A Journey in Hype and Hyperreality*, New Jersey, Wiley-Blackwell, 1992, p. 199.

nombre (la marca) forman parte de los atributos de la mercancía ofrecida³⁵. Si ejemplificamos con los dos centros comerciales más visitados de la zona metropolitana de la Ciudad de México, hay una clara diferenciación entre el Centro Santa Fe y Multiplaza Aragón, ubicados en ámbitos sociales muy diversos, lo que repercute en la imagen general del lugar.

Multiplaza Aragón está ubicado en la parte nororiental de la capital de la República, en el municipio de Ecatepec, que tiene los mayores índices de inseguridad del país de acuerdo con la percepción ciudadana. El lugar está considerado como el centro comercial con mayor afluencia de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Su promedio mensual es de 2 800 000 paseantes-consumidores³⁶. Por su parte, el Centro Santa Fe está localizado en una zona corporativa al oeste de la ciudad, donde habita gente con altos ingresos y ocupa el segundo lugar en número de visitantes, con una afluencia mensual de 1 950 000 personas. “Este *Lifestyle Center* es el preferido de los habitantes al poniente de la CDMX porque fue pionero en la incursión de otras formas de entretenimiento, sin descuidar las marcas que alberga”³⁷.

En términos muy generales, el poniente de la ciudad tiene a grupos sociales con más recursos económicos y, por ende, sus centros comerciales venden productos más caros en tiendas más exclusivas. En el caso del Centro Santa Fe, sus tiendas ancla son grandes tiendas departamentales (Palacio de Hierro, Liverpool, Sears). Los acabados arquitectónicos en los pasillos y áreas comunes parecen más lujosos, el servicio de limpieza es eficiente y el lugar parece tener mayor seguridad que Multiplaza Aragón.

En este último se han reportado balaceras, robos³⁸ e inundaciones³⁹. Ahí hay elementos que no se presentan al poniente de la Ciudad

³⁵ Jean Carr, “The Social Aspects of Shopping. Pleasure or Chore? The Consumer Perspective”, *The Royal Society for Encouragement of Arts, Manufactures and Commerce*, vol. 138, n° 5403, 1990, p. 190.

³⁶ Pamela Ventura, “Los 5 ‘malls’ más visitados en CDMX en 2018”, *El Financiero*, 31 de enero de 2019, disponible en: <https://www.elfinanciero.com.mx/empresas/los-5-malls-mas-visitados-en-cdmx-en-2018>, consultado el 29 de octubre de 2019. Otra fuente, la página web de Multiplaza Aragón afirma que su afluencia mensual es de 3 millones 200 mil visitantes. Véase http://www.multiplaza.com.mx/servicios/servicios_aragon.php

³⁷ Pamela Ventura, “Los 5 ‘malls’ más visitados ...” art. cit.

³⁸ <https://www.excelsior.com.mx/comunidad/2018/03/24/1228347>; <https://www.milenio.com/policia/mazos-asaltar-joyeria-plaza-aragon-ecatepec>; <https://www.elsoldemexico.com.mx/metropoli/policia/matan-a-un-hombre-al-interior-de-un-toks-en-ecatepec-avenida-central-edomex-3577167.html>

³⁹ <https://heraldodemexico.com.mx/estados/le-llueve-sobre-mojado-se-inunda-plaza-aragon-despues-de-ser-clausurada-video/>

de México, como botes de basura muy llenos, ruido, mal olor o falta de papel sanitario en los baños. La calidad de las butacas en el cine o la limpieza de los pasillos también cambia, aunque a veces se trate de sucursales de la misma tienda. Las anclas en Multiplaza Aragón son supermercados (Walmart, Bodega Aurrerá, Sams Club), un almacén de ropa (Suburbia) y un Home Depot. Los restaurantes y tiendas de comida, con sus respectivos precios, también se presentan diferenciados en uno y otro lado de la ciudad⁴⁰. En síntesis, hay un paisaje, tiendas y servicios que proyectan imágenes diferentes. Esto también se refleja en los cuerpos, las ropas, las marcas y formas de arreglarse de quienes asisten a un lugar u otro.

La publicidad enseña cómo interpretar los objetos, lugares y personas. La publicidad puede crear espacios. Al comprar ciertos artículos el ser humano participa en la construcción de su medio ambiente cotidiano⁴¹. La publicidad plasmada en las imágenes del centro comercial forma parte de un discurso transmitido al consumidor, en el cual se plantea la belleza, la felicidad y el dinero como posibilidades que pueden concretarse a través de la adquisición de mercancías que se venden en el contexto de un *mall*. Lo anterior lleva incluso a la sensación que el objeto produce una mayor satisfacción dependiendo del lugar donde se compra.

El centro comercial adquiere un sentido en función de quienes lo visitan, compran o trabajan ahí. Cada elemento de su interior puede ser interpretado de múltiples formas. Aunque el diseño sea estandarizado a nivel global, adquiere sus matices locales, no solo en su materialización, sino también en su interpretación. El significado no es estático, sino que varía en función del momento histórico, el contexto social y de las características singulares del individuo o comunidad que le da sentido a un lugar determinado.

En la Ciudad de México existe una gran variedad de centros comerciales, algunos cerrados en sí mismos, otros semi descubiertos que se integran a partir de un gran estacionamiento. Los hay anclados a supermercados, otros a tiendas departamentales o a salas de cines. Algunos tienen acabados más lujosos y otros lo son menos; por unos pasean las clases altas y por otro, las clases bajas. Aunque en todos domina la cantidad de tiendas orientadas a la ropa y calzado, hay tiendas

⁴⁰ Si bien hacen falta más estudios donde se analice específicamente el fenómeno de los precios diferenciados por localización en los centros comerciales de la Ciudad de México, esto puede observarse empíricamente con algunos productos y se explica por la estructura y distribución de la renta del suelo.

⁴¹ Robert Sack, "The Consumer's world: Place as Context", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 78, n° 4, 1988, p. 642-664.

de otros rubros como cines, joyerías, tiendas de juegos, comida, muebles, accesorios para el hogar, electrónicos y tiendas de mascotas, por mencionar algunas.

El paisaje como texto: metáforas, narraciones y discursos

El paisaje refleja la impronta de los fenómenos naturales y culturales sobre la superficie terrestre. Carl Sauer⁴² lo define como la forma de la tierra y Ortega⁴³ afirma que dicho paisaje “expresa fisonómicamente una organización, el resultado unitario, integrador, de un conjunto de combinaciones y relaciones entre sus componentes”.

En la década de 1980 y 1990, algunos autores anglosajones desarrollaron la idea de asociar el paisaje geográfico con un texto, partiendo del hecho que el paisaje es una creación cultural humana, que comunica, se reproduce, se experimenta y se explora a través de un sistema de significados⁴⁴.

Si el lenguaje nos constituye como sociedad y si la superficie terrestre es moldeada por los humanos, entonces el paisaje es un instrumento de comunicación que puede ser analizado haciendo la analogía con un texto. Para Duncan⁴⁵ “la labor del geógrafo cultural es la de mostrar la forma en que las narraciones locales se constituyen al interior de un sistema de significación que se conecta en otros elementos del sistema cultural, producido en el marco de un orden social”.

Barnes y Duncan⁴⁶, con base en Roland Barthes, argumentan que el texto es una categoría conceptual que va más allá de lo impreso en papel e incluye otros productos culturales, como pinturas, mapas, instituciones y paisaje. A partir de ello, identifican discursos, narraciones y metáforas.

Los discursos son estructuras mayores que dan la pauta del sistema de comunicación. De ellos se derivan las narraciones particulares y se insertan los mensajes específicos. Es el sistema significante a partir del cual se interpreta cada enunciado. Las metáforas, por su parte, son

⁴² Carl Sauer, “The Morphology of Landscape”, en J. Agnew, D. Livingstone y A. Rogers, *Human Geography. An essential Anthology*. London, Blackwell, 1997, p. 296-315.

⁴³ Nicolás Ortega, “Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)”, *Boletín de la A.G.E.*, n° 51, 2009, p. 27.

⁴⁴ James Duncan, *The City as Text: the Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 17. Trevor Barnes y James Duncan (dir.), *Writing Worlds*, Nueva York, Routledge, 1992, p. 6.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 17.

⁴⁶ Trevor Barnes y James Duncan (dir.), *Writing Worlds, op. cit.*, p. 5.

asociaciones de similitud entre dos o más cosas y que permiten describir, asociar o hacer una referencia entre elementos que normalmente pertenecen a ámbitos distintos.

Los textos toman sentido cuando son leídos por individuos que pertenecen a comunidades textuales, es decir, por miembros de comunidades que configuran sus imaginarios con base en elementos comunes. La percepción, representación y transformación del paisaje son prácticas de significación que se van construyendo al mismo tiempo que se van leyendo.

Desde esta perspectiva, el paisaje va más allá de las formas de la superficie terrestre. Tiene connotaciones simbólicas e implicaciones desde el punto de vista cultural. Para el caso de los centros comerciales, la estructura arquitectónica adquiere sentido por medio del consumo, ya sea a través de la compraventa de mercancías o servicios, como por el hecho de pasear, encontrarse con amigos o utilizarlo con fines de esparcimiento. Ahí se hacen presentes los deseos, valores y circunstancias. En estos lugares se establecen relaciones sociales permeadas por la lógica del capital. Lo material produce metáforas de lo intangible.

En síntesis, si consideramos al centro comercial como un paisaje que puede ser leído como texto, podemos destacar tres niveles de lectura que configuran una interpretación de dichos lugares: las metáforas, las narraciones y los discursos.

Las metáforas constituyen el primer nivel de lectura en un centro comercial, el más elemental y que apela de una forma más directa al deseo. De acuerdo con Sarup⁴⁷, Lacan afirma que el ser humano tiene una habilidad metafórica que lo lleva a otorgarle diversos significados a un mismo elemento. En este sentido, las metáforas constituyen desplazamientos del lenguaje que otorgan sentido.

En el caso del centro comercial, el espacio arquitectónico está lleno de metáforas, sobre todo visuales, construidas a partir de objetos, cuerpos, texturas, colores e intensidades de iluminación. La combinación de negro con dorado se interpreta como elegancia, el color sepia remite a lo antiguo, el rosa se asocia a lo femenino y el azul a lo masculino. El mármol es elegante y una cuerda es deportiva o casual. La belleza de una mujer se representa con un cuerpo joven, delgado, de tez blanca, ojos claros, cabello rubio y largo; lo atractivo de un caballero también está en su juventud y facciones físicas, en el traje, en su reloj, en el uso de ropa deportiva y en una cara rasurada o con muy poca barba. A diferencia de los años cincuenta, las mujeres ya no se muestran con delantal, rodillo o sartén, y el amor ya no es necesariamente heterosexual.

⁴⁷ Madan Sarup, *Post-structuralism and Post modernism*, Essex, Longman, 1993, p. 9.

En los centros comerciales, la gente camina por los pasillos despreocupada, va acompañada de su familia y amigos, entran a las tiendas, miran ropa, se la prueban, se reúnen en el café, van a comprar un helado o al cine. Pareciera como si vivieran en un país alterno al que aparece en las noticias o al que se mira en la calle. Los cuerpos son metáforas, en tanto pueden ser interpretados a partir de los deseos (de ser, pertenecer, parecer).

Las imágenes que acompañan a los objetos (personas, mercancías o servicios), los vinculan con la belleza, elegancia, riqueza, estatus, moda y tranquilidad, entre otros; son modelos seductores y despreocupados que marcan las pautas del deseo. Si bien, en un acto de razonamiento no hay lógica en el hecho de asociar el uso de cierta ropa o de un perfume con la belleza o la fama de la modelo, o la compra de cierto auto con la popularidad del hombre ante las mujeres, de alguna manera, en un mundo de fantasías, la adquisición de ciertos productos está motivada por la fantasía de obtener algo diferente a la funcionalidad del objeto.

En el caso de México, en términos de lenguaje, destaca que muchos nombres de tiendas son en inglés, francés, italiano, alemán o la simulación de alguno de ellos (como en Häagen-Dazs). Independientemente de que pueda tratarse de marcas extranjeras, su uso puede trasladar al paseante a otro país en la imaginación, como suelen hacerlo los centros comerciales en su estandarización arquitectónica. De manera tal que entre las tiendas, marcas y franquicias presentes están Nine West, Banana Republic, American Eagle Outfitters, Daylight Salads, Dynasty Chinese Food, High Life, L'Occitane en Provence, Ives Rocher France, Lieb Tobacco, por mencionar algunas.

El segundo nivel de lectura corresponde a las narraciones. Los mensajes promueven a los objetos con adjetivos que nada tienen que ver con su funcionalidad; muchas veces el idioma usado es el inglés. “*Truth or dare*”, dice el slogan de un perfume; “*Just do it*”, anuncia Nike. Algunas ofertas se anuncian con *sale*, aunque eso no signifique que los productos sean más baratos.

El mensaje en una tienda deportiva implica que el uso de sus productos equivale o es parte de hacer ejercicio; el uso de ropa cara puede ser leído como la riqueza de quien la porta. El mensaje predominante en los centros comerciales es el que impulsa al consumidor a comprar. No importa la razón: para ser, para pertenecer, para no sentirse solo. “Soy totalmente Palacio”, “Liverpool es parte de mi vida”, “Sears me entiende”, “solo, solo Sanborns”, “Suburbia la moda al mejor precio”.

También está la narración implícita que identifica a los centros comerciales con una plaza de ciudad, no solo en el ámbito académico, sino también en el de los consumidores. Como se dijo anteriormente,

esto se basa en el hecho que estos lugares no solo ofrecen mercancías y servicios, sino que son utilizados de múltiples formas. Ahí se realizan muchas actividades que tradicionalmente ocurrían en una plaza de ciudad, pero con algunas diferencias. Destaca un ambiente que transmite mayor seguridad, la facilidad de contar con un estacionamiento, una mayor accesibilidad y un ambiente controlado, orientado a la despreocupación y el placer. Aunque todo esté encaminado a la compraventa de productos y servicios, el lugar se presenta como un espacio para pasear, encontrarse con amigos, divertirse y a la vez resolver trámites administrativos o ir al banco. A pesar de que la Ciudad de México cuenta con numerosos parques (más en el poniente que en el oriente) y plazas públicas, los visitantes de los centros comerciales afirman que los centros comerciales son opciones más viables, en tanto las consideran más seguras.

Federico Medina (1998: 64) critica la idea de asociar el centro comercial con una plaza de ciudad o a las calles peatonales de algún centro urbano, pues considera que “sus pasajes interiores, sus corredores peatonales no se pueden pensar como una copia de las calles de la ciudad, ni de sus sitios de encuentro, con sus cafés y lugares de descanso, como un remedo de la plaza. El centro comercial no reproduce en pequeña escala los grandes esquemas participativos urbanos, ni la vida en comunidad que le da sentido a la ciudad”. Este autor destaca el hecho que son espacios cerrados sobre sí mismos y, por ende, que se alejan de la ciudad misma.

El encierro ayuda a generar una atmósfera propia y a construirse como universos que se rigen bajo la lógica del consumo. Más allá de la importancia económica de estos lugares, son lugares vividos, percibidos y concebidos a partir de ciertos imaginarios dominantes en la era del capitalismo.

Aunque concuerdo con el hecho que la plaza de ciudad tiene implicaciones políticas, de construcción de la ciudadanía y de espacio público que no logran reproducirse al interior del centro comercial, pues su función es primordialmente comercial, creo que estos lugares lograron posicionarse como subcentros urbanos en la estructura de las ciudades en las últimas décadas. Sin embargo, considero que este hecho se debe, más que a la multifuncionalidad de su espacio interior, a que el consumo tiene un lugar central en la sociedad capitalista.

El consumo es el marco por excelencia del tercer nivel de lectura, el de los discursos. En la llamada sociedad postindustrial, el consumo, el turismo y el esparcimiento han sido identificados entre los principales motores del crecimiento económico. En un centro comercial se concentran las tres actividades. El consumo es, además, una importante forma de construir la identidad, particularmente en ciertos grupos

sociales, donde destacan los urbanos, los jóvenes y las clases medias y altas.

El consumo se colocó en el centro de la vida cotidiana y actualmente forma parte esencial de los códigos con los cuales la sociedad construye sus imaginarios, delinea sus deseos, moldea sus prácticas cotidianas y construye lugares. Dichos imaginarios se combinan con los intereses del capital, con la postura de los gobiernos y con las imágenes que se promueven de la ciudad, para conformar un territorio, cuya esencia es la separación, la desarticulación y el aislamiento.

Conclusiones

Los centros comerciales son lugares de consumo, en los cuales la acción de gastar dinero tiene más que ver con satisfacer ciertos deseos, con darse pequeños lujos y con adoptar imágenes de la persona, que con atender los requerimientos elementales del ser humano. Desde este punto de vista, el consumo es una actividad placentera más que una práctica necesaria.

El diseño arquitectónico fundamentado en la segregación con respecto al entorno urbano es importante para configurar un lugar marcado por el deseo y no por la racionalidad. El encierro es una forma de establecer nuevas reglas, pues queda implícita la separación que hay con la calle y sus espacios. Mientras mejor se puedan controlar todos los elementos del interior, más fácil será crear sensaciones que motiven el consumo. Un complejo arquitectónico cerrado y aislado facilita la creación de un mundo diferente al que el visitante ha dejado afuera. La pérdida del referente de su vida cotidiana cuando está en ese lugar apoya la posibilidad de que la olvide.

El consumo se estableció bajo la premisa de que era una forma de reactivar la economía en la posguerra. Sin embargo, resultó un éxito económico en términos de la acumulación de capital y de ahí que se haya afianzado, consolidado y dispersado hacia otras regiones del planeta. La centralidad de los *malls* no se debe a su función dentro de la estructura urbana, sino al lugar predominante en el cual se ha posicionado la lógica del consumo en la sociedad capitalista actual. En este sentido, la publicidad pasó de ser un instrumento para promover objetos o servicios a ser un instrumento productor de identidades, de formas de vida, de valores estéticos e incluso de paisaje urbano.

Las dinámicas espaciales en tiempos del consumo se producen porque el centro comercial, como paisaje, es el soporte material de la sociedad de consumo; se acompaña de metáforas, discursos y narraciones, que moldean las relaciones sociales y producen prácticas cotidianas, que a su vez dejan su impronta en el paisaje.

Entre las narraciones destaca el mensaje que el consumo lleva a un mejor nivel de vida, entendiendo por esto belleza, lujo, comodidad y estatus. También se transmite una idea de pertenencia, de identidad a un cierto grupo social y de segregación con respecto a otro, que habita donde están los problemas cotidianos, la inseguridad, la pobreza y el deterioro ambiental. Paradójicamente, el consumismo produce estas realidades de las cuales se pretende escapar. En un país marcado por la pobreza, la marginación y la inseguridad, nada al interior del centro comercial remite a un espacio de justicia ni de respeto por la naturaleza.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, René (dir.), *Relaciones Geográficas del siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984-1987.
- AGUILAR, Alexandra, “Algunas consideraciones teóricas en torno al paisaje como ámbito de intervención institucional”, *Gaceta Ecológica*, n° 79, 2006, p. 5-20.
- AGUILAR, Miguel, *Land use, land tenure and environmental change in the jurisdiction of Santiago de los Valles de Oxitipa, Eastern New Spain, Sixteenth to Eighteenth Century*, Austin, University of Texas, 1999.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “Cómo abordar una historia de las culturas subalternas en México”, en GIMÉNEZ, Gilberto, (dir.), *El retorno de las culturas populares en las ciencias sociales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Sociales, 2017, p. 51-81.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 192.
- ANDERSON, Ben, “Affect and emotion”, *The Wiley-Blackwell companion to cultural geography*, Londres, Wiley Oxford, 2013, p. 452-464.
- ARAMONI BURGUETE, María Elena, *Talokan Tata, Talocan Nana: nuestras raíces. Hierofanías y testimonios de un mundo indígena*, México, CONACULTA, 1990.
- ARDELEAN, Ciprian, BECERRA-VALDIVIA, Lorena, WILLERSEV, Eske, “Evidence of human occupation in Mexico around the Last Glacial Maximum”, *Nature*, n° 584, 2020, p. 87-92.
- ARGULLOL, Rafael, *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*, Barcelona, Acantilado, 2008.
- ARMILLAS, Pedro, “Gardens on swamps”, *Science*, vol. 174, n° 4010, 1971, p. 653-661.
- , “La ecología del colonialismo en el Nuevo Mundo”, *Revista de Indias*, n° 171, 1983, p. 5-9.
- , “Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica. Cultivos de riego y humedad en la Cuenca del Río Balsas”, *Anales del INAH*, n° 3, 1949, p. 85-113.
- ARROYO-CABRALES, Joaquín, CARREÑO, Ana Luisa, LOZANO-GARCÍA, Socorro, MONTELLANO-BALLESTEROS, Marisol, *et al.*, “La diversidad en el pasado”, *Capital natural de México*, vol. I, *Conocimiento actual de la biodiversidad*, México, CONABIO, 2008, p. 232-233.
- AUSTIN, John L., *Como hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 1990.
- BARABAS, Alicia (dir.), *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México*, vol. I, México, INAH, 2003.
- BARNES, Trevor, DUNCAN, James (dir.), *Writing Worlds*, Nueva York, Routledge, 1992.
- BARRAGÁN, Esteban, ORTIZ, Juan, TOLEDO, Alejandro (dir.), *Patrimonios. La cuenca del río Tepalcatepec*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno de Michoacán, 2007.

El petate y la jícara

- BARRERA DE LA TORRE, Gerónimo, “El paisaje de Real de Catorce: un despojo histórico”, *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía*, n° 81, 2013, p. 110-125.
- BÉGUIN, Albert, *El alma romántica y el sueño*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- BENAVENTE O MOTOLINÍA, Fray Toribio de, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.
- BÉNICHOU, Paul, *Los magos románticos*, prólogo de Philippe Olle-Laprune, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- BERLIN, Isaiah, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- BERNAL, María Elena, “Carving Mountains in a Blue/Green Bowl: Mythological Urban Planning in Mesoamerica”, PhD Dissertation, Austin, University of Texas, 1993.
- , “The life and Bounty of the Mesoamerican Sacred Mountain”, en GRIM, J., TUCKER, M. (dir.) *Indigenous Traditions and Ecology: The Interbeing of Cosmology and Community*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, p. 325-349.
- , GARCÍA-ZAMBRANO, Ángel Julián, “El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos: contexto teórico-historiográfico”, en FERNÁNDEZ-CHRISTLIEB, Federico, GARCÍA-ZAMBRANO, Ángel Julián (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 168-227.
- BERQUE, Augustin, “El Origen del paisaje”, *Revista de Occidente*, 1997, n° 189, p. 7-21.
- , *El pensamiento paisajero*, México, Biblioteca Nueva, 2009.
- BERTRAND, George, “Paysage et géographie physique globale. Esquisse méthodologie”, *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-ouest*, vol. 39, 1968, p. 249-272.
- BLANTON, Richard, FEINMAN, Gary, KOWALESKI, Stephen, PEREGRINE, Peter (dir.), *Ancient Mesoamerica: A comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- BOCCO, Gerardo, PALACIO, José Luis, “Utilidad de la cartografía geomorfológica en la evaluación y planeación del territorio”, *Anuario de Geografía*, n° 22, 1982, p. 29-40.
- , TOLEDO-MANZUR, Víctor M., “Integrating peasant knowledge and Geographic Information Systems: A spatial approach to sustainable agriculture in developing countries”, *Indigenous Knowledge and Development Monitor*, vol. 5, n° 2, 1997, p. 10-13.
- , VELÁZQUEZ, Alejandro, TORRES, Alejandro, SIEBE, Cristina, “Geomorfología y recursos naturales en comunidades rurales. El caso de Nuevo San Juan Parangaricutiro, Michoacán”, *Geografía y Desarrollo*, n° 16, 1998, p. 71-84.
- , PRIEGO, Ángel, COTLER, Helena, “La geografía física y el ordenamiento ecológico del territorio. Experiencias desde México”, *Gaceta Ecológica*, n° 76, 2005, p. 23-34.
- , MENDOZA, Manuel, PRIEGO, Ángel, BURGOS, Ana (dir.), *La cartografía de los sistemas naturales como base geográfica para la planificación territorial. Una revisión de la bibliografía*, México, Instituto Nacional de Ecología, 2010.
- BOEHM-SCHONDUBE, Brigitte, “El lago de Chapala, su ribera norte. Un ensayo de lectura cultural”, *Relaciones*, vol. 21, n° 85, 2001, p. 57-83.

Bibliografía

- BOLLO, Manuel, HERNÁNDEZ, José Ramón “Paisajes físico-geográficos del noroeste del estado de Chiapas”, *Investigaciones geográficas*, n° 66, 2008, p. 7-24.
- BONNEFOY, Yves, *El siglo de Baudelaire*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- BRAUDEL, Ferdinand, “La longue durée”, *Annales*, octubre-décembre 1958, p. 725-753.
- BRODA, Johanna, “Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica”, en BRODA, Johanna, IWANISZEWSKI, Stanislaw, MAUPOMÉ, Lucrecia (dir.), *Arqueoastronomía y Etnoastronomía en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 461-500.
- , “El culto mexica de los cerros y el agua”, *Multidisciplina*, vol. 3, n° 7, 1982, p. 45-56.
- , “The Sacred Landscape of Aztec Calendar Festivals: Myth and Society”, en CARRASCO, David (dir.), *To Change Place: Aztec Ceremonial Landscapes*, Niwot, University Press of Colorado, 1991, p. 74-120.
- , IWANISZEWSKI, Stanislaw, MONTERO, Arturo, (dir.), *La montaña y el paisaje ritual*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2001.
- , IWANISZEWSKI, Stanislaw, MAUPOMÉ, Lucrecia (dir.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, Mexico, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1991.
- BRUNET, Roger, “Análisis del paisaje y semiología”, en Gómez, J., Muñoz, J., Ortega N. (dir.), *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza, p. 485-493.
- BUTTNER, Anne, “Grasping the dynamism of lifeworld”, *Annals of the American Geographers*, vol. 66, 1976, p. 277-292.
- BUTZER, Karl, BUTZER, Elizabeth, “The Sixteenth-Century Environment of the Central Bajío: Archival Reconstruction from Colonial Land Grants and the Question of Spanish Ecological Impact”, en MATHEWSON, Kent (dir.), *Culture, Form and Place: Essays in Cultural and Historical Geography*, Baton Rouge, Louisiana State University, 1993, p. 89-124.
- BYCHKOVA-JORDAN, Bella, JORDAN-BYCHKOV, Terry G., “Ethnogenesis and Cultural Geography”, *Journal of Cultural Geography*, n° 21(1), 2005, p. 3-17.
- CABRALES, Luis Felipe, “La ciudad imaginada: el paisaje neoclásico en Guadalajara y sus productores”, *Investigaciones geográficas*, n° 86, 2015, p. 82-97.
- CABRERA, Rafael, “El ‘boom’ de los centros comerciales en CDMX: 108 plazas nuevas en 12 años”, *Aristegui noticias*, 14 de julio de 2018, <https://aristeguinoticias.com/1407/mexico/el-boom-de-los-centros-comerciales-en-cdmx-108-plazas-nuevas-en-12>, consultado el 15 de noviembre de 2019.
- CAMERON, Emilie, “New geographies of story and storytelling”, *Progress in Human Geography*, vol. 36, n° 5, 2012, p. 573-592.
- CAMPOS, Minerva, VELÁZQUEZ, Alejandro, BOCCO, Gerardo, SKUSTCH, Margaret, BOADA, Martí, PRIEGO-SANTANDER, Ángel, “An interdisciplinary approach to depict landscape change drivers: A case study of the Ticuiz agrarian community in Michoacan, Mexico”, *Applied Geography*, vol. 32, n° 2, 2012, p. 409-419.
- CARBAJAL, Julio, HERNÁNDEZ, José Ramón, BOLLO, Manuel, “Paisajes físico-geográficos del circuito turístico Chilpancingo-Azul, estado de Guerrero, México”, *Investigaciones geográficas*, n° 73, 2010, p. 71-85.
- CÁRDENAS GÓMEZ, Erika Patricia, “Migración interna e indígena en México: enfoques y perspectivas”, *Intersticios sociales*, n° 7, 2014, p. 1-28.

El petate y la jícara

- CARPENTER, Horace, *Shopping Center Management*, Michigan, International Council of Shopping Centers, 1978.
- CARR, Jean, "The Social Aspects of Shopping. Pleasure or Chore? The Consumer Perspective", *The Royal Society for Encouragement of Arts, Manufactures and Commerce*, vol. 138, n° 5403, 1990, p. 189-197.
- CARRASCO, Pedro, "El barrio y la regulación del matrimonio en un pueblo del valle de México en el siglo XVI", *Revista mexicana de estudios antropológicos*, n° 17, 1961, p. 7-26.
- CARRERA, Magali, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth century Mexico*, North Carolina, Duke University Press, 2011.
- CASSIRER, Ernst, *Filosofía de las formas simbólicas*, prólogo de Mauricio Beuchot, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 2013.
- CECEÑA ÁLVAREZ, René, "Historia y geografía. El fundamento epistémico de su complementariedad epistemológica", en BERENZON-GORN, Boris, CALDERÓN-ARAGÓN, Georgina (dir.), *Coordenadas sociales. Más allá del tiempo y el espacio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 2005, p. 223-248.
- CELIS GALINDO, Dante, "Las empresas constructoras de los centros comerciales Delta y CETRAM El Rosario como productoras de espacio urbano", tesis para optar por el grado de doctor en Geografía, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 2019.
- CERVANTES, Jorge F., "Los estudios geocosisistémicos y su base metodológica", *Primer Congreso Interno del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 1983, p. 90-105.
- , "Reseña general sobre la investigación sistémica del medio natural", *Boletín del Instituto de Geografía*, n° 9, 1979, p. 7-25.
- CHANFÓN-OLMOS, Carlos, *Historia de la arquitectura y del urbanismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Arquitectura, 1997.
- CHANFRAULT-DUCHET, Marie-Françoise, "Le système interactionnel du récit de vie", *Sociétés*, vol. 18, mai 1988, p. 26-31.
- CHARTIER, Roger, *Sociedad y escritura en la edad moderna*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1995.
- CHAVARÍN, Marco Antonio, RODRÍGUEZ, Yliana (dir.), *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, México, El Colegio de San Luis/Instituto de Investigaciones Filológicas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- CHECA, Martín y SUNYER, Pere (dir.), *El paisaje: reflexiones y métodos de análisis*, México, UAM-Iztapalapa/Ediciones Lirio, 2017.
- , GARCÍA, Armando, SOTO, Paula, SUNYER, Pere (dir.), *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Iztapalapa/Tirant Lo Blach, 2014.
- CHIAPPY, Carlos, GAMA, Lilly, GIDDINGS, Lorrain, RICO-GRAY, Víctor, VELÁZQUEZ, Alejandro, "Caracterización de los paisajes terrestres actuales de la península de Yucatán", *Investigaciones Geográficas*, n° 42, 2000, p. 28-39.
- CHIVALLON, Christine, "L'espace, le réel et l'imaginaire : a-t-on encore besoin de la Géographie culturelle ?", *Annales de géographie*, vol. 2, 2008, p. 67-89.

Bibliografía

- CHUECA-GOITIA, Fernando, *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- CIFUENTES, Bárbara, *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1998.
- CLARK DE LARA, Belem, SPECKMAN, Elisa, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- CLAVAL, Paul, *La géographie culturelle*, Paris, Nathan Université, 1995, p. 145-150.
- , *La geografía cultural*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1999.
- , *La conquête de l'espace américain*, Paris, Flammarion, 1989.
- , “¿Geografía Cultural o abordaje cultural en Geografía?”, en ZUSMAN, Perla, HAESBAERT, Rogério, CASTRO, Hortensia, ADAMO, Susana (dir.), *Geografía culturales. Aproximaciones, intersecciones y desafíos*, Buenos Aires, Editorial Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2011, p. 293-313.
- CODEX TELLERIANO-REMENSIS, Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- CODICE VATICANO*, A. 3738, México, Fondo de Cultura Económica/Akademische Druck und Verlagsanstalt, 1996.
- CONTRERAS, Camilo, “Construcción del patrimonio: la movilización de la memoria colectiva en localidades mineras de Coahuila, México”, *Intervención*, vol. 8, n° 16, 2017, p. 70-81.
- , “Pensar el paisaje. Explorando un concepto geográfico”, *Trayectorias*, vol. 7, n° 17, 2005, p. 57-69.
- , *Espacio y sociedad*, México, El Colegio de Frontera Norte, 2002.
- CORDERO DÍAZ, Blanca, “El Valle de Los Reyes: vida y trabajo en torno a la caña de azúcar”, en BARRAGÁN, Estaban (dir.), *Frutos del campo michoacano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999.
- COSGROVE, Denis, “Place, Landscape, and the Dialectics of Cultural Geography”, *The Canadian Geographer/Le Géographe canadien*, vol. XXII, n° 1, 1978, p. 67.
- , “Geography is everywhere: Culture and symbolism in human landscapes”, en GREGORY, Derek, WALDORF, Rex (dir.), *Horizons in Human Geography*, Londres, MacMillan, 1989.
- , *Social formation and Symbolic Landscape*, Londres y Sydney, Croom Helm, 1984.
- , JACKSON, Peter, “New Directions in Cultural Geography”, *Area*, vol. 19, n° 2, 1987, p. 95-101.
- CRAWFORD, Osbert G. S., *Archaeology in the field*, Londres, Phoenix House, 1953.
- CRESPI, Franco, *Acontecimiento y estructura: Por una teoría del cambio social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.
- CRESPO, Horacio (dir.), *Historia del azúcar en México*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols., 1988.
- DARNTON, Robert, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.
- DAWSON, John, LORD, Dennis, *Shopping Centre Development Longman*, New York, Routledge, 2013.
- DE ITA, Lourdes, *Viajeros isabelinos en la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

El petate y la jícara

- DE LA FUENTE, Beatriz, "Homocentrism in Olmec Monumental Art", *Olmec Art of Ancient Mexico*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1996, p. 41-49.
- DEHOUE, Danièle, *Entre el caimán y el jaguar. Los pueblos indios de Guerrero*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2002.
- DEL PALACIO, Celia, "Las décimas de Sotavento, el fandango y el son", en Silva López, Gilberto, Vargas Montero, Guadalupe, Velasco Toro, José (dir.), *De padre río y madre mar. Reflejos de la cuenca baja del Papaloapan*, Veracruz, t. II, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, 1998.
- DEMANGEON, Alberto, *Problemas de Geografía Humana*, Barcelona, Ediciones Omega, 1963.
- DESCOLA, Philippe, "Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social", en DESCOLA, Philippe, PÁLSSON, Gisli (dir.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, México, Siglo XXI, 2001, p. 101-123.
- DEWSBURY, John David, HARRISON, Paul, ROSE Mitch, WYLIE, John, "Enacting geographies", *Geoforum*, vol. 33, 2002, p. 437-40.
- DI MEO, Guy, "Géographies tranquilles du quotidien. Une analyse de la contribution des sciences sociales et de la géographie à l'étude des pratiques spatiales", *Cahiers de Géographie du Québec*, vol. 43, n° 118, 1999, p. 75-93.
- , "L'identité : une médiation essentielle du rapport espace/société", *Géocarrefour*, vol. 77, n° 2, 2002.
- , "Une géographie sociale entre représentations et action", *Montagnes méditerranéennes et développement territorial*, n° 23, 2008, p. 13-21.
- , SAUVAITRE, Claire, SOUFFLET, Fabrice, "Les paysages de l'identité (le cas du Piémont béarnais, à l'est de Pau)", *Géocarrefour*, vol. 79, n° 2, 2004.
- DIAMOND, Jared, *Guns, Germs and Steel. A short History of Everybody for the Last 13,000 Years*, Surrey, Vintage, 1997.
- DÍAZ, Clementina, "El café: refugio de literatos, políticos y de muchos otros ocios", en CLARK DE LARA, Belem, SPECKMAN, Elisa (dir.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 2005, p. 76-88.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher, *La literatura mexicana del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2018.
- DOOLITTLE, William E., *Canal Irrigation in Prehistoric Mexico: The Sequence of Technological Change*, Austin, The University of Texas Press, 1990.
- DUNCAN, James S., *The city as a text: the politics of landscape interpretation in the kandyam kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Olwig, K. R., *Landscape, Nature, and the Body Politic*, Madison Wisconsin, University of Wisconsin Press, 2002.
- , "The superorganic in American cultural geography", *Annals of the Association of American Geographers*, n° 70, 1980, p. 181-198.
- , Nancy G. Duncan, "Sense of place as a positional good: Locating Bedford in Space and Time", en ADAMS, Paul, HOELSCHER, Steven, TILL, Karen (dir.), *Textures of Place: Exploring Humanist Geographies*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001, p. 41-54.
- , LEY David, *Place/culture/representation*, Londres, Routledge, 1993.
- ÉLISÉE, Reclus, *El hombre y la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- ENGELS, Federico, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Marxist Internet Archive Publications, 2019 [1845].
- ESCALANTE GONZALBO, Pablo, "La polémica sobre la organización de las comunidades de productores", *Nueva Antropología*, n° 38, 1990, p. 147-162.

Bibliografía

- ESCOBAR, Arturo, "After Nature. Steps to an Anti-essentialist Political Ecology", *Current Anthropology*, vol. 40, n° 1, 1999, p. 1-30.
- FEINMAN, Gary, "The Economic Underpinnings of Prehispanic Zapotec Civilization", en MARCUS, Joyce, STANISH, Charles (dir.), *Agricultural Strategies*, Los Ángeles, UCLA, 2006.
- FERNÁNDEZ, Teresita, *Frontera y asentamientos humanos, morfología del oriente de Michoacán en el siglo XVI*, Morelia, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Michoacán, 2008.
- FERNÁNDEZ-CHRISTLIEB, Federico, *Europa y el urbanismo neoclásico en la Ciudad de México. Antecedentes y esplendores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2000.
- (dir.), *Mexico, ville néoclassique. Les espaces et les idées d'aménagement urbain (1783-1911)*, Paris, L'Harmattan, 2002.
- , "Algunas fuentes para el estudio de la geografía cultural", en TÉLLEZ, Carlos, OLIVERA, Patricia (dir.), *Debates en la geografía contemporánea. Homenaje a Milton Santos*, Zamora, El Colegio de México, 2003, p. 85-102.
- , "Antecedentes para el estudio cultural del paisaje urbano en la Nueva España del siglo XVI", *GeoTrópico*, 2004, vol. 2, n° 3, geotropico.org/2_1_Fernandez.html.
- , "Geografía Cultural", en HIERNAUX, Daniel, LINDÓN, Alicia (dir.), *Tratado de Geografía Humana*, México, 2006, p. 220-253.
- , "¿Quién estudia el espacio? Una reflexión sobre la geografía y los intereses de las ciencias sociales", en CHÁVEZ, Martha, GONZÁLEZ, Octavio, VENTURA, María del Carmen (dir.), *Geografía y ciencias sociales. Una relación reexaminada*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2009, p. 107-130.
- , "Corogénesis", en FERNÁNDEZ-CHRISTLIEB, Federico, URQUIJO-TORRES, Pedro S. (dir.), *Corografía y escala local. Enfoques desde la geografía cultural*, p. 99-116, Morelia, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, 2012.
- , "El nacimiento del concepto paisaje y su contraste en dos ámbitos culturales: el Viejo y el Nuevo Mundo", en BARRERA-LOBATÓN, S., MONROY, J. (dir.), *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2014, p. 55-79.
- , "El paisaje como historiografía. La geografía cultural ante la lectura del espacio", en URQUIJO, Pedro, VIEYRA, Antonio, BOCCO, Gerardo (dir.), *Geografía e historia ambiental*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, 2017, p. 53-70.
- , GARZA MERODIO, Gustavo, "La pintura geográfica en el siglo XVI y su relación con una propuesta actual de la definición de paisaje", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. 218, n° 69, 2006, [_http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm](http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-69.htm).
- , URQUIJO, Pedro S., "Los espacios del pueblo de indios tras el proceso de congregación, 1550-1625", *Investigaciones Geográficas*, n° 60, 2006, p. 145-158.
- , GARCÍA-ZAMBRANO, Ángel J. (dir.), *Territorio y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- , URQUIJO, Pedro S., "El altepetl nahua como paisaje: un modelo geográfico para la Nueva España y el México Independiente", *Cuadernos geográficos*, n° 59(2), 2020, p. 221-240.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *El laberinto de la utopía. Una antología general*, México Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

El petate y la jícara

- FLORES-DOMÍNGUEZ, Ángel David, PRIEGO-SANTANDER, Ángel G., “Zonificación funcional ecoturística de la zona costera de Michoacán, México a escala 1:250 000”, *Revista Geográfica de América Central*, n° 2, 2011, p. 1-15.
- FLORÈZ, Adriana, “El objeto y sus pasiones”, *Mesa redonda organizada por Analyse Freudienne*, n° 11, Paris, Érès, 2005, p. 75-90.
- FORMAN, Richard T., GODRON, Michel, “Patches and structural components for a Landscape Ecology”, *Bioscience*, vol. 31, n° 1, 1981, p. 733-740.
- FRANCH-PARDO, Iván, URQUIJO, Perdo S., NAPOLETANO, Brian M., “Paisaje en México: bases conceptuales y aplicaciones. Una exploración bibliográfica, 2010-2019”, en URQUIJO, Perdo S., BONI, Andrew (dir.), *Huellas en el paisaje: Geografía, historia y ambiente en las Américas*, Morelia, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, 2020, p. 39-62.
- FREGOSO, Alejandra, VELÁZQUEZ, Alejandro, CORTÉS, Gonzalo, “La vegetación, sus componentes y un análisis jerárquico del paisaje”, en VELÁZQUEZ, Alejandro, TORRES, Alejandro, BOCCO, Gerardo (dir.), *Las enseñanzas de San Juan. Investigación participativa para el manejo de los recursos naturales*, México, Instituto Nacional de Ecología, 2003, p. 201-233.
- FROMM, Erich, *¿Tener o ser?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- FUENTES, Jesús, BOCCO, Gerardo, “El relieve como modelador y regulador de procesos en el paisaje”, en VELÁZQUEZ, Alejandro, TORRES, Alejandro, BOCCO, Gerardo (dir.), *Las enseñanzas de San Juan. Investigación participativa para el manejo de los recursos naturales*, México, Instituto Nacional de Ecología, 2003, p. 59-77.
- , BRAVO, Miguel, BOCCO, Gerardo, “Water balance and landscape degradation of an ungauged mountain watershed: Case study of the Pico de Tancitaro National Park, Michoacan, Mexico”, *Journal of Environmental Hydrology*, vol. 12, n° 5, 2004.
- FUENTES, Luis, “El paisaje en el piedemonte poblano de los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl”, *Boletín del Instituto de Geografía*, n° 6, 1975, p. 117-152.
- GALINDO TREJO, Jesús, “La astronomía prehispánica como expresión de las nociones de espacio y tiempo en Mesoamérica”, *Ciencias*, n° 95, 2009, p. 66-72.
- GALINIER, Jacques, *Una noche de espanto. Los otomíes en la oscuridad*, Tenango de Doria, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo/Société d’Ethnologie/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2016.
- GARCÍA, Arturo y Julio Muñoz, *El paisaje en el ámbito de la geografía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2002.
- GARCÍA CASTRO, René, *Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca. La negación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVIII*, México, El Colegio de México, 1999.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Fandango. El ritual del mundo jarocho a través de los siglos*, México, CONACULTA, Programa de Desarrollo Cultural del Sotavento, 2009.
- , *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, México, Fondo de Cultura Económica/Gobierno del Estado de Veracruz/Universidad Veracruzana, 2011.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.
- , *Las regiones de México. Breviario geográfico e histórico*, México, El Colegio de México, 2008.
- GARCÍA VALENCIA, Enrique Hugo, “Territorios en disputa y paisajes rituales: re-fracciones de globalización y nación en lo local, un caso tepehuá”, en NICOLAS,

Bibliografía

- ELLISON, MARTÍNEZ MAURI, Mónica (dir.), *Paisaje, espacio y territorio: reelaboraciones simbólicas y reconstrucciones identitarias en América Latina*, Quito-Paris, Abya Yala/Erea-CNRS, 2009, p. 198-218.
- GARCÍA ZAMBRANO, Ángel J., “Calabash Trees and Cacti in the Indigenous Riutal Selection of Environments for Settlement in Colonial Mesoamerica”, en GRIM, John A., TUCKER Mary E. (dir.), *Indigenous traditions and ecology: The interbeing of Cosmology and Community*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, p. 351-375.
- , *Paisaje mítico y paisaje fundacional en las migraciones mesoamericanas*, Cuernavaca, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2006.
- GARIBAY K., Ángel Ma., *Veinte himnos sacros de los nahuas, recogidos por Bernardino de Sahagún*, trad. de Ángel Ma. Garibay K., México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Historia, 1958, p. 29-31.
- GARIBAY, Claudio, BONI, Andrew, PANICO, Francesco, URQUIJO, Pedro S., “Corporación minera, colusión gubernamental y desposesión campesina: El caso de Goldcorp Inc. en Mazapil, Zacatecas”, *Desacatos. Revista de Antropología Social*, n° 44, 2014, p. 113-142.
- GASCA ZAMORA, José, “Centros comerciales de la Ciudad de México: el ascenso de los negocios inmobiliarios orientados al consumo”, *Eure*, vol. 43, n° 130, 2017, p. 77.
- GEISSERT, Daniel, ROSSIGNOL, Jean Pierre, *La morfoedafología en la ordenación de los paisajes rurales. Conceptos y primeras aplicaciones en México*, Xalapa, INIREB, 1987.
- GIBSON, Charles, *The Aztecs under Spanish Rule. A History of the Indians of the Valley of Mexico 1519-1810*, Stanford, Stanford University Press, 1964.
- GIGLIA, Angela, *El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación*, Barcelona, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 2012.
- GIMÉNEZ DE AZCÁRATE, Joaquín, RAMÍREZ, María Isabel, PINTO, Mario, “Las comunidades vegetales de la Sierra de Angangueo, estado de Michoacán, México: clasificación, composición y distribución”, *Lazaroa*, n° 24, 2003, p. 87- 111.
- , FERNÁNDEZ, Humberto, CANDELARIO, Tutopica, LIRA, Regina, LLANO, Manuel, “Diagnosis cultural y natural de la Ruta Huichol a Huiricuta: Criterios para su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial”, *Investigaciones Geográficas*, 2018, n° 96, <https://doi.org/10.14350/riig.59604>.
- GIMÉNEZ, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades”, en ROSALES, Rocío (dir.), *Globalización y regiones en México*, México, Porrúa, 2000, p. 19-52.
- , HÉAU, Catherine M., “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, *Culturales*, vol. 3, n° 5, 2007, p. 7- 42.
- GÓMEZ, Cristina, *Navegar con libros. El comercio de libros entre España y Nueva España (1750-1850)*, México, Trama Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- GÓMEZ DE SILVA, Guido, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 69.
- GONZÁLEZ RAMOS, Gildardo, *Los coras*, México, CONACULTA/Instituto Indigenista Interamericano, 1992.
- GOOD ESHELMAN, Catharine, “Trabajo, intercambio y la construcción de la historia: una exploración etnográfica de la lógica cultural nahua, *Cuicuilco*, vol. 1, n° 2, 1994, p. 139-153.
- , “El ritual y la reproducción de la cultura: ceremonias agrícolas, los muertos y la expresión estética entre los nahuas de Guerrero”, en BRODA, Joahanna, BÁEZ-

El petate y la jícara

- JORGE, Félix (dir.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, CONACULTA/Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 239-298.
- GOUROU, Pierre, *Introducción a la geografía humana*, Madrid, Alianza, 1973.
- GRATALOUP, Christian, “L’individu géographique”, en LÉVY, Jacques, LUSSAULT, Michel (dir.), *Logiques de l’espace, Esprit des lieux : Géographies à Cerisy*, Paris, Belin, 2000, p. 57-58.
- GRAULICH, Michel, “Los mitos mexicanos y mayas-quichés de la creación del Sol”, *Anales de Antropología*, vol. 24, 1987, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia/article/view/10008>.
- GRUEN, Victor, *Centers for the Urban Environment: survival of the cities*, New York, Van Nostrand Reinhold Company, 1973.
- GUERRA, François-Xavier, “Las mutaciones de la identidad en la América Hispánica”, en ANNINO, Antonio, GUERRA, François-Xavier (dir.), *Inventando la nación Iberoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 185-220.
- , *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica/Editorial Mapfre, 2014.
- GUEVARA, Sergio, LABORDE, Javier, SÁNCHEZ, Graciela (dir.), *Los Tuxtles. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Instituto de Ecología A. C., 2004.
- GUINARD, Pauline, *Géographies culturelles: Concepts, objets, méthodes*, Paris, Armand Colin, 2019.
- GUY, Clifford, LORD, Dennis, “Transformation of the city center”, en BROMLEY, Rosemary, COLIN, Thomas (dir.), *Retail Change*, Londres, UCL Press, 1993, p. 88-108.
- GUZMÁN RUÍZ, Gonzalo, “Centro comercial: Tienda departamental”, tesis para obtener el título de arquitecto, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Arquitectura, 1990.
- HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991.
- HARRIS, Marvin, *Materialismo cultural*, México, Siglo XXI, 1982.
- HARVEY, David, *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- , *París, capital de la modernidad*, Madrid, Editorial Akal, 2006.
- HEIDEGGER, Martin, “Construir, Habitar, Pensar”, *Revista Teoría*, 1975, <https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf> [Versión original de 1954, "Vorträge und Aufsätze", Verlag Günther Neske, Pfullingen].
- HERMANN-LEJARAZU, Manuel A., “Fronteras de la historia: Arqueología y Geografía histórica para el estudio de los pueblos de la Mixteca”, en URQUIJO, Pedro S., VIEYRA, Antonio, BOCCO, Gerardo (dir.), *Geografía e historia ambiental*, Morelia, CIGA/UNAM, 2017, p. 119-140.
- , “El entorno simbólico-territorial del Mapa de Teozacoalco: representación del paisaje y sus linderos”, *Anales de Antropología*, vol. 53, n° 2, 2019, p. 11-27.
- HERMITTE, Esther, *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, José de Jesús, *Paisaje y creación de valor. Las transformaciones de los paisajes culturales del agave y del tequila*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013.

Bibliografía

- HERNÁNDEZ-TREJO, Humberto, PRIEGO SANTANDER, Ángel G., LÓPEZ-PORTILLO, Jorge A., ISUNZA-VERA, Eduardo, “Los paisajes físico-geográficos de los manglares de la laguna de La Mancha, Veracruz, México”, *Interciencia*, vol. 31, n° 3, 2006, p. 211-219.
- HERNÁNDEZ-XOLOCOTZI, Efraím, “Exploración etnobotánica y su metodología. Xolocotzia. Obras de Efraím Hernández Xolocotzi”, *Geografía agrícola*, vol. 1, 1985, p. 163-188.
- HERSKOVITS, Melville, *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- HIERNAUX, Daniel, “Paisajes fugaces y geografías efímeras en la metrópolis contemporánea”, en NOGUÉ, J. (dir.), *La construcción social del paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- HILL, Jonathan D. (dir.), *History, power and identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, Iowa, University of Iowa Press, 1996.
- HIRTH, Kenneth G., “The Altepetl and Urban Structure in Prehispanic Mesoamerica”, en SANDERS, W. T., MASTACHE, A. G., COBEAN, R. H. (Eds.), *El urbanismo en Mesoamérica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Pennsylvania State University, 2003.
- HOFFMANN, Odile, *Rumbos y paisajes de Xico. Geografía de un municipio de la sierra veracruzana*, Xalapa, ORSTROM/Instituto de Ecología A. C., 1993.
- HUNTER, Richard, “Methodologies for reconstructing a Pastoral landscape. Land grants in Sixteenth-Century New Spain”, *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, vol. 43, n° 1, 2010, p. 1-13.
- ICHON, Alain, *La religión de los totonacas de la sierra*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1973.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA, *Archivo Histórico de Localidades, Geoestadísticas* http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/consulta_localidades.aspx.
- INGOLD, Tim, “Culture and the perception of the environment”, en CROLL, Elisabeth, PARKIN, David (dir.), *Bush Base. Forest Farm*, London, Routledge, 1992, p. 39-56.
- ISACHENKO, Anatolii Grigorevich, *Principles of Landscape Science and Physical Geographic Regionalization*, Melbourne, Melbourne University Press, 1973.
- ISAR, Nicoletta, “Chorography-A Space for Choreographic Inscription”, *Bulletin of the Transilvania University of Brasov*, vol. 2, n° 51, 2009, p. 263-268.
- IWANISZEWSKI, Stanislaw, “El paisaje como relación”, en Stanislaw Iwaniszewski y Silvini Vigliani (dir.), *Identidad, paisaje y patrimonio*, ENAH/INAH/CONACULTA, 2011, p. 23-37.
- JACKSON, Edgar, “Shopping and leisure: implications of West Edmonton Mall for leisure and for leisure research”, *The Canadian Geographer*, vol. 35, n° 3, 1991, p. 280-287.
- JACKSON, John B., *Discovering the Vernacular Landscape*, New Haven, Yale University Press, 1984.
- , *A Sense of Place, a Sense of Time*, New Haven, Yale University Press, 1994.
- JACKSON, Peter, *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, New York, Routledge, 1995.
- JAVEAU, Claude, “Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones acerca de los síndromes de Lamartine y de Proust”, en LINDÓN, Alicia (dir.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Barcelona, Anthropos, 2000, p. 171-186.

El petate y la jícara

- JOHNSTON, Ronald J., GREGORY, Derek, SMITH, David M. (dir.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000.
- JORALEMON, Peter David, "The Search of Olmec Cosmos: Reconstruction of the World View of Mexico's First Civilization", *Olmec Art of Ancient Mexico*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1996, p. 51-60.
- KALIFA, Dominique, *Los bajos fondos. Historia de un imaginario*, México, Instituto José María Luis Mora/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2018.
- KIRCHHOFF, Paul, "Los recolectores-cazadores del norte de México", *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1943, p. 133-144.
- , "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Suplemento de la revista Tlatoani*, n° 3, 1969 [1943], p. 2-12.
- KNAB, Tim, "Talocan Talmanic: Supernatural Beings of the Sierra de Puebla", *Actes du XLII^e Congrès International de Américanistes*, vol. VI, Paris, 1979.
- KOWINSKI, William, *The Malling of America*, Bloomington, Xlibris corporation, 2002.
- KUBLER, George, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- KUSUHARA, Ikuo, *La tipología arquitectónica de la antigua hacienda mexicana y su relación con el clima del sitio*, tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Arquitectura, México, 2008.
- LACAN, Jacques, "Lo simbólico, lo imaginario y lo real", *Revista Argentina de Psicología*, año VII, n° 22, 1977, p. 11-27.
- LANDA, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa, 1982.
- LAS CASAS, Fray Bartolomé de, *Apologética historia sumaria cuanto a las cualidades, disposición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, maneras de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales, cuyo imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1967.
- LEFEBVRE, Henri, "Préface", en RAYMOND, Henri, HAUMONT, Nicole, DEZÈS, Marie-Geneviève, HAUMONT, Antoine (dir.), *L'habitat pavillonnaire*, Paris, L'Harmattan, 2001, p. 7-23.
- LEMPÉRIÈRE, Annick, "La historia urbana de América Latina, de las reformas borbónicas a los centenarios de la Independencia", en SOSA, Ignacio, CONNAUGHTON, Brian (dir.), *Historiografía latinoamericana contemporánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1999, p. 73-135.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Historia, 1959.
- , "Estratigrafía toponímica. Lengua y escritura", *Arqueología Mexicana*, n° 70, 2004, p. 26-31.
- , *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- LICATE, Jack A., *Creation of Mexican landscape: Territorial organization and settlement in the Eastern Puebla basin (1520-1605)*, Chicago, The University of Chicago Press, 1981.
- LINDÓN, Alicia, Hiernaux, DANIEL (dir.), *Los giros de la Geografía Humana: desafíos y horizontes*, Barcelona/México, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, 2010.

Bibliografía

- LION, Edgar, *Shopping Centers: Planning, Development and Administration*, New York, John Wiley and Sons, 1976.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1993.
- LITVAK, Jaime, “En torno al problema de la definición de Mesoamérica”, *Anales de Antropología*, n° 12, 1975, p. 171-195.
- LOCKHART, James, *The Nahuas after the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteen Centuries*, Stanford, California, Stanford University Press, 1992.
- , *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1980 y 1989.
- , “Los mexicas y su cosmos”, en MATOS MOCTEZUMA, Eduardo (dir.), *Dioses del México antiguo*, México, Antigua Colegio de San Ildefonso, 1995, p. 20-29.
- , *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996.
- , “Herencia de distancias”, en LUPO, Alessandro, LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (dir.), *Reflexiones sobre diálogos y silencios en Mesoamérica. Homenaje a Italo Signorini*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1998, p. 63-66.
- , “Modelos a distancia. Antiguas concepciones nahuas”, en DÍAZ, José Luis *et al.*, *El modelo en la ciencia y la cultura*, México, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México, p. 72-78, 2005.
- , “Ligas entre el mito y el ícono en el pensamiento cosmológico mesoamericano”, *Anales de Antropología*, n° 43, 2009, p. 9-50.
- , “Nota sobre la fusión y la fisión de los dioses en el panteón mexica”, *Anales de Antropología*, vol. 20, t. II, 1993, p. 75-87.
- , “El día que nació el Sol”, *Arqueología Mexicana*, 83 especial, 2018, p. 68-80.
- , “Los gigantes que viven dentro de las piedras: Propuesta metodológica”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 49, 2015, p. 161-197.
- , “Tiempo del ecúmeno, tiempo del anecúmeno”, en DE LA GARZA, Mercedes (dir.), *El tiempo de los dioses-tiempo. Concepciones de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios Mayas, 2015, p. 11-49.
- , *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- , LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2009, p. 32-36.
- , LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, *El pasado indígena*, México, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 2014.
- LÓPEZ LEVI, Liliana, *Centros comerciales. Espacios que navegan entre la realidad y la ficción*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1999.
- , “Geografía cultural y posmodernidad. Nuevas realidades, nuevas metodologías”, en OLIVERA, Patricia (dir.), *Espacio geográfico, epistemología y diversidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 2003, accessible en ligne

El petate y la jícara

- <https://geografiagastronomica.wordpress.com/2011/02/13/geografia-cultural-y-posmodernidad/>
- LOUISET, Odette, “Les villes invisibles”, *L’Infomation Géographique*, n° 653, 2001, p. 219-233.
- LUNA-GARCÍA, Antonio, “¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?”, *Documentos de Anales de Geografía*, n° 34, 1999, p. 69-80.
- MADERUELO, Javier, *El paisaje: génesis de un concepto*, Madrid, Abada Editores, 2005.
- MAGALONI, Diana, *Albores de la Conquista: la historia pintada del Códice Florentino*, México, Artes de México, 2016.
- MANN, Charles C., *New Revelations of the Americas Before Columbus*, Nueva York, Knopf, 2005.
- MANRIQUE, Leonardo (dir.), “Lingüística”, *Atlas Cultural de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Planeta, 1988.
- MANRÍQUEZ, Yurixhi, GARIBAY, Claudio, URQUIJO, Pedro S., “Resistencia ante proyectos energéticos: de la oposición local a la regionalización en la Sierra Norte de Puebla, México”, *Journal of Latin American Geography*, vol. 17, n° 1, 2018, p. 59-85.
- MANZO, Liliana y LÓPEZ, José, “Análisis geocosistémico de la cuenca del Río Temascaltepec, Estado de México”, *Investigaciones Geográficas*, n° 34, 1997, p. 31-40.
- MAPLES ARCE, Manuel *El paisaje en la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1944.
- MARCHAL, Jean Yves, PALMA, Rafael, *Análisis gráfico de un espacio regional*, Veracruz, Xalapa, INIREB/ORSTOM, 1984.
- MARCUS, Joyce, “Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religions”, en SHARER, Robert J., GROVE, David (dir.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 172-173.
- MARGO, Glantz, *La novela popular mexicana. Ensayos sobre literatura mexicana del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura prehispánica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.
- MARTÍNEZ, José Luis, “México en busca de su expresión”, *México, Historia general de México*, El Colegio de México, 1981, p. 1-56.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, *Madrid, Miradas sobre el paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.
- MAS, Jean François, CORREA, Jorge, “Análisis de la fragmentación del paisaje en el área protegida Los Petenes, Campeche, Chiapas”, *Investigaciones Geográficas*, n° 43, 2000, p. 42-59.
- MATHEWSON, Kent, “Carl Sauer and his critics”, en DENEVAN, William M., MATHEWSON, Kent (dir.), *Carl Sauer on Culture and Landscape: Readings and Commentaries*, Baton Rouge, LSU Press, 2009, p. 9-28.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, “La muerte del hombre por el hombre: El sacrificio humano”, en LÓPEZ LUJÁN, Leonardo y OLIVIER, Guilhem (dir.), *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 43-64.
- MCCLUNG DE TAPIA, Emily, ZURITA NORIEGA, Judith, “Las primeras sociedades sedentarias”, en MANZANILLA, Linda, LÓPEZ LUJÁN, Leonardo (dir.), *Historia Anti-*

Bibliografía

- gua de México, v. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas/Miguel Ángel Porrúa, 2000, p. 270-272.
- MCCAFFERTY, Geoffrey G., “Altepetl: Cholula's Great Pyramid as 'Water-Mountain'”, en STEINBRENNER, L., CRIPPS, B., GEORGOPULOS, M., CARR, J. (dir.), *Flowing Through Time: Exploring Archaeology through Humans and their Aquatic Environment*, Calgary AB, University of Calgary, 2008, p. 20-25.
- MEDINA CANO, Federico, “El centro comercial: una ‘burbuja de cristal’”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. IV, n° 008, 1998, p. 61-91.
- MEINIG, Donald W., *The Interpretation of Ordinary Landscapes*, New York, Oxford University Press, 1979.
- MELO, Carlos, *El paisaje geomorfológico mexicano en el atractivo natural de los parques nacionales*, México, Instituto de Geografía, UNAM, 1977.
- MELVILLE, Elinor G., *Plaga de ovejas. Consecuencias ambientales de la conquista de México*, México, Fondo de Cultural Económica, 1999.
- MENDOZA, Manuel, BOCCO, Gerardo, “Un acercamiento a la diversidad espacial de las unidades de paisaje costero”, *Jaina*, vol. 9, n° 3, 1998, p. 3-5.
- MENEGUS, Margarita, *Del señorío indígena a la república de indios. El caso de Toluca 1500-1600*, México, CONACULTA, 1994.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 2004.
- MIER Y TERÁN ROCHA, Lucía, *La primera traza de la Ciudad de México 1524-1535*, México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana, 1979.
- MIRABELL SILVA, Lorena, “Los primeros pobladores del actual territorio mexicano”, en MANZANILLA Linda, LÓPEZ LUJÁN, Leonardo (dir.), *Historia Antigua de México*, v. I, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas/Miguel Ángel Porrúa, 2000.
- MITCHELL, Don, “Landscape”, en ATKINSON, David, JACKSON, Peter, SIBLEY, David, WASHBOURNE, Neil (dir.), *Cultural Geography: a Critical Dictionary of Key Concepts*, Londres/Nueva York, Tauris, 2007.
- MOEN, Torill, “Reflections on the Narrative Research Approach”, *International Journal of Qualitative Methods*, vol. 5, n° 4, 2006, p. 60.
- MOLINA, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Madrid, Cultura Hispánica, 1944.
- MOLLÁ, Manuel, “Paisajes identitarios: México”, en MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo, ORTEGA CANTERO, Nicolás (dir.), *El paisaje: valores e identidades*, Madrid, Fundación Duques de Soria/Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, 2010, p. 105-115.
- MONSIVÁIS, Carlos, “La expresión radical de Ignacio Ramírez”, en MACIEL, David R., ROSEN JÉLOME, Boris (dir.), *Obras Completas de Ignacio Ramírez “El Nigromante”*, México, Centro de Investigación científica “Jorge L. Tamayo”, 1985.
- , “Del saber compartido en la ciudad indiferente. De grupos y ateneos en el siglo XIX”, en CLARK DE LARA, Belem, SPECKMAN GUERRA, E. (dir.), *La República de las letras. Asonos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- MORALES MARTÍNEZ, María Dolores, “La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos”, en MORENO TOSCANO, Alejandra (dir.),

El petate y la jícara

- La ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia*, México, SEP, INAH, 1978, p. 189-200.
- MORAN, Emilio F., *The ecosystem approach in Anthropology*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1990.
- MUNDY, Barbara E., *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago, Chicago University Press, 2000.
- NAVARRETE, Federico, *Las relaciones interétnicas en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- , *Los orígenes de los pueblos indígenas del valle de México. Los altépetl y sus historias*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 2011.
- , *Alfabeto del racismo mexicano*, México, Malpaso, 2013.
- NEFF, Eduard, “Landschaftsökologische Untersuchungen als Grundlage standortgerechter Landnutzung”, *Die Naturwissenschaften*, vol. 48, n° 9, Berlin, 1961.
- NOGUE, Joan, “La producción social y cultural del paisaje”, en MATA, Rafael, TARRROJA, Álex (dir.), *El paisaje y la gestión del territorio: criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*, Barcelona, Diputació Barcelona/Xarxa de municipis, 2006, p. 135-143.
- , “Intervención en imaginarios paisajísticos y creación de identidades territoriales”, en LINDON Alicia, HIERNAUX, Daniel (dir.), *Geografías de lo imaginario*, México, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana/Iztapalapa, 2012, p. 129-139.
- NOGUEZ, Xavier, *Attepetl, Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 12-13.
- OSBORNE Roger, *Civilization. A New History of the Western World*, Londres, Vintage, 2006.
- ORTEGUA CANTERO, Nicolás, “Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje”, en ORTEGUA CANTERO, Nicolás (dir.), *Naturaleza y cultura del paisaje*, Madrid, Colección de Estudios, Fundación Duques de Soria/UAM Ediciones, 2004, p. 9-35.
- , “Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)”, *Boletín de la A.G.E.*, n° 51, 2009, p. 25-49.
- ORTIZ, Benjamín, *La cultura asediada: espacio e historia en el trópico veracruzano (el caso del Totonacapan)*, Xalapa, CIESAS/Instituto de Ecología, 1995.
- ORTIZ-SOLORIO, Carlos, *Desarrollo de la etnoedafología en México*, Montecillos, Colegio de Posgraduados, 1990.
- , *Taxonomía contemporánea de tierras de dos grupos étnicos (aztecas y otomíes) en México*, Montecillos, Colegio de Posgraduados, 1993.
- ORTIZ, Mariana, *La forma de las ideas. Géneros literarios en la folletería. Nueva España, 1808-1820*, México, Trama editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- PACHECO, José Emilio, “Discurso de ingreso a El Colegio Nacional”, *La Redacción*, México, 12 de julio de 1986.
- PALACIO, Álvaro G., NORIEGA, Rodolfo, ZAMORA, Pedro, “Caracterización físico-geográfica del paisaje conocido como bajos inundables. El caso del Área Natural Protegida Balamkín, Campeche”, *Investigaciones geográficas*, n° 49, 2002, p. 57-73.
- PALERM, Ángel, “The Agricultural Basis of urban civilization in Mesoamerica”, *Irrigation civilizations: A comparative study*, Washington D. C., Pan American Union, 1955, p. 28-42.
- , *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle de México*, México, SEP/INAH, 1973.

Bibliografía

- PALTI, Elías, *Una arqueología de lo político. Regímenes de poder desde el siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.
- PAREDES, Carlos, “Gobierno y pueblos de indios en Michoacán en el siglo XVI”, en PAREDES, Carlos (dir.), *Arquitectura y espacio social en poblaciones purépechas de la época colonial*, México, IIH-UMSNH/CIESAS, 1998.
- PATTISON, William D., “The Four Traditions of Geography”, *Journal of Geography*, vol. 63, n° 5, 1964, p. 211-216.
- PERKINS, John, *Confessions of an Economic Hit Man*, San Francisco, Berret-Koehler Publishers, 2004.
- PHILO, Chris, “Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al ‘giro cultural’ y a la geografía social”, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, n° 34, 1999, p. 81-99.
- PINTOS PEÑARANDA, María Luz, “Fenomenología de la corporeidad emotiva como condición de la alteridad”, *Investigaciones Fenomenológicas*, n° 2, 2010, p. 149.
- PIÑA, Carlos, “Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico”, *Argumentos*, n° 7, agosto, 1989, p. 131-160.
- POPOL VUH. *Herramientas para una lectura crítica del texto k'iche'*, trad. de Michela E. CRAVERI, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios Mayas, 2013.
- PORTER-BOLLAND, Luciana, SANCHEZ, María del Consuelo, ELLIS, Eduard A., “La conformación del paisaje y el aprovechamiento de los recursos naturales por las comunidades mayas de La Montaña, Hopelchén, Campeche”, *Investigaciones Geográficas*, n° 66, 2008, p. 65-80.
- PRADILLA, Emilio, MARQUEZ, Lisett, CARREON, Saúl, FONSECA, Elías, “Centros comerciales, terciarización y privatización de lo público”, *Ciudades*, n° 79, 2008.
- PRICE, Marie, LEWIS, Martín, “The Reinvention of Cultural Geography”, *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 83, n° 1, 1993, p. 1-17.
- PRIEGO-SANTANDER, Ángel G., MORALES, Horacio, ENRIQUEZ, Carlos, “Paisajes físico-geográficos de la cuenca Lerma- Chapala”, *Gaceta ecológica*, n° 71, 2004, p. 11-22.
- , CAMPOS, Minerva, BOCCO, Gerardo, RAMIREZ-SANCHEZ, Luis Giovanni, “Relationship between landscape heterogeneity and plant species richness on the Mexican Pacific coast”, *Applied Geography*, n° 40, 2013, p. 171-178.
- , ESTEVE-SELMA, Miguel Ángel, “Análisis de la complejidad y heterogeneidad de los paisajes en México”, *Papeles de Geografía*, n° 63, 2017, p. 7-20.
- PRIETO, Guillermo, *Obras Completas XIII. Poesía popular. Poesía patriótica*, en ROSEN JELOMER (ed.), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- , *La patria como oficio. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- PYRS, Gruffudd, “Building Sites”, en BLUNT, Alison et al. (dir.), *Cultural Geography in practice*, en QUEZADA, Sergio (ed.), *Pueblos y caciques yucatecos, 1550-1580*, México, El Colegio de México, 1993.
- QUIRARTE, Vicente, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México. 1850-1992*, México, Ediciones Cal y Arena, 2016.
- , “Odiseo del diario acontecer. Estudio preliminar”, *Odiseo del diario acontecer. Francisco Zarco. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las letras mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

El petate y la jícara

- RADDING, Cynthia, "The Children of Mayahuel: Martín Agaves, human cultures and desert landscapes in Northern Mexico", *Environmental History*, n° 17, 2012, p. 84-115.
- RAFFESTIN, Claude, "Écogénèse territoriale et territorialité", en AURIAC, Frank, BRUNET, Roger (dir.), *Espaces, jeux et enjeux*, Paris, Fayard, 1986, p. 175-185.
- RAMIREZ, Blanca Rebeca, LOPEZ-LEVI, Liliana, *Espacio, paisaje, región, territorio, lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*, México, IG-UNAM/UAM-Xochimilco, 2015.
- RAMIREZ, Ignacio, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 352.
- RAMIREZ, María Teresa, NOVELLA, Roberto, BARRERA, Narciso, "Reconciliando naturaleza y cultura: una propuesta para la conservación del paisaje y geositos de la costa norte de Michoacán, México", *Revista de Geografía Norte Grande*, n° 46, 2010, p. 105-121.
- RAMIREZ CASTAÑEDA, Elisa, *Mitos*, México, Pluralia, 2014.
- RAMIREZ KURI, Patricia, *Transformaciones espaciales y modernización urbana: La Ciudad de México y los macro proyectos comerciales. "Centro Comercial Coyoacan" (1989-1993)*, tesis para obtener el grado de maestro en Estudios Regionales, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993, p. 42 y 43.
- RAMIREZ RUIZ, Marcelo, "Territorialidad, pintura y paisaje del pueblo de indios", en FERNANDEZ-CHRISTLIEB, Federico, GARCIA-ZAMBRANO, Ángel J. (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, FCE, 2007, p. 168-227.
- RAMÍREZ RUIZ, Marcelo, FERNÁNDEZ-CHRISTLIEB, Federico, "La policía de los indios y la urbanización del altepetl", en FERNÁNDEZ-CHRISTLIEB, Federico, GARCÍA-ZAMBRANO, Ángel J. (dir.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, FCE, 2007, p. 114-167.
- RANGEL, Efraín, MARIN, Jorge L., "De la sierra a la costa. Rutas sagradas que resignifican el paisaje geográfico y cultural en la zona tepehuana", en CRAMAUSSEL, Chantal (dir.), *La geografía histórica olvidada de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2016, p. 73-105.
- RATZEL, Friederich, *Desde México. Apuntes de viaje de los años 1874 y 1875*, México, Herder, 2009 [1878].
- RENES, Johannes, "Paisajes europeos: continuidad y transformaciones", en MADERUELO, Javier (dir.), *Paisaje e historia*, Madrid, Abada Editores, 2009, p. 53-88.
- REYES-GARCIA, Cayetano, *El altepetl. Origen y desarrollo. Construcción de la identidad regional náhuatl*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000.
- REYES-HERNANDEZ, Humberto, AGUILAR-ROBLEDO, Miguel, AGUIRRE-RIVERA, Juan Rogelio, TREJO-VAZQUEZ, Irma, "Cambios en la cubierta vegetal y uso del suelo en el área del proyecto Pujal-Coy, San Luis Potosí, México, 1973- 2000", *Investigaciones geográficas*, n° 59, 2006, p. 26-42.
- REYES, Alfonso, "Resumen de la literatura mexicana (siglos XVI - XIX)", *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, t. XXV, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- , "El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX", *Obras Completas de Alfonso Reyes*, México, t. I, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- ROBERTS, Brian K., *Historical Geography of rural settlements in Britain*, Devon, David y Charles, 1992.

Bibliografía

- RODRIGUEZ, Claudia, "Territorio y paisaje cultural en México. Análisis y reconstrucción histórica para su conservación patrimonial", *Geografía Ensino & Pesquisa*, n° 19, 2015, p. 48-58.
- RODRIGUEZ ÁVILA, Adriana, RAMIREZ RUIZ, Marcelo, "El paisaje del pueblo de indios durante el siglo XIX", en RAMIREZ RUIZ, Marcelo, FERNANDEZ-CHRISTLIEB, Federico (dir.), *Paisajes y representación en el "pueblo de indios"*. Un estudio introductorio y seis casos, México, Instituto de Geografía, UNAM, 2020, p. 155-208.
- ROGER, Alain, *Breve tratado del paisaje*, edición de Javier Maderuelo, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- ROJAS, Beatriz, "Historia regional", en VON WOBESER Gisela (dir.), *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México, IIH-UNAM, 1998, p. 313-319.
- ROJAS-RABIELA, Teresa, *La cosecha del agua en la cuenca de México*, México, CIESAS, 1985.
- , "Agriculture", en CARRASCO, David (dir.), *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures. The Civilizations of Mexico and Central America*, vol. 1, Oxford/New York, Oxford University Press, 2001, p. 38.
- ROOSENS, Eugene E., *Creating Ethnicity: The Process of Ethnogenesis*, Thousand Oaks, EE. UU., Sage Publications, Inc., 1989.
- RORTY, Richard, *El giro lingüístico: dificultades metafisológicas de la filosofía lingüística*, Barcelona, Paidós, 1998.
- ROWLES, Graham, "Reflections on experiential fieldwork", en LEY, David Ley, SAMUELS, Marwin (dir.), *Humanistic geography: Prospects and problems*, Londres, Croom-Helm, 1978, p. 173-193.
- RUEDAS, Jorge A., *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- RUIZ DE ALARCON, Hernando, "Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas", en DE LA SERNA, Jacinto et al. (dir.), *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos y hechicerías*, 2 vols., vol. 2, México, Fuente Cultural, 1953, p. 17-130.
- RUIZ-MEDRANO, Carlos Rubén, ROQUE-PUENTE, Carlos Alberto, "Introducción", en RUIZ-MEDRANO, Carlos Rubén, ROQUE-PUENTE, Carlos Alberto (dir.), *La dimensión histórica y social del paisaje cultural y el patrimonio en México*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2017, p. 11-24.
- RUSSO, Alessandra, *El realismo circular: tierras, espacios y paisajes de la cartografía indígena novohispana, siglos XVI y XVII*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, 2005.
- RUZ-BARRIO, Miguel Ángel, "Pintura del pleito entre Tepexpan y Temascalapa: estudio preliminar", *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 36, n° 2, 2006, p. 89-109.
- SAHAGUN, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., México, CONACULTA, 2000, p. 694- 697.
- SANCHEZ-RODRIGUEZ, Martín, "Desamortización y blanqueamiento del paisaje en la Ciénega de Chapala", en SANCHEZ, Martín, ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, FALCON, Romana (dir.), *La desamortización civil desde perspectivas plurales*, México, El Colegio de México/CIESAS, 2017.
- SANDERS, William T., PRICE, Barbara J., *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, New York, Random House, 1968.
- , PARSONS, Jeffrey R., STANLEY, Robert S., *The Basin of Mexico: Ecological processes in the evolution of a civilization*, New York, Academic Press, 1979.

El petate y la jícara

- SARTOR, Mario, *Arquitectura y urbanismo en Nueva España, siglo XVI*, México, Azabache, 1992.
- SARUP, Madan, *Post-structuralism and Post modernism*, Essex, Longman, 1993.
- SAUER, Carl, *Aztatlán*, México, Siglo XXI, 1998.
- , *Agricultural Origins and Dispersals*, Nueva York, George Grady Press, 1952.
- , “La geografía cultural”, en GOMEZ MENDOZA, Josefina (dir.), *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza editorial, 1982 [1931], p. 349-355.
- , “Morfología de paisaje”, *Polis, revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 5, n° 15, 2006 [1925], <https://www.redalyc.org/pdf/305/30517306019.pdf>.
- , “The morphology of landscape”, en AGNEW, John, LIVINGSTONE, David N., ROGERS, Alisdair (dir.), *Human Geography: An essential anthology*, Oxford, Blackwell, 1996 [1925], p. 296-315.
- SCAVINO, Dardo, *La filosofía actual*, Barcelona, Paidós, 1999.
- SCHELE, Linda, FREIDEL, David, *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*, New York, Quill/William Morrow, 1990.
- SCHENK, Hans Georg, *El espíritu de los románticos europeos. Ensayo sobre historia de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- SEAMON, David, “Situating Cognition and the Phenomenology of Place: Lifeworld, Environmental Embodiment, and Immersion-in-World”, *Cognitive Processes*, vol. 16, n° 1, 2015, p. 389-92.
- SEARLE, John, *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1994.
- SECHET, Raymonde, VESCHAMBRE, Vincent (dir.), *Penser et faire la géographie sociale: Contribution à une épistémologie de la géographie sociale*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2006
- SECRETARIAT DE RECURSOS HIDRAULICOS, *El Papaloapan obra del Presidente Alemán*, México, Comisión del Papaloapan, 1949.
- SELER, Eduard, “The Worldview of the Ancient Mexicans”, en SELE, Eduard, *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*, 7 vols., vol. 5, Lancaster/California, Labyrinthos, 1990-1998.
- SIEMENS, Alfred H., *Between the Summit and the Sea. Central Veracruz in the Nineteenth Century*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1990. Alfred H. Siemens, *A favored Place. San Juan River Wetlands, Central Veracruz*, A. D. 500 to present, Austin, University of Texas Press, 1998.
- SIEMENS, Alfred H., “Los pasajes”, en GUEVARA, Sergio, LABORDE, Jorge, SANCHEZ, Graciela (dir.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Instituto de Ecología A. C., 2004, p. 29-40.
- , “Travesía por la sierra”, en GUEVARA, Sergio, LABORDE, Jorge, SANCHEZ, Graciela (dir.), *Los Tuxtlas. El paisaje de la sierra*, Xalapa, Instituto de Ecología A.C., 2004.
- SIERRA, Justo, *Obras completas 1867-1912*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- SILVA, Armando, *Imaginario urbanos*, Bogotá, Arango Editores, 2006.
- SILVESTRI, Graciela, *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.
- SIMONSEN, Kristen, “Practice, spatiality and embodied emotions: A outline of a geography of practice”, *Human Affairs*, n° 17, 2007, p. 168-181.
- SKIRIUS, John, “Pensamiento cultural y educativo de Ignacio Ramírez”, en RAMIREZ, Ignacio, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Bibliografía

- SLUYTER, Alfred, *Colonialism and Landscape: Postcolonial Theory and Applications*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2002.
- SOCHAVA, Viktor B., "The study of Geosystemstems: The current stage in complex Physical Geography", *International Geography*, n° 1, 1972, p. 298-301.
- SOMMER, Doris, *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- SORIANO, Kari, "En busca de un mapa final: Geografía y prácticas de territorialidad en el siglo XIX mexicano", *Iberoamericana, Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 47(1), 2018, p. 13-23.
- SOUSTELLE, Jacques, *Los olmecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 38-71.
- SPORES, Ronald, BALKANSKY, Andrew K., *The Mixtecs of Oaxaca: Ancient times to the present*, Norman, University of Oklahoma Press, 2013.
- STALLER, John Edward (dir.), *Pre-Columbian Landscapes of Creation and Origin*, New York, Springer, 2008.
- STERN, Claudio, *Las migraciones rural-urbanas. Cuadernos del Centro de Estudios Sociales*, México, Colmex, 1974.
- STOCK, Mathis, "L'habiter comme pratique des lieux géographiques", *Espaces-Temps.net*, 2004, disponible en <https://www.espacestemp.net/articles/habiter-comme-pratique-des-lieux-geographiques/>.
- TAUBE, Karl A., *Olmec Art at Dumbarton Oaks*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2004.
- TERRACIANO, Kevin, *The Mixtecs of Colonial Oaxaca: Nadzahui History, Sixteenth Through Eighteenth Century*, Stanford California, Stanford University Press, 2001.
- TESSER, Claudio, "Algunas reflexiones sobre los significados de paisaje para la Geografía", *Revista de Geografía Norte Grande*, n° 27, 2000, p. 19-26.
- THIEBAUT, Virginie, "Paisajes rurales y cultivo de exportación. Valle de Los Reyes, Michoacán", *Trayectorias, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, año 13, n° 32, 2011, p. 52-70.
- , "Paisaje e identidad. El río Papaloapan, elemento funcional y simbólico de los paisajes del Sotavento", *LiminaR*, vol. 11, n° 2, 2013, p. 82-99.
- , "Liberalización económica y caña de azúcar: tres estudios de caso en México", *Ulúa 23, Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, año 12, 2014, p. 95-124.
- , "Paisajes cañeros de Veracruz en las décadas de 1930 y 1940. El desmantelamiento del complejo agroindustrial azucarero San Francisco, Lerdo de Tejada", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 37(148b), 2016.
- , Una metodología cualitativa para la lectura y el análisis de los paisajes en México", en CHECA ARTASU, M., PERE SUNYER Martín (dir.), *El paisaje: reflexiones y métodos de análisis*, México, UAM Unidad Iztapalapa/Ediciones del Lirio, 2017, p. 213-238.
- , "La configuración de un territorio cañero-azucarero en la primera mitad del siglo XX: la cuenca baja del río Papaloapan, estado de Veracruz, México", *Memorias Revista digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*, año 14, n° 34, 2018, p. 176-196.
- THOMPSON, John Eric S., *Grandeza y decadencia de los mayas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- THRIFT, Nigel, "Understanding the Affective Spaces of Political Performance", en SMITH, Mick, BONDI, Liz, DAVIDSON, James, CAMERON, Laura (dir.), *Emotion, Place and Culture*, Londres, Routledge, 2016, p. 79-95.

El petate y la jícara

- TILLEY, Christopher, *A Phenomenology of Landscape, Places, Paths and Monuments*, Oxford-Providence, Berg, 1994.
- TOLEDO-MANZUR, Víctor M., “Intercambio ecológico e intercambio económico en el proceso productivo primario”, en LEFF, Enrique (dir.), *Biosociología y articulación de las ciencias*, México, UNAM, 1981, p. 115-147.
- , MOGUEL, Patricia, “Ecología, geografía y producción rural: el problema de la conceptualización de la naturaleza”, *Relaciones*, vol. 12, n° 50, 1992, p. 7-22.
- , *La apropiación campesina de la naturaleza: un análisis etnoecológico*, tesis de doctorado, México, Facultad de Ciencias/UNAM, 1994.
- , “Campesinidad, agroindustriabilidad, sostenibilidad: los fundamentos ecológicos e históricos del desarrollo rural”, *Cuadernos de trabajo del Grupo Interamericano para el Desarrollo Sostenible de la Agricultura y los Recursos Naturales*, n° 3, 1995, p. 1-45.
- TOLEDO, Alejandro, *Agua, hombre y paisaje*, México, INE, 2006.
- TORRE VILLAR, Ernesto, *Las congregaciones de los pueblos de indios. Fase terminal: aprobaciones y rectificaciones*, México, IIH/UNAM, 1995.
- TOSCANA, Alejandra, VILLASEÑOR, Alma, “La configuración del paisaje de Tlaxiaco: ciudad de México”, *Estudios socioterritoriales*, n° 23, 2018, p. 137-153.
- TOVAR Y DE TERESA, Guillermo, *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, vols. I y II, México, Vuelta, Espejo de obsidiana, 1991.
- TOWNSEND, Camilla, “Glimpsing Native American Historiography: The Cellular Principle in Sixteenth-Century Nahuatl Annals”, *Ethnohistory*, vol. 56, n° 4, 2009, p. 625-650.
- TRAUTMANN, Wolfgang, *Las transformaciones en el paisaje de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Verlag, Franz Steiner, 1981.
- TREJO, Dení, “La historia regional en México: reflexiones y experiencias sobre una práctica historiográfica”, *Historia Unisinos*, vol. 13, n° 1, 2009, p. 5-18.
- TRICART, Jean, KILLIAN, Jean, *L'Eco-géographie et l'aménagement du milieu naturel*, Paris, Herodote, 1979.
- TUAN, Yi Fu, *Topophilia*, London, Prentice Hall, 1974.
- , “Place: An experiential perspective”, *The Geographical Review*, vol. CXV, n° 2, abril, American Geographical Society of New York, 1975.
- , *El arte de la geografía*, NOGUE, J. (dir.), Barcelona, Icaria/Espacios críticos, 2018.
- TURCO, Angelo, “Topogenèse: la généalogie du lieu et la constitution des territoires”, en VANIER, Martin (dir.), *Territoires, territorialité, territorialisation: controverses et perspectives*, Rennes, Université de Rennes, 2007, p. 37-44.
- URBAN LAND INSTITUTE, *Shopping Center development handbook*, Washington D.C., Urban Land Institute, 1999.
- URQUIJO, Pedro S., “El paisaje en su connotación ritual. Un caso en la Huasteca potosina, México”, *Geotrópico*, 2010, (NS2), <http://www.geotropico.org/>
- , “El paisaje como concepto geográfico, histórico y ambiental”, en BARRERA-LOBATON, Susana, MONROY, Julieth (dir.), *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Jardín Botánico José Celestino Mutis, 2014, p. 81-116.
- , “Geografía cultural: un enfoque pertinente”, en URQUIJO, Pedro S., BONI, Andrew (dir.), *Huellas en el paisaje: geografía, historia y ambiente*, Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental/UNAM, 2020, p. 18-37.
- , BOCCO, Gerardo, “Los estudios de paisaje en México, 1970-2010”, *Journal of*

Bibliografía

- Latin American Geography*, vol. 2, n° 10, 2011, p. 37-63.
- , BOCCO, Gerardo, “Pensamiento geográfico en América Latina: retrospectiva y balances generales”, *Investigaciones Geográficas*, n° 90, 2016, p. 155-175.
- , SEGUNDO, Paola C., “Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano”, en URQUIJO, Pedro S., VIEYRA, Antonio, BOCCO, Gerardo (dir.), *Geografía e historia ambiental*, Morelia, CIGA/UNAM, 2017, p. 71-94.
- , SEGUNDO, Paola C., BOCCO, Gerardo, “Geografía latinoamericanista en México. Balance histórico a partir de la Escuela de Berkeley”, *Journal of Latin American Geography*, edición del 50 Aniversario, 2019.
- , SEGUNDO, Paola C., BOCCO, Gerardo, BARRERA, Narciso, “Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico monista”, *Andamios. Revista de investigación social*, 2009, vol. 5, n° 10, p. 227-252.
- UZETA, Jorge, “Paisajes desde el Cerro. La construcción de un entorno otomí en Guanajuato”, *Relaciones*, n° 87, 2001, p. 81-106.
- VALADEZ AZUA, Raúl, *La domesticación animal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Antropológicas/Plaza y Valdez, 2003.
- VALDOVINOS ALBA, Ana Margarita, *Los cargos del pueblo de Jesús María (Chisete’e): una réplica de la cosmovisión cora*, tesis de licenciatura en Etnología, México, Escuela Nacional de Antropología, 2002.
- VELASCO TORO, José, *Tierra y conflicto social en los pueblos del Papaloapan veracruzano (1521-1917)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, p. 127, 2003.
- VELAZQUEZ, Alejandro, “Landscape ecology-vegetation map of Tlaloc and Pelado Volcanoes, Mexico”, *ITC Journal of Vegetation*, 1992, p. 213-227.
- , BOCCO, Gerardo, ROMERO, Francisco J., PEREZ, Azucena, “A landscape perspective on biodiversity conservation. The case of Central Mexico”, *Mountain Research and Development*, vol. 23, n° 3, 2003, p. 240-246.
- VELAZQUEZ HERNANDEZ, Emilia, “Los Reyes: historia económica de una región cañera”, en HERREJON PEREDO (dir.), *Estudios Michoacanos II*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1986, p. 171.
- VENTURA, Pamela, “Los 5 ‘malls’ más visitados en CDMX en 2018”, *El Financiero*, 31 de enero de 2019, disponible en: <https://www.elfinanciero.com.mx/empresas/los-5-malls-mas-visitados-en-cdmx-en-2018>, consultado el 29 de octubre de 2019.
- VERSTAPPEN, Herman T., *Applied Geomorphology. Geomorphological surveys for Environmental Development*, Amsterdam, Elsevier, 1983.
- VON WOBESER, Gisela, *La formación de la hacienda en la época colonial*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, 1989.
- WALDSEEMÜLLER, Martin, *Introducción a la cosmografía y las cuatro navegaciones de Américo Vespucio*, trad., estudio introductorio y notas de LEON-PORTILLA, Miguel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007 [1507].
- WEST, Robert, ARMILLAS, Pedro, “Las chinampas de México. Poesía y realidad de los jardines flotantes”, *Cuadernos Americanos*, n° 9, 1950, p. 165-182.
- WHITE, Richard, *The Organic Machine: The remaking of the Columbia River*, New York, Hill and Wang, 2002.
- WILLIAMS, Barbara, “Clasificación nahua de los suelos”, en ROJAS-RABIELA, Teresa, SANDRES, William (dir.), *Historia de la Agricultura. Época prehispánica, siglo XVI, t. II*, México, INAH, 1985.

El petate y la jícara

- WILLIAMS, Eduardo, WEIGAND, Phil, “Mesoamérica, debates y perspectivas a través del tiempo”, en WILLIAMS, E., GARCIA-SANCHEZ, M., WEIGAND, P., GANDARA, M. (dir.), *Mesoamérica. Debates y perspectivas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2011, p. 23-44.
- WILLIAMS GARCIA, Roberto, *Los tepehuas*, Xalapa, Universidad Veracruzana/Instituto de Antropología, 1963.
- WITTFOGEL, Karl, *Oriental Despotism: A comparative study of total power*, New Haven, Yale University Press, 1957.
- WOOLLEY, Benjamin, *Virtual Worlds. A Journey in Hype and Hyperreality*, New Jersey, Wiley/Blackwell, 1992, p. 199.
- WRIGHT, John K., “Terrae incognita: The Place of the Imagination in Geography”, *Annals of Association of American Geographers*, n° 37, 1947, p. 1-15.
- YONEDA, Keiko, “Indigenous House Plans and Land in Mexico City (Sixteenth Century)”, en ARMSTRONG, F., HOIL-GUTIERREZ J. (dir.), *Legacies of Space Intangible Heritage. Archaeology, Ethnohistory and the Politics of Cultural Continuity in the Americas*, Boulder, University Press of Colorado, 2017.
- ZAVALA, Roberto, “El encuentro con los náyari. Su espacio y su tiempo”, DONIZ, Rafael, *Náyari Cora*, p. 19-29, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Artes de México, 2014.
- ZONNELVELD, Isaak S., *The land unit. A fundamental concept in Landscape Ecology and its applications*, Enschede, ITC/Report, 1988.
- ZUBIAURRE, María Teresa, *El espacio en la novela realista. Paisajes, miniaturas, perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Una antigua metáfora mesoamericana sintetiza al paisaje como un petate desarrollado cubierto por una gigantesca jicara invertida. El petate es el suelo, es la estera de la superficie terrestre donde reposan los humanos. La jicara es la bóveda celeste, es la cúpula que constituye la otra mitad del paisaje visible. Petate y jicara son dos palabras de origen náhuatl que ilustran aquí el ejercicio de descripción y análisis contemporáneo del paisaje mexicano. Compuesto por siete capítulos de autores diferentes, este libro tiene por tema los estudios de paisaje que se han realizado en México en el último siglo desde una óptica cultural. Por un lado describe épocas diversas que han construido espacialmente la mexicanidad pero por otro hace una metódica reseña de los estudios que, conducidos desde la geografía cultural, han llevado a destacar diferentes aspectos del paisaje a lo largo de las épocas y al ritmo de los llamados giros epistemológicos. Esta obra es otro resultado de la longeva cooperación entre la Universidad Nacional Autónoma de México y Sorbonne Université.

ISBN 978-2-85355-112-0

17 € TTC

 **SORBONNE
UNIVERSITÉ**

